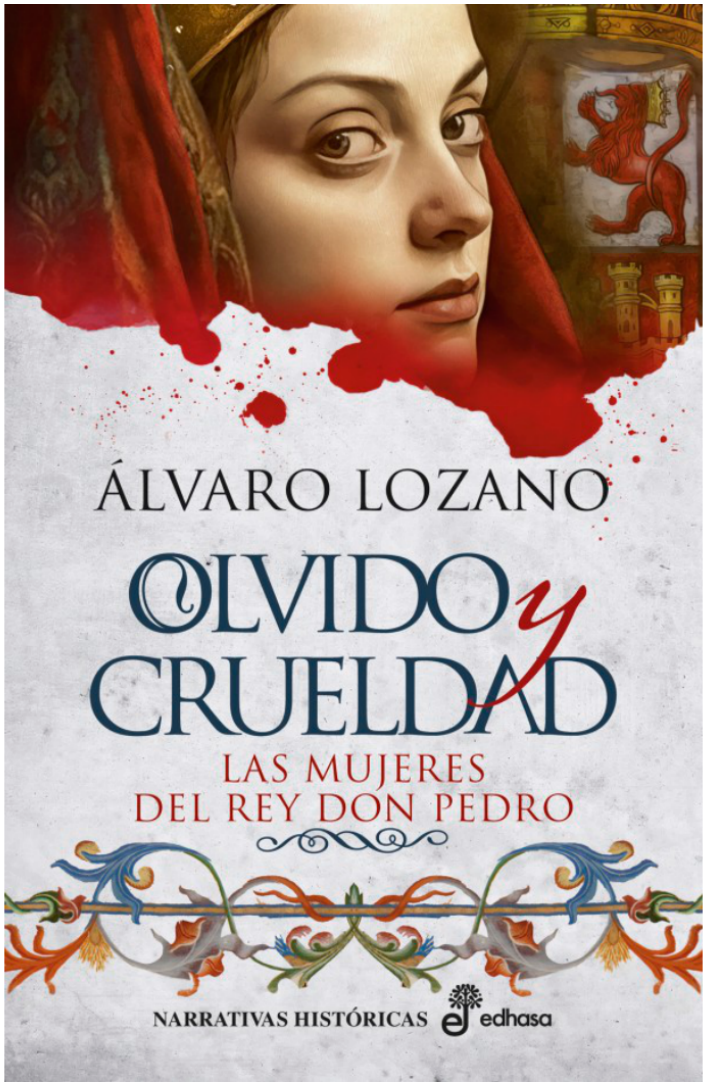
ÁLVARO LOZANO
OLVIDO y CRUELDAD
LAS MUJERES DEL REY DON PEDRO
NARRATIVAS HISTÓRICAS
edhasa

OLVIDO Y CRUELDAD

ÁLVARO LOZANO

edhasa

En nuestra página web: https://www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:

Primera edición impresa: junio de 2023
Primera edición en e-book: junio de 2023

© Álvaro Lozano, 2023
© de la presente edición: Edhasa, 2023
Diputación, 262, 2º 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright,* bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4926-9

Producido en España

«El tiempo, fluyendo inconteniblemente y moviéndose siempre, arrastra y lleva todo lo engendrado y lo sumerge en el abismo de la oscuridad, donde no existen hechos dignos de mención, ni donde los hay grandes y dignos de memoria, haciendo surgir lo que está oculto, como dice la tragedia, y escondiendo lo que es patente».

Ana Comneno, *Alexíada*

«No puedo contar esta historia tal como debió de ser. Todo ese fárrago de personajes, acontecimientos, fechas, toda la ramificación infinita de relaciones causa-efecto, y luego esa gente, esa gente de verdad que ha existido de verdad, con su vida, sus actos y sus pensamientos que apenas si llego a rozar... Una y otra vez me doy contra ese muro de la Historia por el que trepa y se extiende imparable hacia arriba, cada vez más dura, la hiedra desalentadora de la causalidad».

Laurent Binet, *HHhH*

OLVIDO Y CRUELDAD

Las mujeres del rey don Pedro

LA FALDA DE URRACA OSSORIO

Sevilla, 1367

Cuando despunta esa mañana de septiembre, el rey don Pedro no ha muerto todavía. Aún le queda algún que otro año por vivir, pocos, no más de dos, aunque eso él no lo sabe. Se lo puede imaginar, es posible que sienta cómo lo va cercando el destino, pero no se puede decir que sea consciente de ello, al menos no de la misma manera en que sí es consciente de lo que hará al día siguiente, qué asuntos requieren con urgencia su atención, cuáles son los amigos a los que tiene que vigilar y cuáles los enemigos a los que debe agradar –o defenestrar– para retrasar ese momento: el final con el que a veces sueña y que teme por encima de todas las cosas.

Pensándolo bien, después de todo tal vez sí sepa que va a morir, pero es un pensamiento que no termina de concretarse en su cabeza; se le pega a la mente como una tela de araña cuando despierta sobresaltado por algún ruido, y tarda un instante en recordar dónde está, quién es, qué es lo que teme. Su muerte es una posibilidad efímera que apenas dura un instante en su imaginación antes de ser desterrada de un manotazo hacia el futuro remoto, que tal vez nunca llegue a cumplirse, donde no pueda hacerle daño.

Lo que el rey sí que sabe fuera de toda duda es lo que va a ocurrir ese día de septiembre, porque es él quien lo ha ordenado. Quizá se arrepiente a ratos de la brutalidad de su venganza; sin

embargo, la sentencia ya ha sido dictada, y la palabra de un rey tiene rango de acción, se manifiesta inevitablemente en un hecho concreto y, de la misma manera en que aquello que los dioses antiguos hacían ya no podía deshacerse, así tampoco puede desdecirse el rey don Pedro. Tan sólo le queda esperar en el alcázar a que le lleguen noticias de que su voluntad ha sido cumplida, y eso, no otra cosa, es lo que hará. Esperará, bien sea paseando por los jardines, departiendo distraídamente con alguno de sus secretarios o asomándose desde las ventanas de su esplendoroso palacio en busca del humo que señale que su voluntad se ha cumplido. Su papel ejecutor ya ha tenido lugar, ya no tiene nada que hacer al respecto; y, cuando el rey no tiene nada que hacer, tiende a desesperarse con facilidad, y eso, a veces, para los que comparten con él esos momentos, puede ser muy peligroso.

Tampoco imaginan que el rey va a morir dentro de pocos años la gente que se va acercando a la Laguna de la Cañaveria, junto a las murallas que protegen el norte de la ciudad. Algunos, los más informados, los que están al tanto de los violentos enfrentamientos que durante años han hecho tambalearse a la corona de Castilla, son capaces de imaginárselo. También lo temen, porque ellos están de parte del rey. No es que lo amen, pues no sabrían hacerlo –ese ánimo no se encuentra en sus corazones–, pero prefieren al rey por encima de los otros, de los nobles a quienes don Pedro se enfrenta sin descanso desde hace tanto; esos señores que poseen las fértiles tierras del valle del Guadalquivir, los duques y los marqueses, los condes y los vizcondes, los adelantados y los grandes maestres, aquellos que los exprimen hoy más que ayer, los notables del reino que se han arruinado por culpa de la peste y la consecuente escasez de mano de obra para labrar sus tierras y que no dudan, a su vez, en traer la ruina a los demás con tal de no caer del pedestal desde el que prodigan su soberbia y su desprecio. No obstante, no hay que confundirse cuando se mira en el corazón de los sevillanos, pues los que acuden en pos de su curiosidad morbosa a disfrutar del espectáculo no han oído hablar nunca de Grecia ni de su democracia y no conocen otra forma de gobierno que no sea la de ser ellos los siervos y alguien su soberano. Tampoco fantasean

con la idea de detentar ellos el poder, porque eso es inconcebible; se conforman con un amo menos severo, y el rey lo es. Don Pedro lleva años esmerándose en expulsar a esos nobles de sus palacios de mármol, en apearlos de sus monturas enjaezadas con un lujo delirante, pero no para que levanten su bota del cuello de los más pobres, sino para igualarlos a todos por debajo de él, aunque eso implique despojarlos de sus cabezas. Llegará el día, no muy lejano, en que don Pedro conocerá la muerte en los campos de Montiel, el cuerpo en el barro y la cabeza en la pica, pero hoy no es ese día. Hoy toca que sean otros los que mueran, y los que lo llaman «el Justiciero», más por hacer rabiar a sus enemigos que porque consideren al rey capaz de justicia alguna, se acercan a ver el espectáculo de la crueldad que algunos le atribuyen, como Urraca Ossorio. Es su muerte, que se presiente terrible, lo que han venido a presenciar, y la tardanza de la rea en hacer acto de presencia ya impacienta a la multitud que se ha ido congregando en el lugar donde va a ser ajusticiada.

Hace calor ese día en Sevilla. El verano se niega a irse del todo para dar un respiro a los habitantes de la ciudad. La luz del sol se reflejaría sobre el agua de la laguna si la inmundicia que cubre su superficie no formara una costra verdosa y maloliente por toda la porquería, tanto humana como animal, que se vierte sin miramientos en aquel lugar. El hedor es a ratos insoportable, y el solano que sopla a mediodía lo esparce por la ciudad como un aliento cadavérico. Hace meses que no llueve, y parte de la laguna se ha secado dejando al descubierto sus miserias: la tierra cuarteada, el cieno grisáceo, los escombros y los huesos. La ciudad se ha ido recuperando poco a poco de las últimas epidemias y del terrible terremoto de la década anterior, pero no allí. En los alrededores de la Laguna de la Cañaveria, las heridas aún supuran, se pueden ver las cicatrices de esa ciudad mestiza, que tiene todavía bastante de mora y un poco de judía, aunque ahora sea eminentemente cristiana.

Doña Urraca Ossorio de Lara ha sido víctima de su árbol genealógico. Es viuda de don Juan Alonso Pérez de Guzmán, segundo señor de Niebla, hijo del ilustre Guzmán el Bueno, y, sobre todo, es madre de otro Juan Alonso Pérez de Guzmán, que sí que vive, pero ha huido de Sevilla después de que el rey don

Pedro derrotara a su medio hermano don Enrique, conde de Trastámara, en la batalla de Nájera. Don Juan Alonso apoyaba al bastardo Trastámara, y eso ha condenado a su madre.

Por fin aparece doña Urraca ante la multitud, escoltada por un número ridículamente elevado de soldados. A sus más de cincuenta años, en todo parece ya una anciana. Tiene los ojos hundidos, la mirada perdida, la piel de color ceniza y el pelo grisáceo, pero no por virtud del distinguido plateado que otorga la madurez, sino que lo que pinta sus cabellos es el blanco encrespado del terror. Sólo ella sabe las vejaciones a las que ha sido sometida, pero se las calla, con la voz y con su manera de caminar: la barbilla alta y el paso firme y decidido, como si ella guiara a sus custodios y no al contrario. Atesora ese último instante de dignidad mientras el gentío, hasta ahora disperso, desmembrado, se arremolina en torno al cortejo para transformarse en otra cosa, en un único cuerpo y una sola alma; una muchedumbre que convierte a cada uno de sus insignificantes integrantes en parte de una criatura gigantesca que habla ahora con una voz unánime. Esa voz insulta a Urraca, se ríe de ella, la desprecia y trata de humillarla. Pero Urraca no se deja, se guarda las lágrimas y la rabia, les muestra su dignidad de señora como respuesta a sus improperios. No vuelve la cabeza y apenas hace el esfuerzo necesario para esquivar los objetos que la turba lanza a su paso. No es que no tenga miedo, es que se niega a mostrárselo a esa escoria. Ya ha llorado lo suficiente clamando por su inocencia, y ahora, cuando ya no existe otro desenlace posible, sólo le queda el consuelo de su entereza. Todavía se atreve a rezar a Dios conforme sus pies, descalzos y ensangrentados, van dejando su impronta sobre el limo que la laguna ha descubierto. Digo que se atreve a rezar a Dios porque hasta este momento no ha sido capaz de hacerlo. Su fe se resquebrajó al oír la sentencia. Dudó de Él por permitir un final tan amargo, y duda ahora de si sus pecados han sido más grandes de lo que pensaba y por eso se merece el castigo o, por el contrario, simplemente Dios la ha abandonado por su insignificancia, su intrascendencia en este mundo. Ella, que hasta ahora se creía tan importante, tan influyente, trata de enumerar en su memoria los posibles agravios contra el Altísimo mientras

ignora a la chusma y su voz enfebrecida de mil demonios; al contemplar sus pecados, incluso si lo hace con la sinceridad de los que están a punto de morir, sin reparo y en toda su crudeza, no le parecen tan terribles, o al menos no tanto como los de ese rey que va a convertirse en su verdugo invisible. Sus labios, cuarteados como la tierra maloliente que la sequía del verano ha ido arrancando a la laguna, apenas se mueven mientras murmura una plegaria. «Miserere mei, Deus: secundum magnam misericordiam tuam», repite sin cesar. No sabe por qué le ha venido ese salmo a la cabeza, pero no puede pensar en otra cosa. Se aferra a él para no sentir el calor del mediodía, para no oler la decadencia del agua putrefacta y de la muchedumbre que vocifera. Ya no pide un milagro, sabe que no existen para ella; sólo quiere que el dolor sea leve, que el humo la intoxique antes de sentir cómo las llamas abrasan su cuerpo.

Para la multitud, incapaz de sentir compasión alguna, Urraca es la encarnación del enemigo, la concreción de sus desgracias en un cuerpo encorvado y roto que, protegido por los soldados –porque para la turba eso es lo que hacen los soldados, protegerla de ellos, sus legítimos verdugos–, avanza hacia la pira en la que terminará sus días. Muchos no saben su nombre o lo acaban de conocer al escuchárselo a un vecino, pero poco importa, porque la anciana Urraca es una señora y forma parte del difuminado conjunto de sus opresores, al que ahora, por fin, pueden poner cara. Y toda la rabia, la frustración y el hambre que han sentido a lo largo de sus vidas converge en ella: una mujer en la que, a pesar de su aspecto sucio y decrépito, de su vestido azul hecho jirones, de su pelo encrespado azotado por el aire al verse desprovisto de la protección de los suntuosos tocados, reconocen al adversario, y eso les basta.

Hay entre el gentío algunos que podrían reclamar con justicia haber sido víctimas directas de la condenada, antiguos sirvientes y campesinos que trabajaron algún mísero terruño de sus vastas tierras. En ellos, la indignación y las ansias de venganza vibran con especial energía. Sin embargo, también hay otros que en su día la sirvieron, incluso hasta no hace más de unas pocas semanas, que han acudido con un ánimo distinto, una mezcla de temor reverencial, de deuda no saldada, de castigo autoimpuesto,

como si compartieran la culpa de su señora y al contemplar su horrible destino pudieran alcanzar la paz que no encuentran en las noches de terrible calor y exasperante insomnio. Esa misericordia que Urraca reclama al cielo se la profesan en abundancia sus sirvientes allí presentes, que no son más de cuatro o cinco, mujeres en su mayoría, ocultas entre el público, en la panza de la bestia rabiosa de la muchedumbre, como un amigo silencioso que no se atreve a revelarse.

Urraca ya ha subido a la tarima. Sus pies dejan huellas de sangre y barro en la madera sin desbastar del improvisado cadalso. Le niega la mirada al poste donde está a punto de ser atada. En su lugar, mantiene los ojos fijos en la lejanía, más allá de las cabezas que la contemplan con inquina. Observa el principio de la callejuela por la que ha llegado su comitiva, la misma que ya no volverá a pisar jamás, como aquella otra que se abre a su derecha o la otra a su izquierda. Apenas le quedan unos pocos pasos que dar en este mundo, al menos con pies terrenales; sin embargo, Urraca ya no está segura de si trascenderá esta vida o si, en caso contrario, la que le espera en el otro lado vaya a transcurrir en el lugar que corresponde a los bienaventurados. Su desgracia la tienta a pensar que tal vez se lo merece, porque no puede haber un Dios tan cruel. Sólo el rey es capaz de tamaña brutalidad, pues no conoce medida para el amor ni para el odio. Bien lo sabe ella, que lo ha visto mirar con desprecio a su esposa Blanca y, casi al instante, volver sus ojos enardecidos de pasión hacia la puta de María de Padilla. Pero de eso hace ya muchos años. Ambas mujeres están ya muertas, como muerta estará también ella en unos instantes, y, entonces, Urraca piensa que bien hubiera querido acompañarlas a la tumba, acabar su tiempo en este mundo un poco antes con tal de librarse del tormento que le espera. El miedo, que hasta ahora había logrado ocultar con el escudo de la dignidad, se abre paso por su cuerpo hasta llegarle al alma. Mientras escucha la sentencia de labios del verdugo, que para mayor humillación suya hace también las veces de secretario real, los ojos empiezan a escocerle por las lágrimas que no terminan de salir, como si ya hubiera agotado las que le correspondían para toda una vida.

Cuando la atan al poste, un momento de pánico amenaza con

hacerle perder la compostura. Ya queda poco, se dice, y se conjura para aguantar y demostrar a la chusma que ella es diferente, que, aunque ellos vivan y ella muera, nunca podrán compararse con los de su estirpe. No es sólo una cuestión de azar, de haber nacido en la cuna adecuada; es una cualidad del alma y de la mente, algo que ellos nunca podrán alcanzar. Se consuela con esa certeza final, a la que atribuye la innegable veracidad que se supone a las revelaciones de los profetas o de los mártires que están a punto de entregar su vida por una causa justa. Porque de eso Urraca nunca ha dudado: el rey don Pedro es un monstruo, un demonio que camina entre hombres. La traición de su hijo Juan Alonso, al que dedica un fugaz pensamiento cargado de rencor por encontrarse cómodamente refugiado en Alburquerque, a salvo de las garras del rey y sus cómplices, era necesaria e ineludible, no sólo por el bien de su gloriosa casa, sino por el de toda Castilla.

El verano se ha encargado de secar la leña con la que han formado la pira. Cuando la prenden, Urraca se da cuenta enseguida de que los troncos, carentes de humedad alguna, no desprenden el humo con el que esperaba perder la consciencia para burlar el dolor de las llamas. La inquietud empieza a apoderarse de ella, y comienza a retorcerse y a tratar de liberarse de sus ataduras. Es algo instintivo, ya no puede dominar el miedo, que se ha convertido en terror. Sobre el crepitar de la hoguera se escucha algún improperio más, pero Urraca ya no los escucha, descuidada su atención en todo lo que pasa más allá de su cuerpo, del poste en el que está atada, del tímido humo que le irrita los ojos y la garganta pero que apenas la aturde. También se da cuenta entonces de su desnudez, porque únicamente le han permitido ponerse una saya, ni camisa ni calzas, y nota el aire caliente acumulándose debajo de la falda, que empieza a ondear. La muchedumbre, que también se da cuenta de ello, esboza una sonrisa hecha de mil rostros. Los hombres se relamen, esperando que el aire termine de humillar a Urraca y exponga su carne antes de ser abrasada; las mujeres, al menos aquellas que logran mantener la mirada fija en la escena, que no son pocas, esbozan una mueca maliciosa.

La expectación crece con rapidez. El gentío, transfigurado ya

en lo peor de sí mismo, está a punto de aplaudir para animar al viento a que cumpla con su penoso cometido. Entonces, cuando todos contienen el aliento, una ráfaga poderosa y despiadada se levanta desde el suelo y consuma la traición: la falda de Urraca queda suspendida en el aire, como si flotara o unas manos invisibles la sujetaran, dejando bien a la vista sus vergüenzas. Una carcajada estalla contra el fuego, que ya crepita y asciende poderoso arrancando alaridos a la hasta ahora imperturbable mujer. Su altanería ha hecho que el gentío disfrute aún más de este momento. La odian con todas sus fuerzas, la desprecian con toda su alma, y algunos son todavía capaces de encontrar en sus corazones un poco más de la miseria que los pudre por dentro para insultarla de nuevo. Sin embargo, cuando a Urraca ya apenas le queda un aliento de vida, un acto de sublime coraje, el milagro que ya había dado por perdido, se manifiesta para salvar su honra y acallar todas las voces. Urraca ya no lo ve, porque ha caído en la breve inconsciencia que precede a la muerte, pero una de sus más fieles sirvientas, Leonor Dávalos, sale a la carrera de las entrañas de la bestia informe en que se ha convertido la muchedumbre y se lanza a la pira para sujetar la falda de su señora. Y allí se aferra a la tela con la fuerza que le otorga el último gesto de una vida que está a punto de consumirse. El fuego lame lentamente a Leonor, que con los ojos cerrados no parece sentir nada. Muy quieta, parece que en lugar de estar siendo quemada viva la hubieran congelado. No tarda mucho en morir, pero al instante, con su heroico sacrificio, hace enmudecer a la multitud, que ya no ríe ni grita; en su lugar, empieza a disgregarse, avergonzada, sabiéndose miserable cuando mira de reojo la expresión de beatífica dulzura que se calcina en el rostro de Leonor. La bestia temible ha desaparecido, reducida de nuevo a la insignificancia de cada uno de sus miembros, que se van perdiendo poco a poco por las callejuelas hasta dejar desierta la laguna. Incluso los soldados, hasta ahora ufanos y divertidos por el espectáculo, agachan la cabeza, compungidos por la muerte de las dos mujeres.

Según se cuenta, este día de septiembre, que estaba llamado a mostrar lo implacable que puede llegar a ser el rey con sus enemigos, ha sembrado una duda entre sus partidarios. La

noticia de lo acontecido en la Laguna de la Cañaveria se extiende veloz por toda Castilla, pero también por Aragón y Portugal, por Navarra y por Francia, incluso llega hasta la lejana Inglaterra. Los rumores que portan el relato de la muerte de Urraca Ossorio y Leonor Dávalos susurran crueldad y locura. Nada cambiará, no habrá ninguna deserción en el bando del rey don Pedro, pero muchos volverán la vista atrás y comenzarán a enumerar los horrores con los que carga el monarca y le atribuirán otros que no son suyos, porque su famosa crueldad ya ha alcanzado el rango de leyenda, y las leyendas son insaciables, toman prestado todo lo que las hace aún más grandes. Y, así, los nombres se sucederán en los labios de los que pregonan la maldad de don Pedro; nombres de hombres y de mujeres que se cruzaron con su supuesta crueldad a lo largo de sus vidas, nombres que serán recordados por los vencedores, los mismos que escribirán la historia de este siglo no para que se recuerde tal como fue, sino para que se olvide la verdad de los vencidos.

LEONOR DE GUZMÁN

LA BARRAGANA DEL REY ALFONSO

Medina Sidonia, 1350

Era costumbre en aquella época, en el reino de Castilla, contar los años según la era de César o era hispánica, de manera que, aunque corre el año 1350, para los sorprendidos campesinos y labriegos que ven pasar el cortejo fúnebre del rey Alfonso XI camino de Sevilla el año es 1388. Si es que saben en qué año viven, porque es bien posible que no tengan ni idea. En realidad, si se piensa detenidamente, puede ser cualquier año o cualquier momento. Todo depende de cuándo se ponga uno a contar. Lo que de verdad importa es que para ellos es el presente, es este día y no otro cualquiera, no es ayer ni es todavía mañana. Y esos campesinos dirían simplemente que es hoy, que es lunes o martes, que están a finales de marzo.

Tampoco tienen demasiado claro labriegos y villanos quién es toda esa gente que compone la extraña procesión que contemplan sus ojos. Si escucharan sus nombres, tal vez reconocerían a algunos de los personajes que ven desfilar por sus caminos, pero nadie los pronuncia, ni tampoco se atreven a acercarse a preguntar. Los que han viajado más, los que han venido a poblar la frontera desde las tierras de Castilla y de León, o desde más al norte aún, de Galicia o de Asturias, reconocen las insignias de la orden de Santiago y de Calatrava, y

tal vez también el estandarte de alguno de los nobles con los que han cruzado su camino en el pasado. Algunos incluso han combatido contra los moros junto a ellos. Estos veteranos, al ver de nuevo los pendones y las armaduras, como por reflejo, aferran los rastrillos y las azadas como si fueran la empuñadura de las espadas que blandieron en su día en batallas a las que sobrevivieron por suerte o más bien por obra de un milagro, porque todos son más o menos lo que se entiende por devotos: hombres en buena medida temerosos de Dios, cristianos fidelísimos que oponen la verdad de la salvación por la cruz a las creencias de sus vecinos mahometanos. En sus vidas apretadas, pegadas a la tierra y pendientes del cielo, queda poco espacio para la especulación o la imaginación, de manera que no se cuestionan lo que les cuentan los curas y los monjes cuando se dignan a apearse del latín ininteligible, casi mágico, con el que salmodian en las iglesias; atribuir, por tanto, su buena suerte, su supervivencia improbable, al caos de la guerra, a otro agente que no sea el Altísimo, es algo que ni se les pasa por la cabeza. Mueren y viven por Dios, pero también por mano de los hombres; de esos mismos hombres que están viendo pasar por los caminos que lindan con las tierras que han comenzado a trabajar ahora que el invierno se ha retirado hacia el norte; hombres a los que instintivamente reconocen como a sus señores en el porte de sus caballos, en las ropas lujosas que visten, en el número de siervos que los acompañan.

Las noticias tardan en llegar, y el rumor de la muerte del rey todavía no se ha extendido, ni siquiera en los primeros tramos del camino. Las carretas de los bueyes cargan tiendas y aperos de guerra, también baúles que guardan con celo las posesiones de los potentados del reino, que los campesinos imaginan fabulosas. La comitiva se asemeja en tamaño al de la corte itinerante cuando se traslada de una ciudad a otra por mandato del rey, pues el reino carece de capital permanente, y es la presencia del soberano la que hace bascular el centro del poder de un lugar a otro a su conveniencia. Sin embargo, no hay rastro del ambiente laborioso y casi festivo que suele acompañar el periódico trasiego de criados, nobles, secretarios, cancilleres, soldados y sacerdotes en las peregrinaciones de la corte. Por eso las gentes intuyen que se

trata de algo diferente. Saben que el rey ha ido a cercar Tarifa para ganársela de nuevo a los moros, pero, si bien hay soldados entre los extraños que recorren sus tierras, no parece tratarse de un ejército que retorna de la guerra. El gesto de los integrantes de la larga fila es apesadumbrado, no derrotado. Sus rostros están exhaustos, y portan todavía las marcas de la enfermedad y de la desconfianza mutua, que ya ha empezado a anidar entre los más insignes miembros de la comitiva, los nobles más poderosos de Castilla, que no se acercan demasiado a los restos mortales del rey, pues ni tan siquiera los vientos del mes de marzo son suficientes para disipar la pestilencia que emana del carro que porta los despojos del que fuera su soberano. Los niños, más audaces e inconscientes que sus padres, ávidos de cualquier novedad que los distraiga del pesado transcurrir de los días, corren descalzos al encuentro de los caballos y de las carretas, mas se topan con la animosidad de los dolientes que salieron hace poco más de dos jornadas de la inmediaciones de Tarifa para enterrar al rey. Los condes, los maestres, los duques y los adelantados están demasiado ocupados calculando de qué lado cae la lealtad de los que cabalgan a su lado como para prestar atención al vulgo, que para ellos es en ese momento poco más que parte del paisaje que se ven obligados a recorrer con más lentitud de la que acostumbran. Han renunciado a la velocidad para acompasarse al ritmo de la carreta fúnebre que cierra el cortejo entre el denso humo de los sahumerios con que los sacerdotes honran al difunto monarca al tiempo que tratan de ocultar su hedor.

No ha llegado aún el tiempo de la guerra que obligue a los notables de Castilla a enfrentarse entre sí, pero ellos ya saben que llegará. En este mismo día, mientras acompañan al regio cadáver de Alfonso XI, algunos comienzan a temerla y otros a desearla, pero todos por igual se aprestan a afilar en su mente las espadas que blandirán contra los que se decanten por el bando contrario. Cada uno de ellos tiene sus favoritos para la muerte y la desgracia, aquellos a quienes les gustaría ver al otro lado de su acero. Los matrimonios que tejen la intrincada red de la nobleza castellana presuponen alianzas que a muchos les gustaría romper, y ahora se presenta la oportunidad de ajustar esas cuentas que

llevan décadas esperando ser pagadas. Porque entre ellos hay buenos y malos administradores de tierras y bienes, los hay que se comportan como tiranos con sus siervos, mientras que otros prodigan su generosidad y su misericordia, y, sin embargo, todos comparten una obsesión en común: la diligencia con la que llevan la cuenta de las afrentas que deben ser saldadas. Las han ido transmitiendo durante generaciones y acumulando en sus corazones, una a una, sin olvidar ni perdonar ninguna; se las han enseñado a sus vástagos al calor del fuego en las noches de invierno, como si instruirlos en el rencor formara parte de sus deberes como padres. Y ese odio, esa envidia, ese resentimiento amontonado durante décadas empieza a fermentar ahora.

El deseo de don Alfonso era reposar en Córdoba junto a su padre; bien claro lo dejó dicho en alguno de los momentos en los que la fiebre le devolvió un poco de cordura. En su lugar, es a Sevilla a donde la comitiva se encamina. En esta traición a su última voluntad se concreta por primera vez el cambio de régimen que se avecina. Hay un nuevo rey, y a él corresponde decidir sobre el lugar de descanso eterno de su padre. Sin embargo, don Alfonso tuvo más hijos, y varios de ellos acompañan al padre finado por los embarrados caminos que llevan desde Tarifa hasta Sevilla. No son legítimos, pero eso no impidió que su padre los colmara de honores. Junto a ellos también viaja su madre, Leonor de Guzmán, quien, a pesar de no haberse casado con el monarca, no deja de ser también un poco su viuda, y como tal se atreven a tratarla no pocos de los que componen la procesión. Aunque cada vez son menos; desde que el rey enfermó, sus partidarios menguan al calor del vino y del fuego que calienta las noches de conspiraciones, juramentos y promesas.

–El nuevo rey es demasiado joven todavía –dicen unos.

–Hay que prepararse para lo que puedan hacer los bastardos de don Alfonso, que muy bien podrían ganar una guerra –previenen otros.

–¿Y qué va a ser ahora de doña Leonor? –se preguntan todos por igual, aunque los hay que lo hacen con inquietud y otros, relamiéndose al pensar en las futuras calamidades que puedan sucederle a la enlutada mujer.

Leonor comenzó siendo la amante, la querida, la barragana del rey Alfonso, y terminó por convertirse en la madre de sus hijos, salvo del inevitable rey don Pedro, el único legítimo. Hasta hace unos pocos días, era la antesala del poder real en la corte, la verdadera custodia del rey, el camino insalvable que cualquiera debía transitar para que sus palabras fueran escuchadas por don Alfonso. Pero, en tanto que conoce de sobra cómo se conducen los hombres que ahora se abalanzan sobre el reino, Leonor no se hace ilusiones. Sabe que su poder está desmoronándose, como lo hace la carne de su amado en el ataúd que trata de ocultar su cuerpo deforme y abotargado, su piel antes pálida ahora ennegrecida por la plaga que lo arrebató de su lado.

No ha habido nobleza en la muerte del monarca, tan sólo obstinación y enfermedad, decadencia y podredumbre. Cuando se desató la peste en el campamento real que asediaba Tarifa, los más cercanos al rey lo conminaron a retirarse. Pero don Alfonso no se dejó convencer. Le pesaba demasiado haber perdido a manos de los moros una ciudad que ya era suya. Era una cuestión personal. No podía volver a rendirla sin tomarla de nuevo, aunque fuera la peste la que llamara a las puertas de su campamento en busca de nueva carne que llevar a la tumba. Los rumores de la plaga que se había extendido por Inglaterra, Francia e Italia habían llegado a Castilla meses atrás, y lo que parecía tan lejano ahora campa a sus anchas por las ciudades y los campos de Andalucía. Tal vez Alfonso pensara que la muerte, cuando viene a manifestarse ante un rey, ha de hacerlo vestida para la guerra, con yelmo, espada y armadura, o envuelta en las canas de la senectud. Tal vez pensara que la sangre real lo protegería de la inmunda enfermedad que asolaba el campamento, que su final no podía ser el mismo que el de aquellos que morían en el barro con los miembros ennegrecidos y esos tumores tan horribles en el cuello y las axilas. Sin embargo, la muerte no tuvo en consideración las creencias del rey ni su determinación irracional por volver a ganar Tarifa para la corona de Castilla. En vez de eso, en vez de inclinarse ante él o pasar de largo conmovida por su tesón, por la justicia de su empresa o por su sangre regia, la muerte optó por enviar a cientos de soldados diminutos, casi invisibles, que cargan en sus

vientres un enemigo que nadie imagina todavía, un ejército tan pequeño como voraz, tan ciego que no hace distinciones de especie ni de raza, que no tiene reparos en inyectar su ponzoña en los más ilustres de los hombres. Y don Alfonso fue destruido con un simple mordisco de sus ínfimas mandíbulas, tan irrisorias en tamaño pero tan poderosas y mortales al final del día, cuando la fiebre sube y el cuerpo se retuerce entre escalofríos que nada puede calmar. Luego, tan sólo la espera. El tiempo y la acogedora calidez de la sangre del rey, que él creía tan diferente y que, en cambio, es tan igual a la de sus vasallos, hizo el resto. Los días pasaron entre fiebres, pústulas y delirios, y, conforme el cuerpo que tanto había amado era sepultado por tumores que parecían a punto de reventar, Leonor empezaba ya a temer que sus días de poder acompañarían a don Alfonso a la tumba. Aun así, se quedó a su lado. Lo vio morir y, entretanto, le aferraba la mano sudorosa, sin miedo a un contagio que no entendía, abandonándose a la posibilidad de caer ella también enferma, lo que hubiera sido, tal vez, un final más sencillo que el tortuoso camino que le aguarda y del cual Medina Sidonia va a ser la primera parada.

Cuando se hizo evidente que la comitiva se dirigía a Sevilla y no a Córdoba, la inquietud comenzó a crecer entre los familiares y aliados de Leonor. Allí los espera el nuevo rey, pero también su madre, la verdadera viuda, la que fuera esposa de don Alfonso a ojos de Dios. La reina doña María es hija de reyes, pues su padre Alfonso es el soberano de Portugal; no es una simple noble como Leonor. Hasta ahora ha vivido en la periferia del poder, relegada a una corte secundaria en la que, junto a unos pocos adeptos, aguardaba el momento en que pudiera consumar su venganza sobre aquella mujer que le robó a su marido, que le dio multitud de hijos con los que disputarle el trono al suyo, y Leonor comprende que esta venganza, que ha sido alimentada y mimada con esmero durante años, está a punto de caer sobre ella y los suyos con violencia.

Leonor mira con tristeza a sus hijos mayores, que cabalgan junto a ella; tan rubios como su padre, el rey transmutado ahora en pestilencia, como rubio es también su medio hermano don Pedro. Son los gemelos Enrique y Fadrique, conde de

Trastámara uno y aberrante maestre de Santiago el otro, nombrado como tal por don Alfonso cuando aún no había cumplido nueve años. Apenas cuentan con dieciséis años, uno más que don Pedro. Si fueran un poco mayores, piensa Leonor, si don Alfonso hubiera muerto dos o tres años más tarde, tal vez ella hubiera podido escapar de la cólera de la reina, pero el rey es demasiado joven aún, y será doña María quien ejerza el poder, al menos por un tiempo, y Leonor se convertirá en su primer enemigo. Lo tiene tan claro porque es exactamente lo que ella haría en su situación. Quiere pensar que no son tan diferentes después de todo, que su contraparte es tan inteligente como ella, sólo así encuentra algo de consuelo en su inminente caída. No obstante, al imaginar su más que probable destino, se permite sentir por un momento que ella también es culpable, pues, después de todo, ha cultivado la inquina con esmero durante años. Cada uno de sus hijos es una afrenta y un recordatorio en carne y hueso de sus amoríos con el rey, y ella, lejos de sentir vergüenza alguna, no ha desperdiciado ni una sola oportunidad para hacer ostentación de ello. A pesar de todo, Leonor no tiene miedo; al menos, no todavía, y no porque sea especialmente valiente, sino porque desde la muerte de don Alfonso ha venido a habitar en ella una suerte de desesperanza indolente en la que el dolor o la muerte le parecen una escapatoria hasta cierto punto deseable. Es por sus hijos por quienes más teme, porque la loba que los espera en su guarida de Sevilla no conoce la piedad, de la misma forma en que Leonor tampoco la conoció cuando era intocable y, al igual que es capaz de augurar su futuro, también logra entrever el que espera para ellos.

No se puede negar que hay cierta arbitrariedad en el brusco revés de la suerte, igual que la hubo en su ascenso. A Leonor le parece una injusticia, como también les pareció a otros injusto su buena suerte que ahora se va agotando con cada paso que da la yegua sobre la que cabalga acompañando al difundo esposo que nunca lo fue realmente. La muerte de don Alfonso ha desnivelado la balanza en su contra, y tal vez sea ésa la verdadera medida de la importancia de un hombre, la de una única muerte que puede cambiarlo todo, cuando, sin embargo, las miles de vidas que se han perdido y que se perderán en las plagas y en las

batallas que están por venir se terminarán diluyendo en el curso de la Historia para que nada cambie. Porque, sólo si acumulan su insignificancia, una muerte sobre otra en una pila cadavérica y fantasmal hasta alcanzar números astronómicos, marcarán una diferencia. Y aquí ha sido una sola vida, un aliento que se exhala por última vez en el momento menos oportuno, lo que va a cambiar radicalmente su existencia hasta el punto de amenazar con ponerle fin.

Leonor tiene la compulsión mórbida de imaginar por adelantado sus desgracias. Las recrea con tanto detalle que duelen de verdad. Fiel a esta enfermiza costumbre, aburrida por el lento discurrir del cortejo, proyecta el momento exacto en que será despojada de su autoridad e influencia, el instante en que la rubia cabeza del adolescente don Pedro será coronada con premura y torpeza por su rencorosa madre. Y, tras ellos, con una media sonrisa de satisfacción y de ambición indisimulada, ve a un hombre oscuro que se difumina detrás del trono que Leonor evoca en su mente. Se trata de don Juan Alfonso de Alburquerque, noble castellano pero de cuna portuguesa que, con ese gesto solemne sobre cabeza ajena, se alza como verdadero señor de Castilla. Sólo que el señor de Alburquerque no está en Sevilla; se encuentra en esa misma comitiva que acompaña el cadáver del rey don Alfonso.

La noche pasada, acosada por el insomnio que no la abandona desde que el rey cayera enfermo, ha escuchado a sus partidarios. Las alianzas se han ido forjando en torno a las tierras y los títulos que están por repartirse, y a ella no le queda más lealtad que la de la sangre. No tiene duda de la fidelidad de sus hijos ni la de sus parientes. Todo lo demás lo da por perdido. Leonor conserva, sin embargo, un atisbo de esperanza: la imponente fortaleza de Medina Sidonia. La villa y castillo le fueron concedidos como señorío por ese rey que nunca fue su esposo, y ella lo dejó al cuidado de don Alfonso Fernández Coronel. En pocas horas pasarán por allí, y Leonor está decidida a defender el resquicio de poder que le resta desde las poderosas atalayas de la fortaleza. Sin embargo, conforme se acercan a Medina Sidonia, va perdiendo la ya de por sí escasa confianza. Las miradas que lanzan a ella y a sus hijos han pasado de reflejar inquietud a

rebosar de la misma sorna y la condescendencia que en su día ella misma tanto prodigó; se da cuenta entonces de que sus peores temores se han estado fraguando frente a sus ojos sin haber podido hacer nada por evitarlo.

La carreta que transporta los restos del rey se mueve con lentitud. Los que conspiran contra Leonor, todos aquellos que le guardan un rencor que ella, en el fondo, sabe merecido, cabalgan por delante, adivinando sus intenciones de refugiarse en Medina Sidonia. Podría haberse adelantado, haber espoleado a su yegua para llegar a su destino lo antes posible, pero de alguna forma está cautiva, anclada junto al cuerpo que tanto ha amado, que le concedió todo lo que quiso, que la convirtió en la mujer más poderosa de Castilla y que ha terminado por transformarse en un lastre para ella. No puede, ni quiere, dejarlo atrás. Sabe que al acompasar el paso de su yegua al de los lentos bueyes está condenando toda posibilidad de salvación, pero ni aun así es capaz de abandonar la custodia del rey. Se mantuvo a su lado en vida, y ahora, en la muerte ignominiosa que se lo ha arrebatado, debe mantener las promesas de tiempos más felices. Le gustaría poder decir a sus hijos que apresuren el paso, que se adelanten al cortejo para ponerse a salvo, pero tal cosa sólo serviría para que cayera sobre los gemelos la sospecha de traición que ya pende sobre ellos. En cierto sentido, están atrapados.

El cielo ha amanecido cubierto ese día, aunque no amenaza lluvia. Las nubes conforman un uniforme velo gris claro a través del cual se intuyen, a ratos, los rayos de un sol escuálido que apenas es capaz de arrancar unas débiles sombras al cortejo fúnebre del rey. Cuando, a lo lejos, Leonor adivina las murallas de Medina Sidonia, el nerviosismo se apodera de ella. Sabe que sus enemigos ya han pasado por allí, y la inquietud hace mella en su ánimo. Siente un hormigueo que le recorre la espalda, dolorida después de tantas horas de viaje, y también una náusea que no termina de manifestarse, como atorada entre su pecho y la garganta. Al salir de Tarifa se negó a confinarse entre los doseles del carruaje en el que normalmente viaja. Prefería cabalgar para no perder de vista los restos del rey ni los movimientos de aliados y enemigos. Ha puesto como excusa la necesidad de tomar el fresco después de tantos días

compartiendo el mismo aliento putrefacto que exhalaba el agonizante rey en su lecho, pero el aire tibio del campo no la ha tranquilizado; ni siquiera lo percibe, sino que respira de manera casi angustiosa, acompañando cada nueva inspiración con un movimiento discreto aunque ansioso de sus ojos en busca de sus hijos y sus parientes. Ha pasado lista incontables veces, recordando qué lugar ocupaba cada uno al emprender el viaje y los sutiles cambios que se han ido produciendo en el camino. Ningún gesto ha escapado a sus ojos pardos, ahora fríos y oscuros después de haber perdido todo rastro de alegría o de pasión. Tiene la mirada de un animal asustado y, aunque se esfuerza mucho por no delatar su creciente desasosiego, a veces no puede reprimir algún gesto involuntario y se sorprende a sí misma rascándose el cuello hasta dejarlo enrojecido e irritado; o, peor aún, mordiéndose las uñas, un vicio que había logrado vencer años atrás pero que ha vuelto de nuevo con fuerzas renovadas. Por fin, tras una buena media hora de malestar indecible, Leonor entra en lo que son sus dominios para encontrarse con que ya todo está hecho. El rey don Alfonso le otorgó la villa en su día como muestra de su afecto, y ella, que nada sabía ni sabe sobre cómo administrar semejante regalo, se la confió a don Alfonso Fernández Coronel.

El ilustre caballero, alguacil mayor de Sevilla y privado de Alfonso XI, sale a recibirla ante las puertas de la fortaleza. Es un hombre alto y delgado, tan delgado que parece que la piel descansa directamente sobre los huesos. El escaso cabello grisáceo que aún le queda, largo hasta los hombros, ondea con la leve brisa que se ha levantado. El día se ha vuelto turbio, y las nubes se han difuminado hasta formar un tapiz levemente rojizo que esconde con eficacia al sol y hace difícil concretar la hora del día. Bajo esa luz tan extraña, don Alfonso adquiere un aire cadavérico. O quizá doña Leonor lo ve así por el recuerdo reciente del cuerpo de su difunto amante, pero también es cierto que don Alfonso, sin haber cumplido todavía los cincuenta años, ya es un hombre viejo.

Leonor desmonta de la yegua ayudada por dos sirvientes y se planta frente a él para descubrir que no va a recibir reverencia alguna. La frialdad con que es recibida le muestra dos cosas: que

sus enemigos ya han hecho una visita a don Alfonso, y que ésta ha sido fructífera. Por un momento, es incapaz de no sentirse profundamente herida en su vanidad, obviando el infortunio que la ausencia de este gesto anticipa. Se avergüenza de ello mientras camina al interior de la fortaleza; su fortaleza, suya por la voluntad del difunto rey, aunque apenas la haya visitado en un par de ocasiones. Las rentas de las tierras que la rodean llegaban con puntual diligencia, así que no había motivo para que, ignorante por lo demás sobre estas cuestiones pecuniarias, Leonor se dignara a visitar su señorío. Eso hubiera implicado abandonar su lugar junto al rey, algo que ni siquiera ahora que se pudre en un ataúd ha hecho.

Nada más traspasar las puertas, Leonor percibe que Medina Sidonia la trata como una extraña. Los criados y la guarnición la miran con curiosidad y recelo. Nadie se inmuta ni acude al encuentro de la que legítimamente es su señora, y hasta las piedras parecen serle hostiles. Todo se conjura para hacerla sentir como una intrusa; apenas ha entrado y ya tiene ganas de salir corriendo de allí. Nada ni nadie se mueve, a excepción de los dos sirvientes que la han acompañado hasta allí. Don Alfonso, por su parte, permanece inmóvil y frío bajo el arco de la entrada donde la ha recibido. Leonor se da la vuelta para encararse con él, pero el otro se le adelanta:

–Mi señora, como bien sabéis, fuisteis vos quien me encomendó el cuidado y protección de esta villa que es vuestra por mandato real, y de la misma manera que me concedisteis esta merced os pido que la toméis de vuelta para entregarla a quien consideréis más adecuado, pues no es mi voluntad seguir a cargo de ella por más tiempo.

En realidad, con estas palabras, que brotan duras y secas de sus finísimos labios, lo que el señor de Aguilar está diciendo es que ya ha escogido un bando en el que militar, y que ese bando no es el suyo. Se unirá al nuevo hombre fuerte de Castilla, don Juan Alfonso de Alburquerque, quien sin duda se ha adelantado a Leonor y lo ha convencido para que la abandone y se una a su causa, la causa del rey don Pedro, la causa de la hasta ahora vilipendiada reina madre doña María de Portugal. Este primer movimiento de la guerra que amenaza con desatarse no por ser

esperado es menos descorazonador. Leonor vuelve a sentir náuseas y cómo las palabras se le atoran en el pecho. Durante un instante que es muy corto, tiene la ingenuidad –o la soberbia– de creer que lo que diga a continuación puede hacer cambiar de parecer a don Alfonso. Las manos le tiemblan mientras trata de buscar las palabras adecuadas, hasta que la realidad se impone a la fantasía de volver a los tiempos en que sus deseos eran tomados como órdenes. Sólo entonces, cuando asume que don Juan Alfonso de Alburquerque le ha ganado esta partida, se tranquiliza.

–Cuando yo era fuerte, no dudasteis a la hora de haceros cargo de esta villa, y ahora, como se disponen a hacer todos, me abandonáis –le reprocha Leonor, irritada–. Pero no seré yo quien os retenga en contra de vuestra voluntad. Mas no olvidéis esta advertencia: llegará el día en que lamentéis este momento, no porque pueda llegaros venganza alguna por mi parte o la de mi familia, sino porque no los hay más traicioneros que aquellos a los que ahora corréis a servir.

Aunque no pronuncia estas palabras como una profecía, terminarán cumpliéndose en no demasiado tiempo. Habrá lugar para ocuparse más adelante del infortunio de don Alfonso Fernández Coronel y su familia; ahora, sin embargo, la que recibe el primer golpe de la fortuna es doña Leonor de Guzmán.

A la que fuera barragana del rey Alfonso le parece terriblemente injusta la forma en que sus temores se han concretado. Ella, por cuyo homenaje y servicio hubieran matado esos mismos señores que ahora la repudian, no encuentra quien la sirva. El señor de Alburquerque ha hecho bien su trabajo, y ya nadie le dará cobijo ni protección. Su nombre es sinónimo de traición en ciernes, como el de todos aquellos a los que ya se supone conjurados: sus hijos, el resto de sus parientes, los pocos aliados que todavía conserva. Todos se encuentran bajo sospecha. Tanto es así que Leonor se niega a salir de Medina Sidonia.

Tras tomar la decisión –o más bien abrazarla, porque no la ha meditado; ha brotado de forma instintiva de sus entrañas en cuanto Alfonso Fernández Coronel ha abandonado la fortaleza– y comunicarla a través de un criado a sus hijos y al resto de los grandes señores de Castilla, vive por fin un breve instante de paz.

Se da cuenta de que ha dejado de importarle el destino de los restos mortales del rey. Ha pasado su luto al cruzar las puertas de Medina Sidonia, y ya no queda en ella un atisbo de nostalgia, tan sólo la premura por asegurar su supervivencia y la de su estirpe, que es también la del rey, lo cual la consuela, pues lo abandona por asegurarse el bienestar de aquellos que portan en sus venas esa misma sangre real que en el rey don Alfonso ya no es más que una masa informe, negra y coagulada, en el fondo de su cadáver.

Su reticencia a reincorporarse al cortejo fúnebre aumenta la suspicacia de sus enemigos. No pasa demasiado tiempo y ya comienza a crecer entre los nobles del reino la convicción de que lo más oportuno sería apresar a los hijos bastardos del rey para que no se levanten en armas, antes de que puedan huir para esconderse en algún agujero desde el que, sin duda, tratarán de hacerse con el trono.

Hay un intercambio de mensajes que dura unas pocas horas. El primer emisario llega al poco de saberse que Leonor se niega a abandonar Medina Sidonia. Es un hombre de mediana edad, bajo, orondo y rubicundo, cuyo nombre debería conocer, pues, a pesar de aventajar en no pocos años a su hijo Fadrique, sirve a sus órdenes como caballero de Santiago, pero no es capaz de recordarlo ni tiene intención de preguntarlo ahora.

–Mi señora, vuestros hijos están inquietos con la decisión que habéis tomado de permanecer en vuestro señorío, y os piden que volváis junto a ellos sin tardanza –le dice el caballero con un cierto temor en la mirada, lo cual complace enormemente a Leonor, quien lo considera como una prueba irrefutable de que no ha perdido aún todo el poder y el miedo a su persona.

–Pues, si tan inquietos se encuentran, que vengan ellos mismos a convencerme.

Al decir esto se equivoca. Leonor se da cuenta. Ha intentado frenar sus palabras, pero, antes de que pudiera conseguirlo, ya se habían deslizado por su lengua. Le ha podido el despecho y los deseos más primarios, la necesidad de tener a sus hijos cerca para protegerlos, cuando, sin embargo, ella es la primera que se ha convertido en una apestada, como el rey don Alfonso, pues la presencia de sus hijos los heriría, los quemaría, los convertiría de

sospechosos en culpables probados. Y así se lo hace ver el mensajero.

–Os puedo asegurar que nada gustaría más a mi señor don Fadrique y a su hermano don Enrique que encontrarse con su madre –dice con vehemencia el caballero de Santiago–, pero vuestros hijos temen que, si se condujeran de esta manera, aunque grata a lo que desean sus corazones, podrían confundir a no pocos de los que, como bien sabéis, conspiran a vuestras espaldas, y les darían razones para creer que ellos mismos también se rebelan contra el rey.

–Yo no me estoy rebelando contra el rey ni contra nadie –protesta doña Leonor, enfurecida–. Tan sólo me guardo de las iras que están por venir y que temo que se dirijan no sólo contra mi persona, sino contra mis hijos, de quienes con tanto afecto habláis.

–Por esa misma razón es por la que debéis volver con ellos, para que nadie caiga en la tentación de levantar falsas acusaciones de traición contra vuestra sangre.

Pero Leonor no se deja convencer, y el caballero de Santiago se retira anadeando, más aliviado de dejar su presencia que preocupado por no haber logrado su objetivo. «Al menos, yo lo he intentado», se debe de decir mientras abandona Medina Sidonia para informar a los gemelos.

Varios mensajeros más fracasarán en el mismo lugar en que lo ha hecho el caballero de Santiago. Se van sucediendo en orden creciente de importancia. El último de ellos es don Pedro Ponce de León, señor de Marchena y pariente suyo, pero ni la cercanía de la sangre ni las palabras melifluas con las que intenta hacerla desistir de su empeño logran hacerla cambiar de opinión. Todos y cada uno de ellos se marchan con la misma frustración y desconcierto. Nadie entiende qué es lo que se propone, qué es lo que espera ganar cuando lo único que puede conseguir si sigue atrincherada allí es perder lo poco que le queda.

Su tozudez, además, sólo sirve para aumentar el fastidio de los que todavía le guardaban algún tipo de afecto, deseosos de llegar por fin a Sevilla y verse liberados de su fúnebre cometido. El viaje no es largo, pero acumulan el cansancio de las terribles semanas en el asedio a Tarifa, en guerra primero contra los

moros, más tarde tratando de protegerse de la invisible amenaza de la peste.

El duque de Alburquerque, a unas leguas de distancia, ha estado esperando a que Leonor cometiera exactamente este error. Como hombre en extremo astuto y avispado, sabe que sólo tiene que hacer llegar a los oídos de la amante del difunto rey la amenaza de hacer prender a sus hijos. Es un gran estratega don Juan Alfonso, así que no se le escapa que la prisión de los hijos bastardos del rey sería más importante que la de su madre; sin embargo, es a ella a quien quiere la reina doña María, y, si él desea mantener su posición preeminente en la corte, convertirse en las manos del rey, en la voz que susurre en sus oídos, debe contar con las bendiciones de la reina madre. Por eso no puede dejar que Leonor se atrinchere en la fortaleza y hace correr la voz de que se prepara el prendimiento de don Enrique, don Fadrique y sus parientes, aunque con ello pierda la ventaja que tiene sobre ellos al proporcionarles tiempo suficiente para huir. Ha de elegir entre dos piezas de caza, cada una conveniente a su manera, y elige a Leonor; entre otras razones, porque Medina Sidonia es una fortaleza para cuyo asedio el diezmado y desmoralizado ejército no está preparado. Además, inaugurar su hegemonía en Castilla alzando las armas contra Leonor en presencia del cadáver del rey le parece tan indecoroso como poco conveniente. Un acto semejante tan sólo aceleraría la guerra, y todavía no se siente lo suficientemente seguro como para aventurarse en algo así. Es mejor dejar que los hijos escapen, que no se desenfunde una espada, que sus hechos los delaten y los condenen y que él sólo tenga que recoger los frutos de sus intrigas, sin exponerse. Es tan sencillo como susurrar unas palabras y esperar a ver cómo cada cual sucumbe al pánico y a la imprudencia.

–Si la madre no sale y el padre está muerto, habrá que ver qué se hace con los hijos, que es bien sabido que a estas edades les pueden los ímpetus y no es menester que anden por ahí sin que nadie se haga cargo de ellos –dice el señor de Alburquerque, quitándole importancia a su comentario, como si lo pensara en voz alta y no hubiera planeado meticulosamente ante quién pronunciaba sus palabras.

–¿Estáis pensando en prender a los hijos de doña Leonor? –se apresura a preguntar uno de los muchos nobles que han venido a lamerle las botas tras reconocerlo como nuevo señor de Castilla.

–Yo no he dicho tal cosa, ni tampoco la contraria –resuelve don Juan Alfonso, pretendiendo sonar enigmático cuando su intención es justo la opuesta: que se entienda bien lo que insinúa, que las palabras vuelen raudas y recorran la comitiva de cabo a rabo, que hasta el finado rey don Alfonso las conozca y se estremezca en su ataúd.

* * *

Cuando el rumor llega a sus oídos, ajustándose sin saberlo –o sabiéndolo pero sin poder evitarlo– al plan de don Juan Alfonso, Leonor decide claudicar para salvar a sus hijos. Demanda garantías para salir de la fortaleza, con una vehemencia que se parece un poco, quizá demasiado, a la desesperación, y eso es algo que don Juan Alfonso es capaz de oler a distancia. Aun así, se muestra misericordioso en su victoria. Es momento de ser generoso, compasivo, magnánimo, pieles todas ellas que visten muy bien cuando se estrena en el poder y uno quiere ocultar lo que estremece de verdad a las carnes pálidas y frías después de tantos años lejos del calor que emana de la corona. Don Juan Alfonso se relame, pero se guarda los colmillos para más adelante. Es hora de probar su buena voluntad, si es que tal cosa es capaz de anidar en él, así que el emisario que envía a Medina Sidonia es el de mayor alcurnia de los que han desfilado hasta el momento por allí: don Juan Núñez, señor de Lara y de Vizcaya.

El señor de Lara es un hombre roto a sus treinta y cinco años. En algún momento saltó de la juventud a la vejez. A pesar de ello, en su cuerpo algo encorvado, maltrecho por las heridas de decenas de batallas, corre la sangre de los reyes de Castilla y de Francia. Y este anciano prematuro es venerado y respetado por la nobleza castellana; su palabra está investida de la autoridad de su linaje y la grandeza de sus señoríos. Tanto es así que, cuando garantiza a Leonor su seguridad y la de su familia, ésta no duda en abandonar la fortaleza por su propia voluntad. Y no es que

crea en sus palabras. Probablemente, el señor de Lara no sea consciente de que está mintiendo; sin embargo, su mera presencia allí le cuenta a Leonor que don Juan Alfonso de Alburquerque ha sabido atraer a su bando a los más importantes prohombres de Castilla, que ya ha perdido, que no hay otra salida que la que le señala con gentileza el último y más insigne de los emisarios. Y por eso se pliega entre sonrisas a los requerimientos de este hombre encogido y arrugado a destiempo y acepta sus lisonjas como si las creyera. Porque ahora Leonor debe tener fe, debe ser una verdadera creyente y dar testimonio del amor que siente por sus hijos, convertirse en mártir complaciente, cualquier cosa con tal de darles una oportunidad, por exigua que sea. Así, doña Leonor abandona Medina Sidonia para cambiar una sangre por otra, la suya por la de sus hijos. A ella, en cambio, si tuviera la capacidad de elegir, de despegarse de todo lo que ha ido ocurriendo desde que murió el rey don Alfonso, de todas esas cosas pegajosas que se le han ido adhiriendo en el camino desde Tarifa como sanguijuelas, como los efluvios que emanan del cadáver de su amante y se le enroscan en la nariz, como las traiciones que le gotean en los oídos, sería otra sangre la que le gustaría derramar. No la de la reina doña María, pues es consciente de que ella también está condenada al olvido cuando llegue el momento; es la sangre de don Pedro la que anhela Leonor. Y no desea su desgracia por maldad, sino porque es él, y sólo él, quien con su mera existencia se interpone en el camino de sus hijos al trono. Lo piensa en plural, pues, a pesar de que Enrique es el mayor y a quien le correspondería la corona, el favorito de su madre siempre ha sido Fadrique.

Para Leonor, lo único importante en el mundo eran el rey y sus hijos, lo que en el fondo venían a ser la misma cosa, transmutado el uno en los otros a través de sus entrañas. Ahora sólo le quedan los hijos, y bien vale la pena abandonar este mundo si así logra salvarlos. A punto estuvo ya de morir al parirlos. Cada parto había sido para Leonor –como para todas las mujeres de su época– una ordalía, mas en aquella ocasión fue la más grande de todas; no sólo fue capaz de superarla, sino que consiguió que ambos bebés sobrevivieran. Una vez pasados los

primeros meses de incertidumbre, cuando aquellos niños delgados y pálidos como nácar comenzaron a crecer contra toda expectativa, no resultó difícil para su madre elegir entre uno de los dos. No tuvo que pensarlo, surgió de forma instintiva, y, aunque se resistió a ello en un principio, luego dejó de cuidarse de disimular su preferencia. Aun así, cualquiera de los dos le valdría como rey; incluso alguno de los pequeños, a los que aún no ha llegado a amar tan profundamente, porque el amor de Leonor siempre se demora en crecer, hay que ser paciente para lograrlo, salvo con las dos excepciones del rey Alfonso y de Fadrique. Ahí no tuvo más que dejarse llevar por lo que le dictaba su instinto. Pero nadie tiene en cuenta ya sus preferencias. Don Pedro ha sido coronado rey, es ya su señor y al mismo tiempo lo supone el instrumento de su madre doña María para devolverle todo el dolor que ella le causó en su día. Hay odio en Leonor, pero es un odio imaginario, anticipado, extraído del futuro que imagina para aplicarlo hoy, en este preciso momento de desgracia, como bálsamo sobre la herida que ha resquebrajado su orgullo. Odia a doña María por lo que está todavía por ocurrir. A don Pedro, en cambio, no lo odia; no es más que un estorbo, un obstáculo que hay que salvar y por el que no siente afecto alguno, ni pena, tan sólo una vaga repulsión que despierta en ella su rostro pálido e inexpresivo de adolescente enfermizo y pusilánime, marioneta inerte en manos de su madre. Y, aun así, acaba de vencerla. Lo ha hecho sin saberlo, sin tomar parte en ello. Es un rey ciego en manos de lazarillos taimados que han designado a Leonor como su mayor enemigo.

La otrora poderosa barragana sale derrotada de Medina Sidonia y se reincorpora al cortejo fúnebre del rey Alfonso. La comitiva ha estado esperando lánguidamente a que algo ocurriera y ahora, con su llegada, una energía vibrante parece recorrerla. Los acontecimientos, como si hubieran estado esperando una señal, se precipitan entonces. Ella está demasiado lejos como para escuchar los caballos que se alejan al galope o como para ver la nube de polvo que levantan los fugitivos. Pero sí oye las voces que dan órdenes, el nombre de sus hijos, el suyo propio. La corriente plácida de la comitiva se revuelve e invierte su sentido.

De repente, los soldados la rodean, y no hace falta que pregunte nada, porque no tardan en escupirle a la cara la respuesta a la pregunta que no se ha atrevido a enunciar:

–Tus bastardos han huido –le recrimina uno de aquellos hombres.

Puede que sea la primera vez que vea a ese hombre, o puede que ya lo conociera, pero está segura de que jamás se hubiera atrevido a dirigirse así a ella apenas unos días antes. Y es verdad que son sus hijos pero, sin embargo, la mera mención de su ilegitimad le enciende las entrañas. A Leonor le gustaría expulsar ese fuego y quemarlos a todos, reducirlos a cenizas para purificar sus lenguas, pero sabe que no puede hacerlo. En su lugar, se calla y lo extingue con las lágrimas que no deja brotar.

Más tarde sabrá cómo ha sucedido todo: los gemelos, nada más saber que había abandonado Medina Sidonia, sin atreverse a acercarse a ella porque temían que fuera una trampa para prenderlos, huyeron en busca de refugio a las plazas fuertes de sus parientes: Enrique, a Marchena, con don Pedro Ponce de León; Fadrique, al castillo de Morón, propiedad de la orden de Calatrava. Han dejado a Leonor sola, rodeada de enemigos, pero nada puede ella reprochar a sus vástagos, pues no han hecho otra cosa que traicionarse mutuamente. El amago de huida de la madre ha condenado a los hijos, y la huida consumada de éstos convierte en rehén a su madre, que ahora sí que es confinada en su carruaje, alrededor del cual se forma una guardia de soldados rudos y soberbios que no pueden evitar lanzar miradas de codicia sobre las joyas que, por poco tiempo, todavía luce.

Los cortinajes de un blanco amarillento del carruaje sirven de primeros barrotes en su cárcel itinerante. Tras ellos, aislada de toda noticia del mundo exterior, Leonor amasa su odio, que ya no es anticipado ni imaginario, sino real y tangible. Se abandona a él, lo abraza como lo haría con sus hijos, lo hace fermentar y crecer hasta que amenaza con ahogarla. Al principio, nada más abandonar Medina Sidonia, se trataba de un odio impersonal, que tan pronto saltaba de don Juan Alfonso como a la reina, sin olvidar a don Pedro, pese a que sea el más inocente de los hombres en cuanto a sus desdichas se refiere. Le deseaba la muerte, como siempre se la ha deseado, pero ahora de una

manera más desprendida, desprovista de las aristas que guarda contra su madre. Hasta este momento de cautiverio y derrota, de madre abandonada y de viuda de un marido que nunca lo fue, era la posición de don Pedro lo que aborrecía, el lugar que ocupaba como presunto heredero al trono, que ella sentía que les usurpaba a sus propios hijos, que tal vez no estuvieran bendecidos por Dios o por la ley, pero que lo estaban por el amor sincero que se profesaban sus padres. De hecho, corren rumores de que ya en su día había intentado acabar con la vida de don Pedro cuando aún se encontraba en el vientre de su madre, como ya hizo con el efímero príncipe legítimo que le precedió, pero que fracasó.

Poco a poco, conforme van acercándose a Sevilla, a la reina doña María y al recién proclamado rey don Pedro, el odio de Leonor se concreta en la madre y en el hijo. Si de su voluntad dependiera, ella misma llevaría a cabo la tarea en la que otros, tan sombríos como poco dignos de confianza, fallaron dieciséis años atrás. Atravesaría la carne pálida del joven rey con un puñal hasta empaparse con su sangre; cerraría las manos en torno a su delgado cuello hasta que el rostro del rubio adolescente se volviera morado y las decenas de espinillas que lo jalonan reventaran y sus ojos, de ese inquietante azul pálido, se volvieran rojos primero, del gris ceniciento de la muerte después. Luego, arrojaría su cadáver a los perros de caza para que lo despedazaran y royeran sus huesos. Sería despiadada con el cuerpo de don Pedro como un niño con el juguete o el muñeco que le ha robado al hermano al que quiere castigar. Se convertiría por primera vez, y con gusto, en una mujer violenta sólo para que su madre doña María lo viera todo. La obligaría a mirar, a no perder detalle de la muerte y destrucción de su único hijo, ese que nunca debió llegar a nacer y, si lo hizo, si al final vino al mundo, no fue porque Leonor no intentara impedirlo. Tal vez perdiera la oportunidad entonces, cuando no se atrevió a ejecutar el crimen por su propia mano y, en su lugar, recurrió a las más oscuras artes para evitar que don Pedro existiera. Cuánto se arrepiente ahora de no haber usado el veneno que tuvo consigo; aquel frasco ambarino y ahora perdido podría haber cambiado su suerte y la de sus hijos.

Burgos, 1334

Dicen que fue cosa de brujería. Por no perder un reino, que ya sentía como suyo a través de los hijos que le había dado al rey, Leonor recurrió a los servicios de una hechicera mora de quien aseguraban que tenía facilidad de trato con el diablo y cuyos conjuros se tenían por terribles hasta tal punto que ni las plegarias ni las reliquias de los santos podían romper sus maleficios.

Nada más saber del embarazo de la reina doña María, circunstancia a todos ocultada hasta que ya fue público y notorio por lo abultado de su vientre, Leonor mandó que buscaran a la mora. Había tenido noticias de ella por una de sus sirvientas, una muchacha supersticiosa hasta el ridículo y tan poco agraciada que suplía su falta de belleza con una imaginación dada en exceso a las historias fantásticas. Era, a su manera, un compendio viviente de todos los prodigios, verdaderos o inventados, que acontecían en la época, aunque también guardaba en su asombrosa memoria el relato de otros muchos ocurridos en el pasado. La mora, según le dijo a su señora, no tenía nombre, pues de esta forma el diablo no podía encontrarla a menos que fuera ella quien lo invocara. Se decía que era muy difícil dar con su paradero, pero, cuando un corazón se volvía negro y bullía de odio y de deseos de infligirle daño a alguien, aparecía como por ensalmo para ofrecer sus servicios infernales.

El temor de Dios nunca fue uno de los grandes miedos de Leonor. Ella temía a los hombres y a lo que éstos pudieran hacer, de manera que, venciendo su reticencia inicial a verse envuelta en tratos con el maligno, la ya por entonces amante del rey y madre de unos cuantos de sus bastardos se encomendó a las artes oscuras para evitar el nacimiento del futuro heredero. La corte se encontraba entonces en Burgos, y todos estaban expectantes ante la inminencia del parto real. Doña María ya había dado al rey un hijo, Fernando, que no llegó a cumplir el año. En aquella ocasión, fue la voluntad de Dios la que evitó que el rey don Alfonso tuviera un heredero. Y Leonor no estaba dispuesta a arriesgarse a que esta vez la Divina Providencia no la favoreciera. No en vano, vivía en concubinato con el rey, gozaban de su

adulterio sin vergüenza ni pudor alguno y había alumbrado ya a cuatro hijos bastardos. Además, volvía a estar embarazada. Su prole crecía sin cesar, y era ya demasiado numerosa como para no suponer una amenaza para la reina; si ésta era capaz de parir un heredero sano, se vería fortalecida, y Leonor nunca sería más que la amante, la madre de unos simples bastardos como tantos otros. Puede que su fertilidad fuera extraordinaria, mas sus frutos no habían nacido en el seno del matrimonio, y eso hacía que fueran de segunda categoría. En cierto sentido, se consideraba a sí misma desahuciada por todo orden divino y humano. Don Alfonso jamás rompería su matrimonio con la reina, porque eso supondría poner en peligro su alianza con el rey de Portugal. Y Leonor no se engañaba; se conformaba con tener para sí el amor del rey y engendrar una descendencia que fuera tan numerosa que, por la fuerza de la multitud, supusiera alguna diferencia en el momento de la sucesión. Pero sus planes, que más que planes eran ensoñaciones a las que se abandonaba cuando don Alfonso partía del lecho para guerrear en la frontera con los moros, fracasarían si nacía un varón legítimo, así que no tenía nada que perder. Su alma ya estaba condenada de antemano por adúltera, un pecado del que sabía que jamás podría arrepentirse. Al margen de toda salvación, estaba dispuesta a que las terribles fuerzas del averno llegaran hasta donde ella no podía.

Y así Leonor dio orden a la sirvienta de que buscaran a la mora, y, aunque ésta ya le había advertido que era casi imposible dar con la hechicera, pensó que por ser ella quien lo mandaba esta vez la encontrarían sin mucha tardanza. No fue así como ocurrió. De pronto parecía que nadie había oído hablar de tal hechicera ni, menos aún, tenido trato con ella. La buscaron en los montes y en las cuevas donde decían que se habían refugiado los últimos sarracenos y que aún eran frecuentadas por los que todavía adoraban en secreto a su dios, pero a nadie encontraron allí.

Una noche, cuando ya empezaba a olvidarse de aquella absurda empresa, estando doña Leonor sola en sus aposentos, acostada en el lecho pero sin poder dormir ante el anuncio del inminente parto de la reina, oyó cómo la puerta de su cámara se

cerraba con un crujido. No tenía conciencia de que la puerta estuviera abierta previamente, así que miró a su alrededor en busca del intruso que por seguro acababa de colarse en su alcoba. La luna brillaba casi llena en un cielo de raso negro a través de la ventana que había dejado abierta para aliviar el calor de agosto. Al principio, sólo distinguió una silueta surgida de las sombras. Se desplazaba lentamente, como un susurro, pegada a la pared. Más que un cuerpo, parecía como si la propia piedra adquiriera relieve y se ondulara como una ola. Leonor gimió y se tapó instintivamente con la sábana que había apartado por el calor hacía apenas unos instantes, pero dejó la cabeza fuera. Había algo hipnótico en la forma de moverse de aquella presencia indeseada. Poco a poco, la sombra pareció cobrar forma hasta adquirir la consistencia de un cuerpo que se interponía entre ella y la luz de la luna. El rostro permanecía oculto, pero se adivinaban los ropajes, el vestido y el velo de seda bajo la capa que la había hecho mimetizarse con la piedra de la pared, y en el rostro, por todo elemento visible, dos ojos enormes que brillaban con el resplandor rojizo del fuego cuando se apaga. Sólo que estas ascuas no se apagaban; mantenían el vigor de su llama clavado en ella.

–Vos sois la mora –dijo Leonor, dejando a un lado el miedo inicial.

–Y vos me estabais buscando –replicó la sarracena con un acento extraño, impropio de los suyos al hablar castellano. Era más ronco y más afilado, y sibilante al mismo tiempo.

En realidad, ya no la buscaba, y tal vez por eso era que había acudido a su presencia.

La conversación duró poco. Leonor se esforzó en parecer que detentaba algún tipo de autoridad, pero resultaba difícil mientras estaba tumbada en la cama. Cada vez que hacía el ademán de incorporarse, la mora retrocedía hacia la ventana y se volvía un poco más etérea, como si su existencia en aquel lugar dependiera de que nadie pudiera aproximarse a ella, y menos aún tocarla o mirarla de cerca.

–Necesito que el hijo que espera la reina doña María no nazca nunca, y que se lleve con él al infierno a su maldita madre –susurró Leonor, sin tratar de ocultar cuán terrible era lo que le

estaba pidiendo.

La mora no se inmutó. Asintió con un leve gesto de su cabeza en penumbra y puso su precio, que no sólo era material, sino que llevaba aparejado otro tipo de recompensa, algo tan aterrador que Leonor no pudo evitar estremecerse.

Aunque todos los rumores coincidieran en admirar con un miedo reverencial los poderes de la mora, Leonor era lo suficientemente práctica como para exigir una prueba de sus habilidades. Una cosa era ser capaz de introducirse en sus habitaciones sin ser vista y rodearse de ese halo etéreo y fantasmal; otra muy distinta, ser capaz de invertir la naturaleza y torcer la voluntad de Dios.

–Antes de cerrar el trato, necesito comprobar que sois capaz de hacer lo que decís.

Y así lo hizo la sarracena. Señaló con su voluntad impía a una criada embarazada de la corte y le prometió a Leonor que vería el resultado al día siguiente. Al momento, volvió a fundirse con las sombras y, ágil como un gato, volvió a salir de la alcoba sin hacer el más mínimo ruido.

La mora demostró con creces sus habilidades. Con sus artes maléficas, impidió el parto de la criada durante horas que se convirtieron en días, hasta que la madre, agotada, sucumbió sin haber dado a luz. Y todo lo hizo sin que Leonor estuviera presente, desde la oscuridad de su refugio en los montes, del que nadie sabía su ubicación exacta, que bien podría no existir o encontrarse alojado en una grieta entre este mundo y el otro, resguardada de las miradas de los simples mortales, al amparo de las sombras a las que servía. Esta prueba con que demostró su pericia ante Leonor podría haber sido una casualidad, como mucho una profecía de lo que iba a suceder a la pobre criada embarazada, pero la desesperada amante dio por buena la demostración en otra intempestiva visita a su alcoba, y se emplazaron para volver a poner en marcha los horrendos sortilegios una vez que la reina se pusiera de parto. Sólo que, además de las monedas, la mora sin nombre exigió que Leonor estuviera presente para compartir la culpa del inefable conjuro. Entregar parte de su alma formaba parte del precio de su victoria, y a Leonor todavía le pareció barato en comparación

con lo que podía llegar a ganar.

Se conjuraron en un abismo en lo más profundo del palacio. Llegado el día, la mora guio a Leonor por pasadizos y escaleras que descendían sin descanso, como si el deber de cada escalón, de cada pendiente, fuera el de precipitarse hacia un vacío escondido. La mora abría la marcha portando una tea que arrancaba destellos amarillos a sus enormes ojos, ahora profundamente oscuros, pero que iban adquiriendo un aspecto cada vez más animalesco y rojizo conforme se acercaban a las entrañas de la tierra.

Muy por encima, en su alcoba, la reina aullaba de dolor, rodeada de físicos y doncellas, de parteras y criadas, de curas que murmuraban plegarias y del propio rey, que por primera vez pasaba más de unos minutos junto a su esposa, ansioso por ver salir de entre sus piernas a su futuro, el heredero que prolongaría su estirpe y su obra en el tiempo, su retazo de inmortalidad. Era como si estuviera esperando verse nacer a sí mismo para empezar otra vez el ciclo de su vida, para arrancarle unos años más al tiempo y de esta manera corregir sus errores, ampliar sus conquistas, detener a la muerte. Por debajo, Leonor seguía a la mora, preguntándose cómo había llegado a tener conocimiento de ese lugar, si realmente se encontraban aún bajo el palacio o ya habían traspasado, sin darse cuenta, las puertas de alguna antesala del mismo infierno. Al comenzar el descenso, el frío había sido terrible, y Leonor se había tenido que arrebujar en su capa. La mora, en cambio, llevaba una fina túnica de un negro transparente del que surgían desnudos dos brazos de piel oscura que parecían inmunes a la atmósfera gélida de aquel lugar. Después, cuando ya llevaban recorrido un buen trecho, la temperatura comenzó a ascender, hasta que el calor se hizo casi insoportable y el aire adquirió la consistencia densa de una niebla espesa y pegajosa. Leonor se desprendió con aprensión de la capa, pues le pareció que no sólo la había protegido del frío, sino también de las sombras amenazadoras que la llama de la tea proyectaba sobre la pared de roca enmohecida, que intentaba evitar tocar a toda costa. Los escalones se fueron volviendo más toscos e irregulares hasta que, por fin, llegaron a su destino. Tras pasar bajo un arco de piedra labrado con formas monstruosas,

entraron en una estancia circular cuyo techo era indistinguible en las alturas. Se encontraban en el fondo de un pozo de oscuridad infinita, enterradas en la profundidades del palacio; pero, al mismo tiempo, Leonor podía sentir que, de alguna extraña forma, estaban conectadas con lo que ocurría arriba, mucho más arriba, donde no había oscuridad ni sombras, sino una mujer tratando de dar a luz.

Leonor, siguiendo instrucciones, se hizo a un lado y se sumió en un sopor inquieto mientras veía cómo aquella aliada de Satanás se esmeraba en prepararlo todo. Sin embargo, por mucho que tratara de prestar atención a cada detalle, no era capaz de fijar en su memoria lo que sus ojos estaban viendo. Las imágenes se volvían borrosas apenas un instante después; ninguno de los movimientos de la mujer tenía lógica cuando los interpretaba en su cabeza; todos los preparativos eran un caos sin sentido. De alguna manera, era como si la hechicera quisiera evitar que Leonor descubriera sus secretos. Para cuando pudo deshacerse de ese abotargamiento, la mora sin nombre ya danzaba con los puños crispados en torno a un fuego negro que engendraba una luz blasfema que era la negación del propio sol y cantaba en su lengua áspera canciones de dolor y miseria que ascendían por entre las grietas de la roca húmeda de aquella cripta maldita. Leonor tembló, porque sabía que la horrenda melodía alcanzaba el vientre de la reina, agarrotando sus músculos y reteniendo al infante que debía nacer y no nacía, convirtiendo el útero materno en una cárcel palpitante de sangre y vísceras. Leonor era capaz de percibir el ascenso de las palabras malditas como si tuvieran forma y alma; cerraba los ojos y las veía introducirse por entre las piernas de la reina, donde llevaban a cabo su pernicioso efecto con infernal eficacia.

Mientras el sortilegio proseguía allá abajo, por encima el parto se detenía. Los médicos judíos que atendían a la reina se miraron entre ellos, temerosos de anunciar a don Alfonso que algo estaba yendo mal; que el alumbramiento de su ansiado heredero se desarrollaba contra natura; que, con cada pujo de la reina, el niño se adentraba más en sus entrañas en vez de acercarse a la luz de este mundo. Y pasaron las horas sin que el nacimiento se produjera. Entonces, el rey, que ya se había

percatado de que algo extraño estaba sucediendo, ordenó que se celebraran procesiones por toda la ciudad y que se rezara por la reina. Las reliquias de los santos fueron sacadas de sus vitrinas de oro y cristal, y los cánticos de los sacerdotes y de las monjas llegaron hasta las profundidades del pozo desde donde la mora esparcía su maldad. Pero no eran capaces de quebrar su sortilegio.

Varias horas más tarde, Leonor recibió permiso de la mora para abandonar periódicamente la cripta y enterarse de cómo se sucedían los acontecimientos en la alcoba de la reina. Podía ir y venir a sus anchas por el palacio sin que nadie reparara en ella; toda la atención estaba puesta en el parto de doña María, y ella, ignorada por todos, se sonreía al saber que las malas artes de la sarracena estaban funcionando.

En el momento en que la desesperación y la angustia se hacían ya insoportables junto al lecho de la reina, uno de los médicos judíos, astrónomo y hombre de gran sabiduría que contaba con la confianza del rey, se atrevió a acercarse a don Alfonso y susurrarle al oído:

–Mi señor, es evidente que las fuerzas del averno, que os temen a vos sólo por detrás de al mismo Dios, están conspirando para que este parto no tenga lugar. Si queremos engañarlas, haced lo que os digo: tomad a algunas sirvientas y salid de la habitación. Anunciad que vuestro heredero ha nacido. Haced tañer las campanas de toda la ciudad, que clamen todos que comenzarán los festejos de celebración de inmediato. De esta manera, tal vez logremos engañar a quien esté detrás de este diabólico conjuro; si cree que ha fracasado, cejará en su empeño por evitar que este niño venga al mundo.

El rey, ya sin esperanza alguna, hizo lo que el judío le pedía, y así Leonor, en uno de sus paseos por palacio, se enteró de que el niño había nacido y bajó corriendo, engañada, hasta la cripta donde la mora seguía danzando en torno al fuego infernal. La empujó con todas sus fuerzas mientras la maldecía por haber fallado en su cometido.

–Mala perra. ¿Qué has hecho? La reina ya ha parido un hijo.

La sarracena, a quien el ataque de Leonor había pillado de improviso mientras se encontraba apoyada en un único pie, en

precario equilibrio, cayó pesadamente al suelo con un grito de sorpresa que se transformó en pura rabia cuando dio con sus huesos contra la fría roca sobre la que unos instantes brincaban sus pies. Su grito ascendió hasta la cámara de la reina aún más rápido de lo que antes lo había hecho el conjuro, y, de pronto, como si hubiera estado acumulando fuerzas mientras el hechizo lo frenaba, la cabeza del heredero asomó por fin entre las piernas de su madre.

–Señora, ¿qué puedo hacer yo cuando es el mismo poder de Dios el que se alza contra mí? –dijo la mora, sabiendo que su tarea había fracasado por obra de engaños.

Leonor no se dignó a responder. Volvió a ascender al palacio para nunca volver a bajar a aquel pozo de oscuridad insondable, deshaciendo para siempre su asociación infernal con la hechicera.

Así tuvo lugar el tortuoso nacimiento de don Pedro. Una lucha entre dos fuerzas: una que trataba de empujarlo al mundo y otra que intentaba negarle la vida expulsándolo a lo profundo del vientre de su madre para que nunca viera la luz y, de paso, se llevara a la esforzada parturienta con él a la tumba. Sin embargo, al final terminó naciendo, y al hacerlo, aunque de modo involuntario, infligió a Leonor su primera derrota.

* * *

Esto es lo que algunos cuentan que hizo Leonor para evitar que naciera don Pedro, aunque sólo ella sabe lo que en realidad ocurrió. Tal vez la hechicera no era mora sino judía, o puede que no hubiera tal hechicera y que el crimen que intentó cometer fuera mucho más terrenal, como sobornar a alguna de las comadronas para que malograra el parto. O también es posible que no hiciera nada en absoluto, que se limitara a desear con todas sus fuerzas, con cada esquina de su voluntad, con cada pedazo de su piel, que madre e hijo murieran. Nunca lo sabremos, porque esa verdad nos está vedada. Lo que sí sabemos es que ahora, muchos años después, Leonor está a punto de llegar a Sevilla, y desde el preciso momento en que pise la ciudad pasará a ser oficialmente prisionera del rey don Pedro.

Sevilla, 1350

El palacio gótico del Alcázar de Sevilla es muy oscuro. Aún faltan casi dos siglos para que el rey emperador mande abrir unos ventanales maravillosos por los que la luz se colará a raudales, haciendo casi imposible pensar que se trate de una construcción medieval, un palacio construido en su día por Alfonso X en oposición al vecino palacio de los reyes de taifa para simbolizar el triunfo del cristianismo. Pero la oscuridad es por el momento la protagonista de sus estancias, y en ellas se está discutiendo la sucesión del trono. No se habla de quién ha de suceder a Alfonso XI, eso estuvo claro desde el primer día, sino de quién heredará la corona de don Pedro.

Leonor guarda para sí un atisbo de esperanza desde que ha sabido que el nuevo rey ha caído tan gravemente enfermo que muchos dan por hecho que morirá. No obstante, la alegría le dura poco. La corte se ha agrupado en dos bandos, pues dos son los candidatos que consideran más adecuados para suceder al efímero rey, y ninguno de esos dos es hijo suyo. La facción que encabeza don Juan Alfonso de Alburquerque pretende que el nuevo rey sea don Fernando, infante de Aragón y sobrino por parte materna del difunto rey don Alfonso, quien ya lo había señalado en su testamento como heredero en caso de que don Pedro falleciera prematuramente. El plan es que se case con la reina doña María. Él tiene veintiún años y ella treinta y siete, pero aún es fértil y, de esta forma, se salvaguardaría la alianza con su padre, el rey de Portugal; además, con este matrimonio la corona de Castilla quedaría unida con la de Aragón, y un hipotético heredero sería nieto o bisnieto de reyes de los tres reinos más poderosos de la península. Sin embargo, hay otro partido, comandado por buena parte de la antigua nobleza castellana, que ve la oportunidad de enmendar las afrentas del pasado. Se decantan éstos por don Juan Núñez, señor de Lara por herencia materna y de Vizcaya por su matrimonio con la ya difunta María Díaz de Haro, de quien es viudo. Es el mismo don Juan Núñez que aseguró a Leonor a las puertas de Medina Sidonia que ningún mal le sería causado, y por eso ella lo desprecia. Sin embargo, el señor de Lara desciende directamente

de quien hubiera debido ser el heredero de Alfonso X, don Juan de la Cerda, de no haber muerto prematuramente. Sus descendientes se vieron apartados de la sucesión por el ímpetu de Sancho IV el Bravo, pero la memoria de dicha usurpación permanece en las grandes casas de Castilla, entrelazadas entre ellas por una intrincada red de matrimonios que ahora pueden dar como resultado el ascenso de una de ellas al estatus de nueva dinastía real.

Leonor vuelve sus súplicas del cielo al infierno una vez más, rogando porque el rey muera, aunque nada pueda ganar con ello. Pero de nuevo, sin que intervenga otra fuerza que no sea el orden natural de las cosas, Leonor es derrotada, y don Pedro se restablecerá.

Algunos dirán que fueron las secuelas de esta grave enfermedad el origen de su locura homicida, y lo harán sin conocimiento de causa; su única intención será la de atribuir al joven rey una mente debilitada e inestable como origen de todos los males que desató sobre el reino, en vez de reconocer que la responsabilidad de sus actos es de su mera voluntad. Porque alzarse contra un rey del que se discrepa es deslealtad y traición, pero hacerlo contra uno que está loco y enfermo es un deber.

La alegría, por tanto, le ha durado poco a Leonor. La recuperación del rey vuelve a poner a cada uno en su lugar, lejos de toda posible aspiración a la corona. Al menos, por el momento. Y sus hijos no son ni siquiera considerados como posibles candidatos al trono. No basta con que sean hijos del rey, porque son ilegítimos, así que Leonor debe encontrar una causa justa y legal para reclamar esos derechos, y el intento de los nobles de proponer como sucesor a don Juan Núñez de Lara le ha dado una idea.

Es la casualidad la que en esta ocasión le otorga una oportunidad, pues el señor de Lara, ese viejo prematuro, se vuelve a su feudo, enfermo, tras la decepción de no haber podido enterrar al joven rey y coronarse por la espada. Poco tiempo después, está muerto. Sin embargo, Leonor está acompañada por una sobrina suya, Juana Manuel, portadora de los mismos derechos dinásticos que el finado don Juan, y con ella piensa casar a uno de sus hijos.

Desde que llegara a Sevilla, en contra de lo que hubiera imaginado en un principio, el cautiverio de doña Leonor ha sido relativamente cómodo. La han instalado en uno de los palacios cercanos al alcázar, en reconocimiento de su alcurnia e importancia. La custodian unos soldados que tienden más a la pereza, al vino y a los dados que a la diligencia, y ella, gracias a sus damas de compañía y a los sirvientes que ha podido conservar, alienta esos vicios para actuar con mayor libertad en su prisión palaciega.

La espantada de sus hijos y sus parientes ha durado poco. Después de un amago de huida a Algeciras, una pequeña demostración de fuerza del duque de Alburquerque en nombre del rey, que ha adoptado la forma de un buen puñado de galeras, los ha traído de vuelta al redil. Ha sido tan sencillo como recordarles el nombre de la ilustre prisionera que se guarda en Sevilla, y todos han acabado acudiendo a la corte para jurar fidelidad al nuevo rey, como es costumbre. Fadrique ha partido hacia Llerena, donde tiene su sede el maestrazgo de Santiago, pero Enrique de Trastámara permanece en Sevilla y visita a diario a su madre. El mayor de los gemelos se parece más a su madre que Fadrique, a pesar de no ser el favorito, circunstancia que no se le escapa y que trata de explotar a su favor. Es rubio como su padre y sus hermanos, como el rey don Pedro, bajo de estatura pero bien formado, de piel pálida y ojos de un azul líquido que tienden a extraviarse en una mirada perdida con la que oculta sus pensamientos cuando éstos se arremolinan frenéticos en su mente espoleados por la ira o el miedo. En sus encuentros diarios, lejos de los oídos de los espías de la reina, que pronto lamentarán tamaña negligencia, Enrique y su madre miden sus fuerzas y esbozan su futuro. Ambos están de acuerdo en la ventaja que les otorgaría que el conde de Trastámara se desposara con doña Juana Manuel.

Tardan unos cuantos días en encontrar un sacerdote discreto y afín a su causa, al cual introducen clandestinamente en el palacio. Allí, bajo los naranjos en flor, con el aroma festivo del azahar como testigo, don Enrique se une en matrimonio con doña Juana Manuel, adquiriendo al instante una aspiración legítima al trono de Castilla. El matrimonio se consuma de

inmediato para volverlo irrevocable, y sólo entonces llega al conocimiento de la reina y de su favorito don Juan Alfonso la noticia de lo que acaba de ocurrir ante sus propias narices.

La cólera de la reina es inmensa. Su voz de trueno restalla contra las naves del palacio gótico, como si soplara una de las trompetas que anunciarán el Juicio Final. Pero la ira de doña María, como una tormenta de verano, terrible y fugaz, amaina pronto.

–No se puede cambiar lo que ya está hecho, pero ahora quiero cobrarme la pieza que se me debe desde hace ya demasiado tiempo. Desangrad a esa puerca hasta que quede seca, y después echadla a los perros.

La frialdad de la orden resulta pasmosa. Es de todos bien conocido que la reina ansía la sangre de Leonor desde hace años y que, si aún no ha sido vertida sobre el suelo de la porquera, es porque voces más prudentes y taimadas que la suya han detenido su cuchillo, afilado tanto tiempo en la dura piedra de la humillación a la que la ha sometido esa perra que calentaba la cama de su esposo. La reciente enfermedad de don Pedro y la rápida disposición de los nobles a jurar lealtad a un nuevo rey han mostrado, no obstante, que debe actuar con prudencia. Tendrá su sangre, prometen los privados a doña María con el señor de Alburquerque a la cabeza, pero no ahora. En su lugar, envían a Leonor, desprovista de toda servidumbre y rostro conocido, a Carmona para un cautiverio más estricto. El matrimonio de los jóvenes no era suficiente justificación para tal sentencia, pero la huida de don Enrique con su nueva esposa hacia Asturias les ha proporcionado la excusa adecuada. Así, una vez más, la madre ha condenado al hijo y el hijo ha condenado a la madre. Mientras tanto, el joven rey, ya restablecido de su dolencia, caza con sus halcones junto al Guadalquivir, ignorante de los mimbres que otros van urdiendo sobre su reinado.

Llerena-Talavera, 1351

A comienzos del año siguiente, la corte parte de Sevilla camino a Valladolid, donde se van a celebrar las primeras Cortes presididas por don Pedro. El camino es largo en cualquier época del año, se vaya a pie o a caballo, pero, cuando toda la corte se moviliza, es más largo todavía. Las distancias en Castilla son mutables. Las calzadas romanas han desaparecido para dejar paso a caminos polvorientos que, a menudo, se vuelven impracticables en algunos tramos. Los miliarios se han olvidado, y con ellos, la objetividad de sus números. Ahora se cuenta en leguas, que con su confusa mezcolanza de tiempo y espacio adquieren la capacidad de multiplicarse o dividirse según la velocidad de quien recorre el camino. En cualquier caso, no hay más leguas entre Sevilla y Valladolid que cuando se moviliza toda la corte.

La comitiva es mucho mayor que aquella que custodiara el cuerpo del rey don Alfonso en su último viaje desde Tarifa hasta Sevilla. A don Pedro lo acompaña su consejo privado, su madre y don Juan Alfonso de Alburquerque, así como todos los cargos que acaba de nombrar para inaugurar su reinado, desde el mayordomo hasta el maestro de cuadras. Con él van también los nobles y sus más preciadas pertenencias, que incluyen desde sus propios criados hasta objetos de valor como joyas o tapices, pero también arcones con grandes cantidades de ropa, manteles y muebles enteros. Y deben sumarse los animales, los caballos y los bueyes que se encargan de transportar personas y enseres, sin olvidar a los de compañía, a los perros de caza, a los halcones del rey y a las reses que irán menguando en número conforme vayan alimentando, siempre de forma desigual, a la muchedumbre. Portan con ellos tiendas que montan para comer y dormir, de calidad y tamaño acorde con cada condición, aunque no sean más que escuálidos escudos contra los elementos cuando sopla el viento y arrecia la lluvia. A su paso, la corte va dejando un rastro de barro y de estiércol, de surcos en el camino y del olor acre del humo de las hogueras y el sudor de hombres y bestias. A pesar de que aquellos de mayor alcurnia viajan a caballo o en carruaje, la mayor parte de la comitiva lo hace a pie; y, en cualquier caso, nadie lo hace a buen ritmo, pues deben acompasar su avance al del lento discurrir de las carretas más pesadas.

También hay soldados, no demasiados, el número justo para mantener el orden. Es a ellos a quienes más temen los lugareños, pues más de uno –y de dos–, cuando el aburrimiento se hace insoportable y la falta de contacto íntimo apremia, se sirve de su amenazante espada para forzar a alguna de las campesinas con las que se tropiezan, aprovechando que el vino afloja la moral y la noche procura cobijo para poder pecar sin temor a los testigos.

El avance es tan lento que hasta finales de febrero no llegan a Llerena. Allí los espera don Fadrique, maestre de la orden de Santiago, medio hermano del rey, hijo de Leonor, quien ofrece a su soberano una cálida acogida en forma de abrazos, juramentos de fidelidad y un banquete esplendoroso. Es difícil saber qué mueve al maestre a comportarse de esa manera, si sus deseos de congraciarse con don Pedro son genuinos o impostados, pero no resulta descabellado pensar que todo lo hace para poder ver a su madre, quien ha viajado desde Sevilla en su condición de cautiva bajo la atenta vigilancia de la mismísima reina doña María.

Lo cierto es que don Fadrique ni siquiera tiene que pedir dicha merced. Es el rey quien espontáneamente le ofrece la posibilidad del encuentro que tanto anhela en un gesto de cortesía, benevolencia o profunda ignorancia, tal vez de indiferencia. Pues Leonor no es su enemiga, sino la de su madre; para el joven don Pedro, que apenas tiene dieciséis años, Leonor no significa gran cosa. Es más, al conceder esta gracia a don Fadrique, está imponiendo su voluntad sobre la de su progenitora. Puede que como un primer gesto de rebeldía, uno sin gran trascendencia pero que anuncia que ya se siente capacitado para librarse de su tutela. De una forma u otra, el encuentro se producirá al día siguiente.

* * *

¡Qué vergüenza deben de estar pasando aquellos a quienes se ha encomendado la vigilancia del reencuentro entre madre e hijo! No paran de llorar durante más de una hora, incapaces de articular palabra alguna. A pesar de no hablar, se dicen muchas cosas, pero de aquellas que no interesan a los incómodos vigías.

Estos discretos guardianes, que a ratos quieren que se los trague la tierra, intentan desviar la mirada de Leonor y Fadrique, igual que harían, si pudieran, con sus oídos. La que antaño fuera la mujer más poderosa del reino berrea a intervalos regulares. No se permite ser vulgar hasta el punto de gritar de desesperación mientras se despide de su hijo, porque eso es lo que están haciendo, despedirse para siempre, pero, aun así, su lamento es incesante. Alterna los sollozos con hipidos, y, al sorber las lágrimas, ambos riegan el suelo hasta el punto de que bien podría haberse formado una bonita leyenda sobre ese preciso instante: una laguna formada por las lágrimas que Leonor, como si fuera una Níobe medieval y castellana, derramó por su hijo predilecto. El espectáculo es tan sobrecogedor que tiene un poco de teatro y de impostura. Eso es lo que dirá la reina doña María cuando le cuenten la escena. Ella, aun obligada por la voluntad de su hijo a que Fadrique se viera con su madre, se negó a que el encuentro fuera a solas. Ahora, cuando por fin tiene a su presa atrapada, a la espera del momento adecuado para cerrar las fauces y destrozarla, hacerla pedazos hasta que no quede un mísero girón de carne, no estaba dispuesta a sufrir un último aguijonazo de su enemiga. Exigió que se los vigilara, y a punto estuvo de hacerlo ella misma. Sin embargo, la sola idea de ver juntos a la amante de su marido con uno de sus bastardos la hacía sentirse enferma; presenciar aquello estaba más allá de sus fuerzas, no porque doña María fuera débil de espíritu, sino porque a duras penas hubiera podido contener la cólera, acumulada durante años, y no matar ella misma, con sus propias manos, manos bendecidas por Dios como reina legítima, a la zorra de Leonor. Lleva dedicándole ese insulto, y otros parecidos, casi desde el día en que llegó a Castilla para casarse con don Alfonso y él, en lugar de prestar las atenciones debidas a su nueva esposa, tomó a Leonor por amante. En su mente primero, y en su boca poco más tarde, el nombre o la mera idea de Leonor vive siempre precedida invariablemente de un adjetivo despectivo como zorra, puta, meretriz; este último, en concreto, lo emplea esos días en que se siente un poco más digna que de costumbre y prefiere evitar el uso de palabras malsonantes e impropias de toda una reina de Castilla. Por el contrario, cuando se enteraba de algún nuevo

embarazo o del feliz alumbramiento de otro bastardo, la ira y la indignación afilaban su ingenio y su lengua, y se atrevía con un segundo calificativo para de tratar ofrecer un retrato más exacto; así, componía insultos como perra infernal, campesina lasciva o su favorito, zorra inmunda, con el que, al escucharlo, provocaba que sus criados evitaran su mirada y se atrevieran a esbozar una media sonrisa a mitad de camino entre la diversión y la compasión. Leonor, por su parte, empleaba la condescendencia de los soberbios como arma arrojadiza contra doña María, a la que apenas se refería en público y, cuando lo hacía, se limitaba a calificarla como la triste esposa del rey. Ahora, en cambio, cuando todo parece estar decidido, apenas se insultan.

Leonor ha podido despedirse de Fadrique, y para ella es como si lo hubiera hecho de todos sus vástagos. También ha dejado plantada la semilla de la discordia con el desposorio de Enrique con Juana Manuel. Ya no le queda más que hacer. Es consciente de que es un estorbo, un rehén con el que doña María no dudará en extorsionar a sus hijos. No le importa lo que pase con ella –no debe temer al futuro, se repite una y otra vez tratando de convencerse, de volver real lo que su cabeza piensa, de extorsionar a los huesos en los que habita el miedo, a la piel bajo la que tirita, obligándose a sentir un valor que necesita y que su razón le impone–, porque sabe que va a tener su venganza, que ha dispuesto las cosas de tal manera que su muerte, tan codiciada, será la perdición de la propia doña María y de su hijo. Nunca ha tenido vocación de mártir. No se dejaría matar ni por Dios ni por Castilla ni por ideal ninguno. En cambio, sus hijos son otra historia; por ellos, podría entregar su vida en cualquier momento. Que le den palma y corona, que elijan tormento y arma homicida, que preparen a los leones, que enciendan la hoguera o aviven las ascuas de la parrilla, y Leonor se dejará hacer gustosa.

Cuando por la noche la reina la llama a su presencia, percibe en su rostro una serenidad que la enerva. A cambio de no poner demasiados impedimentos para el encuentro de esa mañana, ha obtenido de su hijo el rey la custodia completa de Leonor y la posesión indiscutible de su destino, de manera que la reina legítima, la reina bendecida, despacha a la barragana hacia

Talavera con un pequeño grupo de sirvientes y criados de cuya fidelidad no alberga duda alguna. Una vez allí, quedará encerrada en el alcázar sin contacto alguno con el exterior.

–Para que podáis descansar de las fatigas y los ajetreos de la corte –se mofa ante la resignada Leonor.

Talavera será el escenario del último acto de la vida de Leonor. Eso todo el mundo lo sabe. Al menos, sus protagonistas principales. Lo sabe el rey don Pedro y su madre la reina, que ya ha dado la orden pertinente; lo sabe doña Leonor, a la que no le hace falta haber sido testigo del mandato de doña María para conocer que sus días se están acabando; lo saben sus hijos, que han sido puntualmente informados por don Fadrique; lo sabe el escribano de la reina, que ya se encamina hacia Talavera transmutado en improbable verdugo, como si realmente hiciera falta que la identidad del asesino fuera desconocida y su viaje tuviera que disfrazarse con alguna excusa. Se ha hecho así por guardar un poco las apariencias, para tener a mano una negación plausible cuando se descubra el asesinato y los nobles se agiten con la noticia de la muerte de doña Leonor. Ellos son los únicos que dudan todavía sobre el destino de la amante del rey Alfonso. No se atreverán, se dicen, pero luego reflexionan por un momento y repasan los años de humillación de la reina, los actos de Leonor y sus hijos en los últimos meses, y terminan por convencerse de que, más pronto que tarde, acabará por suceder.

* * *

Alfonso Fernández de Olmedo, se llama el escribano de la reina que ha llegado a Talavera con la misión de poner fin a la vida de doña Leonor. Otro Alfonso, no hay mucho más que decir de él. Hay que suponerle una vida de fidelidad ciega a su señora para que un hombre de letras se convierta en un asesino. Quizá, en el pasado, ya ha llevado a cabo algún encargo parecido y por eso resulta el candidato más idóneo. En el fondo, su identidad, que sea él y no cualquier otro, resulta irrelevante. Lo que ocurre en el alcázar de Talavera, que es villa y señorío de la reina, sí es trascendente y, sin embargo, tan sólo conocemos el

desenlace final. A nadie parece importar cómo ocurrió la muerte de Leonor. Se revela el nombre del verdugo como si eso nos dijera algo. Hay un cierto pudor en el hecho de guardar los detalles de la muerte de la futura pero póstuma reina madre. Los que dejaron consignado su fallecimiento se cuidaron mucho de atribuirle unas últimas palabras elocuentes que le sirvieran de epitafio. Quizá murió en silencio, encarando el último aliento con entereza, con la solemne sobriedad de una reina, o puede que sucediera entre gritos y sollozos, con la boca torcida y llena de babas y palabras a medio decir, desprovista de toda dignidad, que es lo que suele ocurrir cuando uno se enfrenta a su extinción por medio de una muerte violenta.

No hay un relato que describa cómo llegó el asesino hasta ella, si los guardianes de Leonor lo dejaron pasar conociendo que en sus manos portaba la muerte que le había encargado la reina o si lo hicieron sumidos en la ignorancia. Tal vez se sintieron incluso aliviados, porque velar un cadáver es más sencillo que custodiar a una persona. El caso es que el escribano llegó hasta Leonor y la mató. Tampoco se sabe cómo lo hizo. Bien pudo esconder veneno en los frascos en los que normalmente llevaba la tinta, imprimiendo así a la ejecución el sello femenino que a los envenenamientos se atribuye, otro rastro más de la implicación de la reina. Pero el asesino es escribano, de manera que el arma del crimen debe formar parte de los atributos de su profesión. Tiene que ser el *rasorium*, la navaja con la que raspa los pergaminos, tan valiosos y escasos, para eliminar los errores. Y así pudo ocurrir.

El escribano se hace anunciar ante doña Leonor como portador de una carta, lacrada con el sello de la reina. La futura muerta de inmediato lo reconoce. Están solos en la alcoba que le sirve de prisión, y ella se sienta a leer la misiva en un diminuto y apolillado escritorio a la luz del sol del mediodía que entra por un ventanuco, que es toda su comunicación con el mundo exterior. Le da la espalda a su verdugo, conocedora o no de sus intenciones, y entonces el escribano se le acerca por detrás, empuñando el *rasorium* con fuerza, y la degüella. No le da tiempo a mostrar dignidad ni pánico, le evita tener que pronunciar unas últimas palabras que han de ser memorables,

porque de lo contrario es mejor guardar silencio. La sangre salpica el pergamino, que le será devuelto a la reina para dar testimonio de que la tarea se ha llevado a cabo con éxito; esa sangre que ha mandado derramar, reseca y coagulada sobre el pellejo de cordero, será la concreción de la venganza de doña María. Es una sangre que ya no puede salpicarla, que está muerta, como el cuerpo del que ha manado, que no ha tenido que ver cómo se derrama porque, a pesar de ser despiadada y desear ese final, la reina no deja de ser aprensiva y se marea con facilidad. Es mejor que todo haya ocurrido en la distancia, lejos de su mirada. Lo único importante es que está muerta.

No ocurre nada el día siguiente a la ejecución sumaria de Leonor, ni tampoco al otro. Las noticias no vuelan; recorren con pesadez las leguas que separan Talavera de la corte itinerante. Luego, llegado el momento, explota en todo el reino. La indignación anticipada de aquellos que temían que algo así pudiera suceder no mitiga su enfado. Antes al contrario, la cólera ya estaba dispuesta, la habían almacenado a la espera de que llegara el momento, y ahora fluye libre, sin necesidad de quedar oculta por más tiempo. Las espadas vibran en sus vainas esperando su oportunidad de reclamar sangre por sangre, pero eso a doña María no le preocupa, pues anda atareada buscando una buena esposa para su hijo, el rey don Pedro. La opinión del joven rey parece no importarle demasiado; lo que sí le importa es la afición del rey por las mujeres, un problema que ha de ser contenido con un matrimonio provechoso para el reino. La elegida será Blanca de Borbón, sobrina del rey francés, quien, junto a su dote, traerá consigo hasta tierras castellanas la guerra que desde hace años asola Francia.

LA POBRE BLANCA DE BORBÓN

Valladolid, 1353

Blanca de Borbón no quiere casarse con don Pedro, ni él con ella, pero la novia está a punto de llegar a Valladolid y sólo es cuestión de tiempo que el matrimonio se celebre. Si de ellos dependiera, ni siquiera llegarían a conocerse. Permanecería cada uno en su reino, ajenos por completo a la existencia del otro, ese otro que sería apenas un rumor, un nombre mencionado de pasada, una vida lejana y extraña. Pero otros han decidido que tienen que casarse, y ahí está Blanca, de camino a Valladolid para cumplir dócilmente con la voluntad de sus parientes.

Es febrero y hace frío. Los inviernos son cada vez más duros desde hace ya algunas décadas, y el de este año es especialmente crudo. Lo que la joven francesa ve cuando se asoma desde el carruaje en las últimas jornadas de su viaje es la desolación seca y helada de la meseta, tan diferente del lugar donde ha nacido y crecido, un paisaje que, en el fondo, se acompasa demasiado bien con su ánimo abatido. Es como si el inmenso cielo azul la comprimiera hasta hacerla insignificante y magnificara la soledad que siente, aunque venga acompañada por una nutrida comitiva: algunas de sus sirvientas, un puñado de notables franceses y otros tantos castellanos que han ido a recibirla a la frontera, entre ellos, don Fadrique, el medio hermano del rey don Pedro. A Blanca le parece que el bastardo del rey Alfonso y de doña Leonor de Guzmán es un joven apuesto, de hombros anchos y

bien formado, de cabellos rubios y rasgos duros que en cierto modo lo avejentan. Cuando lo vio por primera vez en la frontera con Aragón, no supo de quién se trataba. Pensó que no era más que otro caballero de una de tantas órdenes militares de esas que proliferan en Castilla con motivo de la particular cruzada que los castellanos libran contra los moros; tal vez, eso sí, un caballero principal, pues desde el primer momento no le pasó desapercibida la manera en que los demás lo trataban a pesar de su juventud. La roja cruz de Santiago sobre su capa blanca y su carácter reservado y taciturno le conferían un cierto aire sacerdotal del que, días después, no termina de desprenderse. Aquel día, don Fadrique le dedicó unas cálidas palabras de bienvenida, y desde entonces no ha dicho mucho más, aunque se ha mostrado amable en el trato en las pocas ocasiones en que se dirige a ella o a sus acompañantes. Marcha siempre al frente de la comitiva y departe con sus hombres lejos de los franceses, como si recelara de sus intenciones.

Cuando Blanca conoció su identidad, tomó a Fadrique como modelo de cómo podía ser su hermano el rey. Se ha imaginado tantas veces a don Pedro que ahora, al tener un atisbo de la realidad al alcance de su mirada, no puede evitar trasladar los rasgos nebulosos y cambiantes concebidos por su imaginación al rostro de don Fadrique. Si es cierto que se parecen, al menos en lo que al físico respecta, su futuro marido no debe de estar mal después de todo. Sin embargo, no es el aspecto de su prometido lo que más le preocupa, sino su carácter. Durante las semanas de viaje ha escuchado historias acerca de su temperamento, de su afición por las mujeres y de su natural irascible e impulsivo. Al principio, mientras atravesaban Francia en dirección a los Pirineos, Blanca sufría por tener que casarse con un extranjero por simple decreto de su padre y de su tío. Oscilaba entre la ira y la desesperación, pero, conforme pasaban los días, y sobre todo una vez que se adentraron en tierras castellanas, dejó de preocuparle la justicia de su suerte. Lo que ahora mismo la inquieta es si gustará a su futuro marido. Se lo imagina como a un Fadrique rudo, lenguaraz y caprichoso, y teme decepcionarlo, ser incapaz de atraer su deseo, comprobarse insuficiente para él. Ha olvidado el miedo de no aprender a quererlo, y en su lugar se

siente aterrorizada ante la posibilidad de que sea ella la que no le guste a él, un temor que se acrecienta al conocer que ella no fue la primera elección de los castellanos para su joven rey.

Una de las cosas que más le han fastidiado en el largo camino, y que ahora que están a punto de llegar a Valladolid se le hace casi insoportable, es haber tenido que viajar con la embajada castellana que negoció el matrimonio de don Pedro en Francia, los mismos que no la quisieron en un principio, porque su verdadero objetivo era otra mujer, Blanca de Navarra, la reina viuda de Francia. Pero la reina rehusó, y ella, que ya había sido ofrecida en primera instancia sólo para ser rechazada por los castellanos, se convirtió en la única opción viable. Aún tuvieron la osadía de negarla una segunda vez cuando por fin la conocieron en su propia casa. Y, cuando por fin aceptaron, con desfachatez dilataron la vuelta a Castilla para tratar de convencer a la reina viuda, una vez más sin resultado. Éste es el origen de su miedo a las puertas de Valladolid, de esa sensación de ruina inminente que hace que la boca se le seque, le falte el aliento al hablar y el corazón le palpite dolorosamente en el pecho, como si fuera un tambor, pues Blanca piensa que van a presentarle a don Pedro, que ya debe de estar informado de todo, y que no es más que un fracaso, una pieza menor de la que el rey, aun sin conocerla, ya está decepcionado.

En el continuo menosprecio con el que se martiriza, Blanca ha llegado a considerarse como un objeto más del lujoso ajuar, una novia por desposar y estrenar, como sus vestidos o sus zapatos, que no siente todavía como propios, pues tal vez sólo al contraer matrimonio pasarán a ser verdaderamente suyos, o más bien de los dos, porque un ajuar es cosa de ambos esposos. El pequeño tesoro ha sido costeado personalmente por su tío, el rey Juan II, al que llaman o llamarán «el Bueno» por razones que no terminan de explicarse. Un hombre que ha prometido a los castellanos como dote una cantidad de dinero que no está en condiciones de pagar, pues las arcas francesas están exhaustas tras la guerra con Inglaterra. El ajuar es un señuelo, un espejismo que anuncia riquezas que nunca llegarán, para desgracia de todos. El pequeño engaño del monarca francés es transportado en más de doce cofres, seis cestos y otros muchos bultos. Además de joyas

y ostentosos objetos de culto hechos en oro y plata, hay numerosos vestidos de lana de Bruselas, de seda y oro, pieles de ardilla y armiño y varios pares de guantes y de zapatos. Todo es nuevo, todo está por estrenar. Es la envoltura material con la que Blanca es regalada por su padre y su tío, como si tuvieran que compensar alguna falta, algún defecto físico o espiritual que se le escapa, pero que, en apariencia, es evidente para los demás.

No sabe qué es lo que puede haber hecho mal para disgustar tanto a los castellanos. Es cierto que Blanca de Navarra pasa por ser, en opinión unánime de todos aquellos que la han conocido, y ella misma no tiene problema en reconocerlo, una de las mujeres más bellas de su tiempo, pero eso no significa, ni mucho menos, que la pequeña Blanca de Borbón, a sus catorce años, asomándose apenas con su cuerpo a la edad adulta, sea fea. Es más, ella se tiene por una muchacha bonita, también se lo dicen, aunque no posea la espectacular belleza de la reina. Sus rasgos son delicados, su piel suave y pálida, y tiene unos ojos pardos, grandes y vivaces. Está bien educada, domina el latín, sabe comportarse y conoce los códigos de la corte. Es ingenua en muchos sentidos, pero también tiene un espíritu práctico que, al final, tras no pocas noches de angustia, le ha permitido ceder ante sí misma en el asunto del matrimonio con don Pedro. Es ésta también una forma de no seguir engañándose a sí misma, de deshacerse de su pequeña cólera, porque, en el fondo, en ningún momento tuvo oportunidad de oponerse a la voluntad de su padre y de su tío. De esta manera, al menos, logró alcanzar un poco de paz durante un buen tramo del viaje. Una paz efímera que comenzó a resquebrajarse ante la visión del páramo castellano, escenificación perfecta de la desolación que ha estado durmiendo en su ánimo y que ahora comienza a despertar, que no es otra cosa que la convicción de no estar a la altura del cometido para el que ha sido elegida. Y lo que es aún peor: todos lo saben.

* * *

Hace un frío espantoso la tarde en que Blanca llega a

Valladolid y es recibida por la reina madre. El sol aún no se ha puesto, pero no tiene nada que hacer contra un viento helado que corta las mejillas de la joven al salir del carruaje. Doña María y la pequeña corte que la acompaña la aguardan a las puertas de la ciudad. No hay festejos ni vítores, sólo un puñado de rostros severos y cansados, unos cuantos cuerpos avejentados que tiritan de frío y que ofrecen a la futura novia y a su comitiva una bienvenida tan gélida como el viento que sopla sin piedad.

Como Blanca aún no es reina, saluda a doña María con una profunda reverencia. La reina madre esboza una sonrisa de satisfacción que no engaña a la que va a ser su nuera, quien la reconoce sin dificultad como la mujer seca y severa que es.

–¿Dónde está el rey? –se atreve a preguntar mientras se encaminan al palacio.

–Ocupándose de unos asuntos en el sur –le contesta la reina sin dirigirle la mirada. Aunque acaba de conocerla, a Blanca no se le escapa que su futura suegra está tan contrariada como ella por la ausencia de don Pedro–. Esperemos que no tarde en regresar.

Y en ese deseo que parece habérsele escapado pero que ha formulado con toda la intención de una advertencia de lo que puede llegar a ocurrir, Blanca obtiene la confirmación de que sus temores no son infundados. Al menos le queda el consuelo de no ser la única que los sufre. Por eso, ya desde ese primer momento, Blanca ve en la reina a una aliada, alguien que comparte sus miedos, posiblemente una de las pocas personas que tiene tanto interés como ella en que este matrimonio, que en el fondo nadie parece querer, llegue a buen puerto, y así se pasa los siguientes días esmerándose en complacer a la reina madre, porque don Pedro no está, y, sin marido, ¿quién es ella en Castilla, sino una extranjera, una niña apenas, sin parientes, sin amigos, sin nadie que pueda decirse partidario de su causa, una causa que todavía no es tal cosa, sino sólo un proyecto? En cambio, si consigue ganarse el favor de doña María, no estará sola. Habrá ganado una poderosa aliada.

Todos lo saben, pero nadie se atreve a decírselo a la cara: el rey don Pedro no quiere casarse con Blanca y, a pesar de haber dado su consentimiento, no tiene ninguna prisa en regresar. Está

ocupado en otras tareas, le cuentan a Blanca cada vez que pregunta. Ella cambia siempre de interlocutor con la esperanza de obtener una respuesta diferente, una discordancia que le dé una pista de lo que realmente ocurre, que confirme lo que teme, pues así al menos podrá comenzar a asimilarlo, pero todos son unánimes en sus respuestas, y hasta las palabras que eligen son parecidas:

–Don Pedro está ocupado con asuntos urgentes del reino.

Esos asuntos consisten en aplastar con su proverbial contundencia, que algunos llamarán crueldad y otros justicia, la revuelta de Alfonso Fernández Coronel en Aguilar. Lo cierto es que el belicoso noble, que en principio se había adscrito al bando del rey abjurando de la promesa hecha a doña Leonor de Guzmán de guardar la fortaleza de Medina Sidonia, no tardó mucho en desnaturalizarse del monarca e iniciar una revuelta. Pero la ha perdido, y después ha sido ajusticiado delante de su esposa y de sus hijas. Aguilar ha quedado destruido, y sus posesiones, confiscadas por la corona. Todo esto ocurrió semanas antes de la llegada de Blanca a Valladolid, por lo que la guerra contra el rebelde y ya finado don Alfonso Fernández Coronel no es excusa para la ausencia de don Pedro. Lo que lo mantiene en Córdoba en realidad es el nacimiento de su primera hija.

Siguiendo el ejemplo de su padre, el joven rey ha tomado una amante, doña María de Padilla, de quien mucho se hablará en su tiempo y en los que están por venir, pero que en ese momento no parece más que un divertimento. O eso creen los que manejan los hilos de la corte, la reina madre y don Juan Alfonso de Alburquerque, verdaderos muñidores del compromiso con Blanca y de la alianza con los franceses. No obstante, algo deben de sospechar cuando el rey se demora. Pasan las semanas, y no tienen noticias de que inicie viaje a Valladolid. Don Pedro, en su concienzudo errar por Castilla para demorar el compromiso, se permite incluso la frivolidad de participar en unas justas en Talavera, y resulta herido. Sólo entonces tiene una excusa de verdad para no regresar con premura.

Mientras tanto, Blanca espera desconcertada. En esos días de incertidumbre en los que aguarda noticias del rey, encuentra

refugio en doña María. A pesar del recelo inicial, ya se han reconocido como mujeres abandonadas, y, aunque en la reina madre el rencor acumulado durante años la hace vivir consumida por la amargura, intenta que ese sentimiento no termine anidando en su futura nuera, en la que se ve reflejada en buena medida.

Esta intimidad precaria, forzada por una ausencia que ninguna ha elegido aunque al final la hayan aceptado, podría haber surgido mientras tejen, pero ni gustan ni se consuelan con la costura. También podría haberse construido en la complicidad de la oración, pero tampoco suelen orar juntas: Blanca lo hace en una pequeña capilla del palacio, con la sola compañía del confesor que ha venido con ella desde Francia; a la reina sólo se la ve inclinarse ante Dios en la misa semanal, y, si lo hace en otro momento, se cuida mucho de que nadie la vea, y es bien posible que nunca lo haga, pues doña María no es conocida precisamente por su gran piedad, ni en lo divino ni en lo humano. Durante el día, la reina despacha los asuntos del reino con don Juan Alfonso de Alburquerque, así que es después de la cena cuando la reina que es y la que será pueden conversar.

Los días se van alargando con pereza, sin prisa alguna por regalar un puñado más de luz. El frío reina aún al caer el sol, y la primavera le parece a Blanca algo impensable, una broma del pasado, porque nunca ha existido ni existirá ya más. Sólo quedarán los días grises, el viento cortante cuando se aventura en algún patio o jardín del palacio, la nieve que cae danzando del cielo para no cuajar, sino para transformarse en barro. Parece que el invierno se niega a marcharse, como se niega don Pedro a ir a Valladolid. Y es en ese espacio reducido frente a la chimenea donde el fuego niega su poder al invierno donde confluyen doña María y Blanca de Borbón.

–¿Habéis tenido noticias del rey? –pregunta Blanca casi cada noche en latín, que es la única lengua en que se entienden.

Los primeros días obtiene siempre la misma respuesta. La reina habla poco y no parece querer dar explicaciones, pero con el tiempo se le ablanda la lengua de piedra.

–Debéis tener paciencia. Y, si no la poseéis de natural, buscadla donde podáis encontrarla. Mi hijo llegará y os

desposará, de eso ya me encargaré yo, pero ésta no será la última vez que tengáis que esperar.

–Aprenderé a ser paciente –contesta Blanca con un brillo en los ojos, dispuesta a aprender todo lo necesario para triunfar en su cometido de esposa y reina.

La reina madre de Castilla le dedica una sonrisa lastimera. No es una anciana, aún no ha cumplido los cuarenta años, pero hace tiempo que ha dejado atrás la juventud. Se encuentra suspendida en el limbo que antecede la vejez, ese en el que todavía puede adivinarse una cierta belleza atesorada en el pasado, que en su caso nunca fue mucha: esa hermosura efímera que resplandece determinados días para desaparecer otros; una belleza quebradiza que ha sucumbido demasiado pronto a la deserción de sus carnes, que la han ido abandonando hasta volverla en extremo delgada; a las arrugas que flanquean sus ojos pequeños y brillantes; a las canas de su cabello ralo, insinuadas por debajo del tocado; a las mejillas caídas y las ojeras que han mimado años de insomnio alimentados por las humillaciones de su marido y de su amante Leonor, y por el odio con el que las correspondía.

–No creáis que será suficiente con eso. Si pensáis que vais a encontrar el amor, estáis del todo equivocada.

–No soy tan ingenua –miente Blanca–. Sólo quiero ser una buena esposa y, si Dios lo quiere, una buena madre.

–Me temo, querida niña, que a veces, la mayoría de las veces, es imposible que ambas naturalezas se aúnen y prosperen al tiempo. Y es muy posible que llegado el día tengáis que elegir. –La reina mira al fuego con amargura, como si en su resplandor pudiera contemplar el momento exacto en el que se vio obligada a tomar esa decisión–. O peor aún: en ocasiones, por más que lo intentéis, no podréis ser ni buena madre ni buena esposa. Cuando de las veleidosas inclinaciones de mi hijo se trata, me temo que hay que estar preparadas para el fracaso. Y esto de lo que os hago partícipe debe servir para las dos.

–Descuidad, estaré preparada –musita Blanca. Y la piel se le eriza porque intuye que no lo estará, que nunca lo estará, que el fracaso es algo para lo que nunca podrá prepararse, que sólo cuando ocurra podrá asumirlo, asimilarlo, aprender a convivir con él, llorarlo, si es preciso.

–No os preocupéis. Aún hay tiempo, y yo os guiaré. Lo que pase después, sólo Dios lo puede saber. –Doña María pone su mano sobre la de Blanca, que está helada a pesar de estar sentada frente a la chimenea. El gesto es forzado, y enseguida ambas se dan cuenta de lo artificioso que resulta; la reina aparta la mano y se reclina de nuevo en la silla–. No estaría de más que aprendierais castellano. Creo que eso le gustaría al rey.

No es una certeza ni una orden, pero sí una posibilidad, una pista, algo a lo que aferrarse, así que Blanca, desde ese día, se desvive por aprender el idioma. De entre todos los que ha oído a lo largo de su viaje, desde su materno *langue d'oil* al catalán, pasando por el occitano, el castellano es el que le resulta más extraño. Cree que la reina tiene razón, debe tener razón, porque tal vez hubiera sido menos desdichada si compartiera la lengua de su nuevo hogar, si su matrimonio, ya que tenía que venderse como una alianza, hubiera sido con algún príncipe inglés, en cuya corte todavía, aunque por poco tiempo, resiste el francés. Pero el cruento enfrentamiento entre ambas naciones, que habrá de durar más de cien años, ha hecho que esta ensoñación fuera imposible desde un principio. Así que, tal vez, si adopta el castellano, sus penas sean más livianas. También se imagina, en las horas bajas, cuando por la noche se despierta de golpe, invadida por la certeza de que su matrimonio nunca va a tener lugar, que termina desposando a un noble francés, un caballero valeroso y apuesto al que amaría y daría con sumo placer multitud de hijos; incluso se ve a sí misma ingresando en un convento y alcanzando una vida de virtud dedicada a la contemplación. Cualquier cosa menos ser una extranjera en la corte castellana, una novia indeseada que, desde antes incluso de su llegada, ha de competir con una amante, porque, tras varias semanas de espera, Blanca ya sabe de la existencia de María de Padilla. Se lo ha contado la propia reina.

Ocurre una noche a comienzos de abril. Aunque lleva lloviendo varios días, las temperaturas han subido por fin. Esa noche Blanca no se encuentra demasiado bien. Tal vez sea por el calor de la chimenea, que por primera vez le resulta excesivo, o quizá porque ha comido demasiado en la cena, carne y vino una vez más, que han servido en cantidades ingentes como cada día

desde que terminara la Semana Santa. Ha tratado de imitar la glotonería con que los castellanos han despedido el ayuno y la abstinencia de las fiestas sagradas, un apetito desmedido que le resulta grotesco y desagradable, con la única intención, una vez más, de prepararse para la llegada de don Pedro, a quien le supone una voracidad similar. Sin duda se ha excedido, y ahora una vaga náusea la posee. Se levanta de la silla y se dispone a alejarse de la chimenea en busca del frío reparador del resto de la estancia cuando doña María la retiene con sus palabras:

–Ya va siendo hora, mi querida niña, de que sepáis que mi hijo ha tomado una amante.

Blanca vuelve a sentarse en su lugar de todas las noches. Ya no tiene que ir en busca del frío, porque un escalofrío ha venido a instalarlo en su interior. La náusea desaparece y el corazón se le acelera. Calla, no dice nada. En realidad, no sabe si la reina espera una respuesta, así que se mantiene en silencio con la cabeza gacha, ocultando la mirada vidriosa por una pena que no esperaba tener que sufrir tan pronto, pues a fin de cuentas ni siquiera conoce a don Pedro todavía.

–Llorad si os place –le dice doña María, adivinando su pesar–, llorad ahora cuando nadie más os ve, pero no lloréis mucho más, porque nada ganaréis. Creedme, sé de lo que hablo.

–¿Qué debo hacer?

–Nada –replica la reina tras meditar unos segundos–. Es menester que no hagáis nada, pues tampoco hay cosa alguna que esté en vuestra mano que pueda torcer la voluntad del rey. Que mi hijo, como su padre, tiene querencia por las mujeres es cosa bien sabida por ésta que es su madre y por cualquiera que lo haya tratado. Que esto sucediera se trataba más de una cuestión de tiempo que de otra cosa. Pero no os preocupéis, que os desposará, porque así lo manda Dios, lo manda el reino y lo mando yo misma.

Blanca se siente algo reconfortada por estas palabras, pero no es suficiente. De camino a su alcoba se pregunta si será realmente cierto que no pueda hacer nada. Rezar no le sirve; lleva intentándolo desde hace semanas sin resultado. Sabe que aquellos que la acompañaron desde Francia y permanecen todavía en la corte castellana informan puntualmente a su tío el

rey y a su familia. Hasta ella misma les ha escrito alguna carta llena de amargura, pero todos le piden lo mismo: paciencia. Da igual que sea la reina de Castilla, su padre o el rey de Francia, los mismos que negociaron con su futuro, los que decidieron que se desposara con don Pedro, todos le reclaman lo mismo: paciencia. Pero ¿cómo no va a hacer nada? Ya no es sólo que necesite ocupar el tiempo con algo. La culpa ha comenzado a corroerla, como si la inacción a la que parece condenada y con la que todos se muestran tan satisfechos fuera en realidad la razón por la que don Pedro sigue sin aparecer. No le dejan tampoco que escriba directamente al rey, allá dondequiera que se encuentre. Ya lo ha intentado muchas veces, ha escrito las palabras, las ha parido cuidadosamente para que surtieran el efecto deseado, pero se le han quedado en el escritorio o en la mano, jamás han alcanzado a su prometido. Aun así, Blanca no se desalienta.

Desde que supo de María de Padilla, y en gran medida por la impotencia de verse condenada a convertirse en el paradigma de la paciencia, su obsesión por aprender el nuevo idioma no ha hecho más que acrecentarse. Además de por los consejos de doña María, Blanca se ha dado cuenta de que es, ante todo, una cuestión práctica: para los sirvientes y criados que no han viajado con ella desde Francia, no hay latín que valga, y muchas veces se ve a sí misma intentando dar órdenes que nadie entiende, desesperada por hacerse comprender, perdiendo la compostura y gesticulando como una campesina. En esos momentos ve reducido su poder, que no vale nada sin palabras con las que ejercerlo. Alguna vez incluso los ha visto reírse de ella, y no tanto como mofa, sino, lo que es aún peor, con una condescendiente piedad que Blanca no soporta. Y existe otra razón para que se empecine en aprender a toda velocidad, un plan de futuro que ha repasado una y mil veces en su cabeza. No puede hacer nada para que el rey acuda hasta ella, para convencerlo de que la despose, pero sí puede estar preparada para, cuando llegue el día, mantenerlo a su lado, y para eso debe hablar su idioma. La reina doña María, que comparte su optimismo o finge al menos que lo hace, le ha buscado un clérigo de origen francés gracias al cual está haciendo grandes avances. Aún no lo domina, pero transcurridas unas semanas se defiende

razonablemente bien y es capaz mantener una conversación coherente. Podría haberse limitado a comunicarse con su futuro marido en latín, pero éste es su pequeño regalo para él. Demostrará así que está resuelta a que su matrimonio sea, si no feliz, al menos fructífero. No puede cambiar su cuerpo o su rostro más allá de seguir los consejos que le da la reina sobre los gustos de su hijo, de manera que le es preciso seducir a don Pedro con las palabras. Sigue sin querer casarse con él, pero hace ya tiempo que Blanca ha dejado de engañarse. Está lejos de su hogar y no tiene forma de huir. Más allá del palacio es una extraña sin recursos, sin apoyos ni conocidos. No tiene otra salida, y marcharse no serviría para otra cosa que para quedar deshonrada. Y ahora todo su empeño, todo lo que hace, lo que aprende y lo que piensa se concentra en intentar no volver a ser humillada. Ya que ella no puede cambiar de parecer y no tiene escapatoria posible, espera que don Pedro, que sí que tiene la posibilidad de elegir, decida quedarse con ella. Sin embargo, para su desesperación, la primavera ya está avanzada, las semanas pasan y el rey no llega. Y Blanca comienza a alarmarse de verdad, como también la reina y, en Francia, su propia familia.

De repente, al llegar el mes de mayo, resulta que ya no es tan insignificante. Lo que parecía una chiquillada de don Pedro, una travesura propia de un joven inexperto, impulsivo y caprichoso, se ha convertido en una cuestión de Estado que traspasa las fronteras de Castilla. Parece que todos han agotado la paciencia que tanto le pedían a ella.

Nadie ha consultado con Blanca, en eso la situación no ha cambiado un ápice, pero la cuestión es que su tío el rey de Francia ha acudido al Papa, y éste envía con encomiable diligencia una carta admonitoria a don Pedro en la que lo exhorta, como sólo un papa puede hacer –únicamente se le da mejor pontificar, y un poco también de ello hay en la carta–, a que se reúna con su prometida con la mayor premura y honre los votos del matrimonio.

Don Pedro tiene que quedarse, por fuerza, estupefacto ante las palabras del Papa, pues la autoridad moral del sumo pontífice desde que ha trasladado su sede de Roma a Aviñón es del todo cuestionable cuando se trata de asuntos que conciernen

directamente al monarca francés. Sin embargo, algo de verdadera inquietud también es posible que se despierte en el rey, porque, poco después de recibir la misiva, bien sea por casualidad bien porque realmente le haya hecho reflexionar y cambiar de parecer, anuncia que se dirige a Valladolid para desposar a Blanca de Borbón.

La reacción de la prometida ante el cambio de parecer del rey castellano es, hasta cierto punto, escandalosa. Se la puede ver exultante, recorriendo los pasillos y las estancias del palacio casi a la carrera, deteniéndose ante cualquiera que le brinde la más mínima atención para informarle con regocijo de las buenas nuevas.

–¡El rey viene a Valladolid para tomarme como esposa! –les dice, casi gritando, en su todavía torpe castellano.

Pobre Blanca de Borbón. Tanto ha ansiado este momento que ni se imagina lo que le espera.

* * *

Si don Fadrique, a su modo, le había parecido atractivo, don Pedro le gusta aún más. Ambos son igual de rubios, como su padre, pero el rey es más alto y más esbelto, herencia sin duda de doña María, estirada y seca como un palo, y carece de los rasgos duros que avejentan al maestre; antes al contrario, don Pedro conserva parte de la dulzura de la niñez en su rostro. O eso quiere ver Blanca, que no ceja en su empeño de buscar algún rasgo amable en su futuro marido, para perderle el miedo y ser capaz de refugiarse en él tal y como ha venido fantaseando desde que llegó a Valladolid.

La presentación oficial es, sin embargo, fugaz, fría y protocolaria. El rey la contempla un segundo, la besa en la mano y sale de la habitación con premura.

–Disculpad mi grosería, pero hay cuestiones urgentes que reclaman mi atención –alcanza a decir cerca ya de la puerta.

Esto debería servir para que Blanca entendiera que cualquier cosa va a ser más importante que ella para el rey. Sin embargo, no es así. Y es capaz de encontrar excusas para el comportamiento

de don Pedro los días posteriores, cuando apenas lo verá y siempre de pasada y con una excusa para evitarla, a veces insinuadas por él, otras por la reina, pero todas y cada una de las veces confirmadas y metabolizadas como verdades indudables por Blanca de Borbón, que, otra cosa no, pero es incansable a la hora de mantener imperturbable sus esperanzas.

* * *

La fecha de la boda se fija para principios de junio. Aún no hace calor. Las noches siguen siendo frías en contradicción a los días cada vez más largos. Los grandes nobles del reino ya han sido convocados para la ceremonia y los festejos que la seguirán. Entre ellos, los infantes de Aragón y su madre, la reina viuda Leonor, que es tía de don Pedro por parte de padre. Incluso han acudido los medio hermanos del rey, los hijos de la difunda doña Leonor, pero éstos no han entrado en Valladolid, sino que se han apostado en el cercano pueblo de Cigales con un pequeño ejército bajo su mando. No son demasiados hombres, unos pocos cientos si acaso, pero su presencia es lo suficientemente amenazadora como para que el ambiente se tense aún más en la corte. Aseguran que han acudido a los esponsales como vasallos del rey, pero que se han visto obligados a traer a sus hombres para garantizar su seguridad. No tratan de ocultar en ningún momento que no es a don Pedro a quien temen, sino a don Juan Alfonso de Alburquerque. Para él han montado este pequeño teatro, esta puesta en escena que pretende dejar claro al privado del rey que no se van a someter con docilidad al arbitrio de sus designios.

El día elegido, tan señalado para el futuro del reino que la reina madre y don Juan Alfonso lo han diseñado con todo detalle, es una provocación. La noticia de la llegada a Cigales del conde don Enrique y su hermano don Tello arropados por sus hombres es acogida con suma inquietud en la ciudad. Los señores de Castilla se muestran enormemente turbados. No esperaban tener que tomar partido entre unos y otros, no tan pronto. Han venido a celebrar una boda, a exhibir sus mejores

galas ante la corte, a presumir de riqueza y, tal vez, como mucho, a conspirar entre susurros para ir tomando posiciones en los tiempos que vendrán. No están preparados para iniciar una guerra allí mismo. Muchos de ellos, los que maldicen en silencio a don Pedro por el destino de don Alfonso Fernández Coronel en Aguilar, se lamentan por no haber traído a sus propios hombres y poder vengar allí mismo a su compadre y amigo; otros, leales al rey y al duque de Alburquerque, temen no salir con vida. Y todos afilan cuchillos y destilan veneno.

El miedo de Blanca es otro. Conoce la existencia de los hijos bastardos del rey Alfonso y su tensa relación con don Pedro, por lo que su mayor temor es que éste se vea obligado a entablar batalla y luego se vea envuelto en una guerra que lo obligue a abandonarla de nuevo en Valladolid, como una esposa a medio hacer. O peor aún, pues podría no salir vivo del primer embate, y Blanca se convertiría en viuda sin casarse siquiera. En tal caso, no sabe qué sería de ella, si la devolverían a su padre de buena voluntad o pedirían un rescate, si la obligarían a casarse con alguno de los bastardos de Leonor, si la forzarían a ingresar en un convento en aquella tierra áspera que tanto ha llegado a detestar en tan poco tiempo. Prefiere la incertidumbre de su matrimonio con don Pedro a sumar de golpe un sinfín de posibilidades igual de inciertas, semillas de una nueva angustia que esta vez no sabe si será capaz de soportar.

El duque de Alburquerque, interpelado directamente por los bastardos, susurra en el oído de don Pedro palabras de guerra. Blanca, que a pesar de seguir siendo ignorada no pierde oportunidad de observar a su prometido, ve al privado inclinarse sobre el joven rey e imagina que de entre sus dientes medio podridos brotan serpientes en lugar de sonidos o palabras. Don Juan Alfonso es una contradicción física en sí mismo. Alto y de barriga prominente, tiene unas manos gordezuelas que mueve con la elegancia de una dama. Va siempre pulcramente afeitado, salvo por una leve perilla en la que enmarca sus labios carnosos, conveniente baluarte tras el que esconder unos dientes torcidos y verdosos que comienzan a escasearle. Pero es su mirada fría, de ojos oscuros y demasiados juntos, más propia de basilisco que de hombre, la que lo dota del aura terrible que tanto inquieta a sus

enemigos. Blanca apenas ha tratado con él y, aunque lo sabe artífice de su matrimonio, por algún extraño motivo se siente incapaz de estarle agradecida.

El hecho es que el rey reúne a sus hombres y parte al encuentro de sus medio hermanos en Cigales. Blanca sabrá, porque los ricoshombres que la acompañan se lo contarán a las doncellas con las que yacerán esa noche, y éstas a su vez se lo contarán a sus comadres en palacio, que serán las que se lo narren a doña Blanca –ésta es la verosimilitud de los que se dicen testigos presenciales–, que los dos pequeños ejércitos se apostaron a ambos lados de un arroyo y que, mientras don Juan Alfonso instaba al ataque y a matar a los hermanos del rey, don Pedro, en cambio, les dedicó palabras amables y prometió colmarlos de bienes. Don Enrique y don Tello aceptaron la propuesta del monarca, y hay quien dice que desmontaron y besaron los pies de don Pedro en señal de sumisión; otros, en cambio, aseguran que el rey se negó a que abandonaran sus caballos. En cualquier caso, la reconciliación se ha llevado a cabo, para alegría de muchos y pesar de unos cuantos, como don Juan Alfonso, que ha sido desautorizado por el mismo rey. Lo que no se le escapa a Blanca, que no termina de hallarse en ninguno de los dos bandos, es que hay dos figuras que son las verdaderas triunfantes de este episodio, dos hombres que ocupan ahora el lugar del duque de Alburquerque como los más íntimos consejeros de don Pedro y que son quienes lo han convencido para congraciarse con sus hermanos. Ellos son Juan Fernández de Henestrosa y Diego García de Padilla, tío y hermano respectivamente de doña María de Padilla, la mujer con la que Blanca ha de competir por la atención –cada vez aspira menos al amor– del monarca. Y el ascendente que acaban de mostrar sobre el rey no hace presagiar nada bueno para ella. Pero, por lo menos, al fin, se va a casar.

* * *

Los novios recorren la ciudad a lomos de sendos caballos blancos, igual de blancos que los paños que los cubren, de

armiño y ribeteados de oro. El mismísimo don Enrique, conde de Trastámara, lleva las riendas del caballo de la novia. Doña Blanca no puede dejar de mirar al medio hermano de su inminente marido mientras atraviesan las calles atestadas de gente que desean ver el cortejo nupcial. Ya conoció a don Fadrique en su viaje desde la frontera con Aragón, pero este gemelo, a pesar de ser exactamente igual que su hermano, se parece de forma inquietante a don Pedro. Los dos comparten el mismo cabello rubio, una piel clara y unos ojos azules e impenetrables; pero don Enrique es bastante más bajo que el rey y al mismo tiempo parece más grande, más fuerte, como si fuera una versión concentrada del monarca, una reducción basta de su esencia, más mundana y terrenal, pero más real a la vez, porque para Blanca su prometido resulta del todo inescrutable. No ha sido descortés con ella, todo lo contrario; sin embargo, en sus gestos considerados y galantes hay un deje indiferente e impersonal que le resulta más ofensivo que el peor de los insultos.

Será el obispo quien los case, y se inician los festejos con un gran banquete cuyo júbilo se extiende por las callejuelas de la ciudad, contagiando a los habitantes de Valladolid de una alegría estéril, porque incluso ellos, con sus vidas pequeñas e insignificantes tan alejadas de los susurros de la corte, intuyen que el enlace no va a prosperar. Qué más les da lo que ocurra al rey o a la reina, si su matrimonio es breve o eterno, si tienen hijos o no; lo importante es que la ocasión les permite comer y beber en abundancia a costa de la corona, y nadie va a desaprovechar una oportunidad así. No hay hipocresía que sea mayor pecado que el hambre que les acecha; un hambre que en demasiadas ocasiones esquivan en el último momento con un trozo de pan duro, una sopa raquítica o un trozo de carne de dudosa procedencia y sospechoso color. Festejan a sus señores, los jalean en los torneos con los que se ameniza la celebración, y así olvidan por un momento los días que están por venir, esos que los reclamarán de vuelta a sus quehaceres diminutos y extenuantes con los que se ganan la vida.

Doña Blanca, convertida ya en reina, los mira sin entender lo que dicen ni lo que hacen. No los compadece, no le dan asco, tan

sólo se siente infinitamente alejada de ellos, de la ilusión que muestran, de su despreocupada forma de disfrutar al máximo de esta jornada que los libera por un día de su servidumbre, sin reparar en que la noche se acerca y todo volverá a la normalidad cuando despunte el alba. Pero no será así para Blanca, que teme el lecho nupcial que la aguarda. Ha sido instruida en los misterios de la intimidad carnal entre un hombre y una mujer, y sabe lo que debe hacer y lo que no. No tiene miedo del dolor ni de la sangre, sino de estar a solas con su marido. Lleva semanas imaginándose la escena; se ha aprendido los diálogos de memoria, lo que le dirá ella y lo que le contestará él; cada gesto y cada réplica posible han sido ensayados de antemano en su cabeza. Y, aun así, tiene la sensación de que no ha entendido nada, porque don Pedro es lo que esperaba y al mismo tiempo algo completamente diferente. Está advertida de su carácter imprevisible y caprichoso, y con eso se ve capaz de lidiar; sin embargo, lo que la inquieta es la impenetrabilidad del semblante de su esposo, su absoluta falta de emoción durante toda la jornada, ni una sonrisa ni una mueca de disgusto. Y teme a aquel con quien se encontrará en pocas horas en la alcoba, porque no sabe si será el rey eufórico o el soberano colérico y despiadado que ya esbozan sus enemigos.

* * *

La habitación está fría a pesar de ser junio. Blanca hubiese deseado ver encendido el fuego en el hueco de la chimenea, que ahora no es más que una boca oscura por la que imagina que puede escaparse si, llegado el momento, necesita huir. Entonces la misma piedra se la tragaría y ya no tendría que complacer a nadie, no haría falta que hablara ningún idioma salvo el del crujir de las vigas y el corretear de los ratones por entre los muros. Eso le encantaría: poder ver y no decir, ser la observadora perfecta, fundirse con las paredes y ser morada y no moradora. Pero ella no está hecha de roca, sino de carne apenas púber que aguarda, tiritando bajo las sábanas y con sólo un camisón de hilo blanco, a que el rey llegue para tomarla.

Han entrado juntos en la habitación, pero, con la excusa de dejarla a solas para que se desvistiera, don Pedro ha vuelto a salir en busca de un último trago de vino. La ausencia de deseo por verla desnuda ha desanimado a Blanca. Bien conocida es la debilidad por la carne femenina que el rey profesa con inusitada devoción, y, sin embargo, ahí está ella, en camisón, sola en la cama, sin que nadie la haya mirado todavía, sin que la hayan considerado trofeo ni recompensa, reducida a una obligación. Ni siquiera su virginidad ha servido de reclamo.

–Tal vez deba ser más audaz, más atrevida –se dice a media voz, como si al sacar las palabras de su cabeza y proyectarlas al aire consiguiera convencerse a sí misma.

Pero no sabe cómo hacerlo, no es algo natural en ella. Desde que sangrara por primera vez, ha notado con mayor frecuencia un calor entre las piernas que le sube hasta el vientre, y también la humedad con la que a veces se despierta en mitad de sueños que no alcanza a recordar pero que la impulsan a acariciarse los pezones duros, como si retomara el trabajo que algún visitante onírico hubiera abandonado a medio hacer, dejando tras de sí la vaga sensación de su cuerpo caliente. Sin embargo, esos momentos duran tan sólo un instante. Los ha ido apartando de ella con fuerza de voluntad y diligentes baños de agua fría. Quería reservarse para este momento y ahora, cuando todo debería estar dispuesto para recibir a su marido, el miedo la gobierna. No hay ni un milímetro de su cuerpo del que no se haya apoderado el temor a ser rechazada, denostada por su inexperiencia o por su torpeza, por su cuerpo, por su misma existencia. Y así no queda resquicio alguno por el que pueda colarse una excitación que no sabe cómo invocar. Menos aún en la soledad de la cama vacía y el marido ausente.

Don Pedro llega por fin. Está visiblemente borracho, pero a Blanca no le importa. Con torpeza, el rey se desprende de las ropas y se queda en calzones. Su piel pálida refleja el resplandor de las velas y las lámparas de aceite que iluminan la habitación. Tiene dos cicatrices rosadas, una en el brazo y otra, más reciente, en el pecho, vestigio de la herida que recibió hace pocos meses en las justas de Talavera. Bajo la luz danzante, las cicatrices parecen cobrar vida, como si se tratara de ríos encarnados surcando su

cuerpo fibroso, de músculos insinuados, sutiles y delicados como los de un corzo. Se acerca lentamente a ella sin decir una palabra, la boca entreabierta, la respiración ronca proyectando un aliento a vino agrio. Blanca aparta las sábanas para ofrecerse a él. Tumbada bocarriba, dobla las rodillas como invitación. Se levanta el camisón, pero sólo hasta los muslos; hay una frontera invisible que es incapaz de franquear. Don Pedro se deshace de los calzones dejando a la vista un vello castaño y rizado sobre su miembro flácido, el cual toma con su mano derecha para empezar a masturbarse mientras se sube a la cama y se coloca de rodillas entre las piernas de Blanca, que lo mira tratando de disimular el miedo. El rey no busca su boca ni una sola vez. No habrá beso alguno. Sólo cuando consigue una erección que incluso a la inexperta y asustada Blanca le parece precaria, valiéndose de sus rodillas, abre aún más las piernas de su esposa e intenta penetrarla. Ella no está mojada, él no está lo suficientemente excitado. No hay nada que hacer. Todavía lo intenta un par de veces más, hasta que la visión de su miembro arrugado y colgando indolente entre sus piernas lo hace desistir.

–El vino me ha vencido –se excusa, dejándose caer bocarriba junto a Blanca, que sólo entonces vuelve a estirar las piernas y a bajarse el camisón.

La nueva reina de Castilla siente que ha fracasado en el primer cometido de su reinado. Tal vez debería alargar la mano y agarrar el miembro de don Pedro. Incluso ha oído que puede hacerse con la boca. Quizás eso le gustaría a él, pero ella no sabe cómo hacerlo y ahoga un suspiro. Incapaz de satisfacerlo en lo carnal, Blanca decide que tiene que darle algo, y ese algo va a ser una confesión.

Que el matrimonio se haya consumado o no es lo de menos, porque el hecho trascendental esa noche en el tálamo nupcial es que Blanca cuenta la verdad, y eso tiene consecuencias terribles. Va a ofrecer a don Pedro el secreto que lleva guardando desde que partiera de Francia. Lo hará como una ofrenda de paz y amistad, muestra intachable de su lealtad y sumisión hacia él. Esta verdad, como ocurre con muchas de las grandes verdades que cambian el curso de la Historia, está completamente desprovista de grandiosidad o solemnidad alguna; antes al

contrario, es una verdad vulgar, material y espuria.

–Mi señor, hay algo que por la integridad de mi buena conciencia y la salvación de mi alma no os puedo seguir ocultando. Se trata de mi dote –susurra Blanca.

Don Pedro se vuelve hacia ella sosteniéndose la cabeza con el brazo. Tiene los ojos enrojecidos de los borrachos o de los que acaban de llorar una desgracia.

–¿Qué he de saber de vuestra dote? Vuestro tío el rey ya ha tenido la gentileza de enviar una parte con vos.

–Pero no va a enviar nada más. No tiene posibles –responde Blanca con alivio. No se siente capaz de guardar secretos, de fingir ser alguien que no es, de tratar de gustar a don Pedro. Va a ir con la verdad por delante, y que sea lo que Dios quiera.

Don Pedro mira incrédulo a la que se ha convertido en su esposa a costa de una enorme cantidad de miseria. Entrecierra los ojos y resopla, se voltea en la cama y, sin decir ni una sola palabra, se limita a recoger su ropa y, aún desnudo, sale de la alcoba. Atrás deja a Blanca a solas con la terrible culpa de haber dicho la verdad.

Si fuera consciente de la calamidad que acaba de provocar, su llanto sería aún más fuerte. Intuye que acaba de sellar su caída definitiva en desgracia a ojos del rey, pero todavía no alcanza a imaginar las penurias que le aguardan.

* * *

Instintivamente acude a doña María para contarle lo sucedido. La mujer trata de consolarla, que bien sabe ella lo que es verse abandonada por un rey.

–Nada de esto es culpa vuestra, mi niña. Sólo habéis obrado con la ingenuidad de los puros de corazón. Y esto, que tan grato resulta a Dios, no siempre es acogido con entusiasmo por los hombres. Hablaré con mi hijo y todo se arreglará, ya lo veréis.

Sin embargo, doña María no se engaña, sabe lo que va a ocurrir. Se dedica a no despegarse de su hijo en la medida de lo posible. Paciente, lo observa con detenimiento, tratando de descifrar el instante, la hora y el día de su inminente huida, que

ya se refleja en sus gestos nerviosos, furtivos, hasta que, por fin, apenas dos días después de la boda, le llegan rumores de que el rey se dispone a partir de inmediato de Valladolid. Entonces, en un desesperado intento por hacerlo cambiar de parecer, llama a su cuñada Leonor, y las dos van en busca de don Pedro, que come a solas cuando dan con él.

Las reinas viudas de Castilla y Aragón no tienen otro poder que el de sus lágrimas para tratar de convencer al rey de que permanezca junto a Blanca y honre así el compromiso adquirido por el reino, pero don Pedro no quiere ni oír hablar de ello. La revelación de su esposa en la noche de bodas lo ha trastornado. Doña María es capaz de descifrar a su hijo: para él, la confesión de Blanca es una señal de que él tenía razón y el matrimonio no tendría que haberse celebrado. Por eso cuando don Pedro se permite la desfachatez de asegurar a las mujeres que no piensa marcharse, mientras que doña Leonor respira aliviada, doña María sabe que su hijo miente, y no se extraña cuando pocas horas después le comunican que ha salido de palacio para ir al encuentro de su amante, doña María de Padilla. Por lo visto, ella espera a su señor no demasiado lejos de Valladolid para darle el amor que él cree merecer, aunque eso implique desatar una guerra.

Toledo, 1355

Han transcurrido tan sólo dos años desde la boda y el abandono, y parece mentira que en tan poco tiempo hayan podido ocurrir tantas cosas en el reino de Castilla. Primero cambiaron las tornas, y los que antes apoyaban al rey, es decir, su madre la reina doña María y su privado don Juan Alfonso de Alburquerque, se han convertido en sus enemigos. En una alianza que poco antes hubiese parecido contra natura, han unido fuerzas con el bastardo conde de Trastámara, y esta guerra, que acaba de empezar y que todavía tiene muchas vidas que arrasar, se libra en nombre de Blanca de Borbón, que asiste en

parte incrédula y en parte complacida al espectáculo de haberse convertido en la bandera de los rebeldes. Si fuera un poco menos ingenua, se daría cuenta de que no es bandera ni escudo de nadie, sino una simple excusa, un subterfugio para las ambiciones de sus valedores, una manera de legitimar su rebelión contra el rey don Pedro.

La guerra, que aún no es abierta, ha consistido hasta ahora en una sucesión de escaramuzas; dormita en ocasiones para, de pronto, revolverse de nuevo como una bestia que se sacude el sueño, furiosa por haber sido despertada por alguna nueva tropelía del rey o de los rebeldes. Y en el centro se encuentra Blanca, que, en la exigua libertad que le permite su mal disimulado cautiverio, se las ingenia alguna que otra vez para agitar el avispero.

El conflicto cuenta en su haber con pocos momentos épicos, muchos ridículos y un sinfín de traiciones. Las cosas sucedieron de la siguiente manera tras la boda: don Pedro se reunió con doña María de Padilla, y de allí se trasladaron a Toledo junto con parte de la nobleza. No fue una chiquillada, tampoco un capricho ni el acto impulsivo de un rey burlado que no va a recibir la dote esperada, sino la excusa perfecta para emanciparse de don Juan Alfonso de Alburquerque. Hubo intentos de reconciliación, pero fracasaron, y el antiguo privado huyó a Portugal. Los hermanos bastardos del rey lo apoyaron al principio, pero, al ver cómo don Pedro nombraba para las más altas dignidades del reino a los familiares de su amante en lugar de a ellos, decidieron traicionarlo y se unieron a don Juan Alfonso. Sólo entonces los rebeldes contaron con una fuerza suficiente como para enfrentarse al monarca en un pequeño ensayo de guerra civil. Sin embargo, la salud de don Juan Alfonso se resquebrajó con tanto sobresalto y por la dura vida en campaña. Enfermó y murió, y los rebeldes se negaron a sepultarlo hasta dar por concluida su misión de dominar a don Pedro.

En esos días se inicia uno de los episodios más esperpénticos del conflicto: los sublevados se dedicaron a pasear el cadáver de don Juan Alfonso allá por donde campaban sus ejércitos. La imagen debía de ser dantesca y el olor, insoportable, pues, si ya

en vida era bien conocido por su aliento pestilente, cómo no hedería su cuerpo en descomposición a pesar de los sahumerios. Lo lógico hubiera sido que lo embalsamaran, pero siendo ésta una práctica prohibida por la Iglesia, aunque fuera habitual saltarse esa prohibición entre las clases pudientes, no se atrevieron a hacerlo con el duque de Alburquerque, bien fuera por falta de tiempo al encontrarse las tropas en continuo movimiento, bien por respeto a su fama de piadoso cristiano. Tampoco se puede descartar que sus impensables aliados, poco antes enemigos acérrimos, desistieran de todo intento de preservar su cuerpo para ver cómo se deshacía en pedazos en una suerte de venganza póstuma. El caso es que los rebeldes llevan por estandarte a un muerto. Su líder es un ataúd con el cadáver grisáceo e hinchado de un hombre que se asemeja cada vez más a la dentadura que tuvo en vida, así que no es de extrañar que con tan poco afortunado y macabro símbolo de sus agravios –y de los de Blanca, que es por quien se supone que luchan– se les dieran tan mal las cosas. Lograron apresar a don Pedro en Toro y hacerlo transigir con sus requerimientos, pero tal cosa sólo sirvió para enterrar el maltrecho cuerpo del difunto duque antes de que el rey escapara a Segovia para ponerse de nuevo al frente de sus ejércitos.

Desde entonces, los nobles se han dedicado a cortejarse entre ellos, a tentar a los miembros de la facción opuesta con repartos de tierras que todavía no les pertenecen y a prometer a sus hijas en matrimonio para estrechar alianzas que no duran demasiado. Han ido cambiando de bando según sopla el viento, salvo los que no tienen nada que ganar, como los hijos de Leonor o aquellos cuyos parientes ya han sufrido la cólera del rey y han visto mermadas sus familias y sus dominios. Y, en medio de este desorden, para terminar de completar el cuadro sin que le falte un detalle, un legado pontificio corretea por Castilla en persecución del rey para leerle un decreto papal en el que se le amenaza con la excomunión si no abandona a María de Padilla y vuelve de inmediato con doña Blanca.

* * *

Corre el año 1355, pues, y la que media Castilla considera la legítima esposa del rey se encuentra en el Alcázar de Toledo bajo el amparo de la pequeña nobleza de la ciudad. El traslado de Blanca de Borbón a la ciudad por orden del rey –por supuesto, en calidad de cautiva, ya no media subterfugio alguno para ocultar su condición– ha sido el detonante del último estallido de violencia rebelde, justo cuando las cosas parecían que estaban más calmadas y que don Pedro ganaba la partida.

Blanca, por su parte, cansada ya de verse llevada de una ciudad a otra y de que sean otros, los rebeldes o el legado papal, los que luchen por su causa, en lugar de resignarse a vivir encerrada en el alcázar, ha decidido hacer algo por su cuenta. Pidió poder ir a la catedral para rezar, y de ahí ya no ha salido. En su argumentación para evitar ponerse en manos de los siervos del rey, aduce que teme que su vida corra peligro, y con este acto de valentía ha sublevado a los nobles de Toledo y enseguida a la ciudad entera, que clama contra la injusticia que el rey está cometiendo contra su legítima esposa. A Toledo se le han unido otras ciudades como Córdoba, Jaén, Cuenca o Talavera, y la rebelión contra don Pedro se ha vuelto más furibunda y decidida que nunca.

Doña Blanca tiene motivos para la inquietud, porque, a pesar de su pequeña victoria sobre la opinión pública de la ciudad, la situación del rey don Pedro está lejos de ser desesperada. Desde que escapara de su cautiverio en Toro, ha tomado la iniciativa en el conflicto. En Burgos consiguió el apoyo de los hidalgos y los representantes de las ciudades y villas del reino, y, tras enfrentarse contra don Enrique ante las murallas de Toro, en una lucha en la que hubo muertos y deserciones por ambas partes pero ninguna victoria que reivindicar, ambos se dirigen ahora hacia Toledo, porque, una vez muerto y enterrado don Juan Alfonso de Alburquerque, los dos contendientes quieren hacerse con el único símbolo intacto de la rebelión. Con la misma Blanca de Borbón.

Don Enrique lleva ventaja y consigue llegar a Toledo antes que el rey. Sin embargo, una vez atravesado el puente de San Martín, ya frente a la principal puerta de la ciudad, se encuentra con que todo ha sido inútil: los prohombres de la ciudad son

leales a doña Blanca, pero también al rey don Pedro, de quien esperan que acabe reconciliándose con su esposa. Así se lo hacen saber al conde de Trastámara cuando le niegan la entrada en la ciudad. Hay otros, no obstante, que disienten de la opinión de sus conciudadanos.

–Rodead la ciudad siguiendo el curso del río y acampad en la Huerta del Rey, al otro lado del puente de Alcántara –dicen a don Enrique y sus soldados–. En cuanto sea seguro, os mandaremos avisar.

Dos días después, los hombres del conde de Trastámara entran en Toledo sin encontrar demasiada resistencia. Lo que ocurre a continuación difícilmente puede tener una justificación.

Es complicado saber qué piensa Blanca cuando contempla las llamas a lo lejos desde el alcázar. Se ha asomado para ver qué ocurre, prevenida por los gritos de horror que, arrastrados por el viento, la alcanzan en su privilegiado palacio. Porque la muerte y la destrucción, el caos en que se está consumiendo la ciudad, llevan su nombre escrito en el humo que asciende hasta el cielo azulísimo, empujándolo hacia la lejanía con sus dedos grisáceos. Y también la sangre que se derrama dibuja su nombre en las calles embarradas de la judería menor de Toledo, porque no es sangre castellana la que se vierte, sino judía. Blanca debe saber esto, alguien ha tenido que informarla, pero si esta información la tranquiliza o la enerva no es posible percibirlo. Hay demasiadas cosas que desconocemos de ella. Lo más probable es que se horrorice un poco al pensar en la matanza que están llevando a cabo los hombres de don Enrique, pero no demasiado. Debe de ser un horror liviano, de esos que se pronuncian pero no calan en el ánimo; un horror forjado más por la sorpresa de saber que el ataque se centra en los judíos que una genuina conmoción por la violencia que intuye en el otro extremo de la ciudad.

Lo que sí es seguro es que Blanca no alcanza a entender por qué tal saña con los judíos. No les guarda afecto alguno, pero tampoco los odia, como bien sabe que sí hacen muchos otros. El hecho de que se hayan convertido en el objetivo del asalto de aquellos que venían, en teoría, a liberarla, le hace temer que al fin se haya desencadenado la guerra total que en el fondo tanto la

angustia. Y mientras cavila sobre las razones de tanto sinsentido, la judería mayor de Toledo, blindada ante la barbarie que ha asolado a su hermana pequeña, resiste hasta que llegan las tropas del rey.

Lo logran a base de barricadas en las calles estrechas, de convertir a ancianos y niños en soldados que defienden con cualquier cosa que tienen a mano su propia vida, su hogar y sus creencias. Han temido un momento como éste desde hace mucho, y sin embargo pocos se habían atrevido a imaginar tamaña carnicería. Desde el otro lado de los carros y los toneles tras los que se parapetan, contemplan a los que no han tenido la suerte de refugiarse a tiempo. Se hablará después de más de mil doscientos muertos, sin distinción de edad y sexo. Y este acto de suprema crueldad no será aún mayor porque don Pedro llega por fin a Toledo.

No tarda mucho el rey en entrar en la ciudad. Sus hombres se baten con los del bastardo don Enrique unas pocas horas. Las mesnadas rebeldes son expulsadas, y una vez más el conde de Trastámara se ve obligado a huir. La victoria es para su medio hermano don Pedro, al menos por el momento. Las victorias pueden ser momentáneas o pírricas; los muertos, en cambio, son definitivos, como todos aquellos con los que se encuentra el rey en las calles de la judería, que ya no se levantarán nunca más. Servirán de combustible para su cólera, una ira que cuesta no pensar como legítima. Los judíos sefardíes se han mantenido fieles a la causa del rey; su tesorero, Samuel Leví, ha resultado pieza fundamental para que lograra escapar de su cautiverio en Toro. Y don Pedro piensa, no sin razón, que por ello los rebeldes han ido a masacrarlos, en venganza por el apoyo que le han venido mostrando.

No será la última vez que los judíos se conviertan en víctimas de una violencia semejante. La vieja nobleza que sustenta al rebelde conde de Trastámara los odia con toda su alma desvencijada y agonizante, y no dudará en pasarlos a cuchillo en cada oportunidad. Su raza se ha convertido en sinónimo de crimen, en sospecha perenne de traición. Tal vez es envidia, o puede que sea avaricia, pero el antisemitismo no dejará de crecer, y, tras la muerte de don Pedro, que ha sido y es su valedor, quién

sabe si por bondad o conveniencia, nada podrá parar este sentimiento, que se irá enraizando en los corazones de los castellanos. Crecerá como una planta ponzoñosa a la que cuidarán primorosamente hasta que, unas pocas décadas después, un clérigo astigitano llamado Ferrán Martínez la haga florecer con sus prédicas exaltadas. Entonces, se recogerá el veneno sembrado por siglos de miradas aviesas, de deudas contraídas y reclamadas, de reproches ya milenarios en los que se les atribuye el origen de todos los males. Y un día casi la totalidad de los sefardíes de la populosa Sevilla serán masacrados, y, cuando sus católicas majestades, en este sentido genuinos herederos del Trastámara, decreten su expulsión, ya no quedará más que un puñado de ellos en la ciudad más grande del reino. Y pronto la violencia se extenderá por todo el valle del Guadalquivir, primero, por el resto de Castilla después, y alcanzará también a los reinos de Navarra y Aragón.

Éste es el futuro que presagian los cadáveres con que se topa don Pedro al entrar en Toledo, unos días terribles a los que apuntan los judíos con sus dedos muertos, que ya no pueden acusar a nadie, pero que señalan el destino de su pueblo. No obstante, aún les queda, aunque sea por poco tiempo, quien vengue sus muertes con toda la ira del dios al que han rezado tanto y que, una vez más, parece haberlos abandonado. Al menos en esta ocasión el rey no los decepciona: devuelve la violencia de don Enrique en forma de expeditiva justicia. La sufren los que abrieron las puertas al bastardo, los que se abalanzaron contra los judíos con razón infundada, los que hicieron y los que facilitaron. Pasa a cuchillo a padres y a hijos, sin distinción, tomando como modelo la carnicería que pretende vengar. Después, dependiendo de a quién se le pregunte, esto será considerado un acto de suprema crueldad o de debida justicia. Pero lo que resulta indudable es que don Pedro ha conseguido su objetivo: Blanca de Borbón permanecerá bajo su custodia. Decide mandarla a Sigüenza, y ya se preocupará él de que no vuelva a haber más aventuras como la de Toledo. Ya no será símbolo de nada; la reducirá a la condición de una esposa repudiada más, otro intento fallido de política matrimonial, un ente perdido que importará cada vez menos. Al menos, ésa es su

intención.

1356-1361

A Blanca de Borbón todavía le queda una coda en esta historia. Sus primeros años en Castilla han sido frenéticos, y luego le llega una calma dilatada de un puñado de años en los que acabará de florecer como mujer de un marido al que no verá nunca más. Con los nobles que defendían su causa derrotados, no le queda nadie a quien recurrir. Sus cartas al Papa, en las que acusa a don Pedro de someterla a infinidad de privaciones, se van espaciando en el tiempo, desalentada al ver cómo el rey castellano ignora las protestas del sumo pontífice una y otra vez. El Papa es francés como ella, un títere del rey de Francia, y como tal lo consideran el rey y su corte. Tanto es así que no sólo no toman en consideración sus amenazas de excomunión si no vuelve con Blanca, sino que don Pedro se las ingenia para que dos obispos castellanos anulen el matrimonio real. Pronto se desposa de nuevo, ahora con Juana de Castro, una noble con la que pretende estrechar esas alianzas que le han permitido ganar el primer envite contra don Enrique. El destino de esta reina efímera no será muy diferente del de Blanca, pero eso no la consuela; en realidad añade otra humillación más a su repudio. No le consienten siquiera el papel de víctima, ni siquiera el de elemento pasivo arrastrado a la desgracia por los acontecimientos; quieren señalarla como adúltera, hacerla responsable única de su desgracia, cuando es el rey quien vive en concubinato apenas disimulado con María de Padilla.

Sus últimos años los pasará en un continuo peregrinar de un castillo a otro, de un alcázar al siguiente, siempre hacia el sur, lejos de los rebeldes y de los aragoneses, con los que don Pedro entra en guerra una vez puesta en orden la situación en Castilla. Lo hará sola, sin la compañía de la reina doña María, quien después de apostar contra su hijo y perder la partida se ha retirado a Portugal junto a los suyos, donde no tardará en morir

en paz. Sin embargo, a Blanca todavía le quedan otros cinco años que vivir tras lo sucedido en Toledo. Es una reina rodeada de gente que no la tienen por tal, sino por una cautiva francesa, el símbolo de una rebelión derrotada, más un estorbo que una ventaja llegado cierto punto.

Con el pueblo sucede algo diferente. Quizá por su propia condición miserable empatizan con la pobre Blanca de Borbón y sus desgracias. Florecen los romances que cuentan sus penas, y éstos llegan a oídos del rey, a quien no le gusta saber que sus súbditos miran con simpatía la causa de su fallida esposa. Y entonces ya no hay refreno posible a la despiadada justicia o crueldad –no obviemos su innegable naturaleza violenta e implacable– de don Pedro, quien ahora ve a Blanca de Borbón como un incordio del que es necesario deshacerse.

El rey decreta su asesinato cuando ella se encuentra cautiva en Jerez. El primer verdugo renunciará a su cargo antes de cometer tan nefando crimen, pero no faltará quien lo suceda y asuma de buen grado la tarea, pues siempre hay hombres dispuestos a los actos más abyectos para ganarse el favor de su señor. El asesinato se comete con cobardía, con veneno, lo cual evita al verdugo presenciar la muerte de su víctima y le permite escapar de esa última mirada reprobatoria y suplicante, de infinita tristeza, que se asoma al rostro contraído por el dolor de Blanca. Más lejos aún se encuentra el rey, que no oye –ni quiere oír– sus últimas palabras:

–Dime, Castilla, ¿qué te he hecho yo?

Como si Castilla pudiera contestarle o tuviera la culpa de los actos de los hombres que la habitan. Pero, en ese último instante, con esa pregunta que es al mismo tiempo un reproche y una acusación, Blanca maldice el lugar donde fue enviada para reinar y donde lo ha perdido todo. Tanto ha perdido que, ahora, cuando el cuerpo se le retuerce por dentro y sabe que acaba de ser ajusticiada y que sólo le queda exhalar el último aliento, ya no le quedan fuerzas para el odio ni la tristeza. Se deja caer en brazos de una sirvienta, tal vez una de las pocas que la han seguido desde su Francia natal, el último refugio de su melancolía, alguien con quien podía hablar en su propia lengua, siempre más cercana a su corazón que el castellano que ha

conseguido dominar para nada. También es posible que esté sola, que nadie escuche sus palabras; e incluso cabe la posibilidad de que esta pregunta final no sea sino un invento de aquellos que después contarán su historia. Sin embargo, imaginarla expirando en unos brazos amables que compartan su mismo dolor y su misma pena es un acto de piedad que no se le puede negar a la desdichada Blanca.

Su muerte no puede cambiarse sin reescribir la Historia, pero puede endulzarse, hacerla menos desoladora, aunque su final, en el fondo, sea el mismo.

LA PUTA DE MARÍA DE PADILLA

Sahagún, 1352

Se van a decir muchas cosas sobre María de Padilla en los años que están por venir.

Los enemigos del rey la llamarán «la puta de María de Padilla», no vaya a ser que alguien olvide lo que opinan de la amante del rey, aunque en realidad de quien tienen mala opinión es de sus parientes, porque temen que copen las mayores dignidades de la corte castellana. Asegurarán que su lascivia no tiene límites y que gusta de bañarse desnuda en los aljibes del Alcázar de Sevilla para que todos puedan admirar su belleza; la acusarán de ser una bruja que ha aprendido sus malas artes de los judíos, o de los moros, qué más da mientras esas enseñanzas blasfemas provengan de alguna de las dos estirpes malditas y heréticas con las que conviven a regañadientes y en precario equilibrio los cristianísimos castellanos. Y, sin embargo, nada de lo que puedan decir de ella en vida, ninguna de las leyendas que inventarán, por fabulosa que sea, podrá compararse con lo que sucederá con su recuerdo una vez muerta. Durante su paso por este mundo, durante casi diez años, no será más que la amante del rey, y a pesar de ello insignificante por sí misma, porque no alcanzará el poder omnímodo del que en su día gozó Leonor de Guzmán con el rey Alfonso.

De alguna manera, será la sucesora de Leonor en el cargo de favorita, en el de madre de los bastardos reales, en el de

barragana que aspira eternamente a ser esposa. No coincidirán en tiempo y espacio, pues la entrada en escena de María de Padilla se producirá años después de la muerte de Leonor. Sin embargo, la sangre de ambas mujeres se las arreglará para encontrarse décadas después. Serán ellas quienes engendren a los reyes de Castilla primero, y de Aragón después.

La posición que ambas han ocupado, a menudo más íntima e importante para los soberanos que la de sus consortes oficiales –no hay más que pensar en la pobre Blanca de Borbón–, debería ser tenida también en cuenta en las interminables listas de monarcas, con un puesto relevante en sus genealogías, en lugar de la equívoca línea de puntos que las desmerece y que no hace sino enmarañar el conjunto. Y todo por la insignificancia de sus ancestros, invariablemente desprovistos de sangre real que corra por sus venas. A pesar de todo, la línea discontinua que las ata a sus amantes, que son reyes y emperadores, es en realidad mucho más fuerte que la de las reinas verdaderas, esas que ostentan el título y tienen derecho a llevar corona sobre la cabeza y en los escudos. Es más fuerte porque tiene el don de la flexibilidad, porque no puede ser anulada por ningún poder terrenal o religioso y sólo compete a los que la han construido, que están llamados a borrarla o fortalecerla sin tener que dar cuenta de ello ni a hombres ni a dioses.

Si mucho se va a hablar sobre María de Padilla durante su vida, mayores serán las historias tras su muerte. Primero, por decreto real, ascenderá su espectro al trono de Castilla y sus huesos descansarán para siempre junto al de los reyes en la capilla real de la catedral de Sevilla. Luego, su leyenda seguirá creciendo. Con el paso de los siglos, un romántico francés la hará reina de los gitanos, a pesar de que ese pueblo no había asomado aún sus pieles morenas por los confines de Europa cuando ella hollaba con sus pies este mundo. Y su escalada será imparable: aupada por los romances perdidos cantados en su honor y en su deshonra, su nombre irá pasando de voz en voz hasta cruzar el océano y llegar al continente que estaba por descubrir. Allí, en las tierras del Brasil, siglos después, en un idioma que se parece mucho a otro de los tantos que apenas va a escuchar de pasada mientras viva, será adorada como una diosa. El nombre de María

de Padilla, reina de la magia, será invocado para atraer el amor y las riquezas; ascenderá a señora suprema de una religión extraña de la que recibirá ofrendas de flores, ron y miel que se depositarán en los cruces de los caminos y en los cementerios, mientras se entonan sombríos cantos de alabanza con los que sus devotos esperarán atraer el favor de cada una de las diosas en las que se multiplicará.

Pero María de Padilla vive ajena a toda esa grandeza póstuma. La estatura gigantesca de su leyenda contrasta con su verdadero cuerpo, que es menudo, de piel que no es morena como la de la futura diosa, sino blanca como la nieve. Es muy hermosa, en eso sí aciertan los mitos, y también inteligente. No tiene la melena negra, larga y ensortijada como luego será representada: aunque igualmente larga, es castaña y lacia, con brillos cobrizos cuando se refleja en ella la luz del sol. Su rostro es redondo; la boca, pequeña, con la mandíbula inferior algo retraída, como si estuviera inacabada, pero es un rasgo distintivo que, lejos de restar atractivo a su semblante, le otorga una perenne expresión de ingenuidad que embruja al rey don Pedro en cuanto la conoce.

* * *

Corre el verano de 1352. Don Pedro se dirige a Asturias para enfrentarse a su medio hermano don Enrique, en abierta rebelión después del asesinato de su madre Leonor. Hace parada en Burgos primero y Sahagún después, donde María de Padilla es presentada al rey a instancias de don Juan Alfonso de Alburquerque, que no hace nada por casualidad. Todo en él es intención, intriga y cálculo. El privado del rey sabe que la belleza de la joven es especial; tiene un algo magnético en la forma en que camina, en su manera de esbozar una sonrisa tímida y apenas susurrar cuando habla en presencia de muchos, como si hubiera entrenado el timbre de su voz para parecer más agradable, más sumisa. Está completamente preparada para seducir al rey. Ésa es su misión, y así se lo ha insinuado María de Meneses, mujer del todavía todopoderoso duque, que la ha criado desde que quedó

huérfana de padre. También la animan a ello su madre y su tío, Juan Fernández de Henestrosa, como también todos los que la rodean, los que son de su misma sangre y los que la han acogido. Actúan como si fueran una única voluntad provista de voces y rostros diferentes, pero con un mismo objetivo. Aunque nadie se lo va a decir abiertamente. Su madre no se la lleva a un aparte ni aprovecha un momento de intimidad mientras tejen para dejar a un lado las agujas, mirarla seriamente y decirle:

–María, hija mía, tienes que seducir al rey.

O mejor aún, con sinceridad:

–María, hija mía, «necesitamos» que seduzcas al rey.

Como si les fuera la vida en ello, como si el hecho de que ella seduzca al rey les hiciera tanta falta como el comer o el dormir, como si fuera una necesidad fisiológica que sólo ella puede ayudar a cubrir. Muchas veces se encontrará María de Padilla con deberes semejantes, cosas que no entiende, que ella no precisa, pero que parecen indispensables para los demás.

Sin embargo, aunque nadie se pronuncie abiertamente, ella percibe en las palabras veladas, en los dobles sentidos y en las insinuaciones que siguen al anuncio de la llegada de don Pedro qué es lo que todos desean que haga. Tal es el empeño que le ponen que ella misma termina por abrazar la idea, incluso llega a creerla suya y se siente orgullosa de haber pergeñado un plan tan astuto, tan ambicioso.

Hay una pregunta primigenia en toda fantasía que amenaza con convertirse en realidad: ¿por qué no? En este caso, el ensueño consiste en que María pueda llegar a ser reina. Proviene de la nobleza, si bien de una familia menor, de importancia apenas local, pero, si logra que el rey se encapriche de ella, todo es posible. No hay maldad en sus deseos, sólo algo de ambición, que en gran parte no es suya, sino la que ha ido cosechando de otros; también algo de esa tontería infantil de niña mimada de la que todavía no ha logrado desprenderse. Aun así, no es tan ingenua como para olvidar que ya no es lo suficientemente joven, que no tiene una gran dote que aportar, que sus parientes no son aliados poderosos. Mas eso no es obstáculo para el amor, piensa con candidez. Todo depende de si es capaz de despertar en el rey ese sentimiento que, en el fondo, tan desconocido es para

ella.

María de Padilla corresponderá el amor de don Pedro si éste llega a surgir, de eso sí está segura, porque se conoce bien. Por el momento, su experiencia es exigua, más ficticia que otra cosa. Cuando piensa en el amor, se lo imagina tal y como se lo cuentan las criadas, como se lo describía su madre en las historias con las que la dormía cuando era niña. No ha leído nada sobre el tema –apenas si ha leído algún libro en su vida, pues casi nadie lo hace por entonces, ni siquiera la mayoría de religiosos–, porque María de Padilla no es una muchacha especialmente instruida. Tampoco es que le interese demasiado adquirir conocimiento alguno; está más apegada a la realidad tangible, a los olores del campo, de la cocina, de las labores de costura, que a los pergaminos. Es otra mujer más, criada para ser esposa y madre, pero, a diferencia de Blanca de Borbón, cuyo futuro venía impuesto sin importar sus deseos, o de la reina doña María de Portugal y de doña Leonor de Guzmán, que vivían en pos de la ambición, a María de Padilla le gusta la idea del matrimonio en sí mismo, de pasar sus días junto a un hombre al que tiene la esperanza de poder amar. Quiere parir a sus hijos, criarlos con ternura, verlos crecer. María de Padilla desea formar una familia, y, si en vez de parir niños normales da a luz príncipes y princesas, mejor todavía.

Acaba de cumplir dieciocho años cuando su tío la lleva a conocer al rey. Sobre su cabeza reposan las bendiciones de su madre y de su benefactora, María de Meneses, pero sobre todo reluce la voluntad del privado del rey. El señor de Alburquerque, que conoce las inclinaciones de don Pedro, le ha prometido presentarle a una muchacha de extraordinaria belleza que se ha criado en su propia casa, prueba de la valía de una doncella cuya virtud es incuestionable. Le habla de ella al rey como si fuera una víctima propiciatoria perfecta, y en cierto sentido así es, pues su plan es sacrificarla a la lujuria del monarca, atarlo a ella para, después, ser él quien sujete la correa con la que manejar a don Pedro.

* * *

Es agosto, y los campos de Castilla se dibujan aplastados por el calor después de la siega, desprovistos ya del esplendor dorado que los ha recubierto como un manto hasta hace unos días. El polvo se eleva al paso del carruaje en el que María se refugia del sol devastador del mediodía en este verano tan extrañamente caluroso. Por mucho que ha intentado refrescarse, y a pesar de que se abanica sin parar, ha empezado a sudar y nota mojados los bordes del escote del vestido que su señora le ha regalado. El corte es demasiado atrevido para ella, pues deja ver el principio de sus senos. Cuando se lo probó, se sintió poco menos que desnuda, pero su madre acabó por convencerla diciéndole que es la moda que se lleva en Francia y que ella iba a ser la primera en introducirla en la corte castellana. El tejido es suave y delicado, de un hermoso color mostaza que ahora, para su horror, se oscurece a marrón en las axilas. El calor y el denso aroma del perfume con el que la han embadurnado la mantienen somnolienta y algo mareada. Frente a ella, su tío duerme y ronca como un oso. Le gustaría preguntarle más cosas sobre el rey, pero le da miedo despertarlo y ponerlo de mal humor.

Son pocas las cosas que sabe del rey, y todas se basan en rumores. Pueden ser verdad o no, pero María de Padilla quiere pensar que no la han engañado, porque le han dicho que don Pedro es bien parecido, un hombre apuesto del que es imposible no enamorarse, rubio y de ojos claros como su padre, el difunto rey don Alfonso. Sin embargo, aunque eso la tranquiliza en parte, María quería saber si se trata de un hombre amable o si por el contrario es rudo y desconsiderado, si es alegre o sombrío, si es serio y taciturno o locuaz y desenfadado. También tiene miedo de la reina doña María, de quien se cuenta que ha mandado matar a Leonor, y esto la inquieta, porque María de Padilla entresueña con ser ella misma reina, y eso puede terminar por convertirla en la nueva rival de la madre del rey. Entonces se imagina a sí misma viviendo con el temor a ser envenenada, dejando de comer hasta volverse un esqueleto y perdiendo así la voluptuosidad de su cuerpo. Trata de apartar esos pensamientos con un manotazo al aire, como si estuviera espantando moscas, y se entrega de nuevo a sus fantasías de amante reina de Castilla. No imagina su coronación ni se ve a sí misma sentada en el

trono, sino que recrea los momentos de intimidad en la alcoba real, donde yace con don Pedro, ambos cuerpos desnudos, él sobre ella, o, mejor aún, ella sobre él, tal y como ha escuchado contar a las criadas; ella dominando al rey de Castilla como si él fuera el súbdito y ella la soberana. Estas fantasías, que van y vienen y que, cuando se amodorra más de la cuenta, ya al borde mismo del sueño, se independizan de su voluntad y discurren sin control, bifurcándose y enredándose en otras historias para luego volver a su cauce, al inagotable tálamo nupcial al que obliga a regresar a sus ensoñaciones, la van excitando poco a poco. Suda cada vez más, y nota ya la humedad también entre las piernas.

De pronto, el carruaje salta en un bache del camino, y su tío despierta sobresaltado. Aunque rápidamente se vuelve a dormir, María se siente ahora culpable por haber tenido esos pensamientos pecaminosos delante de él. Por un instante, le parece que sus pupilas son capaces de atravesar sus párpados cerrados y penetrar bajo la tela de su vestido para descubrirla húmeda de deseo, e incluso que su mirada inquisitorial llega más lejos aún y puede alcanzar su mente para descubrir el rastro impío que conduce hasta el rincón oscuro donde trata ahora de guardar sus fantasías. Pero su tío no dice nada; se limita a roncar y a dejarla de nuevo sola con sus cavilaciones.

Horas después, cuando ya se acercan a su destino, don Juan Fernández de Henestrosa ha despertado de su prolongada siesta. No reprende a su sobrina por haber pecado de pensamiento; antes al contrario, le dirige una sonrisa un tanto babosa y le dice:

–No te preocupes, tengo por seguro que vas a encantar al rey.

* * *

Entran en Sahagún cuando el sol declina ya en el horizonte. La villa, que horas antes parecía desierta, hierve ahora de actividad. Los estudiantes de la flamante universidad que el Papa ha concedido, hace no demasiados años, al monasterio de San Benito merodean por las calles para saciar su sed en alguna de las atestadas tabernas, mucho más concurridas de lo habitual por la

presencia de los hombres del rey. Tras cruzar las murallas, se dirigen al monasterio que dota de alma a la ciudad, donde creen que encontrarán a don Pedro, pero se detienen antes, en cuanto don Juan tiene noticia de que el rey ha declinado la invitación de los monjes benedictinos. En lugar de ser el invitado de honor de los religiosos, don Pedro ha decidido hospedarse en la casa de un rico burgués de la villa. Allí se está celebrando una fiesta, y el hombre decide que no es prudente presentarla en tales circunstancias y buscan un lugar adecuado donde poder alojarse.

Esa noche, María de Padilla sueña de nuevo con el rey. Siente a don Pedro cerca, alegre y hermoso en mitad de la fiesta, con los ojos brillantes por el vino, y, una vez cae rendido por el cansancio y la ebriedad, la visita en espíritu, ahuyentando con una luz sobrenatural las tinieblas que envuelven la estrecha cama donde María descansa. Le implora que vaya con él, que abandone a su tío y ascienda de su mano a los cielos para contemplar las tierras sobre las que gobierna, tan hermosas bajo la tímida luz de las estrellas. Y ella consiente sin reservas, sintiendo la calidez espectral de su alma envolviendo la suya. Al despertar, María de Padilla rebosa de confianza y optimismo. Está más que preparada para encontrarse en persona con el rey.

Don Pedro ocupa la mañana siguiente en orar ante la tumba de Alfonso VI. Debe de sentirse atraído por el recuerdo de su antepasado, en cuya historia, gloriosa y fratricida, cree ver un presagio de su propio reinado. Cargado todavía de pensamientos sombríos, regresa para el almuerzo a la casa donde se hospeda, y allí, entre los ilustres comensales, descubre por primera vez a María de Padilla. La joven se percata de inmediato de cómo la mira el rey. La niebla se desvanece al instante de los ojos de don Pedro para dejar paso a un resplandor azulado en el que María es capaz de adivinar el deseo. Don Juan Alfonso de Alburquerque, el privado del rey, artífice último de tan feliz encuentro, a quien tampoco pasa desapercibida la reacción de don Pedro, sonríe ufano por el éxito de su treta, sin saber que en realidad está celebrando el principio de su ruina. Pero, entretanto, a María de Padilla, todo lo que le han venido contando acerca de don Pedro le parece poco.

–Por Dios, qué guapo es –se dice a sí misma en voz baja,

como si necesitara dar la razón a lo que están viendo sus ojos.

El rey es todo lo que esperaba y más todavía. Su figura es esbelta, fuerte y bien proporcionada; los cabellos dorados y resplandecientes le caen con delicadeza sobre los hombros; los rasgos, finos y delicados, y al mismo tiempo poderosos y maduros para su edad; los ojos de un azul celestial le otorgan una mirada limpia y risueña. María apenas se atreve a mirarlo. Le gustaría observarlo detenidamente, diseccionar cada detalle, pero sabe que no debe parecer descarada, al menos no en este primer encuentro, sobre todo teniendo en cuenta que, al igual que ha llamado la atención del rey, también lo ha hecho con la del resto de los comensales.

Desde el momento en que aparece, todo gira en torno a María de Padilla: los cuchicheos de las damas que se sientan a la mesa, las bocas torcidas por la lascivia de los señores de Castilla, las miradas furtivas de los criados. Los platos colmados y las jarras de vino tibio gravitan en torno a ella, se desvían de su órbita y se van acumulando en la alargada mesa de madera, cuya longitud parece extenderse más y más entre el rey y ella, tan inalcanzable le parece.

Don Juan Fernández de Henestrosa se sienta junto a su sobrina con orgullo. Come y bebe con la despreocupación de quien sabe que ha prestado un gran servicio a su rey y a su familia. Él también tiene ambiciones que se esfuerza en mantener ocultas ante el duque de Alburquerque y el mismo rey, e incluso ante la reina madre doña María. Sabe disfrazar hábilmente sus anhelos gracias a su aspecto de hombre simple más dado a la glotonería que a la intriga, y también conspira a su favor el hecho de ser un personaje menor, al que nadie presta atención salvo para los encargos más turbios y deshonestos, como lo es éste, que no consiste en otra cosa sino en entregar a su sobrina para mantener ocupado el vigoroso deseo sexual de don Pedro. Pero él no se juzga ni reconoce como alcahuete de su propia familia; por contra, se tiene por un hábil jugador de ajedrez en una partida en la que nadie más sabe que está jugando.

En cuanto acaba el banquete, don Juan se apresura a retirarse llevándose con él a doña María, sumamente decepcionada por no haber podido entablar conversación con el que ya considera su

futuro marido. Pero no tarda en darse cuenta de que, con esta desaparición precipitada, su tío no pretende otra cosa que inflamar el corazón del rey, cuya impaciencia, ya sea para los amoríos o para los asuntos del reino, es de sobra conocida. Su deseo irá macerando hasta volverse insoportable. Se atreverán incluso a tentar su cólera cuando esa misma noche, aduciendo una repentina indisposición de la joven, tío y sobrina rechacen una invitación del soberano para unirse a él en una cena privada. Y así logran que don Pedro se obsesione hasta que ya no puede pensar en otra cosa.

Al día siguiente, conociendo que la joven aún está indispuesta para presentarse ante él, don Pedro manda a sus propios médicos. María los ve por la rendija de la puerta desde la cama en la que finge estar postrada.

–El rey nos envía por si podemos servir de ayuda –oye decir a uno, el más viejo, un anciano calvo y raquítico que se mueve con nerviosismo al otro lado de la puerta que su tío no termina de abrir.

–Agradezco el gesto de mi señor, pero, por fortuna, no será necesario. Mi sobrina ya se encuentra mucho mejor, y sin lugar a dudas arde en deseos de encontrarse con su soberano en cuanto esté completamente restablecida –los intenta despachar con amabilidad don Juan.

–¿Y tiene usted idea, señor mío, de cuándo será eso? –insiste el calvo–. Ya sabéis que nuestro señor se preocupa enormemente por la salud de sus súbditos, y no querríamos verlo desasosegado por una espera demasiado larga.

–Id sin cuidado, pues, viendo cómo le vuelve el color al rostro, no me parece que vaya a ser cosa de más de unos pocos días.

Los médicos se retiran contrariados, no tanto por la futilidad de la visita como por la respuesta que temen del rey cuando le lleven la noticia de que todavía deberá esperar unos días antes de volver a ver a la muchacha de la que se ha encaprichado.

Pero, si la impaciencia del rey es casi irrefrenable, la de María de Padilla lo es aún más. Durante el primer día de su supuesta enfermedad, María obedece y guarda silencio. Aunque entiende la lógica de su tío, que no ha dudado en exponérsela esa misma

noche sin ahorrarle ningún detalle, no puede evitar sentirse mal, como si mintiera a su propio esposo, pues como tal se atreve a considerarlo desde que la visitara en sueños. Aun así, se las arregla para permanecer callada y asentir ante las explicaciones de su tío. Se encomienda a su paciencia, y hasta tiene la osadía de entregarse a la oración. Postrada de rodillas, con las manos entrelazadas y los ojos empañados de deseo, pide a Dios que sus anhelos se hagan realidad. Sin tener en cuenta el carácter pecaminoso de sus pensamientos, María reza al único dios que conoce.

Llegado el segundo día, cuando ve que su tío se mantiene inflexible y que sus oraciones no han sido escuchadas, se permite cuestionar tímidamente la manera en que están actuando. Da vueltas por la habitación y se asoma a los sucios cristales de la ventana que da a la calle con la esperanza de ver al rey acudiendo en su busca. El calor se le hace insoportable en aquel cuartucho que termina por detestar. La madera cruje bajo sus pasos incansables. A ratos, intenta dormir para que el tiempo transcurra más rápido, y entonces, en la intimidad de su mente, trata de conjurar los sueños que la llenaron de dicha la primera noche en Sahagún o vuelve sobre el recuerdo de su encuentro con el rey, estremeciéndose al evocar su mirada perdida en ella o la forma en que inclinaba la cabeza cuando sus ojos se cruzaban. Se maldice entonces por no haber sido más valiente, por haber bajado la cabeza en señal de respeto, simulando un pudor y una vergüenza que no sentía, pues su único deseo era contemplarlo. No le interesaba el vino ni la comida, sólo don Pedro, a quien quería memorizar de la forma más exacta posible, cada rasgo y cada gesto, para poder recorrerlo después, a solas, con los dedos de la memoria. Pero, sin embargo, no fue suficiente. La silueta del rey se desvanece cada vez que trata de concretarla, sus rasgos se difuminan y se contaminan hasta convertirse en los de otra persona, en los de un hombre al que María no conoce y al que no desea, porque no es él, de eso está segura.

La mañana del tercer día despierta estremecida por unas pesadillas en las que don Pedro la ha repudiado, y entonces ya no duda en maldecir a su tío e intenta varias veces escapar de esa habitación donde supuestamente convalece de una vaga

enfermedad. Con miedo de perder el control sobre su sobrina, don Juan Fernández de Henestrosa anuncia al rey que doña María se ha recuperado y arde en deseos de cenar con él.

Esa misma noche, en un salón alumbrado por fuegos paganos que negarán al mismo Dios, la víctima propiciatoria acude de buena voluntad para entregarse en sacrificio, porque nadie lo desea tanto como ella, tal vez el rey, en todo caso. Ni su tío ni el señor de Alburquerque son conscientes de lo que acaban de desatar cuando, poco después de la cena, don Pedro y María de Padilla se retiran a los aposentos del rey.

Hace calor en la alcoba, y en parte por eso María agradece la premura con la que don Pedro la desviste. Completamente desnuda, la joven reprime el instinto de cubrirse sus vergüenzas con brazos y manos, y decide mostrarse tal y como es, algo más altiva que lasciva, segura del poder que su cuerpo ejerce sobre el hombre que, sin dejar de mirarla, lucha por despojarse él mismo de la ropa a toda prisa. Cuando don Pedro se acerca a ella, está visiblemente excitado, el miembro erecto apuntando al techo. María, llevando su osadía un paso más allá, lejos de amedrentarse ante la visión de la verga del rey, la agarra con firmeza con una mano y lo arrastra hacia ella para comenzar a besarlo con toda la pasión que ha ido acumulando en los últimos días. Pronto ruedan sobre el lecho, y allí María descubre su torpeza: sus piernas chocan con las del rey, a veces le sobra una mano y otras le falta. Pero a don Pedro parece divertirle y excitarle aún más la impericia de su nueva amante. No tarda en abrirle las piernas y penetrarla con fuerza. María ahoga un grito de sorpresa y de dolor, pero se acopla enseguida a las embestidas del rey. Con cada envite, junto al dolor y el placer, siente que asciende un peldaño más hasta su meta, y le rodea con las piernas el torso para retenerlo dentro de sí. Quisiera mantenerlo así para siempre, atraparlo y no dejarlo escapar. Don Pedro acelera el ritmo hasta que un estertor y una exhalación indican a María de Padilla que todo ha terminado. En su vientre atesora la semilla del rey, que según los cálculos que ahora hace apresurada sobre los días de su ciclo muy bien podría fecundarla. Y, si no, ya habrá más oportunidades, pues en su sonrisa comprueba que ha quedado satisfecho. Y también ella. Había entrado en la alcoba

con un cierto temor por si lo que estaba a punto de ocurrir le desagradaba, pero no ha sido así. Más bien al contrario, le ha gustado. Bastante. Ahora, superado el trance de perder la virginidad, sólo es cuestión de volver a repetir, y está segura de que la próxima vez será aún mejor.

Olmedo, 1353

Nueve meses después de yacer con don Pedro, María de Padilla da a luz a su primera hija en Córdoba. La llaman Beatriz, y el feliz nacimiento, que sólo podría haber sido más dichoso si hubiera nacido un niño, es una de las razones que demora la partida de don Pedro a Valladolid para casarse con Blanca de Borbón.

Amante, manceba, concubina, barragana, eso es cuanto ha sido María de Padilla en este tiempo. Sus ensueños nupciales no tardaron en esfumarse cuando el mismo rey le dijo que se veía obligado a contraer matrimonio con una princesa francesa por el bien del reino. Para paliar la desolación de su amante, se deshizo en promesas de amor hacia ella y hacia el niño que portaba en su vientre. Pero no era un varón lo que crecía en sus entrañas, y con el nacimiento de la cría se desvanecen las últimas esperanzas de María de retener al rey a su lado. El fantasma de doña Leonor de Guzmán asoma por el horizonte, y ella se resigna a ser una simple concubina.

No la consuelan las tierras que el rey concede a su hija, villas y castillos que acaba de arrebatar al finado Alfonso Fernández Coronel, malogrado pionero de la rebelión que está aún por venir. Es un regalo inestable, fruto de un capricho, y ella sabe que aquello que un rey otorga dista mucho de tener el carácter inamovible de las obras divinas y muy bien puede ser deshecho. El temor por la vida del rey nace junto a su hija en Córdoba, y ya no se separará de ella nunca más; lo llevará consigo a todas partes, irá creciendo y menguando al compás de los reveses y éxitos del monarca, sin dejarla jamás tranquila. Cada día le

tendrá reservado un instante, o dos, o diez, en el que al cerrar los ojos lo verá tendido en el campo de batalla o en la arena de alguno de esos torneos que tanto le gustan, el cuerpo ensangrentado y sin vida, la sangre coagulada formando una corona negra sobre su cabeza. También se lo imaginará envenenado en el lecho, con los ojos abiertos y enrojecidos, los labios amoratados y las manos, crispadas por el dolor de la agonía, convertidas en garras terribles que parecen reclamarla para que lo acompañe a la tumba. María de Padilla verá presagios de muerte por todas partes, consultará con adivinos judíos y sarracenos, intentará descifrar los mensajes de las estrellas y se volverá en extremo supersticiosa. Y rezará como le enseñaron a hacer cuando era pequeña al dios que tiene más a mano, el único cuyas oraciones conoce. Lo hará con total convicción, pero sin descuidar tampoco a ninguna de las otras fuerzas invisibles a quienes sospecha detrás de los movimientos de los astros, de los cambios de estación, del trueno y del rayo. Siempre atenta a las señales en un intento de extender un incierto manto de protección sobrenatural sobre él, allá donde quiera que vaya.

Don Pedro, que no cree en tales cosas ni teme por su vida, después de festejar el nacimiento de su hija no tarda en marchar de Córdoba para emprender un perezoso camino hacia Valladolid. Se demorará meses en completar el viaje; meses en los que, entre otras cosas, se dedicará a organizar torneos y justas, y en uno de ellos resultará herido. Doña María lo sigue a una distancia prudencial, siempre a un día de caballo, sin poder alcanzarlo pero sin dejarlo atrás. Ésa es la voluntad del rey, y ella la acata. A veces, cuando ya se cree abandonada, como si estuviera unido a ella de una manera misteriosa y pudiera sentir su desesperación en la distancia, don Pedro aparece de improviso y se entregan de nuevo a sus amores. Entonces, el deseo ocupa cada instante, cada rincón de la habitación, lo inunda todo, aniquila el más mínimo vestigio de duda o de tristeza que María pueda haber sentido. Pero esa fuerza avasalladora hace aún más terrible el instante que sigue a la partida, cuando todo le parece vacío y desprovisto de alegría. Es en esos momentos en los que comienza a conocer el odio, un odio tan intenso que la asusta, tan grande, tan indomable, tan carente de sentido. Al principio

no lo entiende y es incapaz de dominarlo, cabalga sin control y toma como rehenes a sus criados y sirvientes, a los familiares que la acompañan. Hasta que un día, sin saber muy bien cómo, encuentra un objetivo en el que centrarse, y toda su cólera, que no es otra cosa que una sublimación de su frustración por no ser reina, se centra en Blanca de Borbón, a la que no conoce ni conocerá, pero precisamente esto impulsará su aversión, porque la prometida del rey no tiene posibilidad de defensa alguna, es la víctima perfecta: lejana y de una culpa irrefutable. Además, es extranjera, y eso cuenta, no sabe muy bien por qué o para qué, pero cuenta al fin y al cabo.

El tiempo pasa, el Papa interviene, y don Pedro se decide a casarse por fin. Son las vísperas de la boda real, y María de Padilla se queda en Olmedo. Es todo lo cerca que le permiten llegar. Los medio hermanos del rey, los hijos bastardos de Leonor de Guzmán, están acampados en Cigales, y Blanca de Borbón espera en Valladolid, desconcertada por lo que sucede y con la única compañía de las reinas viudas de Aragón y Castilla. También espera María de Padilla. De todos, ella es la que está más asustada. La imagen espectral de un don Pedro difunto reina en sus aposentos, la ve proyectada en las paredes, en sus párpados cuando cierra los ojos. El presagio ominoso de que algo terrible está por ocurrir no la abandona ni un solo instante. Pronto llega a su conocimiento que su amado ha hecho las paces con sus díscolos hermanos y que éstos serán invitados de honor en esa boda tantas veces postergada que, por un momento, por un instante de enajenación amorosa, creía que nunca tendría lugar. Entonces, sabiendo que nada se interpone entre don Pedro y el altar, a María la corroe la envidia, porque debería ser ella la que caminara junto a él, bajo un paño blanquísimo, contemplada en su excelsa belleza por toda la corte mientras se dispone a entregarse al rey, ahora sí, de manera pública y sin la vergüenza que sobrevuela cada uno de sus encuentros.

Después, cuando el enlace se vea truncado por la repentina huida de don Pedro, dirán de ella que ha embrujado al monarca, o tal vez que han sido sus hechicerías las que han provocado la transformación monstruosa de un cinturón, regalo nupcial de doña Blanca para el rey, en una serpiente cuyo veneno a punto ha

estado de matar al soberano. En cualquier caso, en casi todas las historias que se rumorean sobre el comportamiento del rey en esos días en los que todavía el odio contra don Pedro no está tan extendido, es María de Padilla la artífice del desastre. Siempre hay un denominador común, un ansia latente por convertirla, ya entonces, en dominadora de una magia infernal. Y vive Dios que, si realmente María de Padilla fuera bruja, si conociera sortilegios y encantamientos que en verdad funcionaran, no dudaría en emplearlos para deshacerse de la tal Blanca y retener a su lado, para siempre, al rey don Pedro. La intención existe y se la adivinan, pero le suponen una maña que no tiene, porque María desconoce esos hechizos que tal vez ni existan. Intentará encontrarlos, buscará entre judíos y sarracenos quien le pruebe que es capaz de dominar el mundo invisible, mas no hallará más que embaucadores y farsantes. Cuando se adentra en la búsqueda de estos caminos prohibidos, lo hace sin temer demasiado la ira de Dios. No es que no sea creyente, pero no todos los que habitan en las tierras de Castilla son hombres y mujeres pusilánimes que se entregan a la creencia ciega. Hay una clara distinción de clases, siempre la hay, aunque aún no se emplee ese nombre para distinguirlos y separarlos. Los más pobres, los que verdaderamente viven en un valle de lágrimas, se vuelcan en su devoción para encontrar algún tibio consuelo a su desgracia; en cambio, aquellos que acumulan el poder y la riqueza olvidan con frecuencia esmerarse en el cuidado de su alma. Porque cuentan con una provechosa situación a la que no van a renunciar porque se lo diga un fraile mendicante. Cada uno hace lo que puede con lo que le toca. Guardan las apariencias con fervor, que en esto es unánime el entusiasmo, y algunos, los menos optimistas, incluso creen de verdad, de una forma arrebatada y pasional que resulta casi obscena, en la observancia estricta de los preceptos religiosos; pero la mayoría se limita a cumplir con sus obligaciones sin que nada de lo que escuchan en las iglesias o lo que murmuran cuando rezan en las pequeñas capillas de piedra de sus castillos cale de verdad en su conciencia. María de Padilla es una de ellos, y también una mujer de su tiempo, y por eso no dudará en acudir a cualquier procedimiento, cristiano o no, que le permita ver cumplidos sus deseos de esposa y reina, que le dé

el poder de enroscar su alma, pálida y brillante como una serpiente albina, en torno a los huesos del rey para así poder abrazarlo desde dentro, igual que don Pedro ocupa cada espacio de sus pensamientos y de su carne. Lo siente dentro de sí, latiendo acompasado a la sangre que le bombea en las sienes cuando se enfada por su abandono o en la humedad de su entrepierna cuando, adormilada en la noche, rememora los momentos gozosos que han vivido en ese mismo lecho, pero también en muchas otras camas y lugares, porque su amor y su pasión es itinerante, va a remolque de las obligaciones del rey, lo sigue de norte a sur y luego de vuelta por los caminos, polvorientos en verano y embarrados en primavera, en un ajetreo constante del que teme descolgarse si se descuida. Tal es la suerte de las amantes, la que nunca quiso María de Padilla para ella, pero que prefiere antes que pensar en separarse, por dignidad y decoro, del hombre al que ama. En su lugar, centrará toda su voluntad en acostumbrarse a vivir en el filo de la navaja, en hacer equilibrios sobre la incertidumbre del retorno de su amado, al que llamará en la distancia. Y quién sabe si es por pura casualidad, si por intervención divina o infernal, o simplemente por amor verdadero, pero lo cierto es que, dos días después de la boda, don Pedro abandona a Blanca de Borbón y acude al encuentro de María en la villa de Olmedo.

El triunfo sobre su rival, cuyo fantasma ha temido y odiado durante meses, un triunfo que María de Padilla había imaginado apoteósico, de púrpura y laurel, es apenas una victoria pírrica.

El rey que vuelve a su lado es un ser sombrío y taciturno. Se ha dejado una parte en otro lugar que ella desconoce, pero que intuye y que teme, y ya no le prodiga las atenciones de antes. Su mente está en dos sitios al mismo tiempo, y María no puede aprehenderla, no logra que centre su mirada en ella. No se le escapa que se siente culpable por haber vuelto junto a la concubina; y no sólo eso: percibe que el rey tiene miedo. Al renegar de su esposa, ha desafiado no sólo la voluntad de la reina doña María, sino también, y especialmente, la de don Juan Alfonso de Alburquerque. No obstante, aunque el que ha sido hasta ahora su privado puede ser –y será– un enemigo formidable, don Pedro no piensa retractarse. Bien sea por

orgullo o porque crea que los dados han sido lanzados y ya no hay vuelta atrás, permanecerá firme en su decisión de no volver junto a su legítima esposa. Le da igual lo que le digan sus parientes, sus entrometidos hermanos, las casas más poderosas de Castilla, el rey de Francia o el mismísimo Papa.

Cuando su historia sea contada, sus razones para desafiar a tantos serán oscuras, permanecerán convenientemente ocultas. Para conocerlas, habrá que bucear entre rumores y leyendas, en una maraña infinita de habladurías y suposiciones, porque a todos les interesará que la verdad no se sepa; cada uno contará la suya, o más bien una parte de ella, pero así, al desmembrar la verdad, será imposible reconstruir lo que una vez fue un todo completo, si es que alguna vez lo hubo. En su lugar, tendremos un miembro u otro, un fragmento que explique una cosa pero que al mismo tiempo niegue las demás, hasta perder toda orientación, haciéndose imposible saber lo que es cierto y lo que no. Ya por entonces las versiones divergirán: cuando la rebelión esté en su momento más crudo y los hermanos y nobles ondeen el estandarte de la causa de Blanca de Borbón como honorabilísima justificación de sus actos, los leales a don Pedro, los «petristas», asegurarán que la futura novia fue infiel al rey antes de conocerlo siquiera, para más humillación con su medio hermano don Fadrique; y, por el contrario, en el otro bando dirán que ha sido la puta de María de Padilla quien lo ha seducido. A pesar del insulto que comporta, María preferiría la versión de los rebeldes, porque significaría una victoria, algo propio, gestado por su voluntad, pero lo cierto es que la verdad que se esconde tras la huida del rey, casi con toda seguridad, es y debe ser más prosaica, más vulgar, una verdad material y monetaria, algo tan burdo, tan sencillo y tan lógico como que los franceses no tienen intención ni posibilidad de pagar la dote prometida. Y por eso, en vez de correr el riesgo de ser humillado públicamente, el rey don Pedro prefiere ser el que humille a los demás y abandona a su recién inaugurada esposa; amén de que tal decisión, además, tiene la ventaja de permitirle quedarse con la persona a la que realmente ama. Esta versión, además de plausible, tiene la ventaja de ser romántica, y es la favorita de María de Padilla.

En un principio, todo parecerá ir bien para ella. Los medio hermanos del rey tomarán partido por él y trabarán amistad con los Padilla, y tan sólo el señor de Alburquerque y las viejas y crepusculares reinas viudas de Aragón y Castilla, junto con un puñado de nobles, insistirán en que don Pedro vuelva junto a doña Blanca. Los meses siguientes, desde Olmedo, descienden hacia el sur huyendo del frío castellano, hasta que en noviembre llegan a Sevilla. Allí, en las magníficas estancias que levantara Almutamid primero y reformaran los almohades después, conocerán el rey y doña María sus momentos más dichosos. El deseo carnal se transubstanciará en amor genuino bajo los ricos artesonados de madera del techo de su alcoba, y después lo sacarán a pasear, sin vergüenza ni temor, lo exhibirán en las galerías que rodean las fuentes de los jardines, bajo los naranjos y las mamposterías de yeso; hasta se atreverán a dejarse ver en los servicios religiosos de la catedral. La corte que los acompaña, menguada por los primeros desertores, se contagiará de su alegría, de esa sensación de triunfo e impunidad, de haber acertado en su apuesta por don Pedro. En parte también porque el rey no duda en hacer nombramientos para premiar a sus fieles, y de entre todos ellos los que recibirán las mayores recompensas serán los parientes de doña María de Padilla. Su tío Juan Fernández de Henestrosa, artífice de su unión, sustituye a Juan Alfonso de Alburquerque como el hombre que susurra en el oído del rey; su madre recibe villas y rentas que sobrepasan las que le corresponderían como miembro de una familia nobiliaria de importancia ridícula en el reino de Castilla; su hermano es nombrado maestre de la orden de Calatrava una vez su predecesor es convenientemente asesinado, pues para eliminar a quien haga falta nunca le tembló el pulso a don Pedro, y María recibe de manos del rey el señorío de Huelva. Esta generosidad, que tan adecuada le parece a ella al ver que su posición junto al monarca se refuerza con el ascenso de su estirpe, va gestando una tragedia en su interior; porque, como ocurre en demasiadas ocasiones con la generosidad, las prebendas que unos reciben son percibidas como robos flagrantes por quienes se consideran merecedores de esa recompensa. Es el caso de los hermanos del rey, que miran de soslayo a los Padilla conforme cargos y

honores se les escapan de las manos. Ellos, que son hijos de doña Leonor de Guzmán pero también del rey Alfonso XI; ellos, que en un gesto de buena voluntad han envainado las espadas para apoyar a su hermano frente al señor de Alburquerque y la reina doña María, en lugar de recibir esos honores, esos cargos y esas tierras con las que, al menos por un tiempo, verían saciada su ambición y colmado su orgullo, deben conformarse con la vaga promesa del afecto y la confianza del monarca, quien, por si no fuera suficiente, les encarga la tediosa tarea de custodiar las plazas arrebatadas a don Juan Alfonso de Alburquerque, con quien ahora ya se encuentra abiertamente enfrentado. Don Pedro los ha enviado a la frontera, a defender unos castillos que se les antojan remotos e inhóspitos, sin reparar en que, expuestos a la intemperie y malencarados contra él, se arriesga a que escuchen los cantos de sirena que los rodean, que están por llegar, que calientan la voz para elegir las palabras que los hagan cambiar de opinión para volverse, otra vez y para siempre, contra el gobierno de su hermano. Tal vez, si don Pedro no fuera tan joven, si no se dejara encandilar por las palabras de Henestrosa y las caricias de María, se daría cuenta de que está avivando el eterno conflicto entre la sangre vieja, tan proclive a sentirse denostada y agraviada, y los arribistas, la nueva savia que siempre será vista como una amenaza por aquellos que detentan el poder desde tiempos inmemoriales. Pero ni don Pedro ni doña María se dan cuenta. Ellos están a otra cosa. Sus intenciones son más pueriles, no en vano apenas tienen dieciocho años. Y, como no han madurado antes ni ahora, deberán hacerlo a toda prisa en los meses que están por venir.

Astudillo, 1354

María de Padilla todavía tiene tiempo de engendrar y dar a luz a una nueva hija del rey, Constanza, a través de la cual su sangre reinará en Castilla primero para después, destilada por la intrincada red de la política matrimonial de sus sucesores,

infiltrarse con su genética de cruces incestuosos en las casas reales de toda Europa. Será su sangre adulterada, agotada y exigua, la que regente imperios y cortes que todavía no existen junto con otras tantas que María sólo conoce de oídas. Pero esto María no lo puede imaginar, preocupada únicamente porque el rey la ha abandonado –y esta vez sí parece de verdad– en cuanto ha venido al mundo Constanza.

La rebelión recién comenzada ha venido de la mano con la guerra. Los gemelos Enrique y Fadrique traicionan al rey y se alían con don Juan Alfonso de Alburquerque, la reina madre doña María y Blanca de Borbón, que permanece custodiada por don Pedro, pero por cuya causa claman los rebeldes. María de Padilla se ve, de pronto, culpada de todos los males del reino. La puta de María de Padilla, para ser más precisos. El apelativo se lo puso el propio señor de Alburquerque en los albores de su enemistad con el rey; sucedió en una escena de lo más elocuente para ilustrar la preocupación por las cabezas, las que se apuestan y las que se pierden, las que se van para no volver ya nunca más, las que perviven en forma de centinelas de piedra vigilando los vericuetos de una ciudad.

El que fuera privado del rey se ha encolerizado por la espantada de don Pedro tras su boda con Blanca de Borbón. Está a punto de convertirse en el líder de la rebelión, que más tarde encabezará amortajado en un ataúd, porque ya se ha dicho que las cabezas son muy importantes, aunque estén muertas. La cuestión es que don Juan, creyéndose todavía mano derecha del rey, se ve en la obligación de aconsejarle que vuelva con su esposa. Lo hace una y otra vez, con una insistencia irritante, hasta que la hostilidad de don Pedro hacia él deja de ser velada y se manifiesta en todo su esplendor con una misiva traicionera en la que lo invita a parlamentar en Sevilla. Le asegura que no tiene nada que temer, lo que entre líneas, y viniendo de don Pedro, equivale a una muerte segura o a un cautiverio humillante con pérdida de títulos y tierras si se tiene un poco de suerte. El duque de Alburquerque mira al emisario de la carta con sus ojillos azulados y acuosos, nublados con un reflejo lechoso de cataratas prematuras que le dan un aire aún más siniestro. Luego, la lee en voz alta, dejando entrever entre sus labios carnosos sus dientes

verdosos, sin poder evitar la sorna. El mensajero espera una respuesta, pero don Juan Alfonso no toma el cálamo ni dicta a su secretario allí presente, sino que entrega su repuesta de viva voz, para que todos puedan oírlo alto y claro:

–Sé, porque no puede ser de otro modo, que la puta de doña María de Padilla juega ahora con mi cabeza ante el rey –dice, con la convicción de quien dicta una sentencia.

De esta manera, sin solemnidad alguna, con la trivialidad de un comentario lanzado al viento, queda instituido el título que arrastrará María de Padilla mientras viva, el que más le pesará y del que jamás podrá deshacerse. Así es como la llamarán una y otra vez, cada vez con más osadía, sin importar que tal insulto u otros muchos que contra ella se dirigirán lleguen a sus oídos.

Para hacer más sangre, y al contrario que la puta que cohabita en pecado con el rey, Blanca de Borbón es la dulce Blanca, la reina buena y generosa, hermosa y doliente, la víctima suprema del rey, ese inmisericorde sátiro con corona, ese tirano de crueldad execrable. La pobre Blanca y la puta de María de Padilla, así se divide Castilla según los que encabezan la revuelta, que son los justos, los partidarios de una noble dama, mientras que los otros son los infelices que apoyan a una ramera cuyo principal valedor es don Pedro. No ocultan la condescendencia con la que tratan al rey, como si fuera un niño descarriado al que todavía se puede recuperar si escucha los sabios consejos de sus mayores, que en este caso no son otros que la vengativa reina doña María, el ambicioso y defenestrado señor de Alburquerque y los hijos bastardos de Leonor de Guzmán –siempre con un ojo en el trono y otro en la espada–, que, ya que comparten con el rey una edad similar, son tan niños como él, pero que ahora se han visto elevados al rango de la madurez por la indiscutible nobleza de su causa.

María es testigo, en innumerables ocasiones, de cómo el rey se muestra inflexible en su decisión de repudiar a Blanca.

–No pienso volver con esa mujer. No es mi esposa.

Así de contundente se muestra al principio. Más tarde se verá obligado a batallar contra los que trataban de convencerlo a base de consejos, pues éstos han cambiado las palabras por la fuerza de las armas para hacer que cumpla su compromiso con Blanca

de Borbón.

La suerte de la guerra es cambiante, las victorias a veces devienen en derrotas, y poco a poco, atemorizado por el número creciente de grandes señores que se pasan a las filas rebeldes, su vehemencia se resquebraja. Don Pedro va alejándose de María de Padilla, como si su mera presencia le quemara. La rehúye primero y la niega después. Al final, acorralado, con el fin de ganarse a los nobles para su favor, encarga a los obispos de Salamanca y Toledo que anulen su matrimonio con Blanca, pero no para casarse con su amante, sino con Juana de Castro, hermosa joven de importantísimo linaje con cuyo enlace se propone apaciguar a la nobleza.

María de Padilla ha regresado al hogar ancestral de su familia en Astudillo. Allí recibe las nuevas, que no son buenas, sino terribles, con una frialdad inhumana. No rompe en sollozos y llantos, que por otra parte no conseguirían doblegar la voluntad de don Pedro, entre otras razones porque él no puede verla. él está lejos, y bien sabe, además, que es poco dado a dejar ablandarse su corazón, ese que dicen que no tiene pero que ella ha sido capaz de encontrar, cuidar y mimar. María se propone mantenerse entera, no mostrar una fisura en su determinación, en su cuestionable dignidad de amante, de puta, porque, al reconocer la inconveniencia de su enlace con ella y preferir a otra, don Pedro ha dado la razón a sus enemigos. El odio o el desprecio –María hace tiempo que ya no sabe bien cuál de los dos predomina– que el soberano siente hacia Blanca de Borbón ha terminado por prevalecer sobre su supuesto amor por ella, ahora relegado al olvido. En cierto sentido, el amor que han vivido con tanta fuerza ha cambiado de naturaleza para convertirse en una simple transacción mercantil en la que ella intercambia un cuerpo por favores. Y qué es eso sino lo que hace una puta para ganarse la vida.

Lo que más le preocupa es qué será de sus hijas. Y por ellas en estos momentos María de Padilla disfraza su decepción, su frustración y su desesperanza de una piedad, una beatería impostada, que nunca nadie antes le ha conocido. Llega al punto de osar dirigirse directamente al mismísimo Papa con el objetivo de pedirle permiso para fundar un convento en Astudillo. El rey,

quién sabe si culpable o conmovido, secunda sus misivas, y el sumo pontífice, creyendo que la intención de María es la de ingresar en dicho convento para expiar sus pecados de adúltera, le concede dicha gracia. Sin embargo, María no tiene intención de retirarse del mundo. Aún guarda esperanza. Conoce demasiado bien al rey como para resignarse a convertirse en una anodina monja que, en las horas de oración, recuerde momentos más dichosos entre los brazos de don Pedro. Lo espera un poco más. Observa con inquietud la construcción del convento, como si cada piedra se redujera al tamaño de un pequeño grano que se precipita por el embudo de cristal de un reloj de arena, arrastrando con él un pedazo del tiempo que se agota. Pero ella se sabe capaz de resistir; podría esperar hasta el fin de sus días y aun así guardaría la esperanza de que él volviera. Es, después de todo, una mujer profundamente enamorada.

Y, entretanto, los acontecimientos se suceden. El rey abandona a su segunda reina, doña Juana de Castro, con la misma celeridad que a la anterior, pero esta vez no vuelve junto a María de Padilla. Porque sigue enfrascado en su lucha por la supervivencia. Vence primero, pero es vencido y hecho prisionero después. Escapa y vuelve al ataque, y consigue derrotar a don Enrique en Toledo sobre los cadáveres de los judíos masacrados. Desata entonces su ira sobre los nobles, empuja al exilio a unos y recibe el juramento de lealtad de otros, hasta que, ahora sí, pacificado el reino, reclama a María de Padilla a su lado; porque es así como ha ocurrido siempre, el rey llama y ella acude, aunque en su imaginación de mujer enamorada es María quien lo llama y don Pedro el que responde.

Esta vez no ha sido cosa de brujería, de encantamientos ni de hechizos. Tal vez sea verdad que la ama, que siempre la ha querido y que tan sólo ha tenido que fingir que se alejaba de ella para poder vencer. A María de Padilla ya le da igual. Ha dejado atrás su soledad, y no hay lugar para el rencor o los amargos reproches, porque no le puede exigir cosa alguna, y, de hacerlo, sabe que no obtendrá nada. Él llama y ella acude. Así ha sido y así será. Cuando se vean de nuevo, cuando vuelvan a estar a solas, ella lo mirará con sus ojos enormes, igual de limpios y anhelantes que la primera vez, que cada una de las veces, y

caminará hacia él contoneándose con la convicción seductora que nunca la ha abandonado y que es tan natural en ella. Lo desvestirá mirándolo a los ojos, guiará sus manos por su cuerpo, marcando el camino, sin permitirle salirse del itinerario establecido, creando esa ilusión de tener ella el poder que a don Pedro tanto le gusta. Porque el rey ahora por fin todopoderoso está sometido a la puta de María de Padilla, quien, a fuerza de oírlo, ha terminado por identificarse con el insulto predilecto de sus enemigos, pero ya no lo teme ni lo desprecia, lo abraza en la intimidad de la alcoba, porque, si todos creen que es una puta, ya no hay motivo para no ejercer como una de ellas cuando folla con el rey. En público, seguirá siendo la señora que siempre ha querido ser y que ahora es en calidad de amante del rey. En privado, se deshace de todo pudor. No hacen el amor, no tienen relaciones íntimas, no cometen adulterio. Tan sólo son dos personas que se quieren y que follan, muy a gusto, por cierto.

María sabe, todos lo saben, que no es la única mujer con la que el rey se mete en el lecho, por eso se afana en no resignarse a ser una más, sino a convertirse en la única a la que el rey desee volver después de algún otro escarceo. Debe asegurarse de la fugacidad de las demás, y eso no lo logrará gestando y pariendo a sus hijos, sobre todo si son niñas, porque, si fuera un heredero, otro gallo cantaría; es consciente de que debe remontarse más atrás, al acto mismo de la concepción. Y en ese desenvolverse sin censura en la cama, de atrapar al rey entre sus piernas para que anhele ser su prisionero entre las sábanas, María de Padilla ha ido descubriendo, ya desde aquella primera noche en Sahagún, su propio placer. Lo que comenzó siendo un propósito marcado, frío y cerebral, se ha vuelto algo natural y gozoso también para ella. María abraza la lascivia del rey sin cargo de conciencia, y con esa misma lascivia que todos temen, que los escandaliza, ata a don Pedro, lo envuelve con su piel, lo reduce y lo domina hasta lograr que jure ante su cuerpo desnudo. Es tan grande el éxtasis que todo lo demás se vuelve insignificante y falso, porque no hay nada más verdadero que ellos dos en esa cama. Ni el trono, ni la corona, ni el acero de las espadas. Ahí, en esos momentos de intimidad suprema, sus cuerpos se blindan el uno al otro y nada puede hacerles daño. Después de todo, tal vez María de Padilla

sea una puta, pero lo que de verdad cuenta es que ya nada puede arrebatarle al rey.

Sevilla, 1356

Pasado el tiempo, acaban volviendo a Sevilla. Siempre vuelven a Sevilla. Están tan enamorados de la ciudad como de ellos mismos, en parte porque es allí donde vivieron sus primeros momentos de verdadera felicidad, pero también porque adoran la fisonomía de la ciudad, su alma mestiza y sus primaveras interminables.

Es verano, finales de agosto, la víspera de San Bartolomé. María de Padilla duerme inquieta junto al rey don Pedro. A pesar de que desde comienzos de verano se han instalado en una de las habitaciones de la planta baja del alcázar, mucho más frescas que las del piso superior, esa noche no hay lugar que ofrezca alivio posible al terrible calor. Hace algunas horas que el sol se ha ocultado, y aun así el aire sigue caliente y estancado. Apenas corre una leve brisa que, lejos de rebajar la sensación de bochorno, la intensifica, la hace más corpórea conforme se infiltra en las habitaciones más interiores y oscuras, que durante el día han estado a salvo de la luz terrible del sol pero que ahora se ven invadidas por ese aire pesado, cargado con el delicioso olor de los jazmines, que las va conquistando hasta convertirlo en un perfume empalagoso y asfixiante.

María de Padilla concilia el sueño a ratos, sólo cuando se aparta del rey, que despide un calor inhumano. Don Pedro duerme plácidamente arropado por una levísima sábana de lino blanco, mientras que a su lado María está empapada y al borde de la desesperación. Desnuda, ya no puede quitarse ninguna prenda más. Querría deshacerse hasta de su piel, que ha adquirido una consistencia viscosa a fuerza de rozarse con las sábanas mojadas y calientes, como si alguien hubiera derramado un caldo hirviendo sobre el lecho antes de que se fueran a dormir.

Se levanta continuamente a beber de la jarra que ha mandado rellenar incontables veces esa noche, porque, tan pronto como la sacan del pozo, el agua se contagia del mismo calor que lo impregna todo y se vuelve imbebible. Y ese calor inaprensible pero que la abraza con su tacto pegajoso la tiene sumida en un sopor traicionero que ahuyenta al sueño reparador y la llena de pesadillas a medio camino entre el mundo onírico y el real, entre el sueño y la vigilia. Ve sombras que se deslizan por la habitación, que se ocultan tras los lienzos que separan el lecho de la antecámara, que dejan huellas húmedas en el suelo y se acercan a la cama alargando sus manos de tinieblas para tocarla con una promesa falsa de alivio a su sofoco.

Cuando la noche comienza a declinar y el día amenaza con volver a atormentar a la ciudad con su luz hostil y abrasadora, la tierra tiembla. Un rugido infernal, que María cree por un instante que proviene de sus pesadillas, la expulsa de su abotargamiento. A la voz del terremoto, que es grave y profunda, se suma enseguida el estruendo de las vigas de madera al astillarse contra el suelo, el de las mamposterías de yeso que se hacen añicos y se pulverizan en un polvo blanco y finísimo que flota en el pesado aire de la noche durante unos pocos segundos para luego posarse, inerte, sobre la primera superficie que encuentra a su paso. Y el temblor sigue, no amaina. A la sinfonía del caos y la destrucción desatada, se une el estallido de las bolas de bronce del antiguo minarete de la catedral cuando impactan contra el suelo; un trueno del colérico Zeus Tonante que toca el suelo con sus dedos celestiales dejando profundos cráteres a los pies de la torre. Luego, cuando por fin cesa todo, comienza el coro de llantos y gritos. Es ahora el aire y no la tierra el que se agita con la desesperación de las voces de los que aún viven: los heridos que gimen bajo los escombros, las madres que buscan a sus hijos, los niños que se aferran a los brazos inertes de sus padres. Sevilla queda revestida de un polvo blanquecino que oscurece aún más la noche y retrasa el amanecer. Por debajo, escondida por los escombros, la tierra se empapa de sangre, como si el motivo último de agitarse entre sueños fuera el de saciar su sed y ahora se diera un festín, oculta y avergonzada, sin que nadie la vea, recibiendo cada gota con un deleite culpable.

En la cámara real, María de Padilla brinca al compás de los cascotes que se desprenden del techo. A pesar del estruendo, todavía tiene que zarandear a don Pedro para arrancarlo de su profundo sueño y hacerle ver que el mundo se viene abajo. El rey apenas alcanza a percibir los últimos estertores de la tierra antes de desprenderse completamente de su sueño. María de Padilla está paralizada; es ahora una estatua de bronce sudorosa en la penumbra, con un pie fuera de la cama, congelada por el miedo a volver a tumbarse en el lecho, pero sin decidirse tampoco a salir corriendo en toda su desnudez para ponerse a salvo. Quisiera que el rey la abrazara, que le dijera que todo está bien y que no les va a pasar nada, pero don Pedro tarda en reaccionar, no termina de entender lo que ocurre, y los gritos que llegan hasta allí, aunque amortiguados y lejanos, no hacen sino aumentar su desconcierto.

–Ha sido un terremoto –le dice María de Padilla con la voz entrecortada.

El rey sigue sin entender, hasta que un tropel de sirvientes irrumpe en la cámara real para comprobar si su soberano ha sufrido algún daño. Algunos tienen cortes y magulladuras, y la sangre y el sudor trazan ríos sobre la fina película de polvo blanquecino que los recubre. María los observa detenidamente, con piedad, pero también con recelo e indignación, porque es al rey a quien han venido a salvar, no a ella, que se ve colmada de atenciones tan sólo porque se encuentra en su compañía. No tiene valor por sí misma, sino únicamente como apéndice de don Pedro, la consorte indebida, pues su poder reside en ocupar el lecho junto al rey; y, si no hay rey, esa misma cama de la que ahora se levanta sería una cama cualquiera. Acudirían a ver cómo está después del temblor, sí, pero más tarde, con menos premura, en menor número y con la preocupación justa, alguno incluso con la esperanza de descubrirla aplastada por un trozo del artesonado del techo convenientemente desprendido. Muerta, por fin.

La parte del alcázar donde dormían, por milagro, por pura casualidad o por la pericia de sus constructores, es la zona del palacio con menos destrozos. El resto de las habitaciones, de los corredores, de los salones y los patios, con sus arcadas y sus

fuentes, han quedado gravemente dañados, en algunos puntos incluso derruidos. Sólo el palacio gótico ha salido prácticamente indemne. Aun así, los daños son pocos si se comparan con lo ocurrido en el resto de la ciudad. Las construcciones de madera, mucho más flexible que cualquier otro material, han aguantado bien, salvo aquellas que estaban en mal estado; las de ladrillo y las de piedra, en cambio, se han llevado la peor parte. Por todos lados se ven techos hundidos y fachadas derruidas cuyos escombros bloquean las calles; muchas de las antiguas mezquitas, reconvertidas ahora en iglesias, exhiben sus minaretes descabezados, y sus arcos lobulados han desaparecido, esparciendo por el suelo los ladrillos que obraban el milagro de hacerlos flotar en el aire desafiando la gravedad en un equilibrio que acaba de demostrarse sumamente precario.

La gente gritará y clamará al cielo durante días. No se preguntan cómo ha ocurrido esto, sino por qué. Ya nadie se imagina a Poseidón agitando la tierra, sino que lo llaman la ira de Dios o la cólera de Yavé según a quien recen, pues sólo quieren saber qué es lo que han hecho ellos para merecerlo. En sus azarosas vidas, todo se reduce al castigo o la recompensa divina, no hay cabida para la casualidad o el arbitrario discurrir de las leyes naturales. Poco consuelo encontrarían si supieran del magma que mora bajo sus pies, de los continentes que flotan en un mar de fuego y a veces se rozan. Al final la pregunta habría sido la misma, porque nada se habría podido evitar. La tragedia hubiera ocurrido igual, tal vez previsible pero inevitable. Y la pregunta es muy simple: ¿por qué ellos?, o tal vez: ¿por qué ahora? Buscan una razón, necesitan encontrar la causa primigenia que ha desencadenado esta desgracia. Cada uno escarba en su conciencia en busca de sus pecados, pero no son suficientes, porque son insignificantes; sólo una culpa colectiva como ciudad, como humanidad, puede hacerlos merecedores de semejante calamidad. Porque, si de los pecados de un solo mortal depende la ira divina, no pueden provenir de uno de ellos, del pueblo, sino de alguien más grande, del primero de todos, del soberano que los gobierna, que sin duda ha perdido el favor de Dios. Y bien saben todos que don Pedro ha hecho méritos suficientes como para ser castigado de esta manera. Y no es

necesario elucubrar con la forma o la naturaleza de sus transgresiones, pues caminan por el mundo encarnadas en forma humana por todos conocida, una figura a la que han compadecido, han odiado, envidiado y codiciado, y que no es otra sino la puta de María de Padilla.

–Maldita sea la puta del rey –se atreven a decir algunos en la intimidad de las ruinas de lo que una vez fueron sus casas.

–Si el cielo clama contra don Pedro, que lo castigue a él y no a nosotros –se lamentan otros.

* * *

Rey y amante todavía no imaginan que sobre sus hombros han descargado las culpas del terremoto.

A don Pedro, la tragedia lo conmueve lo justo para no parecer inhumano. María lo acompaña cuando sale a recorrer la ciudad para hacerse una idea de los destrozos, pero, mientras que a ella se le encoge el corazón en cada esquina, el rey parece sumergido todavía en el mismo letargo que lo mantuvo en el lecho la noche del terremoto, profundamente dormido. Aun así, ahora, cuando salen por fin de la protección del alcázar, ese mundo exterior, el mundo real que aparece mutilado ante sus ojos, amenaza con resquebrajar la aparente indiferencia del rey. Con todo, don Pedro se las arregla para permanecer impasible mientras son abucheados con timidez por algunos de los ciudadanos que lo han perdido todo, hasta el miedo al rey. Él, por toda respuesta, les ofrece su ensimismamiento hierático, anticipo en carne y hueso del busto que inmortalizará en piedra su leyenda en un recoveco de la ciudad, encaramado en una hornacina desde la que contemplará el paso de los siglos con la misma impasibilidad con la que ahora contempla las ruinas de Sevilla.

Los desgraciados ciudadanos que se atreven a insultarlos son especialmente crueles con ella, que tiene que escuchar cómo escupen «puta» voces escondidas que parecen surgir de los escombros. Son tremendamente injustos con María de Padilla, como sólo son capaces de serlo los que lo han perdido todo salvo

su desesperación. Y don Pedro ni se inmuta. María desearía ver desatada su ira, tan rápida para encenderse y arremeter por cualquier otra causa, a veces por detalles o sucesos tan nimios que nadie alcanza a comprender, y, sin embargo, no hay cólera que la defienda ahora a ella. Siente que el escudo que la protege se agrieta, porque Sevilla siempre ha guardado fidelidad al rey, al menos en lo que respecta a sus habitantes más humildes. Incluso se podría decir que tenían cierto afecto a la propia María; eran menos mezquinos que el resto de castellanos en sus ataques cuando los nobles se rebelaron contra el rey y en toda Castilla se glosaban las virtudes de la pobre Blanca de Borbón y las maldades de la puta de María de Padilla. Pero ahora también ellos, por obra y gracia de un terremoto, la calumnian y la desprecian, levantan sospechas de hechicería y la acusan de impiedad, como si ellos mismos se distinguieran por la diligencia con la que se ocupan de los asuntos divinos, cuando no son más que un puñado de borregos que repiten palabras que no entienden, que no conocen más que rezar y temer a Dios ciegamente, que se enorgullecen de la única virtud espiritual de la que son capaces, que no es otra que la de ser mártires involuntarios de sus vidas miserables. O eso es lo que piensa María de Padilla mientras simula no escuchar sus cobardes insultos. En ningún momento duda de sí misma ni de su inocencia. No se lo puede permitir ahora que el rey se mantiene pasivo ante el ultraje al que la someten. Si ya le sorprende que don Pedro no salga en su defensa, él que se ha jugado un reino en la guerra por repudiar a su esposa y permanecer junto a su amante, más sorprendente le resulta la indiferencia con la que encaja los improperios que van dirigidos contra él mismo.

–¡Blasfemo! –lo acusan los más piadosos.

–¡Malnacido! ¡Hijo de mil putas! –gritan los que prefieren mentarle a la madre.

Son insultos sin rostro. Aunque han recobrado parte de su valor espoleados por la impotencia y la rabia de ver destruidos sus hogares, un resto de vergüenza y de temor al rey les impide dar la cara. Por eso se esconden, y pareciera entonces que son los cascotes, las piedras derribadas, las vigas calcinadas, los antiguos minaretes desmochados los que insultan en realidad a don Pedro.

Transcurre una semana antes de que María aprecie un cambio de actitud en el rey, que no sólo abandona su ensimismamiento, sino que su humor bascula hasta estallar en una actividad frenética e insomne. Porque don Pedro tiene una idea, la tuvo ya el primer día tras el terremoto, de eso está segura doña María, pues, a pesar de la opacidad del pensamiento del monarca esos días, ha llegado a conocerlo lo suficiente como para darse cuenta de que algo ocupaba su mente, el embrión apenas barruntado de un proyecto que todavía no se atrevía a enunciar, porque no era prudente ni decoroso reconocer que en la tragedia del terremoto ha visto una oportunidad.

En el lecho, bocarriba, respirando agitadamente, exhaustos y sudorosos después de un encuentro sexual particularmente intenso, don Pedro se vuelve hacia ella.

–Esto que ha sucedido, que puede parecer algo terrible, no es un castigo. Al contrario, es algo bueno.

–¿A qué os referís? –responde incrédula María de Padilla, adivinando en la oscuridad una desconcertante sonrisa en el rostro de don Pedro–. ¿El terremoto?

–¡El terremoto! –exclama triunfal don Pedro, incorporándose en la cama–. Dios ha destruido para que yo pueda construir. Es un regalo, una oportunidad.

Una oportunidad, un regalo, como si los cadáveres, envueltos todavía en su mortaja de polvo y escombros, fueran un presente o una ofrenda, un sacrificio que Dios, el diablo o la propia vida le hicieran a don Pedro, en lugar de ser él quien tuviera que rendir homenaje a los temibles poderes que rigen el mundo.

Y, cuando le habla de su plan, cada una de las palabras viaja henchida de vanidad.

–Haré de esta ciudad la envidia del mundo.

No hay espacio para el remordimiento ni para el pudor. Tampoco hay lugar para María, que no es más que el receptor de su genialidad, la elegida que tiene el privilegio de ser la primera en escuchar sus grandes planes; unos planes en los que, con toda probabilidad, María no intervendrá, porque lo que quiere el rey, que hasta ahora todo lo que ha tenido en esta vida ha sido heredado y disputado –salvo ella, piensa María de Padilla–, es reconstruir la ciudad y, sobre todo, el alcázar, a su imagen y

semejanza. Muy bien podría hablar de que ha tenido una visión, pero no lo hace; prefiere atribuir la maternidad del proyecto a su inteligencia. Hasta ahora no ha compartido con nadie su idea porque teme que alguien le pueda arrebatar la idea, incluso la propia María.

Durante los días que suceden al anuncio de su proyecto, a medida que le va dando forma, su efervescencia de súbito e improbable arquitecto viene acompañada de algo nuevo, algo que hasta ahora ella nunca había percibido en don Pedro: desconfianza y recelo, un desviar la mirada fugazmente hacia un rincón, hacia la puerta, hacia los tapices que cubren las paredes, como si temiera que los estuvieran espiando con el único propósito de adueñarse de su idea. Hasta se lo suelta de forma clara:

–Esos que se dicen mis hermanos tienen oídos por todas partes, ya lo sabéis, y no puedo permitir que se me adelanten –dice don Pedro, como si fuera posible que don Enrique y don Tello, porque Fadrique está ahora en buenos términos con el rey, aparecieran en la ciudad al frente de un ejército de albañiles y artesanos sólo para fastidiarlo.

El legado en Sevilla debe ser suyo y de nadie más. La ciudad, como el reino, le pertenece por herencia, pero la hará suya por derecho propio; derecho que no es de conquistador, sino de constructor de obras que hagan perdurar su nombre en el tiempo, algo que sus hermanos no sólo no podrán tocar, sino que se verán obligados a admirar, aunque llegara el día en que finalmente lo derrotaran. En esa profecía María ve también una sombría convicción inaudita en el rey, tan seguro hasta ahora de que prevalecería en cualquier contienda. Es extraño el momento que elige el rey para estrenarse como sibila ominosa de su propio destino. Parece que el terremoto, al que se hubiera dicho inmune, ha sacudido en él otros pilares diferentes a los de las iglesias y los palacios. Los cimientos de su alma se han desplazado, dejando su voluntad torcida, predispuesta por primera vez a creer en el destino o en la inmortalidad de su nombre.

El rey quiere que los trabajos de reconstrucción comiencen enseguida, pero para poder construir es necesario antes destruir,

y parece que los estragos del terremoto no han sido suficientes para don Pedro. María lo contempla recorrer los palacios levantados por los almohades en busca de grietas y fisuras, techos en peligroso declive, artesonados desprendidos, yeserías reducidas a polvo blanco. Cada imperfección es intolerable, amenaza ruina. Quiere demolerlo todo para alzar luego algo mejor. Ella, aburrida de tanta diatriba arquitectónica, se desentiende del asunto y pasea por los jardines, sin dejar de observar a lo lejos cómo el rey va y viene seguido por un séquito de arquitectos y artesanos. A María de Padilla no le interesan los ladrillos, la madera o el yeso. Son elementos muertos. Prefiere los árboles y las flores, el agua de las fuentes, las albercas de agua fresca incluso en verano, regalo ancestral con el que los caños de Carmona insuflan vida a los múltiples jardines y huertas por los que transita añorando al rey.

Llega el mes de septiembre, pero, aunque los días son cada vez más cortos, el calor es aún insufrible. En las horas en que la canícula aprieta, abandonada por su regio amante, a María de Padilla le gusta refugiarse en el nivel inferior de uno de los jardines, donde el agua de la alberca es especialmente clara y el aire corre fresco entre las bóvedas y los troncos de los naranjos. Al principio, se limita a sentarse en el borde y mojarse las manos y los pies para aliviar el calor, pero pronto siente la necesidad de bañarse. Es un deseo imperioso, que busca en parte aliviar la fiebre que parece poseerla, aunque también nace de su necesidad de llamar la atención de don Pedro, de devolverle el interés por su cuerpo, todavía esplendoroso a pesar de haber dado a luz a varios hijos. Observa los movimientos del rey, calcula en qué momento va a pasar con su séquito junto a su refugio apenas secreto. Y, para atraerlo, le comenta que han aparecido algunas grietas en las bóvedas bajo las que ella se refresca. Al fin, cuando el rey baja hasta allí, la encuentra con el vestido levantado hasta los muslos y jugueteando con los pies en el agua como si fuera una niña pequeña. Los acompañantes del rey se sonríen al verla, pero él apenas repara en su presencia. A ella le parece que se esfuerza por ignorarla, y, así, cada vez se inventa una nueva excusa que él sabe del todo falsa, pero acude igual a la cita porque está dispuesto a participar en el juego. Quiere ver hasta

dónde es capaz de llegar, y eso aumenta aún más el deseo de María de sumergirse en el agua, que parece llamarla con más fuerza cuando escucha acercarse los pasos de don Pedro. Sus damas de compañía la miran con reprobación, pero no es algo que a ella le importe. En esos momentos es como si dejaran de existir, y, cuando repara en ellas, la excitación la conduce a ir un paso más allá. Hasta que un día el rey no acude a su llamada, y eso le da fuerzas. No lo tiene a él como testigo, pero elige una hora en que esos jardines están especialmente transitados para terminar de consumar su fantasía. Se desviste con despreocupación, como si nadie pudiera verla, aunque son precisamente esos ojos que la miran, algunos a escondidas, otros sin ocultar la curiosidad ni el deseo, los que la conminan a terminar de desprenderse de cada una de sus prendas. No hace gesto alguno por taparse los pechos ni el sexo. Se exhibe impúdica ante un público creciente, tanto da nobles que criados, hombres o mujeres, viejos o jóvenes, porque de eso se trata, de ser contemplada y de que todos la admiren, la envidien o la deseen, y que así el rey se vea arrasado por los celos y venga a reclamar lo que es suyo sin que se dé cuenta de que es ella, una vez más, quien lo está llamando a él.

María no sabe nadar, pero la alberca no es profunda y el agua le llega apenas por la cintura, así que se sumerge e intenta flotar. Lo hace con una gracia innata, como si dentro de ella se ocultara una sirena. Los que la miran no saben qué hacer. Muchos están petrificados por el asombro, el pudor o la lascivia que comienza a asomar en sus entrepiernas. Quieren dejar de mirar, pero no pueden, pues la escena resulta hipnótica, aunque de forma instintiva sepan que están contemplando algo prohibido.

–Que alguien avise al rey –dice una voz cualquiera impelida por la vergüenza o la malicia, quizá por ambas cosas a la vez.

Y el rey acude, enfurecido. Sin atisbo de duda o de sorpresa, avanza a grandes zancadas hasta la sonriente María de Padilla, que sabe que pase lo que pase ya ha ganado. Don Pedro la agarra por la muñeca con decisión y la saca del agua. María se revuelve como si fuera un pez que se agita sin lograr desasirse de la mano del pescador que acaba de atraparlo.

–¿No queríais que viniera? –le susurra don Pedro al oído–.

Pues aquí estoy, y ahora os vais a enterar.

El rey no se preocupa de volver a vestirla, pues no se trata de una cuestión de pudor o decoro, sino de propiedad, así que la arrastra con él hacia el palacio, desnuda, dejando a su paso un rastro de agua que nadie se atreve a seguir. María, por su parte, se deja llevar con felicidad. Ni siquiera hace el esfuerzo de caminar; prefiere que la lleve a la fuerza, porque es parte de su victoria. No siente el dolor en la muñeca, su mente está en otro sitio, en el final del trayecto que adivina sin esfuerzo y que no tarda en confirmar como cierto, porque el rey la conduce a la alcoba y la tira sobre el lecho, donde la posee con ansia y con una bestialidad que María recibe aliviada y conmovida. Tan trastornada estaba por la ausencia de don Pedro que confunde ternura con violencia.

A partir de entonces, el rey media sus atenciones entre su amante y los escombros y las piedras. Compartido, pues no va a cejar en su empeño.

* * *

Las obras no tardan en comenzar, y a María de Padilla no le cuesta demasiado descubrir el reflejo de la personalidad del rey en el proyecto. Lo reconoce en la destrucción que decreta, con frialdad, sin sentimentalismos, para los palacios almohades donde hasta ahora habían sido tan felices. Ve su paranoia plasmada en forma de líneas en los planos que dibujan pasadizos y pasillos ocultos por los que escapar en caso de ser traicionado. Y su soberbia se hace presente en la fachada que planea erigir para la entrada principal del nuevo alcázar, que con su suntuosidad traiciona el recato de los palacios musulmanes, siempre obsesionados con disimular con su sobriedad externa el esplendor que esconden en el interior de sus muros para no ofender a los pobres. Hasta ha derruido parte de la muralla que protege el alcázar para que el palacio pueda ser contemplado por todos, no fuera a pasar desapercibida su grandeza. Ése es el don Pedro que conoce María de Padilla, el que destruye sin miramientos todo lo que considera viejo y obsoleto para ofrecer

a su reino una obra brillante y nueva, su misma imagen representada para el mundo.

También en la estructura y decoración del palacio imprime el alma mestiza de la ciudad, que don Pedro ha terminado por considerar como la suya propia. Se produce un pequeño milagro, un destello de esa colaboración entre las tres culturas que tanto se alabará en el futuro, y que no es más que una arcadia mítica apenas entrevista en dos o tres momentos concretos, efímeros, pero tan alentadores. Sin embargo, ahora sí tiene lugar el milagro. Acuden a Sevilla artesanos de Toledo y de Granada, los arcos polilobulados florecen en las arcadas del palacio, se mezclan las yeserías con los artesonados de madera, las cartelas cúficas con las inscripciones latinas, el nombre de Dios con el de Alá. Y, para costear las obras, es el tesorero real, Samuel Leví, quien se encarga de gestionar el dinero proveniente de las arcas reales. Luego, cuando la ciudad se contagie de ese mudéjar esplendoroso, como si de una enfermedad benigna se tratara, serán los judíos los que a menudo presten los fondos para reconstruir no sólo sus propias sinagogas, sino las iglesias y los palacios con los que se repoblará la ciudad. El proyecto, una vez acabado, será el regalo indeleble de don Pedro a Sevilla, eso también es capaz de verlo María desde el comienzo, y, aunque no forme parte de ello, se siente orgullosa de estar a su lado.

Serán los mejores años junto al rey, a pesar de compartirlo no sólo con otras mujeres, sino con otra amante a la que teme aún más: la guerra, que amenaza con arrebatárselo definitivamente una y otra vez; en esta ocasión, contra el reino de Aragón. Pero, mientras tanto, mientras las advertencias y las provocaciones se suceden entre las dos coronas, mientras se prepara la guerra y el rey permanece en Sevilla, María es testigo de cómo intenta convertirse en un buen soberano. Imparte justicia en el palacio, en la sala que su padre mandó construir a tal efecto, sentado en un trono de piedra sobre las gradas de ladrillo donde se aposentan sus magistrados y escribanos. Desde allí dicta sentencias con las que trata de emular la proverbial sabiduría de Salomón, pues incluso para algo tan cotidiano y tedioso sus aspiraciones son grandiosas.

También florecen las leyendas sobre el rey. Se dice de él que

por las noches sale a recorrer la ciudad de incógnito, al modo de los lejanos califas que gobernaron en Bagdad, para conocer las cuitas de sus súbditos, vigilar el buen desempeño de la suerte de guardias que mantienen el orden en la ciudad, y también, por qué no, para buscar aventuras. María sabe que todo eso no es más que una fantasía, aunque por otro lado a ella le gustaría que fuera cierta, porque no se le escapa que cuando el rey no duerme a su lado lo hace junto a alguna otra. A muchas las conoce, sabe sus nombres, las trata con cierta frecuencia, pero no se atreve a enfrentarse a ellas. Las odia en silencio, les muestra su desprecio con sutileza y conspira para alejarlas de la corte, pero siempre de forma discreta, pues no quiere soliviantar al rey. Ha terminado por aceptar que el monarca desea a las mujeres y que tratar de torcer su voluntad sólo la conducirá a ser repudiada, como lo ha hecho ya no con una, sino con dos reinas. Además, María sabe mejor que nadie cuánto le gusta a don Pedro arrasar con las piezas del tablero para comenzar una nueva partida. Todo esto no quiere decir que se haya resignado y convertido en alguien servicial y humilde; antes al contrario, le abomina la idea de ser otra Blanca de Borbón, la pobre Blanca, cautiva del esposo que la abandonó y que a pesar de todas las humillaciones y desprecios todavía alberga la esperanza de que vuelva a su lado. No, ésa no es María de Padilla. Ella ha logrado domesticar su amor, lo ha dominado y lo ha vuelto práctico. Se traga los celos y las ganas de matarlas a todas, cosa que podría hacer sin demasiado esfuerzo ni remordimientos, aunque alguna sea hasta pariente suya, pero no lo hace porque lo importante es que, cuando don Pedro se cansa de su nuevo capricho o le ha hecho otro hijo bastardo, uno más que añadir a la larga lista de nombres que nunca se recordarán, es con ella con quien vuelve.

Y el rey regresa de sus escarceos con pasión renovada, mostrando a su concubina una devoción que permanece incólume. María sabe que está alimentada por la culpa, pero no le importa, porque lo verdaderamente relevante es que él está allí, con ella, que su lecho es el primero que visita cuando vuelve de la guerra y el último del que se despide antes de volver a partir. Que María de Padilla, por muy puta que digan que sea, es el principio y el final de los prolíficos amores del rey don Pedro.

Don Pedro está inmerso en otro romance, además del que mantiene con María de Padilla, del que parece no ser consciente, porque, si lo fuera, no sólo le serviría para embelesarse durante sus felices días en Sevilla, sino que por seguro le encontraría más de una utilidad. El pueblo ha olvidado la ira y el desasosiego que siguieron al terremoto. Ven alzarse de nuevo las fachadas de los palacios y las iglesias, y se podría decir que, por un tiempo, no demasiado largo, unos pocos meses o años, en el mejor de los casos, aman a su rey. Sin embargo, con este enamoramiento también crece su ceguera ante los desmanes de don Pedro. Y, para exonerarlo de toda culpa no encuentran mejor excusa que la perniciosa influencia de su amante. De esta forma, ahora resulta que, después de todo, María de Padilla no es una simple puta; la ascienden en el escalafón de la ignominia hasta el grado supremo que puede otorgarse a una mujer, el de una Salomé rediviva que reclama al rey la cabeza de su hermano Fadrique como aguinaldo, nada menos, y sobre ello el pueblo compone coplillas y romances que le sobrevivirán en el tiempo y hundirán su recuerdo en el pozo oscuro de las mujeres nefandas, hasta que llegue el tiempo en que ascienda al panteón de las diosas que conceden favores a sus devotos en las tierras del nuevo mundo.

Corre el mes de marzo cuando se decreta el asesinato. No hay quien pueda asegurar si el rey lo hace por envidia, por miedo o por venganza, o si quizás es que siente que su nuevo palacio requiere una ofrenda de sangre para estar realmente vivo. Sangre bastarda pero de estirpe real, como la de don Fadrique. En cualquier caso, no conviene olvidar que el maestre de Santiago es el hermano gemelo de don Enrique, enemigo jurado del rey, y tal vez éste considere que no hay mejor víctima propiciatoria. Sangre bastarda y real, pues, que es, además, el reflejo perfecto de la que el enemigo porta en sus venas. Bien sea por cualquiera de estas razones, bien por otra que resulta imposible adivinar, lo cierto es que don Pedro no le da ninguna explicación a María de Padilla.

–He de matar a don Fadrique, así que lo he mandado llamar para que no se demore más en la frontera con Aragón y retorne

de inmediato a Sevilla.

Se lo dice como si esa necesidad, tan súbita, tan imprevista, le escociera, o como si sus palabras fueran la respuesta a una pregunta que María no ha formulado; es más, ni siquiera la ha esbozado en su cabeza, pues es algo que no quería saber. La necesidad del rey de hacerla partícipe de sus planes choca con su intención de permanecer ignorante de estos menesteres. Ella ya no cuestiona los cambios de humor del rey. Los tolera como buenamente puede, sin intentar que la tormenta amaine, sólo se refugia de ella. Las motivaciones de don Pedro, sus inquietudes y sus arbitrarias decisiones han terminado por formar parte del ingente universo de cosas que María de Padilla prefiere no conocer, y hasta ahora sus deseos eran respetados. Estas confidencias son nuevas para ella, y probablemente también para el mismo don Pedro, cuya torpeza a la hora de revelar sus planes queda patente en la brusquedad de sus palabras, sin preámbulo alguno, escupidas a destiempo sobre la cara de una María estupefacta. Al menos confía en mí, se dice la amante, siempre optimista. Sin embargo, sin perder de vista su condición de confidente suprema, le aterra que el rey la haga partícipe de su voluntad homicida de un modo tan trivial, mientras pasean por los jardines entre arrayanes y naranjos cuajados de flores que ya empiezan a abrirse. Pues esa confesión parece una ofensa contra esos jardines que ha llegado a considerar suyos y que, desde el mismo momento en que don Pedro pronuncia las palabras que condenan a muerte a su hermano, quedan mancillados por un asesinato, porque las palabras del monarca se equivocan a menudo, salvo cuando anuncian muerte; en esos casos, siempre son certeras e inevitables. María lo ha visto tratar a la muerte como a una hermana, como a una emisaria eficaz cuyo mensaje es inequívoco. La cotidianidad con la que se relaciona con ella es otra de las cosas que María de Padilla preferiría seguir ignorando. Por eso maldice al rey en silencio, por hacerla partícipe de dónde tiene intención de asestar la próxima puñalada, porque desde ese momento cada vez que huela el perfume del azahar ya no lo encontrará maravilloso ni embriagador, un anuncio de la benévola primavera, sino que reconocerá en él el regusto metálico de la sangre, el olor dulzón

de la putrefacción, el anuncio del terror que está por venir. Don Pedro la ha despojado de su pureza por segunda vez; en esta ocasión, sin inmutarse.

–He de matar a don Fadrique –repite para conjurar el silencio de María de Padilla–. Tengo que hacerlo.

Pone énfasis en el «tengo», como si además de una sentencia fuera el esbozo de una justificación ante un reproche que María no ha hecho ni se atrevería a hacer. Ella guarda silencio, empeñada en mantener la ficción de su ignorancia, y tensa cada músculo del rostro, de todo el cuerpo, para que no se le escape un solo gesto, un movimiento inoportuno que pueda dar a entender a don Pedro que ha escuchado lo que le acaba de decir. Ni siquiera lo mira, porque sabe que sus ojos, los del rey, la obligarían a traicionarse.

–Como vos digáis –dice finalmente María.

Y, con la cabeza gacha, reanuda la marcha que han interrumpido por un momento. Ya no volverán a hablar del asunto, ni siquiera cuando, junto con su séquito, llegue a Sevilla unas semanas después.

María de Padilla prefiere olvidar la sentencia de don Pedro. Se esfuerza en conseguirlo, e incluso estará a punto de lograrlo, hasta que una mañana del mes de mayo, mientras el calor roe la ciudad como aperitivo del verano que está por llegar, el desdichado don Fadrique, que ha acudido a Sevilla al llamado de su rey con la premura que sólo otorga la ingenuidad, se presenta en la estancia del Caracol, dentro del complejo del palacio gótico, donde residen habitualmente María de Padilla y sus hijas, para mostrarles sus respetos.

–Don Fadrique –lo saluda alegremente María, que por un momento olvida lo que significa su presencia.

–Mi señora, vengo de arrebatar Jumilla a los aragoneses –le anuncia, orgulloso.

Y María, que guarda afecto a ese hombre al que considera la antítesis de su perverso gemelo, está tentada de revelar que ella conoce su destino, que ha sido testigo de su sentencia de muerte dictada en juicio sumarísimo mientras él derramaba su sangre peleando por don Pedro contra el rey de Aragón. Sin embargo, por mucho que aprecie al maestre de Santiago, al final del día, de

ese día y de cualquier otro, la lealtad de María de Padilla siempre cae del lado del rey. Por eso no dice nada. Una vez más, María de Padilla guarda silencio. Se limita a mirarlo con estupor, como si la reconquista de Jumilla fuese una noticia terrible. Lo mira con asombro y también con pena, una pena infinita que a él le basta para entender que su tiempo se acaba, que todos aquellos que le dijeron que, llegado el día, cuando menos se lo esperara, don Pedro lo mandaría matar, tenían razón. Como su hermano Enrique, que ahora combate al rey castellano engrosando con sus hombres las huestes de Aragón. Hay en los ojos de don Fadrique una serenidad pasmosa, hasta se diría que un cierto alivio, como si la duda del motivo por el que rey lo ha hecho llamar lo perturbara aún más que la perspectiva de su propia muerte. O como el alivio que siente alguien que sabe que ya no tiene que seguir ocultando por más tiempo una mentira que se ha vuelto insoportable. Y don Fadrique esboza una sonrisa sincera.

–No hace falta que digáis nada, doña María. Guardaos las palabras para que nunca pueda decirse que os traicionaron.

–Que Dios os guarde, don Fadrique –musita ella con los ojos vidriosos.

En parte, María se siente aliviada por la exoneración preventiva que le ha regalado don Fadrique. Nada ha dicho ni advertido, pero se siente cómplice y traidora de ambos hombres por no haberse atrevido a elegir entre uno u otro, por quedarse en medio sin elegir, y es que María de Padilla intuye que hay lugar en el infierno reservado para quienes no toman partido.

A pesar de la entereza con la que Fadrique parece asumir su destino, intenta escapar. En cuanto María de Padilla se despide apresurada con un gesto de la mano para no pronunciar una palabra más que pueda delatarla, el maestre de Santiago abandona el palacio a buen paso, pero sin correr ni perder la compostura. Será la última vez que lo vea.

Lo que ocurre a continuación con don Fadrique no lo sabrá por boca del rey, sino de los sirvientes. Los hombres del maestre han sido desalojados del patio de la Montería y ya no se encuentran en el alcázar, donde ha sido convocado por don Pedro. Su exiguo cortejo va menguando de estancia en estancia, sin escándalo alguno, un par de hombres retenidos en cada

puerta, hasta que llegado el momento en que ya sólo lo acompañan dos de sus más fieles, los ballesteros del rey, a una orden de su señor, escondido tras unos cortinajes como un cobarde, los atacan con unas mazas. A uno de sus compañeros lo matan, y el otro logra huir con su señor, si bien éste ha quedado malherido en esta primera emboscada.

Don Fadrique no se resigna a morir allí. Conjura sus menguantes fuerzas para emprender una última huida, pero no halla dónde esconderse. No conoce los recovecos del alcázar, los corredores secretos o las puertas disimuladas, y, aunque las encontrara, aunque supiera qué camino debe tomar para salir de allí, tanto él como su compañero se darían de bruces contra los hombres del rey, como de hecho ocurre. Tras un pequeño forcejeo con dos ballesteros que aparecen como por ensalmo de un rincón oscuro en un corredor, se ven obligados a separarse. Fadrique, una vez solo, lucha y corre mientras va regando con la sangre de sus heridas los suelos de mármol aún sin pulir del nuevo alcázar. Hasta que acaba con un puñal en el pecho, hundido hasta la empuñadura con saña. Y qué más da si lo hace el mismo rey o alguno de sus subalternos, porque el asesino es el mismo, lo que cambian son las manos que cometen el crimen. Y ahí queda el cuerpo del maestre de Santiago, tendido en el suelo del salón de los Azulejos del nuevo palacio de don Pedro, señalando con su cadáver que eligió servir al hermano equivocado.

María de Padilla se libra de presenciar esta cacería. Al menos la parte más terrible, la que lleva haciéndola sentirse culpable desde hace semanas, pero un retazo del crimen, un tentáculo de esta vil tropelía la alcanza de lleno.

El acompañante de don Fadrique que ha logrado escapar irrumpe de nuevo en la estancia del Caracol, sudoroso, pálido y desquiciado por el asesinato del maestre, que ha presenciado oculto en un rincón. Pero no tardó en ser descubierto, y en su angustiosa huida ha ido a parar a los aposentos de la amante del rey. No hay ira en su mirada, sólo habita en él la desesperación. Cuando irrumpe a la carrera en la sala, las hijas del rey juegan bajo la atenta mirada de su madre. No hay nadie más en la estancia y, sin pensárselo dos veces, el pobre desgraciado se

abalanza sobre la niña que tiene más cerca. Beatriz, que aún no ha cumplido cuatro años, suelta un chillido.

–¡Beatriz! ¡No! ¡Soltadla, por piedad! –grita María de Padilla mientras ve cómo el fugitivo levanta a su hija en brazos y la ofrece a la oscuridad del corredor por el que acaba de llegar, como si fuese un escudo o una ofrenda.

Por fortuna, el hombre no está armado, y María, en cuanto se da cuenta, salta hacia él para recuperar a su hija. Mientras forcejean, María no para de sollozar y gritar, pero el miedo alienta al soldado, y pronto se deshace de la mujer con una patada. María queda tendida en el suelo. La impotencia y la rabia la consumen. Ahora más que nunca, desearía ser la hechicera que dicen que es y desatar todas las fuerzas del infierno sobre ese hombre que le ha arrebatado a su hija. Palmea el suelo con fuerza hasta hacerse daño y maldice al soldado, que está tan asustado como ella, pero lo único que consigue es contagiar su miedo a Beatriz, que comienza a berrear.

Por suerte para ellas, que no para el fugitivo, la escena dura tan sólo unos instantes, porque pronto aparece el rey escoltado por sus ballesteros. Los gritos de María de Padilla los han guiado hasta allí.

–¡Atrás! –grita el soldado interponiendo a Beatriz entre su cuerpo y el del rey.

Don Pedro no da ninguna orden esta vez, no delega el trabajo de la muerte en sus subordinados. Se ha quedado petrificado por un momento al ver a su amante en el suelo y a su hija en manos de un soldado. Pero sabe que no hay tiempo para pensar. Sin mediar palabra alguna, toma impulso y se lanza sobre ellos empuñando una daga. Con una agilidad pasmosa, toma con fuerza a su hija con el brazo izquierdo al tiempo que con el derecho le encaja el puñal entre las costillas al soldado de don Fabrique. Lo hace con la cólera de un padre, no con la de un rey, y es aún más terrible. El fugitivo besa el suelo, y don Pedro, sin soltar la daga, se las ingenia para mantener el equilibrio con su hija aferrada contra su pecho mientras lo acompaña suavemente en su caída. El hombre está muerto, pero aun así él sigue hurgando con el acero en su interior, matándolo una y otra vez, porque una no ha sido suficiente.

La sangre del soldado será limpiada inmediatamente, no así la de don Fadrique. Don Pedro no come –como cuentan que hizo– en presencia de su hermano agonizante o muerto, por la sencilla razón de que ha ido a salvar a su hija. Lo que sí hará es dejar que la sangre de Fadrique empape el mármol que acaba de ser colocado en el salón de los Azulejos. Aún no se ha pulido, y en su bruto salvajismo de piedra recién cortada se bebe la sangre, acepta el sacrificio que le ha ofrecido el rey y lo atesora en su interior, lo absorbe por cada uno de sus poros, que son ahora como las bocas insaciables del nuevo alcázar. El crimen queda aprisionado entre los blanquísimos cristales del mármol, protegido del olvido que traen consigo los años, y allí permanecerá indeleble al paso de los siglos, testigo mudo pero elocuente de lo sucedido. Al menos, quizás este horror haya servido para que María aprenda, de una vez y para siempre, que los actos del rey, sobre todo los más terribles, también tienen consecuencias para ella, y, lo que es peor, para sus hijas.

Sevilla, 1361

El tiempo ha ido pasando sin que María de Padilla haya sentido de nuevo el terror en toda su crudeza. El rey marchó a la guerra, y sus enemigos fueron asesinados, pero ella ha sabido mantenerse alejada de todo, en Sevilla, viendo cómo el alcázar se levantaba poco a poco. Aun así, no ha conseguido olvidar el miedo de aquel día en que le arrancaron a su hija del regazo. Se va haciendo un poco menos intenso cada vez; la escena se desdibuja en su recuerdo hasta que adquiere la consistencia nebulosa de un sueño. Tan sólo el azahar la hace retornar a ese momento terrible. Las fragantes y pequeñas flores que fueron heraldo de la muerte de don Fadrique se le clavan cada primavera en el centro del alma, y en esa ahora estación maldita no puede evitar sentirse melancólica e irritable.

Volvió a quedarse embarazada y esta vez dio a luz a un niño. El infante no goza precisamente de una salud excelente, ni

cuando nació ni ahora, pero ella siempre ha tenido esperanzas de que sobreviva y llegue a convertirse algún día en el heredero de su padre. Sin embargo, por esa esperanza debe pagar el precio de un sinfín de preocupaciones que se suman una a una en un rosario de cuentas malditas que marca el discurrir de sus días. Primero fue el parto del niño, al que pusieron por nombre Alfonso; después, los primeros y críticos meses de salud de la criatura, que al fin fueron superados, y ahora es el temor a que los enemigos del rey acaben con su vida lo que le quita el sueño. Se ha terminado contagiando incluso de la locura de don Pedro. Cree ver asesinos que se esconden en los jardines, entre el aroma de las flores, para asaltarla a ella y a sus hijos, y desconfía de los criados, a quienes tiene por espías y envenenadores en potencia. Para conjurar el peligro, como ofrenda a Dios, se ha convertido en una inquebrantable adalid del recato: sus escotes han menguado, sus piernas permanecen cubiertas incluso en verano y ya no se baña desnuda en la alberca, ni siquiera cuando está segura de que se encuentra completamente a solas.

Ese mes de julio, María de Padilla se da cuenta de que algo le sucede. Comienza a percibir su cuerpo como algo diferente a sí misma, un enemigo que se comporta de forma extraña, que toma decisiones por su cuenta, como si hubiera cobrado vida aparte. Cada cuatro días, con una puntualidad pasmosa, cae rendida por las fiebres sin que nada ni nadie pueda hacer nada por evitarlo. Cree que es cosa de los malos aires, que vienen húmedos y cálidos cuando no toca, y eso ha hecho que su hígado no funcione correctamente y los humores de su cuerpo se mezclen en proporciones incorrectas. Ésta es al menos la explicación que le ha dado Juan de Aviñón, médico destacado de la corte, famoso en toda la ciudad de Sevilla y, como gran parte de sus compañeros de profesión, judío converso, en este caso de origen francés, en concreto de la ciudad en la que los reyes galos mantienen secuestrada la voluntad de los papas. Pero Juan, hombre docto en la medida de lo posible, está muy lejos de comprender lo que realmente le ocurre a doña María.

Al principio, con las primeras fiebres, se esmera en tratarla con sangrías y dietas, pero, como todos los médicos de su época, prisioneros de Galeno e Hipócrates, confunde el síntoma con la

enfermedad. Los escasos éxitos con sus pacientes se basan más en sus conocimientos de botánica que en sus habilidades como médicos; son cirujanos de gran valía, amputan, cauterizan y cosen como nadie, pero desconocen todo fundamento de lo que aqueja a los enfermos. Son hombres eruditos y esforzados, dotados de gran curiosidad y buena voluntad, pero viven condenados por la maldición del tiempo, a siglos de distancia de las respuestas a sus preguntas. «Ubi pus, ibi evacua», suelen decir no sin cierta razón, sólo que, en no pocos casos, como con la peste cuando los bubones crecen en ingles y axilas, no pasa mucho tiempo hasta que al enfermo habría que sajarlo entero, como si fuera una aceituna lista para ser aliñada.

–Son fiebres cuartanas –sentencia el coro de galenos dirigido por Juan de Aviñón, como si ponerle nombre a la enfermedad, describir su comportamiento más bien, los situara más cerca de poder curarla, cuando lo único que tienen claro es cómo va a morir María de Padilla.

No piensan en las aguas estancadas, en que tal vez la alberca en la que María se bañaba desnuda ha terminado por traicionarla; no hay cabida en sus elucubraciones para esos mosquitos ávidos de sangre que intercambian enfermedad por alimento, en terribles criaturas casi invisibles que invaden la sangre y la destruyen para multiplicarse. Nada de eso encaja en su ciencia. Todo es una cuestión de humores y proporciones, de aires fríos o cálidos, húmedos o secos, de dietas que se desequilibran por exceso, pues llevan convencidos de esto más de mil años. A veces al cielo se le escapa algún milagro que no tardan en atribuirse en beneficio propio, pero María de Padilla cada vez está más enferma. Cada acceso de fiebre la deja más exhausta, apenas come, y lo poco que traga lo devuelve entre arcadas pasados unos minutos. Se vuelve pálida como la cera primero, amarilla después.

–Es el hígado –aciertan en esta ocasión.

Pero no sirve de mucho, porque luego llegan unas convulsiones terribles y una postración profunda. María de Padilla ya no es capaz ni de abrir los ojos.

Juan de Aviñón y los demás médicos dejan entonces de nombrar los síntomas, porque han comprendido que decir

obviedades no bastará para sanar a la concubina real y la ira del rey caerá sobre ellos.

Don Pedro está lejos de Sevilla, y su ausencia es un consuelo para los galenos; para María, mientras aún está consciente, es una desgracia, un dolor aún más profundo que el de su cuerpo traicionero. Cuando la fiebre sube, cree verlo y lo llama entre delirios. Después, en los pocos momentos en los que guarda alguna traza de su consciencia, pide agua para aliviar la horrible sed que la consume. Mira a los médicos con impotencia y cierta pena, porque sabe que no pueden ayudarla y ella también teme la reacción de don Pedro cuando tenga noticia de su muerte, pues ellos serán los culpables de no haber podido salvarla. El resto del tiempo, y sobre todo cuando se acerca el final, ya no es consciente de nada. Los sueños se mezclan con destellos de realidad sin darle la oportunidad de lamentarse por lo que pudo ser y no ha sido. Ya no echa de menos a don Pedro, a quien se ha mandado aviso de la enfermedad de su amante, aunque no llegará a tiempo para poder despedirse. Cuando aparecen los espasmos, María de Padilla se entrega al dulce sueño que le proporcionan los brebajes que con sumo cuidado le prepara Juan de Aviñón, quien se esmera en proporcionarle el alivio que merece.

No hay palabras de despedida en los últimos momentos de María, tan sólo inconsciencia, una calma tensa que se ha apoderado de su cuerpo antes glorioso y ahora consumido y grotesco, untuoso y febril; un cuerpo que ha sido motivo de orgullo, que ha exhibido sin pudor, pero que ahora ocultan con una sábana por la repugnancia que produce contemplarlo. Al menos, ella no se da cuenta. No experimenta la vergüenza de su carne, que después de ser su mejor aliada se ha rebelado contra ella y ahora la abandona poco a poco, prolongando cada vez más el intervalo entre una inspiración y otra, reduciendo el movimiento de sus músculos a la mínima expresión, rindiéndose con el heroísmo de la discreción, que es al único al que puede aspirar, sin nuevos estertores ni espasmos, quedamente, en un silencio pasmoso que parece negar la agonía de María de Padilla. Transita pacíficamente al otro mundo inspirando una brizna de aire más pequeña cada vez, como un suspiro contenido, hasta que, casi imperceptiblemente, ya no hay más, no queda fuerza

alguna que hinche de nuevo sus pulmones. Se ha desvanecido por completo, y el aire al que han atribuido su enfermedad deja de entrar en ella para siempre. No ha llegado a cumplir veintiocho años.

* * *

Es difícil saber si un hombre puede volverse loco sin estar cuerdo ni qué es la cordura o el buen juicio en contraposición con su hermana gemela y tullida, la locura. Pero lo que ocurre con don Pedro en cuanto tiene noticia de la muerte de María de Padilla debe de ser algo semejante a eso. Es un hombre que se quiebra de nuevo, que pierde aquello que lo mantenía anclado al mundo cabal, sin que ya nada consiga mantener a raya todos los monstruos que habitan su alma y que, en el fondo, son él mismo.

Sí le queda su hijo, el niño enfermizo que María de Padilla le ha dejado como herencia. Pero es un hijo bastardo, como lo es su hermano don Enrique, como lo era su gemelo Fadrique hasta que su sangre quedó impresa en el suelo del palacio. Aun así, don Pedro conoce una solución al problema. Basta mirar al vecino reino de Portugal y seguir el ejemplo de su tío el rey Pedro, que no hace mucho ha coronado como reina a su amante y madre de sus hijos bastardos, Inés de Castro, una vez muerta. Y don Pedro no duda en emular a su tocayo. Aprovechando que los grandes señores del reino se encuentran en Sevilla para combatir contra los moros, convoca unas Cortes para proclamar, con los parientes de María de Padilla como testigos, que ella ha sido su primera y única esposa, que el casamiento tuvo lugar antes de desposarse con Blanca de Borbón, aun cuando esto fue ocultado por temor a que se produjera una rebelión entre los nobles, tal y como sucedió después. Los testigos juran sobre los evangelios, y grandes y contundentes son los discursos que entronizan a María de Padilla, que ya no será nunca más la puta de María de Padilla, sino la reina doña María. En consecuencia, su hijo es ahora el heredero legítimo de Castilla, y sus hijas, infantas con posibilidad de matrimonio con distinguidos personajes de sangre real.

Después de la proclamación de las Cortes, se mandan traer los restos de la reina doña María, enterrados en el monasterio de Santa Clara de Estudillo, que en su día fundara. Descansará eternamente en la capilla real de la catedral de Sevilla, el lugar que le corresponde a su dignidad póstuma. Y así emprende su cadáver el camino hacia el sur, medio podrido pero regio, escoltado con los honores de la reina que no fue en vida.

Esta peculiar comitiva fúnebre signo de su tiempo entra en Sevilla con grandes festejos y alegría, genuina o impuesta, qué más da. Lo importante es que se trata del primero de los triunfos espectrales de la que fuera la puta de María de Padilla, que ya no es puta sino reina; reina cadavérica, fantasmal, pero reina al fin y al cabo. Apenas muerta, comienza a convertirse en leyenda, una leyenda que crecerá y se expandirá por el espacio y el tiempo hasta acabar por sobrepasar a la del propio rey, pues ella se convertirá en diosa. Porque nadie reza a don Pedro, pero, siglos después, son miles los que rezan a María de Padilla.

LA LEYENDA DE MARÍA CORONEL

Sevilla, 1630

No la están buscando, pero ella aparece igualmente. No adopta la forma de una presencia fantasmal, sino que su retorno al mundo es aún más espectacular, de cuerpo presente, para que nadie pueda dudar de que realmente está allí.

Los albañiles pican el pavimento de la iglesia del convento de Santa Inés como han hecho tantas otras veces en lugares sagrados. No esperan hallar otra cosa que tierra y huesos sin nombre que, en el mejor de los casos, acabarán en un osario tan anónimo como lo es el suelo, liso, sin marca alguna, de la iglesia donde han descansado hasta ahora. Sin embargo, en este tercer día de trabajo, a los pies del coro los picos dan con un ataúd de madera. Al principio, no saben qué hacer. Se miran unos a otros buscando una respuesta. Aunque encontrarse con un ataúd no es un hallazgo habitual, tampoco es la primera vez que les ocurre algo así.

Son cuatro los peones que en ese momento trabajan en la iglesia. Uno de ellos es honesto y, nada más adivinar un destello de codicia en los ojos de sus compañeros, decide que hay que mandar aviso a la superiora del convento antes de que los restos sean profanados por los dedos toscos y avariciosos de los otros tres, que todavía le aguantan la mirada un segundo, acusándolo un poco de beato y un mucho de imbécil por no aprovechar una oportunidad como ésta.

Pronto, un revoloteo de hábitos llena la iglesia. Es la madre superiora, seguida de otras dos monjas que parecen agotadas por la carrera. Y tienen una sospecha bien fundada de lo que han encontrado los albañiles a los pies del coro. Tanto es así que, ya sea por una corazonada, por información privilegiada o inspiración divina, no han dicho nada al resto de la congregación. Si las demás hermanas supieran lo que está ocurriendo, lo que la madre superiora cree que está a punto de salir a la luz, no habrían dudado un segundo en unirse a la escueta comitiva para convertirla en multitud, llenando la nave del templo como una bandada de gorriones inquietos en busca de un trozo de pan olvidado. Además, la madre superiora está cansada de tener que recordarles que son una orden de clausura y que no pueden acudir a la iglesia mientras esos hombres se encuentren trabajando allí. Parece que le ha tocado en suerte una congregación demasiado proclive a la curiosidad y a caer en la tentación de asomarse al mundo al que han renunciado. Quizá demasiado pronto, piensa para sí la superiora mientras recorre el claustro a toda prisa intentando dejarse ver lo menos posible para no llamar la atención.

Las tres monjas y los cuatro jornaleros rodean el agujero y en silencio miran hacia abajo, como si esperaran encontrar una respuesta, pero el ataúd no ofrece ninguna pista. La madera se ha podrido en parte, pero la oscuridad que reina en el templo no permite distinguir con claridad el contenido del féretro.

–Hay que sacarlo de ahí y abrirlo inmediatamente –ordena la superiora con la voz profunda con la que acostumbra a impartir órdenes a sus hermanas más rebeldes. Para ella, los hombres son como novicias díscolas a las que hay que tratar con firmeza, sin darles otra opción que la de acatar órdenes.

Con un asentimiento, ellos se pliegan de inmediato a su voluntad y enseguida pasan gruesas sogas por debajo del ataúd; lo hacen con delicadeza, para evitar que lo que queda de madera se haga pedazos. Luego, con la coordinación que les han dado los años de trabajo conjunto, alzan el féretro y lo depositan sobre la pequeña porción del suelo que no han horadado todavía.

Las monjas contienen el aliento y se santiguan mecánicamente mientras los hombres proceden a retirar la tapa

del ataúd. Cuando finalmente el contenido se revela, no pueden evitar dejar escapar un grito de sorpresa. Para ellas, que no ven el mundo de otra forma que no sea en relación con Dios –o al menos eso intentan–, lo que están contemplando es un milagro, porque no hay un puñado de huesos entrelazados a unos ropajes hechos jirones, sino un cuerpo entero enfundado en un sencillo, pero a todas luces lujoso, vestido medieval.

Las hermanas clarisas caen de inmediato de rodillas y comienzan a murmurar oraciones. A su lado, los obreros, que no entienden lo que sucede, permanecen de pie, claramente incómodos. Pero ellas no los miran, tienen los ojos clavados en el cuerpo que acaban de exhumar. El rostro del cadáver está desfigurado, seco y consumido. El sacerdote que ya viene de camino dirá al llegar que, efectivamente, se trata de un milagro, pues el cuerpo está incorrupto. A cualquier cadáver que haya yacido bajo tierra, emparedado o encerrado en una urna de cristal y que no se haya visto reducido a un puñado de polvo y huesos se le adjudica la milagrosa cualidad de la incorrupción, cuando en realidad lo que están contemplando en ese momento, lo que cada 2 de diciembre los sevillanos podrán admirar en los siglos que vendrán, no es otra cosa que un cuerpo momificado de forma natural. Pero ellos, para salvar ese escollo entre lo sobrenatural y la ciencia, recurrirán a esas leyendas en las que se mezclan la identidad de diferentes personajes, unos históricos y otros inventados; leyendas en las que mujeres de probada virtud deciden conservar su integridad física y moral mutilándose o desfigurándose con aceite para alejar a los acosadores que, perdidos para siempre en el profundo abismo de la lujuria, trataron de ultrajarlas. El aceite hace encajar la pieza que falta en la teoría de las clarisas, unge de santidad el cuerpo momificado frente al que ahora rezan, lubrica sus mentes para que se convenzan de la veracidad de lo que cuentan. Y así se empieza a difundir esta leyenda, que tal vez ya fuera esbozada antes, pero que ahora adquiere mayor fuerza, porque las monjas no lo dudan ni un solo instante, como tampoco lo hace el sacerdote que acude a la llamada de la madre superiora, ni el arzobispo cuando tiene noticia del descubrimiento, ni las autoridades de la ciudad, ni las de la corona, y así pervivirá: lo que han

desenterrado en la iglesia del convento de Santa Inés es el cuerpo incorrupto de María Coronel.

Aguilar, 1353

Don Alfonso Fernández Coronel es un precursor. Fue de los primeros en apoyar la causa del rey don Pedro cuando éste subió al trono. A petición del joven rey, o más bien de su madre y de don Juan Alfonso de Alburquerque, renunció a la custodia de Medina Sidonia que en su día le encomendara Leonor de Guzmán, la barragana del todavía tibio cadáver del rey Alfonso XI, y, a cambio, recibió el señorío de Aguilar. Sin embargo, no tardó en cambiar de parecer, y también fue precursor de la traición, un adelantado entre los nobles castellanos en alzarse en armas contra el rey.

Tal vez sea un rebelde, pero a don Alfonso le gusta hacer las cosas bien. Por ello, para cumplir con la curiosa ley que rige las traiciones a un soberano, marchó hasta la frontera del reino de Córdoba con el de los moros, y allí llevó a cabo la ceremonia de desnaturalización. Después, mandó una carta a don Pedro anunciándole que renunciaba a ser su vasallo y, ya liberada de todo cargo su conciencia, comenzó su ofensiva. Envió misivas a las villas y ciudades cercanas a su señorío de Aguilar para que se unieran a su causa, habló con los moros para que hicieran la guerra a Castilla, saqueó y quemó los campos de la comarca. Pero, como ocurre con muchos precursores, don Alfonso Fernández Coronel no supo tomar bien el pulso a su tiempo. Alzó la cabeza demasiado pronto, erró al calcular el número de aliados y al subestimar a los del rey, y ahora resiste como puede el asedio al que las tropas de don Pedro someten a la fortaleza de Aguilar.

Se ha llevado a su familia con él, porque no quería que ni su mujer ni sus tres hijas, Aldonza, Mayor y María, fueran tomadas como rehenes cuando consumara su desnaturalización del rey y diera comienzo la rebelión. La idea, en principio, obedecía a la

lógica, la estrategia era impecable; el problema es que ahora todos están encerrados sin escapatoria, al menos para él. Es lo único en lo que puede pensar: en encontrar una salida para su familia. Y sabe que para ello debe entregarse y asumir la derrota.

María Coronel cuenta con apenas dieciocho años, mas ya lleva tres casada con don Juan de la Cerda, noble ilustrísimo del reino de Castilla, nieto de Guzmán el Bueno y descendiente directo –como si se pudiera descender de alguien de forma indirecta, mediante atajos, recovecos o saltos que pudieran engañar la inquebrantable ley de un árbol genealógico– del rey Fernando III. Él, al igual que su suegro, ha tenido sus más y sus menos con el rey don Pedro y con el todavía todopoderoso señor de Alburquerque, de manera que, en su día, en el momento álgido de las hostilidades contra el monarca, no tuvo más remedio que abandonar a María para salvar la vida. Tras dejarla al cuidado de su padre, se exilió al norte de África primero y a Portugal después, de donde, para sorpresa de muchos, ha vuelto en buenos términos con el privado del rey. De hecho, don Juan de la Cerda es uno de los caballeros que sitian ahora Aguilar, y María, que es consciente de ello y sabe que la causa de su padre está perdida, reza para que la mediación de su esposo pueda poner un fin honorable y lo menos sangriento posible a este feo asunto de la rebelión.

Ella no entiende mucho de política ni se preocupa en demasía, pero ahora parece empeñarse en regir sus días y, con su esposo y su padre implicados, es incapaz de tomar partido. Se diría que tiene que elegir entre uno de los dos, y lo peor de todo es que, de hacerlo, su decisión no cambiaría nada. Ha pasado de la custodia de uno a la del otro y vuelta a la del primero, que es con quien se encuentra ahora, así que supone que no le queda más remedio que apoyar a su padre, al menos en la medida de lo posible, que es aportándole el consuelo y el cariño del que es capaz, porque no tiene ningún consejo para él. En cambio, lo que sí puede hacer es rezar.

Reza a todas horas, no sólo durante la misa diaria a la que asiste con sus hermanas y antes de irse a dormir. Reza cuando se despierta, en los primeros instantes del nuevo día todavía en la cama, y también luego mientras se viste; reza durante las

comidas, masticando alimentos y oraciones por igual; reza mientras pasea por la fortaleza, cuando la lucha amaina y reina el silencio tenso, resignado, en el que viven los sitiados. En cada hueco de su vida cabe una oración, una búsqueda desesperada de Dios, aunque por el momento éste parece que espera y calla. Su silencio espanta a María Coronel, que siempre lo ha sentido cerca y sin embargo ahora parece que se le escapa, que la evita, como si fuera hereje. Ella, aun así, se esfuerza por darle gracias por cada cosa, cada pequeño milagro de la creación, por el sol y las nubes, por las estrellas y el aire que respira, por los alimentos que, escasos, todavía le llenan el estómago. Cuando llega la noche, envuelta en mantas para combatir el frío, es cuando sus oraciones se vuelven más desesperadas. Se humilla ante Él entre lágrimas, se acusa de pecadora e indigna y le ruega que la perdone. Incluso, servidora humilde, le ofrece hasta su vida, cualquier cosa a cambio de que su familia se salve. Pero nada parece conmover al Altísimo.

La presencia de María en Aguilar no sirve tan sólo para las oraciones y los ruegos, aunque es lo que a ella le gustaría. En cierto modo, es también una ventaja estratégica, pues ahora que su esposo es hombre principal en la corte de don Pedro, es difícil que algo malo pueda ocurrirle a ella o a sus hermanas. Pero, con su padre, María no está tan segura. Ya en los primeros meses de su reinado ha empezado a despuntar la implacable justicia de don Pedro, y, ahora que todo parece acercarse a su fin, María no consigue vislumbrar cómo don Alfonso Fernández Coronel puede salir indemne tras fracasar en su desafío al monarca. De alguna forma, incluso llega a entender que es necesario que su padre reciba un escarmiento, pero de momento ha elegido mantener la esperanza en que todo se resuelva de manera pacífica.

Ese día, que es fácil presentir como el último y definitivo de la resistencia de Aguilar, hace frío en las murallas cuando don Alfonso se asoma para intentar parlamentar con alguno de los sitiadores. Sabe que allí se encontrará con muchos camaradas a los que puede dirigirse sin temor a que una flecha malintencionada acabe con su vida. Convencido de que no hay otra salida, alza su enseña por encima de las almenas. Enseguida

un jinete se acerca al pie de la muralla, y rápidamente lo identifica como Gutier Fernández de Toledo, caballero de mediana estirpe que en otro tiempo fuera amigo, o más bien compañero de armas, pues mucho batallaron en su día, hombro con hombro, a las órdenes del rey Alfonso. Pero ahora Gutier goza de la total confianza del rey don Pedro, y eso lo convierte en enemigo. Don Alfonso, que sabe cómo enfrentarse a los hombres con la espada pero poco domina el doblegarlos con discursos, espera que aquél hable primero, guardándose las palabras que se le van amontonando en la garganta. Hay tantas cosas que querría decirle, que necesita explicarle, y, sin embargo, debe elegir lo que va a decir con cuidado; ya no puede fiarse de él, y, si llegan a negociar, tiene que conducirse con astucia.

–¡Compadre amigo! –exclama Gutier desde su caballo–. ¡Cómo me pesa que hayáis tomado este camino y que nos encontremos en esta situación!

–Gutier –replica don Alfonso, intentando sonar sereno y decidido–, ¿creéis que podemos encontrar alguna solución para terminar con esto?

–Me temo que no. Las cosas han llegado demasiado lejos, y el rey, de cuyas opiniones me tengo por gran conocedor, no aceptará un final amistoso para esta afrenta.

Don Alfonso se esperaba una respuesta semejante. Es el peor de los escenarios posibles, pero en el fondo se siente aliviado de no tener que negociar. Está ya demasiado cansado y mejor que todo acabe cuanto antes, de una forma o de otra. Ya no puede más. Hasta se olvida de su familia. Sólo quiere descansar, aunque, cuando por fin lo consiga, tenga que ser para siempre. Lo ha poseído la desesperanza de los que, sabiéndose perdedores, no ven el momento de concluir la penitencia en vida con la que ya han comenzado a pagar su error.

–Pues, si así es, sólo queda entonces un remedio posible –contesta, permitiéndose crear unos segundos de incertidumbre en su interlocutor.

–¿Y cuál es ese remedio? –Gutier esboza una mueca que no llega a ser una sonrisa.

Desde las almenas, don Alfonso no sabe si es un gesto de burla o si trata de disimular su tristeza al adivinar la respuesta.

–Amigo mío, el remedio es morir con honor. Como caballero, claro está.

Y, sin dejarle opción a réplica, se retira de la muralla para prepararse para afrontar su último día.

Don Alfonso se encamina a su alcoba sintiéndose mucho más ligero que en las últimas semanas, y, ayudado por dos pajes de su confianza, apenas dos pieles apergaminadas que llevan toda la vida sirviendo en su casa, tan viejos que ya eran viejos cuando él no era más que un niño, se viste como el caballero que es. Primero, el gambesón; sobre éste, la loriga, que ha mandado lustrar esa misma mañana en previsión de lo que fuera a ocurrir, y por último se coloca la capellina en la cabeza. De esta guisa aparece en la capilla donde su familia reza. Cuando doña María y sus hermanas lo ven aparecer precedido por el sacerdote, no necesitan preguntar nada para saber lo que está por venir. Su mujer solloza. Fuera, las tropas de don Pedro ya han comenzado la carga final contra Aguilar.

Hasta ese día, María no ha conocido los sonidos de la batalla, pues eran un rumor apenas al otro lado de los muros de la fortaleza, en el mundo exterior, tan distante, pero, ahora que por fin los escucha, se sorprende de que sean tan escasos, tan lejanos, poco más que un murmullo que amenaza con hacerse presente y no termina de llegar. Había temido que un estruendo de fuego y acero estallara contra Aguilar. En su lugar, tan sólo oye los gritos de los defensores, casi siempre ininteligibles salvo alguna blasfemia o insulto. Más allá, amortiguado por las piedras que construyen la capilla, situada en la parte más alta de la fortaleza, el sonido del postigo por el que están intentando entrar las tropas reales; un golpeteo sordo y cadencioso, como el del martillo de un herrero. Están demasiado apartados del lugar donde transcurre la acción, y no es capaz de oír el silbido de las flechas o el estallido metálico de las espadas al cruzarse. Gracias a Dios, se dice, mientras intenta concentrarse en la misa.

Su hermana Mayor llora en silencio sin apartar la mirada de su padre, absorto en las palabras del sacerdote. No se ha quitado el casco, lo cual, en circunstancias normales, sería una ofensa contra Dios, pero nadie se ha atrevido a recriminarle nada. Es su deseo aparecer ante Él como caballero por última vez; así lo han

entendido todos, y no pueden hacer otra cosa que admirarlo por su entereza. Sin darse cuenta, María ha tomado la mano de su hermana Mayor. De las tres hermanas es la que tiene más miedo. María está casada con un poderoso noble que ahora goza del favor del rey don Pedro; Aldonza ya se ha prometido con otro hombre de similar alcurnia, Álvar Pérez de Guzmán, pero Mayor sigue soltera, y su destino sigue ligado al de su padre. María entiende su miedo, la incertidumbre que se ha apoderado de ella, como de todo, el futuro que se está resquebrajando en un sinfín de posibilidades a cual menos halagüeña, incluyendo entre ellas la de la propia muerte. Con su madre, completamente paralizada por la situación, sabe que no pueden contar, pero ni Aldonza ni ella van a permitir que Mayor corra la misma suerte que su padre. De eso está segura, a pesar de no ser capaz de decírselo para tranquilizarla, aunque la note temblar a su lado; porque, si lo hace, si pronuncia esas palabras, estaría sentenciando al mismo tiempo a don Alfonso, y María todavía mantiene la esperanza. Por eso reza con fuerza para que, unos cientos de metros más allá, al otro lado de las murallas, en el campamento de don Pedro, don Juan de la Cerda encuentre las palabras adecuadas que aplaquen la cólera del rey y su padre pueda salvarse. Sabe que no es algo fácil, y, sin embargo, en ese momento, justo cuando el sacerdote eleva la sagrada forma, María se siente optimista.

La buena predisposición a esperar lo mejor de los hombres todavía pervive un rato más en María Coronel. Es muy obstinada en ese sentido, y confía aún en que puede haber una salida para don Alfonso cuando, de repente, con gran estruendo y griterío, cae el postigo que estaba siendo golpeado con violencia. Al instante, los hombres de don Pedro irrumpen en Aguilar. Incluso en este momento, María todavía guarda una sonrisa, que no se atreve a mostrar a nadie por pudor, mientras su padre abandona la capilla y se dirige a sus habitaciones, en la parte superior de la torre que corona la fortaleza, no sin antes ordenarles que lo aguarden donde están hasta que vengan a buscarlas.

Todavía es capaz de retener su absurda esperanza un poco más, cuando unas horas más tarde son escoltadas al patio al pie

de la torre por orden de don Pedro. Las tratan con suma delicadeza, pues los soldados han sido previamente avisados de la identidad de las damas que encontrarían en Aguilar –con quiénes están casadas más bien, que es lo realmente importante–, y María Coronel piensa que su padre será tratado con el mismo respeto. Hasta que lo ve en el patio de rodillas.

Por un instante se fuerza a creer que simplemente está rezando, pero las manos de don Alfonso Fernández Coronel no están entrelazadas, sino que cuelgan de sus brazos como si no tuvieran ya vida. Sus labios finos están apretados, no murmuran plegaria alguna. Tiene la cabeza al descubierto, desprovista ya de la capellina, y la inclina levemente hacia delante, proyectando una sombra sobre su rostro que oculta a dónde dirige la mirada. No es la postura de un orante ni la de un penitente, mucho menos la de alguien que ha conseguido el indulto real, sino la de un hombre que espera a ser ajusticiado.

Aldonza y Mayor lo llaman, pero él ni se inmuta. La madre se tapa el rostro con las manos y no deja de llorar. Quizá don Alfonso no quiere que vean la infinita tristeza que transmite su mirada, por eso condena a sus ojos a mirar al suelo, aunque también lo hace para ocultar la humillación final.

Cuando don Alfonso Fernández Coronel, señor de Aguilar, fue prendido en sus aposentos, pidió ser llevado con vida ante el rey, pero hasta eso se lo han negado. No ha visto a ninguno de sus antiguos amigos y compañeros, tan sólo a don Juan Alfonso de Alburquerque, a quien lleva toda la vida odiando, el hombre contra el que realmente se ha levantado en armas y que lo ha vencido. Ni siquiera se puede decir que haya ido a verlo; únicamente se ha cruzado con él mientras lo llevaban hacia el patio. El privado del rey, sin apenas detenerse ni mirarlo a la cara, no ha podido evitar decirle algo de pasada:

–Tú eras uno de los grandes caballeros de este reino, y mira cómo has acabado.

–Don Juan Alfonso –le ha replicado el vencido señor de Aguilar–, Castilla hace a los hombres y también los gasta, y yo no he tenido la fortuna de librarme de ese mal.

Pero el de Alburquerque ya había seguido su camino, y don Alfonso Fernández Coronel no sabe si ha llegado a escucharlo.

Todavía nota que las palabras le queman en la garganta cuando escucha cómo lo llaman sus hijas.

El optimismo de María se desmorona al fin. No las llevan a ninguna otra parte, sino que ya han llegado a su destino. Las obligan a mirar a su padre, pero no las dejan acercarse a él. No hay nadie conocido su alrededor: ni su marido, ni su cuñado, ni el rey; sólo un puñado de hombres toscos y sucios, poco menos que bestias que caminan a dos patas. Y así los ve, como animales, porque como tal se van a comportar. Les mandan guardar silencio justo cuando uno de ellos desenvaina su espada y se dirige hacia don Alfonso, que en ese momento ya ha levantado la cabeza y mira con la poca altivez de la que todavía es capaz a su verdugo. El hombre designado para la ejecución camina lentamente, jugueteando divertido con la espada. Es jovencísimo, pero corpulento. La loriga y el acero afilado denotan que pertenece a la nobleza, pero María no es capaz de reconocerlo porque no lo ha visto antes. Podría ser cualquiera, y ese anonimato la consuela, pues no se siente con fuerzas como para pasarse el resto de la vida odiando a alguien en concreto, un nombre y un apellido que, de seguro, si sobrevive a este día, se cruzará en su camino más adelante.

Don Alfonso Fernández Coronel inclina la cabeza para ofrecer el cuello. El joven verdugo, sin mediar palabra alguna, levanta la espada con ceremoniosa lentitud. Se diría, incluso, que está disfrutando del momento.

Al otro lado del patio, pero lo suficientemente cerca como para no perder detalle, las mujeres lloran y se cubren los ojos con las manos. María, por su parte, se niega a abandonar a su padre en ese momento. No puede hablarle para brindarle consuelo, no puede acercarse para decirle que todo acabará rápido y que ellas estarán bien, así que hace lo único que puede, que es servir de testigo a su muerte.

Tras aguantar durante unos segundos la espada en alto, el verdugo la descarga sobre el cuello de don Alfonso con toda su fuerza. Por fortuna, un solo golpe es suficiente para decapitar al señor de Aguilar, cuya cabeza apenas rueda un par de palmos más allá de su cuerpo, como si estuviera tan cansada como el hombre al que pertenecía hasta hace tan sólo un instante. La

mujeres gritan; no han podido evitar asomarse entre los dedos con los que se cubren el rostro, dedos con los que ahora se arañan la cara y amenazan con arrancarse los ojos. Todas gritan, excepto doña María Coronel, que sigue en silencio y no se mueve, no hace aspavientos ni lanza maldiciones; se limita a mirar el cuerpo de su padre con los ojos muy abiertos, como si quisiera fijar esa imagen en su retina.

Un tirón en el brazo de uno de los soldados la saca de su ensimismamiento. Las llevan al campamento del rey. Ya han visto todo lo que querían que vieran. Por el camino, María abraza a sus sollozantes hermanas sin haber sido capaz todavía de derramar una sola lágrima. Sigue siendo muy joven, pero ya ha empezado a aprender cómo se sublima el dolor, que es lo primero que debe aprender a hacer una mártir.

Sevilla-Tarazona, 1357

Los maridos de las hermanas Coronel, Juan de la Cerda y Álvar Pérez de Guzmán, han sido enviados por don Pedro a la frontera con Aragón. Hay guerra entre ambos reinos, una guerra iniciada por el rey castellano y que a ratos va ganando uno y a ratos el otro sin que ninguno de los dos monarcas haga caso a las voces que desde Aviñón o, lo que viene a ser lo mismo, desde Francia, los impelen a sellar la paz.

La misión que el rey les ha encomendado es irrelevante, porque los planes de Juan de la Cerda y de Álvar Pérez de Guzmán son otros. De hecho, en su viaje llevan con ellos la traición que ya han cometido contra el rey. Ya hace más de un año que se desnaturalizaron en secreto del rey de Castilla y se hicieron vasallos del de Aragón. Han cambiado a un Pedro por otro, pues el rey aragonés comparte nombre con su contraparte castellana, así que, de alguna forma, en tanto que ambos soberanos responden al mismo nombre, a sus conciencias no les pesa demasiado haber cambiado de señor. La llaman la «guerra de los dos Pedros», y tan igualada está la contienda que se hace

necesario recurrir a sobornos y complicadas maniobras de diplomacia para decantar la balanza.

Con la excusa perfecta de una misión en la frontera, ambos se han desviado de su camino para iniciar en Andalucía una revuelta contra don Pedro que facilite la victoria de los aragoneses. Mientras tanto, sus esposas permanecen en Sevilla, en el convento de Santa Clara, bajo la custodia de las hermanas clarisas.

Pero el plan de los concuñados no sale bien. El señor de Marchena, que comanda las tropas del rey don Pedro, derrota a los rebeldes sin demasiado esfuerzo. Don Álvar logra huir a Aragón, pero don Juan es hecho prisionero y llevado a Sevilla, donde espera en la Torre del Oro el retorno del rey, que ahora anda ocupado en la campaña contra los aragoneses en Tarazona.

María Coronel se entera de la suerte que ha corrido su marido sólo cuando éste llega prisionero a Sevilla. Desconocía por completo sus planes cuando partió hacia la frontera, como tampoco sabía de su ceremonia secreta de desnaturalización. La relación con su esposo siempre ha sido más protocolaria que otra cosa, y hubiera sido del todo sorprendente que él la hiciera partícipe de sus intenciones. No se trata de una cuestión de confianza, sino de irrelevancia. Don Juan de la Cerda ve en María Coronel a una beata que bien valía un matrimonio por el rango de su padre. Ahora, una vez desaparecido éste, la mantiene por esposa más por pudor y por evitarse complicaciones con la Iglesia que por los escasos despojos de la herencia de los Coronel. Y cierto es que podría ser peor. María no le da problemas, no es caprichosa ni se afana en buscar fuera del matrimonio lo que no encuentra en él. Prefiere rezar, dedicarse a su hogar y no hacer preguntas. El arreglo, después de todo, no está tan mal, pero en ningún caso María Coronel podrá participar de las intrigas políticas. De manera que, cuando se entera de la rebelión de su marido y de que los hombres de don Pedro marchan contra él, María se sorprende enormemente y cae presa de un humor sombrío. Todo aquello le recuerda demasiado a lo sucedido con su padre años atrás, y no sabe si está preparada para afrontar de nuevo la pérdida de alguien tan querido y cercano; porque, a pesar de todas las cosas, como mujer

amantísima y estricta observante de las leyes divinas y humanas, María Coronel quiere a su marido. Por eso ahora reza por él cada día, aunque a veces siente que con cada oración está traicionando a su rey, convirtiéndose en cómplice de su marido y, por tanto, tan digna de castigo como él mismo. Y es así, postrada de rodillas en la iglesia del convento de Santa Clara, donde recibe la noticia de que don Juan de la Cerda ha sido derrotado y viene camino de Sevilla cargado de cadenas.

Por mucho que lo intenta, no la dejan verlo. Su hermana Aldonza no le sirve de demasiada ayuda, y, como hace algunos años que carecen de padre y la poca influencia con la que contaban era a través de sus esposos, que pasan ahora por ser los epítomes de la traición en Castilla, no tiene a nadie a quien recurrir. La madre superiora del convento le ha sugerido que pida audiencia en el alcázar con María de Padilla, de quien asegura que, en contra de lo que muchos dicen, tiene un gran corazón, pero María Coronel sabe que no servirá de nada. O más bien se convence de ello. No puede estar segura de cuándo volverá el rey, si dictará sentencia desde la distancia o esperará a retornar a Sevilla para hacerlo, y no quiere perder el tiempo en mensajes entre su barragana y el distante frente, así que ella misma prepara con premura un equipaje lo más ligero posible y parte de inmediato hacia el norte, para rogar en persona a don Pedro que perdone la vida de su esposo.

El viaje le toma más de una semana. La acompañan un puñado de hombres de la casa de su marido, más sirvientes que soldados, pero, duchos en el arte de la caza, le servían a su propósito. Las primeras noches, a ratos tuvo miedo de ellos. Apenas los conocía, pues trataban con don Juan más que con ella, y María se temía que, con su señor prisionero y probablemente a punto de perder la vida, decidieran dar buena cuenta de ella; ultrajarla y después decapitarla, para mandar su cabeza al rey como prueba de su lealtad.

Desde la muerte de su padre en Aguilar, María vive obsesionada con la posibilidad de tener que volver a ver cómo algún ser querido es ajusticiado de esa manera. Incluso tiene sueños recurrentes en los que es ella la que expone de buena voluntad el cuello para que el verdugo haga su trabajo. En estos

sueños, que más bien son pesadillas, intenta apoyarse con las manos en el suelo, pero sus brazos son siempre demasiado cortos y tiene que aguantar la postura para no ceder bajo el peso de la espada y que el corte sea limpio. Esto es lo que más la horroriza, porque, aunque con su padre salió bien, María sabe que es harto frecuente que los verdugos tengan que descargar una y otra vez el arma sobre el reo para que la cabeza se desprenda. En esos casos, el espectáculo es horrible, pues la víctima no acaba de morir ni el verdugo de matar; todo se enreda durante unos segundos en los que la sangre salpica, los alaridos hielan el alma y el protagonista absoluto es el acero, que parece demorarse a propósito para regodearse en su momento de gloria, hipnotizando con su vaivén a los testigos mientras traza arcos sangrientos que arrebatan un poco de vida cada vez.

Ahora que su marido es reo de traición, la posibilidad de que su pesadilla llegue a cumplirse se ha vuelto tan real y tangible que hay noches en que despierta temblando en el cuartucho de alguna de las posadas donde descansan al acabar las extenuantes jornadas a caballo. Y, entonces, es capaz de oler todavía la sangre.

Los últimos días del viaje, la desconfianza hacia los hombres que la acompañan se va desvaneciendo. María descubre que, después de todo, la lealtad que ha puesto en duda es firme e incorruptible para la casa De la Cerda, y por extensión para ella. Aun así, es un consuelo que le sirve de poco, porque se acerca el momento de enfrentarse al rey. No sabe qué palabras son las adecuadas. Está acostumbrada a las formas de la corte, pero esto es algo diferente. Duda de si hablar al monarca con la solemnidad que merece su rango, o si olvidarse de todo formalismo y jugar la carta de mujer desvalida y desamparada. Conoce la debilidad del rey don Pedro por las mujeres, ha oído las historias, lo ha visto desear a jóvenes doncellas sin ningún tipo de pudor o vergüenza, incluso en presencia de María de Padilla, y lo cierto es que María Coronel no tiene nada que envidiarle a ninguna de las queridas del rey, ni siquiera a su amante predilecta. A veces hasta se convence de que es más hermosa, e incluso puede que no le falte razón. Es más alta, su cuerpo está igual de bien formado, sus pechos son más abundantes y sus facciones son más dulces, por no hablar de su

exuberante melena negra, que siempre ha sido la envidia de sus hermanas y de no pocas damas de la corte. El problema es que María no quiere jugar esa carta con el rey. Se tiene en demasiada estima como para entregar su cuerpo a cambio de la vida de su marido. Lo quiere, eso lo tiene claro, pero sólo lo debido; no es un amor extraordinario de los que inducen a la locura ni a los actos más desesperados. En realidad, si fuera sincera consigo misma, descubriría que lo que la ha espoleado camino de Tarazona es la posibilidad del desamparo, de ser viuda y huérfana al mismo tiempo, que es casi lo mismo que no ser nada. Su única salida digna sería ingresar en un convento. Sin embargo, tras haber observado la vida de las monjas en el corto periodo de tiempo que ha pasado en Santa Clara, y estando tan convencida como lo puede llegar a estar de que podría encontrar la manera de ser feliz allí, siente que su momento no ha llegado todavía. A sus veintitrés años, es demasiado joven como para colgar la vida en una percha y cambiarla por un hábito, por muy segura que esté de que tarde o temprano ése será su destino; y lo es, porque quiere ser una mujer piadosa, quiere que su devoción por Dios sea lo que la defina por encima de todas las cosas, pero como la coda de una vida que aún no puede terminar. No así, no tan rápido, no después de esta sucesión de tragedias. Es demasiado pronto como para empezar a purgar los pecados que todavía no ha tenido tiempo de cometer.

Al llegar a Tarazona, el rey accede a verla con inusitada premura. María Coronel sabe que su apellido y el de su marido son bien conocidos, pero no está segura de si el rey la reconocería si el encuentro fuera fortuito. Tampoco es que le importe demasiado. Bien sea por sus apellidos, bien porque el rey haya reparado alguna vez en su belleza, no va a perder el tiempo ni a desaprovechar la oportunidad. Quizá debería pararse a considerar que pueda tratarse de una trampa, pero ahora que ha llegado hasta allí no hay vuelta atrás.

Apenas tiene tiempo de arreglarse un poco antes de acudir a presencia del monarca. Se da un baño rápido en el lugar donde se alojan, con agua fría, pues no halla la forma de calentarla. Se pone el vestido granate con encajes que ha traído desde Sevilla para la ocasión y se perfuma sutilmente con los aceites que

guarda en unos minúsculos frascos de cristal que tintinean entre sus manos temblorosas mientras los manipula. Pretende que su aparición sea espectacular, arrolladora, que deje sin aliento a don Pedro, para zarandearlo sin llegar a tocarlo, hasta el punto de que, nada más verla, se sienta inclinado a concederle la gracia que viene a pedirle. Sin embargo, cuando entra en la fortaleza que corona Tarazona, residencia ocasional de los reyes de Aragón antes de que los castellanos ocuparan la ciudad, María Coronel se siente diminuta e insignificante. Un tanto aturdida y fatigada por subir a toda prisa la cuesta que conduce a la fortaleza, trata de no perder el paso a los ballesteros del rey que la guían a donde don Pedro la aguarda. Le tiemblan las piernas y las manos, siente la cabeza ligera, y un cierto vértigo la hace balancearse a cada paso, como si en lugar de piedra anduviera sobre un puente de cuerda y madera que se meciera en precario equilibrio sobre un abismo. Es mediodía, pero no ha sido capaz de desayunar nada, y ahora el hambre le está pasando factura. Se maldice por no haberse forzado a comer algo, porque ahora se nota débil y mareada, vencida de antemano. Lo único que se le ocurre para paliar su malestar es ofrecérselo a Dios, así que, durante los pocos minutos que la hacen esperar, murmura sus oraciones y eleva su hambre y su fatiga como sacrificio al Altísimo para que la proteja de la crueldad de don Pedro.

Al entrar en el salón se tranquiliza al ver que no va a estar a solas con el rey. Hay sirvientes que entran y salen de la estancia; secretarios que escriben en pergaminos raspados una y otra vez, y un pequeño grupo de mujeres en una esquina que comienzan a murmurar en cuanto ella aparece. Huele a paja y a humedad, a establo recién limpiado en el que habitan bestias de primera categoría. María no mira a nadie más que a don Pedro, que se encuentra de espaldas leyendo lo que parece una carta. Se concentra en llegar hasta él sin tropezar ni perder el equilibrio, y da los últimos pasos con firmeza, hasta que, cuando está a apenas dos metros del rey, se inclina en una reverencia. Éste ya se está dando la vuelta, porque alguien anuncia en alto la presencia de doña María Coronel.

–Mi señor –alcanza a decir ella, en tono más alto de lo que hubiera deseado.

Toda la sala guarda silencio y dirige su mirada hacia el lugar donde María Coronel se ha puesto de rodillas para suplicar al rey. Don Pedro la invita a levantarse con cierto fastidio. De repente, María se da cuenta de que no hay rastro del deseo que esperaba y temía en los ojos claros del monarca, que apenas la miran. Ante ella se alza el rey don Pedro con su imponente estatura, sus hombros anchos y sus facciones toscas, pálido como el heraldo de la muerte.

–En verdad no me resulta complicado adivinar por qué habéis acudido hasta aquí. Venís a interceder por vuestro marido, ¿no es así? –El rey se aparta un mechón rubio de la cara, y sólo entonces la observa detenidamente. Las profundas ojeras que descubre María en su rostro, que denotan el cansancio y el aburrimiento que le produce la guerra, dan aún más profundidad a su mirada–. Hablad, pues, mas sed breve. Tengo mucho que hacer.

Pero María no sabe ser breve. No puede serlo. Es su única oportunidad para salvar a su marido y no va a dejarse nada por decir. Los crímenes de él son indudables y manifiestos, su carta de desnaturalización del rey es bien conocida por todos, igual que el hecho de haberse levantado en armas contra su legítimo soberano, así que María se lo pide como un favor hacia ella. Se presenta como una desgraciada, privada primero de su padre y que ahora, según teme, puede quedarse viuda y desvalida, cuando ella siempre ha guardado fidelidad a don Pedro y nunca ha participado de forma alguna en las conjuras y revueltas de los hombres de su familia.

–Os lo suplico ante Dios. Ya me dejasteis huérfana, espero ahora que no permita vuestra misericordia, que sólo puede ser comparada con la del Altísimo, que me convierta también en viuda –concluye doña María Coronel.

Exhibe con orgullo las lágrimas que le recorren las mejillas. Son el símbolo de su desesperación, pero ha tenido que arrancárselas a la fuerza, porque se negaban a salir, como si sus palabras fueran falsas, una representación para lograr un objetivo a todas luces espurio e indecente, porque, ¿acaso no es cierto que su marido es culpable de todos y cada uno de los delitos de los que se le acusa? Mientras suplica al rey, María comprende con

certeza que don Juan de la Cerda se merece su destino, y sólo entonces sabe cómo hacer que las lágrimas afloren: es por ella por quien tiene que llorar, por la soledad que se avecina, por la indefensión terrible de no tener ni padre ni marido, por el miedo a la pobreza cuando se confisquen todos sus bienes.

Para su sorpresa, el rey no intenta rebatirla. No le recuerda los crímenes de don Juan de la Cerda ni de su cuñado don Álvar Pérez de Guzmán, refugiado ahora en territorio aragonés. Se limita a suspirar, como si tuviera que asistir diariamente a escenas semejantes, y a fuerza de verlas repetidas una y otra vez le resultaran insoportablemente tediosas.

–Os concedo la gracia que pedís, perdonaré la vida a vuestro marido.

Y, dándole la espalda, don Pedro dicta su perdón a un secretario, lacra la carta con el sello de su anillo y se la entrega a doña María Coronel.

A pesar de su aparente victoria, un oscuro presentimiento se apodera de María en cuanto tiene en su poder la carta con el perdón del rey. La facilidad con la que la ha conseguido es desconcertante. Sabe que su argumentación no ha sido especialmente convincente, ni siquiera conmovedora o patética. Su súplica no ha sido elocuente, sino aburrida e inoportuna, una interrupción desafortunada de la rutina de don Pedro. Quizá por eso la ha despachado tan rápido, para no tener que hacer siquiera el esfuerzo de discutir con ella.

El caso es que, de una forma u otra, esa misma tarde, con la carta bien asegurada contra su pecho, doña María Coronel da la orden de partir de nuevo hacia Sevilla.

El camino se le hace eterno. Llueve con fuerza un día sí y otro también, como si las nubes, cargadas de tormentas, hubieran sido enviadas en su persecución por algún oscuro enemigo. Por las noches, desvelada por los truenos, María reza para llegar a tiempo. Comienza a comprender el juego del rey, pero todavía no se detiene a confrontar esta nueva intuición con el presentimiento que la azota desde el momento en que la carta estuvo en sus manos. Mientras no lo diga en voz alta, mientras no lo piense, es posible que aún tenga una oportunidad.

Las posadas le parecen prisiones, y la lluvia, los barrotes que

la privan de la libertad. En las horas muertas reza porque deje de llover, porque los ríos no se hayan desbordado, porque los caminos no estén demasiado embarrados, pero una y otra vez sus súplicas no son atendidas. Por las noches, ya no sueña con cabezas decapitadas, sino con jinetes que montan corceles prodigiosos que, sin temer al agua ni al viento, recorren veloces las millas que van de Tarazona a Sevilla y siempre la dejan atrás. Ella tiene que alcanzarlos, ser más rápida que ellos, pero su caballo se cae y se fractura una pata, o se limita a trotar en círculos sin permitirle avanzar. Pero no comparte con nadie sus pesadillas por temor a que alguien las pueda interpretar correctamente. Sabe que en ellas se encuentra, en parte, la respuesta a su desazón, y por eso prefiere mantenerlas ocultas, enterradas muy profundo en su mente durante el día, como si así pudiera negarles toda relación con la realidad.

Al final, dos semanas después, llegan a Sevilla. Y entonces sí descubre la crueldad del rey. Los jinetes con los que soñaba existían, sólo que habían partido de Tarazona días antes de que ella llegara. Portaban un carta como la suya, con el mismo lacre real, pero en ella, en vez de perdonar la vida de su marido, se ordenaba su ejecución. Don Pedro sabía que la sentencia de don Juan de la Cerda ya estaba de camino y que, por mucho que quisiera, no se podría revocar; la contraorden de ningún modo hubiera podido adelantar a aquellos emisarios, porque llevaban demasiada ventaja. Había representado su papel ante María Coronel con un cinismo absoluto, pues le entregó el perdón sabiendo que no valía nada. La ha hecho creer en su magnanimidad y la ha mandado a una carrera en la que ella nunca supo que estaba participando y en la que partía con desventaja. Y así, al llegar a Sevilla, María Coronel descubre que hace ya ocho días que es viuda, porque su marido ha sido ejecutado por orden del rey. Y, aunque ella no ha estado allí para verlo, María sabe que ha ocurrido exactamente tal y como ella lo ha soñado tantas veces, sabe que todo debe haber sucedido igual que cuando decapitaron a su padre. Después de todo, se dice, tal vez debería hacer caso a sus sueños, porque tal vez así es como Dios responde a sus plegarias.

Durante tres días llora a su marido en solitario, pues ya todos

han pasado el duelo mientras ella soñaba con jinetes inalcanzables que portaban la muerte. Se ha reunido con su hermana Aldonza en el convento de Santa Clara, envuelta en luto y rezos, pero su mente está en otro lugar. Todavía tiene la carta, y de algo tiene que servir. No es tan ingenua como para pensar que un trozo de pergamino pueda resucitar a un muerto, pero, en realidad, ahora es consciente de que marchó a Tarazona no para salvar la vida de un hombre, sino para salvar la suya, o al menos su futuro, y tal vez algo aún pueda hacerse al respecto. Ha sabido por su hermana que parte de las propiedades de don Juan de la Cerda han sido entregadas como regalo a la barragana del rey, doña María de Padilla, y, en tanto que don Pedro sigue guerreando en la frontera con Aragón, es a ella a quien decide acudir, esta vez sí, en busca de ayuda.

* * *

En el Alcázar de Sevilla aún lucen las cicatrices del terremoto que asoló la ciudad el verano pasado. Ya se han trazado planes de grandeza para ese lugar, pero, mientras doña María Coronel cruza el patio de la Montería hacia el palacio gótico, son las ruinas y los escombros los que le franquean el camino. No puede evitar fijarse en las grietas que se abren por doquier, amenazando con echar abajo lo que queda del antiguo palacio almohade, y al verlas piensa en sí misma, resquebrajada de la misma forma. Ella también amenaza ruina, como su voluntad y sus esperanzas, que han rodado por el suelo una vez más, como la cabeza de su esposo ahora y de su padre antes. Sin embargo, igual que el palacio, se resiste a sucumbir y ya sueña con resurgir aún más imponente y hermosa.

Se siente mucho más tranquila que cuando marchó al encuentro con don Pedro en Tarazona. Quizá sea porque María de Padilla es una mujer como ella, y además no es una reina, sino sólo la amante del rey, la madre de sus hijas, y, al fin y al cabo, el día que cambie su suerte, por muchas noches que haya yacido junto a don Pedro, no será más que una noble menor, una campesina venida a más si se compara con los ilustres linajes de

los que provienen doña María Coronel y el finado don Juan de la Cerda. Con todo, no le tiene antipatía. Nunca la ha llamado, como tantos otros, «la puta de María de Padilla», entre otras razones porque comprende lo que significa depender de un hombre, estar ligada a su suerte sin poder decidir casi nada, asumir las consecuencias de sus acciones como si compartiera el mismo grado de culpa. Por eso está convencida de que María de Padilla, de quien se dice que susurra al oído de don Pedro, es la única que puede ayudarla. Es cierto que en no pocas ocasiones se ha referido a ella como la «pequeña barragana», aunque siempre lo ha hecho sin malicia, con un punto de condescendencia, eso es innegable, pero también con cierta ternura que nace de la lástima que siente por su tocaya. Las dos han sido tocadas por una tragedia similar, aunque encarnada de forma diferente en sus dos cuerpos, cambiando apenas algunos matices, y de ahí nace esa solidaridad difusa en la que espera que María de Padilla también se reconozca.

María Coronel encuentra a la amante de don Pedro paseando por los jardines del alcázar en compañía de unas cuantas damas de la corte. La ha visto un millar de veces, hasta han conversado en alguna ocasión, y, sin embargo, allí, bajo los naranjos, le parece que es una mujer diminuta e insignificante. Y, conforme se acerca, la sensación de desvalimiento, de haber acudido a pedir socorro a una desgraciada como ella, no hace sino acrecentarse por momentos.

Cuando por fin alcanza al grupo de mujeres, María de Padilla le regala una sonrisa que parece cortada a la mitad por su mandíbula inferior ligeramente retraída. Rehúye su mirada, como si se avergonzara de su propia existencia, y es entonces cuando María Coronel se da cuenta de que su vergüenza es genuina, que doña María de Padilla está al tanto del nuevo acto de crueldad del rey y de que, aun así, es incapaz de desligarse de él. Lo quiere tanto, piensa María Coronel, que hace suyos sus pecados y está dispuesta a expiarlos en su nombre.

–Doña María, no quisiera perturbar vuestra paz en demasía ni haceros perder el tiempo, así que trataré de ser breve. Ya sabéis que nuestro rey, que ya en su día me abocó a la orfandad, acaba de hacerme viuda, aun después de prometerme que perdonaría la

vida de mi marido –se atreve a decirle sin ocultar el tono de reproche–. Aquí tenéis la prueba de lo que os digo –sentencia, al tiempo que le tiende la carta con el sello de don Pedro.

Las damas de la corte, que hasta ahora han permanecido hieráticas como estatuas en las que sólo sus ojos manifestaban un atisbo de lástima ante la tragedia de la reciente viuda, parecen escandalizadas con su descaro. Pero María de Padilla se adelanta y toma la carta con sus manos pequeñas sin poder ocultar su sorpresa, ante la atenta mirada de María Coronel, que duda de si esa sorpresa es porque desconocía los pormenores de lo sucedido o porque no se esperaba que fuera tan directa a la hora de presentar sus demandas.

María de Padilla lee en silencio, aunque sus labios finos y encarnados, infantiles, no dejan de moverse, pues parece murmurar las palabras que sus ojos enormes van siguiendo con lentitud. María Coronel llega a plantearse si sabe leer, pero no dice nada; se limita a esperar en silencio, preparada para ofrecer cualquier aclaración. A mitad de la lectura, María de Padilla se detiene, levanta la mirada del pergamino e indica a sus damas de compañía, con un gesto tan sutil que parece formar parte de un lenguaje secreto que han creado sólo para ellas, que se retiren y las dejen a solas. Las mujeres se tragan con dignidad las ganas de conocer el desenlace de la historia y, resignadas, cumplen la orden con una diligencia monacal, lamentándose porque luego no podrán rumorear lo que aquellas dos mujeres se van a decir.

El murmullo del correr del agua por las fuentes y las acequias se le hace cada vez más molesto a María Coronel mientras espera a que María de Padilla termine de leer. Comienza a inquietarse, y la angustia le crece en el pecho, apenas contenida en un suspiro que no quiere dejar escapar. Mantiene los ojos fijos en la carta mientras la otra lee, como si así se le fuera a revelar algún detalle oculto hasta ahora, una prueba irrefutable de la traición del rey, una broma en un juego de palabras que se le haya pasado por alto al leerla la primera vez, y la segunda, y cada una de las decenas de veces que la ha releído.

Al fin llega el momento tan temido de la respuesta. La luz que se filtra por entre las hojas de los naranjos hace brillar la piel blanquísima de la amante del rey, como si estuviera recubierta de

pequeñas escamas de plata, un pececillo recién sacado del agua, indefenso pero hermoso.

–Lamento terriblemente que estéis pasando por este trance –dice María de Padilla con una mueca de conmiseración un tanto grotesca en su rostro infantil–. No quisiera añadir más dolor a vuestro pesar, pero no puedo evitar señalar que, tal vez, si hubierais recurrido a mí desde el primer momento, las cosas hubieran sucedido de otra manera. Ya no se puede cambiar lo ocurrido. Vuestro marido ha sido ejecutado por traicionar a su señor. Estaréis de acuerdo conmigo en que de la justicia de esto no cabe ninguna duda.

–No he venido a defender la inocencia de mi marido, sino a reclamar justicia para mí, haciendo honor a lo que me fue prometido por el rey –contesta irritada María Coronel, que no es capaz ya de dominar su impaciencia.

–Por desgracia, como sabéis, no puedo devolverle la vida a los muertos, pero también es cierto que lo que antes era vuestro es ahora mío por deseo del rey… –se excusa de toda culpa María de Padilla–, y precisamente porque es mío puedo hacer con ello lo que me plazca. Por eso os devuelvo la villa de El Puerto de Santa María, para que sus rentas os procuren una vida tranquila y sin preocupaciones.

Y ese mismo día María Coronel sale del alcázar con otra carta, en esta ocasión la que demuestra la donación que acaba de hacerle María de Padilla, que en el fondo lo que hace es permitirle conservar las migajas de lo que antes habían sido sus dominios, pero que para ella, por el momento, es más que suficiente, porque, en realidad, a pesar de la determinación y la altivez que ha mostrado, no esperaba ya nada.

María Coronel regresa al convento de Santa Clara con la convicción de que ha logrado lo que deseaba y que, sin embargo, no le ha servido de nada. Le han devuelto algo que ya era suyo, que le pertenece por derecho, pero no puede evitar tener la sensación de haber contraído una deuda de gratitud con María de Padilla. Y esto la incomoda, porque siente que se ha vendido o, incluso peor, que la lástima que provoca allá donde va, que mora en las miradas de las damas de la corte, de su hermana y de sus sirvientes, es la única manera de conseguir algo. Ya no importan

su nombre o sus apellidos, tampoco el de su marido o el de su padre; ya no sirve su belleza, su valentía o la elocuencia que a veces pueda arrancar a las palabras. Todo ha quedado reducido a eso, a la lástima y a la caridad, a la pena que da, y lo último que ella quiere en su vida es dar pena.

Sevilla, 1358

Aldonza Coronel se parece muy poco a su hermana María. Aldonza tiene la piel mucho más clara, igual que el cabello, y también es más alta y más voluminosa. Además, tiene una personalidad mucho más extrovertida. Su espíritu oscila constantemente entre la alegría y el llanto, se expande y se contrae ocupando todo el espacio, y con ese caótico vaivén parece haber modelado su cuerpo, le ha ido dando forma hasta que ya no podría ser ocupado por nadie que no fuera ella misma. Se ha librado de las imposiciones de la carne, que es la que suele marcar los límites del alma, la restringen y la cargan de miedos y obsesiones, de vergüenzas que, con los años, crecen sin parar hasta alcanzar un número infinito y ya no pueden ser ocultadas. Pero no es éste el caso de Aldonza, que parece haber domado el pequeño espacio de carne donde le ha tocado en suerte habitar y hace con él lo que quiere. Nunca ha dudado en entregarse con devoción a las emociones, sin temor a ponerse en evidencia. Y lo mismo sucede cuando habla, porque su lengua no es indiferente a la libertad arrolladora con la que maneja su cuerpo, no conoce la prudencia ni la mesura. Por eso es la favorita de las hermanas Coronel de todo aquel que las conoce. Tiene fama de ser divertida y lenguaraz, y eso a los hombres los vuelve locos.

Después de la huida de su marido y la muerte de su cuñado, Aldonza sigue alojada con su hermana en el convento de Santa Clara, pero ella no contempla a las monjas con envidia ni se plantea tomar los hábitos. Ella no ha quedado viuda, así que no tiene que guardar luto; reside en el convento como si de su propio palacio se tratara. Aldonza es un oasis en medio de la

adustez que imponen las hermanas clarisas, y eso le trae incontables problemas. Tanto es así que, ante la perspectiva de verse condenada a vivir de forma permanente entre esas cuatro paredes, comienza a sentirse prisionera por primera vez, como no lo ha sido nunca, ni siquiera cuando se vio obligada a casarse con don Álvar Pérez de Guzmán por el bien de sus linajes. Además, ahora, ese matrimonio que nunca consiguió atarla del todo –antes al contrario, le brindó una libertad aún mayor– se ha ido estirando en el espacio a través de las leguas que la separan de su marido exiliado hasta hacerse prácticamente intangible, una conexión nebulosa que no ha terminado de desaparecer y todavía la amenaza con su fantasmal presencia, oscurecida aún más por la incontestable traición que ha cometido don Álvar, con sepultarla entre beatas insufribles. Sólo entonces, cuando cobra conciencia de que sus habitaciones son, en sentido figurado y literal, una celda, se decide a hacer algo para su destino.

El éxito de su hermana María en su entrevista con María de Padilla no la ha sorprendido demasiado. Siempre le ha atribuido una suerte que le parece injusta, aunque es ella la que mide con injusticia las desgracias de María. Todavía se resiste un poco, a pesar de que su hermana la anima a que la imite y acuda a pedir clemencia para su marido. Lo hace por orgullo, pero también porque ha cultivado durante los últimos meses una especial animadversión hacia la amante del rey, un odio visceral del que María Coronel desconoce la causa. Tan sólo puede imaginarla, temerla en cierta forma, y es que Aldonza es una mujer celosa incluso de las cosas que no tiene ni puede tener.

–Aldonza, hazme caso –le dice María Coronel mientras pasean por el huerto del convento–. Acude a María de Padilla y pídele clemencia para tu marido. Es la única manera.

–No hay nada en este mundo que esa puta pueda darme que yo esté dispuesta a tomar de buen grado –zanja Aldonza, estrellando las palabras con rabia contra sus dientes.

* * *

Algunos meses después de que María haya recuperado El

Puerto de Santa María, el legado del Papa consigue su objetivo y se firma una tregua de un año entre Castilla y Aragón. Ambos reinos están cansados, sufren todavía los estragos de la reciente epidemia de peste, y, sobre todo, don Pedro, que hasta ahora ha sido el más reticente a dar su brazo a torcer, está aburrido de guerrear sin un resultado que lo satisfaga. Así que, en cuanto las fronteras con Aragón son seguras en virtud del tratado de paz, regresa a Sevilla.

La noticia del regreso del rey llega a la ciudad días antes que el propio don Pedro. Doña Aldonza sabe que es su oportunidad; ya no tendrá que suplicar a la puta de María de Padilla, apelará directamente a la misericordia del rey.

Llegado el día, Aldonza luce más hermosa que nunca. Su mera presencia en la corte quita el aliento. Todas las miradas son para ella, todos los susurros la mencionan, la envidian, la ensalzan o la desean conforme se adentra en las estancias del alcázar hasta el lugar donde se encuentra el rey. Y allí desata su lengua, pero la maneja con dulzura y un poco de descaro. Se guarda las palabras duras, las mastica y se las traga para parecer zalamera y al mismo tiempo inconsolable. Es la estrategia que su hermana María no se atrevió a utilizar en Tarazona, y con buen criterio, porque, a pesar de su espléndida actuación, del despliegue que hace Aldonza de todos sus encantos, de mantener su papel de esposa engañada e inocente de los crímenes del marido, don Pedro se niega a conceder el indulto que le pide. Tal vez, en otro tiempo, hace no demasiados años, el rey hubiera sucumbido a sus encantos, pero no ahora. Da la sensación de que su legendaria lujuria ha quedado ahogada por el hastío que le produce enfrentarse una y otra vez a todos esos nobles ingratos que lo traicionan en cuanto se descuida. Ha aprendido a no perdonar, a hacer pagar con sangre las rebeliones y los desplantes, pues es la única manera de asegurarse de que no vuelvan a ocurrir. Sin embargo, esto es sólo lo que el rey aparenta, y su negación a conceder a Aldonza lo que le pide no significa que no se haya percatado de sus encantos, de la disposición con que se le ofrece incluso en audiencia pública. Don Pedro toma nota de ello, y ya desde ese instante, como buen cazador que es, comienza a maquinar sus planes de

conquista.

El impetuoso rey de Castilla apenas consigue refrenarse una semana antes de comenzar el asedio a Aldonza Coronel. Va a buscarla al convento, pero ella se niega a verlo. Le envía regalos cada día, vestidos o joyas procedentes de su legendario tesoro, pero Aldonza no parece conmoverse lo más mínimo por las atenciones que le presta el rey. Doña María, por su parte, es testigo del cambio que se ha obrado en su hermana, aun sin sospechar que luego ella se verá envuelta en esta misma historia. No porque don Pedro termine encaprichándose de ella, que probablemente nunca lo hará, sino porque de ahí partirá la leyenda con la que subirá a los altares del pueblo como paradigma de la decencia, que no es que no la tenga, pero se la exagerarán, atribuyéndole un espíritu de mártir exacerbado que en verdad ella sólo esboza con las desgracias que sufre. Y una mártir involuntaria no es una verdadera mártir, por muy beata que sea. Más cuando María Coronel, en realidad, es sólo una pobre desgraciada, en el sentido más piadoso del término.

La cuestión es que Aldonza se deja cortejar, pero sin terminar de consentir en entregarse a los brazos de don Pedro. Saborea cada momento como una victoria contra la puta de María de Padilla, a la que considera su rival por la sencilla razón de poseer algo para lo que la pequeña barragana no está a la altura. Al final, tras muchos rechazos, antes de que el hilo del que lo tiene pendiente se rompa, se entrega a don Pedro para escándalo de toda la ciudad y desgracia de doña María de Padilla. El rey tiene la decencia, al menos, de verse con Aldonza lejos del alcázar, para que la humillación de su más fiel amante no sea tan flagrante. Instala a su nueva conquista cerca de las atarazanas, en la Torre del Oro, pues el convento de Santa Clara es lugar poco propicio para encuentros adúlteros; aunque producirse se producen, y con insospechada frecuencia: siempre hay un rincón en el huerto dispuesto a acoger a los amantes profanos, al hortelano que penetra por debajo de los hábitos hasta la carne blanda y pálida de las monjas, al antiguo amante que, espoleado por el deseo, encuentra el punto exacto de la tapia por el que puede entrar clandestinamente y estar con su amada, lo justo hasta que la pereza, las noches desapacibles de invierno y la

perspectiva de ser sorprendido en plena faena terminen por relegar a la reciente e involuntaria novicia al olvido conventual al que ha sido condenada.

Las artes amatorias de Aldonza deben de ser espectaculares, a juzgar por las inusitadas atenciones que don Pedro le procura. A su hermana María no le extraña. Le resulta fácil imaginarlo conociendo el dominio que ejerce sobre su cuerpo, su manera de moverse, imprimiendo a cada gesto una intención, de atrapar al instante la voluntad de cualquiera que la contemple, contoneándose si así lo requiere el momento o mostrándose sumisa y recatada si es eso lo que les excita. La ha visto provocar a todo aquel del que quería lograr algo, y también sencillamente por mera diversión, para saberse dueña de su voluntad, para demostrar que, si ella quisiera, podría tenerlo con tan sólo chasquear los dedos o ladear la cabeza esbozando una sonrisa pícara. Así María se la imagina con don Pedro, conduciéndolo hasta la alcoba, llevándolo de su mano como a un perro para luego convertirse ella en una perra, y dejarse montar sin pudor ni cargo de conciencia alguna, incluso disfrutándolo, como si cada acometida del rey contra su cuerpo fuera un golpe en el rostro de doña María de Padilla.

Doña María Coronel, que conoce lo justo de los placeres de la carne, refugiada como está del mundo entre los hábitos y las sombras del convento, siente asco. En el fondo, la nueva situación de Aldonza la beneficia, pero su corazón se niega a atender a la razón, se rebela contra ella, la inunda de imágenes de los dos amantes sudorosos sobre el lecho, su hermana montando al rey, gritando de euforia y de lascivia. Tal vez eso mismo debía de haber hecho ella, y esa doble culpa, la de sentir repugnancia por el comportamiento de Aldonza y la vaga sensación de que está haciendo lo que ella no pudo hacer, la van consumiendo.

No se pierde un rezo, apenas duerme y ayuna con devoción, como si tratara de expiar sus pecados y los de su hermana. Por las noches, sueña que es ella la que yace con don Pedro y que junto a ellos está Aldonza. Las dos se desviven por dar placer al rey; primero una, luego la otra, a veces las dos a la vez. Lo peor de todo es el olor, tan vívido, tan espeso que casi lo puede ver y tocar. Le repugna tanto como la atrae. Intenta evitarlo, que no se

pose sobre ella, igual que elude todo contacto con su hermana, pero en un descuido sus pieles acaban por rozarse, y entonces se despierta sudorosa y asqueada, sintiéndose sucia de cuerpo y alma. Tiene que lavarse a conciencia inmediatamente y, después, cae de rodillas y comienza a rezar con los brazos en cruz, las palmas de las manos vueltas hacia arriba, interpelando directamente al cielo abierto por encima del techo agrietado de la celda donde ahora duerme. Sin darse cuenta, María Coronel se está mimetizando cada vez más con las monjas con las que convive.

Un buen día, cansado de intrigas y amantes, el rey parte de Sevilla para ir de caza. Aldonza se queda en la Torre del Oro, custodiada por el alguacil mayor de la ciudad y otros caballeros. Esa misma noche, María Coronel vuelve a tener sueños terribles. Desde que volviendo de Tarazona soñara con aquellos jinetes que fueron los heraldos de la muerte de su esposo, doña María cree en sus duermevelas. Ahora ve cómo un nuevo terremoto sacude Sevilla; aun así, la ciudad permanece intacta, y sólo la Torre del Oro, que termina derrumbándose, parece sufrir los estragos del temblor. María intenta llegar hasta las ruinas para rescatar a su hermana, a quien en su onírica omnisciencia sabe sepultada por los escombros, pero nunca consigue acercarse siquiera. A veces alguien la retiene; en otras ocasiones, el terremoto ha desgajado la Torre de tierra firme y ahora yace derruida en una pequeña isla en mitad del Guadalquivir, una isla que, en tanto que no existe, es inalcanzable. Parece que todos los sueños en los que puede intuir un presagio tratan sobre lo mismo, de su incapacidad para evitar que las cosas sucedan, de estar condenada a ser testigo –tal vez sí que sea una mártir, después de todo– y nunca partícipe de los acontecimientos. El mismo Dios parece burlarse de ella al darle estos conocimientos inciertos, y María, a la que nadie creerá, no dice nada, pues ya tiene bastante y no desea convertirse en una Casandra medieval. En realidad, María Coronel preferiría no saber, porque ha terminado por darse cuenta de que, al menos en su caso, el conocimiento no es poder, sino un sufrimiento anticipado y más profundo, pues es capaz de verle las raíces a la injusticia, de reconocer cada una de las acciones, grandes o pequeñas,

intrascendentes o gloriosas, que conducen a un determinado acontecimiento terrible que no puede evitar, pero que comprende en profundidad.

Y tal cosa le ocurre con su hermana. Conoce bien a Aldonza, y también se conoce a sí misma, a sus sueños, y tampoco olvida todo lo que sabe de los celos, las envidias y los odios que abundan en la corte. Fácilmente anticipa que su hermana va a aprovechar la ausencia del rey para intentar deshacerse de María de Padilla y, de paso, de sus familiares, que son el principal obstáculo entre ella y el papel de amante oficial que tanto parece desear. Pasados unos días de la ausencia de don Pedro, todo ocurre exactamente tal y como ella temía: los caballeros que protegen a Aldonza se valen de las cartas del rey para deponer y apresar a don Juan Fernández de Henestrosa, tío de María de Padilla y privado del rey. Pero don Pedro, que de vuelta de su expedición de caza decide quedarse unos días en Carmona, reclama desde allí la presencia de su nueva amante. Aldonza, sorprendida a media intriga palaciega, no puede negarse a acudir a la llamada del rey, y con ella viajan a Carmona las noticias sobre lo que ha ocurrido en Sevilla. No tarda don Pedro en volver a la ciudad y poner en libertad a Juan Fernández de Henestrosa. Después, castiga convenientemente al alguacil mayor y a los otros caballeros que han osado actuar contra su privado. Y no sólo eso: también se reconcilia con María de Padilla. Aldonza se quedará retenida en Carmona, donde vivirá sepultada por el olvido y la irrelevancia, que no son escombros, como en los sueños de su hermana María, pero se parecen e incluso pueden ser peores; pesan más, la hundirán hasta un lugar mucho más profundo, por debajo de las crónicas y los romances, donde nadie se acordará ya de ella, y los ecos de su historia le serán arrebatados y se los atribuirán, retorcidos, a su hermana María. Confundirán a las dos hermanas Coronel, mezclarán sus vidas, las convertirán en una única mujer, la legendaria figura de María, que hará virtud heroica de sus defectos, los negará y los sublimará hasta quedarse a un paso de los altares.

Sevilla, convento de Santa de Clara, 1361 (tal vez)

Es noche cerrada como sólo puede serlo en un convento. Las estrellas apenas se asoman en el pedazo de cielo del claustro, incapaces de penetrar por los ventanucos de las celdas de las monjas, y no hay otra luz que la de las velas que todavía arden en la iglesia. Tampoco hay luna esta noche, y por esta razón ha sido la elegida. Desde que huyera de la casa familiar para volver al convento de Santa Clara, doña María Coronel no duerme, y, si lo hace, es peor, pues las pesadillas la asaltan en cuanto cierra los ojos. Por eso, y porque teme lo que está por venir, prefiere velar y rezar, aguzar el oído y contener el aliento. Sabe que tarde o temprano aparecerá y que lo hará por la noche, porque es un animal nocturno, como lo son todas las bestias que provienen del mismo infierno.

Su hermana, que duerme en una celda cercana –como corresponde a lo que son, simples mujeres paupérrimas e indefensas–, ya se lo advirtió en su momento.

–Por las noches, se convierte en un monstruo. El hombre atento, el adulador incansable desaparece y sólo queda la piel que lo contenía, los músculos y los huesos. Entonces se vuelve como loco y se comporta como un animal, y da igual lo que grites, porque nadie va a venir a ayudarte.

María se horroriza ante las historias que Aldonza le cuenta sobre el rey don Pedro. Los relatos, la mayoría del todo fantasiosos e inverosímiles, han ido proliferando desde que Aldonza volviera de Carmona como la amante repudiada; la barragana fallida de inconmensurable ambición y escasa paciencia, derrotada y condenada –esta vez, sí por sus propios delitos y no por los de su marido– a una vida conventual que detesta. Don Pedro, que lo sabe mejor que nadie, ha elegido ese castigo para ella, y, para atormentarla un poco más, restituyó la casa familiar a su hermana María, que se instaló en ella inmediatamente. Por un breve espacio de tiempo, Aldonza fue la única de las hermanas Coronel en el convento. Y, como si quisiera completar el tormento de Aldonza, don Pedro decidió encapricharse de María y comenzó a cortejarla con una insistencia que rayaba el acoso.

En las primeras visitas a su hermana en el convento, María no prestaba demasiada credibilidad a lo que le decía. Se estremecía con las historias, pero para ella eran sólo eso, historias, pequeñas ficciones que su hermana iba tejiendo por el rencor que la amargaba entonces y que todavía le dura, tan profundo que parece que no pueda agotarse nunca. A veces incluso se preguntaba si no inventaría esos relatos de violencia y depravación simplemente para asustarla, para tratar de arrancarle la mojigatería de la que la acusa constantemente, y también para vengarse un poco de ella, porque a María la vida en el convento siempre le ha resultado enormemente placentera. O al menos así fue la primera vez. Ahora que María se ha visto obligada a abandonar de nuevo su casa y refugiarse en el convento para ocultarse del rey, ya no halla sosiego entre sus muros; antes el contrario, se encuentra inquieta todo el rato, en cada esquina ve un peligro, en cada visitante un delator, en cada ruido extemporáneo o desconocido el presagio de que el cazador ha dado con la presa. Por esta razón ya casi no sale de su celda. Reza para que olviden que está allí, que existe siquiera. Pero Aldonza, que siempre ha sido un poco cruel con ella y que ahora se ve espoleada por el aburrimiento de la vida conventual, no deja de visitarla en su celda para contarle cada noche una historia nueva sobre don Pedro, todas ellas terribles y más numerosas que los días que estuvo con el rey. Sin embargo, María Coronel no es capaz de hacer ya las cuentas. Temerosa, considera los cuentos de su hermana como una suerte de advertencia o una premonición, como sus sueños y pesadillas, y ya no sabe distinguir los miedos reales de los oníricos, porque han terminado por ser una misma cosa.

Esta noche es diferente a las demás. María se siente especialmente cansada, pero se niega a rendirse al sueño. Se ha puesto de rodillas frente a la cama y trata de rezar en la postura más incómoda posible para mantenerse despierta. Por toda luz, tiene una vela escuálida que apenas proyecta sombras sobre las paredes húmedas y amarillentas de la celda. Lo prefiere así, le resulta demasiado inquietante el juego que hacen cuando prende más de una y las sombras danzan contra la pared como si se rieran de ella. Y esta noche las oraciones no le salen. Tartamudea

y se equivoca, hasta quedarse en blanco, porque le asaltan las palabras de su hermana una y otra vez.

–Por las noches se transforma. Es como una bestia.

Y, en este momento, la oscuridad completa que la envuelve en vez de ocultarla va a entregarla al rey, porque él va a aparecer. Él es nocturno, una criatura de la oscuridad; y ella trata de refugiarse en las sombras, aunque sabe que están dispuestas a traicionarla.

Hacia la medianoche, María ya no aguanta más. Siente la celda como una ratonera, un callejón sin salida donde él la encontrará y no tendrá escapatoria. Hará lo que quiera con ella, todas esas cosas que le ha contado Aldonza y que María, a diferencia de su hermana, no sería capaz de aguantar. Por eso María decide salir al claustro. Una vez allí, mira el resquicio de cielo que dejan ver los árboles, pero sólo hay una negrura insondable, como si fuera la boca de un pozo y pudiera caer hacia arriba. De repente, oye un ruido. No distingue qué ha sido ni de dónde viene, sólo sabe que está fuera de lugar, como ella misma. Tensa, aprieta la mandíbula y contiene el aliento. Y ahí está otra vez el mismo ruido. Una puerta que se abre al otro lado del claustro. Con sumo cuidado de no ser descubierta, se inclina para ver mejor. Una luz vacilante se acerca poco a poco, y luego el sonido de unos pasos. Por un instante, piensa en huir, hasta que identifica el particular sonido de un hábito que se apresura. Aliviada, va al encuentro de la merodeadora.

La superiora casi grita al verla emerger de entre las sombras. María se echa a reír, pero la risa le dura lo que tarda en darse cuenta de que el miedo no ha desaparecido del rostro de la monja:

–¡Vamos! –le ordena en un susurro–. Los hombres del rey han venido a buscarte.

La noche se hace pedazos en ese momento. María se aguanta las ganas de llorar, de gritar, de correr. Sigue a la anciana monja, cuya lentitud maldice, aunque su paso decidido le da algunas esperanzas. A su alrededor, cualquier movimiento le parece un estruendo. Ahora oye voces, voces de hombre que rebotan contra las paredes de piedra y, aunque todavía lejanas, la persiguen. María Coronel experimenta por primera vez la misma

impotencia que tanto la frustraba en sus sueños y se repite para sí una y otra vez que no va a conseguirlo, que la van a atrapar, que se la van a llevar en volandas y la depositarán sobre un altar de piedra en las habitaciones del rey, como un sacrificio humano, para que don Pedro disfrute de depravaciones que ni siquiera Aldonza ha llegado a conocer.

Cuando quiere darse cuenta, han llegado al huerto. Al fondo, junto a la tapia, hay más hábitos inclinados sobre la tierra, como si estuvieran excavando. El cielo parece haberse abierto y una tenue luz las ilumina. María echa a correr, dejando atrás a la superiora. Las monjas la ven llegar con alivio; pensaban que tal vez fuera demasiado tarde y habían trabajado en vano. Han cavado un agujero en el suelo, no demasiado profundo, lo justo para que María quepa tumbada. La apremian entre susurros, y María obedece sin preguntar nada. En cuanto se ha tumbado allí, las monjas cubren el agujero con tablas, y María Coronel escucha cómo cae la tierra sobre la madera. La están enterrando viva.

Los sonidos del trabajo apresurado de las monjas para ocultarla le llegan amortiguados, cada vez más lejanos, como si fuera su propio cuerpo el que se hundiera más y más en lo profundo de la tierra. Al poco, sólo queda el silencio y la oscuridad, una oscuridad corpórea, que pesa y le aplasta el pecho, y a cada momento le resulta más difícil tomar aire. Y María sabe que necesita de ese aire para vivir. Forcejea con las angostas paredes de tierra de su tumba improvisada, sin conseguir otra cosa que pequeños desprendimientos de tierra que la sepultan aún más. Y entonces María se desespera, como un cadáver inminente que trata de deshacerse de su mortaja de humus y lombrices pero que no hace sino enredarse aún más en ella. Por un momento, los brazos de don Pedro le parecen mejor destino, pero no se resigna. Con un esfuerzo de suprema voluntad, intenta tranquilizarse. Y es en ese instante en el que empieza a obrarse el milagro. Una suave brisa le acaricia el rostro, un aire cálido que huele a rosas y azahar que parece provenir directamente del mismo Paraíso. María lo recibe con ansiedad, lo inspira con impaciencia, y con cada bocanada se adormece un poco más, hasta que termina por quedarse

dormida.

Fuera, en el huerto, las monjas se han separado para intentar volver a sus celdas antes de que lleguen los hombres de don Pedro y adivinen la ubicación de doña María Coronel. Pero, nerviosas como estaban, han perdido demasiado tiempo tratando de orientarse en la oscuridad y no lo han conseguido. Al menos, no han sido sorprendidas en plena faena. El rey ha mandado a tres ballesteros, que irrumpen en el huerto dando voces y alzando unas teas que deslumbran a las monjas. Son hombres de modales bruscos y facciones toscas que parecen de piedra bajo la luz danzante del fuego. Las mandan formar en fila, y ellas, acostumbradas a obedecer órdenes, se alinean sin rechistar. A sus preguntas del porqué de su presencia en el huerto a esas horas de la noche, no reciben ninguna explicación convincente, y los hombres se ponen a buscar. Es cuestión de tiempo que encuentren la tierra removida y, bajo ella, a su presa.

Pero otro milagro acude al rescate de las clarisas. Los milagros suelen ser muy escasos; sin embargo, como esto es una leyenda, Dios se permite realizar no uno, sino dos: además de mantener con vida a doña María Coronel, la oculta. Los hombres del rey no hallan nada. Merodean por las inmediaciones de donde yace enterrada, pero, en vez de la tierra removida, sólo ven un rosal espléndido, cuajado de rosas de un rojo intensísimo que parecen brillar aún más que las estrellas. El milagro habría podido ser sutil y las rosas aparecer de repente, aprovechando que nadie miraba; podrían no haber estado ahí y, de pronto, ocupar su lugar, como si siempre les hubiera pertenecido. Pero han brotado poco a poco ante la mirada de una de las monjas, y, como es canónico, ésta ha de ser la más descreída o la que tiene en menor estima a doña María Coronel y se cuestiona el riesgo que está corriendo la congregación para ocultarla. Esta clarisa, tan intransigente con las demás como temerosa de Dios, mujer de mediana edad de pasado noble ya olvidado y que ya no espera sino una vida tranquila y ordenada, contempla con pasmo cómo van apareciendo los brotes y cómo crecen a toda velocidad, convirtiéndose en un parpadeo en tallos robustos y llenos de delicadas espinas. Y, al fin, una miríada de capullos, que parecen rubíes primorosamente tallados, se abren a la vez para exhibir

unas rosas turgentes y frescas, del color rojo intenso de la sangre de los mártires. Es un milagro descarado, que se exhibe sin pudor y se pavonea ante los testigos, como si quisiera compensar que el otro milagro, el que ocurre casi al mismo tiempo bajo tierra, deba pasar completamente desapercibido.

–Aquí no hay nada –dice el que parece ser el jefe de los tres esbirros de don Pedro–. Vámonos –ordena contrariado.

Los ballesteros se van del convento con las manos vacías. Saben que han sido engañados e incluso intuyen que una fuerza superior los ha apartado de su presa. Marchan con las manos vacías y sin ninguna certeza, ni de que doña María Coronel estuviera en el convento ni de lo contrario, y eso no le va a gustar a don Pedro, ni aun conociendo que quien los ha vencido esa noche no han sido las monjas, sino el mismísimo Dios. Hay pesadumbre en sus derrotados rostros de piedra cuando dejan atrás el convento de Santa Clara para adentrarse en la noche y volver al alcázar, porque parece que los milagros, a pesar de su naturaleza sobrenatural, divina, se rigen también por las leyes de la física, y la dicha y el regocijo que procuran a unos tienen que arrancárselo a otros.

En cuanto ellos abandonan el convento, las hermanas desentierran a María. La encuentran plácidamente dormida, más bella que nunca, con la aureola de beatitud de quien ha encontrado una muerte dulce. Pronto abre los ojos y se muestra tranquila y calmada. No necesitan contarle lo sucedido, porque ella ya lo sabe. Lo ha visto en sueños, sólo que esta vez era como si su alma hubiera abandonado su cuerpo enterrado bajo los tablones y, sobrevolando el huerto como una nube, lo hubiera visto y oído todo.

La intervención divina de esa madrugada hace que doña María Coronel se confíe en exceso. Las noches se vuelven plácidas y al fin logra conciliar el sueño sin que la asalten nuevas pesadillas en las que don Pedro, transfigurado en bestia apocalíptica, da buena cuenta de ella. Y en verdad toda la congregación se contagia de esa sensación de júbilo y de reafirmación, pues los dos milagros, el que han podido ver y el que les cuenta doña María, les confirma que su fe es acertada, que sus oraciones son escuchadas, que Dios está con ellas.

Incluso Aldonza, que aquella noche se mantuvo al margen de todo, trata ahora de forma diferente a su hermana María. Ya no la visita para aterrorizarla con sus historias; por el contrario, muestra un temor reverencial hacia la figura de su hermana. Le abre su alma apesadumbrada y le pide consejo para calmar la desazón y la rabia contenida desde que el rey la abandonó. Porque ahora la congregación atribuye sin duda alguna a María la iluminación y la sabiduría de los que han sido elegidos por Dios.

Una semana después, doña María Coronel está ayudando a las monjas en el huerto. Es mediodía, y desde las cocinas del convento le llega el olor del pescado que las hermanas están cocinando para el almuerzo. Nunca antes le había ocurrido, pero María encuentra ese olor desagradable en extremo y comienza a sentir náuseas. De pronto, tres hombres vestidos como mendigos saltan la tapia y aparecen en el huerto. Las monjas gritan sorprendidas, pero no se mueven, mientras los tres hombres se incorporan con parsimonia. Hay altanería en su manera de empezar a caminar, sin temor, con la confianza de quien se cree impune a todo. Entonces, María se da cuenta: el supuesto mendigo que encabeza la lenta marcha hacia ellas, el de los cabellos rubios y limpios que contrastan con sus harapos de pordiosero, ese que la mira fijamente con los ojos claros inyectados en lujuria, no es otro que el mismo don Pedro. Los dos echan a correr al mismo tiempo. Ella, para huir del rey; don Pedro, complacido de poder aunar sus dos mayores aficiones, la caza y las mujeres.

Doña María tiene una idea en mente, una meta clara. Le ha venido de repente, como si hubiera estado allí oculta todo este tiempo y sólo ahora se atreviera a mostrarse con toda nitidez. Conforme avanza para dejar atrás el huerto, a pesar del miedo, doña María Coronel siente crecer en ella su determinación. Abre con un empujón la portezuela de madera que da a las cocinas justo cuando don Pedro, que es mucho más veloz, está a punto de alcanzarla. Ambos irrumpen en las cocinas casi a la vez. Todo son gritos de sorpresa, ojos desencajados entre el espeso humo del aceite en el que se fríe el pescado. Pero María no se detiene un segundo, no se da tregua ni intenta encararse con el rey. Sabe

que lo que sucedió la otra noche, los dos milagros que la salvaron cuando estaba a punto de ser apresada, la han conducido a este instante, pues Dios no otorga sin exigir nada a cambio, y aquello no fue sino un adelanto de lo que está a punto de ocurrir, una recompensa anticipada por su sacrificio. Sin pensárselo o, mejor dicho, totalmente convencida de lo que debe hacer, doña María Coronel junta sus manos como cada mañana cuando las introduce en la palangana con agua con la que se lava la cara, sólo que en vez de agua ahora recoge el aceite hirviendo. Con el mismo gesto mecánico de cada día, en una fracción de segundo que no permite al dolor abrirse paso por su cuerpo, cierra los ojos en un reflejo de lucidez y se lo echa sobre la cara. Y entonces sí se permite aullar de dolor.

Su rostro y sus manos han quedado destrozados. Las ampollas aparecen con una rapidez inusitada, y ella, que no deja de dar alaridos, no se cubre ni se mueve, sino que exhibe la ruina de su belleza para que el rey la vea bien. No es capaz de hablar, pero, si pudiera, le preguntaría a don Pedro si esto es lo que tanto deseaba. Éste, horrorizado por las llagas que desfiguran a la que hasta ahora era su presa, la mujer por la que suspiraba, se da la vuelta de inmediato. Ya nunca más volverá a molestar a doña María Coronel.

Sevilla, 1409

La madre superiora del convento de Santa Inés, doña María Coronel, está a punto de ser enterrada a los pies del coro de la iglesia. Hace treintaiún años, casi diez tras la muerte de don Pedro, que fundó la nueva congregación con la ayuda del rey de Castilla, pero todavía queda mucho por hacer, y antes de morir se ha asegurado de que su obra se completará aunque ella no esté ya en este mundo para verlo.

Durante unos años, las hermanas clarisas rezarán junto a su tumba, pero poco a poco el tiempo borrará de su memoria el lugar donde reposa su fundadora. Ahora, mientras colocan la

losa sobre el ataúd, todo son lágrimas y oraciones por el descanso de su alma. Aquellos que la conocieron, como las hermanas de su congregación o los pobres a los que ha atendido, dirán que incluso en sus últimos días conservaba la belleza de la bondad en su rostro de anciana. Y para los que creen en leyendas, la entierran con la marca del martirio en su piel y, en un nuevo milagro gestado una vez más en la oscuridad de su tumba, esta vez la definitiva, milagro que nace del sacrificio hecho tantos años atrás para salvar su honra del depravado don Pedro, su cuerpo quedará fuera del alcance del tiempo, incorrupto y hermoso en su deformidad. Tal como ella decidió que permaneciera en vida, así también será respetada su voluntad en la muerte.

NÁJERA, UNA BATALLA

Navarrete, 1367

Esto es algo que ya sabía María de Padilla antes de morir: la única esposa realmente fiel de don Pedro, la única que no lo abandonó ni un instante desde que subió al trono, que le ha procurado tantos disgustos como alegrías y que, en último término, será la causa de su muerte, es la guerra. Pero las guerras saben poco de mujeres. A veces se libran en nombre de una de ellas, como cuando los nobles de Castilla se rebelaron en defensa de la causa de Blanca de Borbón; sin embargo, son los hombres quienes combaten. Las batallas se ganan gracias a la estrategia y los números favorables o a los golpes de suerte. No obstante, también es habitual que las victorias se atribuyan a los grandes nombres que pervivirán en el futuro, los reyes y sus prohombres, los duques, los generales y los almirantes, aunque los que pongan la sangre y conviertan sus cuerpos en escudos y en espadas sean otros.

Es seguro que en la batalla de Nájera hay al menos un soldado llamado Alonso. No es una invención, tampoco una licencia narrativa o un dato extraído de las crónicas; es una verdad estadística que se basa en la ubicuidad del nombre en la época. Y hay un Alonso en concreto que forma parte del ejército del rey don Pedro y tiene, como gran parte de sus compañeros, un miedo terrible a morir. No sólo eso: también está aterrorizado ante la perspectiva de que lo hieran, del dolor que

puede llegar a sentir si el acero del enemigo atraviesa su precaria coraza de cuero endurecido y le rasga la piel. Piensa en las heridas que ha visto, resultado de escaramuzas, reyertas de taberna, accidentes con los precarios aperos de labranza; esas que supuran y no se cierran, cuyos bordes se hinchan como labios sonrosados que enmarcan una boca putrefacta de la que mana un hedor indecible. Alonso se estremece al pensarlo y, sin embargo, lo que más miedo le da es perder algún miembro. Para él es preferible la muerte a tener que sobrevivir con un cuerpo incompleto.

Los curas le han prometido grandes recompensas en la otra vida si se porta bien –si se porta bien con el clero y con Dios, claro está, no tanto con el resto de sus semejantes–, y, como él ha sido razonablemente buena persona, es decir, ha rezado cuando tocaba, ha pagado su diezmo al monasterio, le fue fiel a su difunta esposa mientras estuvo viva y jamás ha tomado el nombre de Dios en vano, Alonso prefiere ver el fin de su existencia a tener que ganarse la vida con una pierna menos. Manco, todavía, sobre todo si la que pierde es la mano mala, la derecha –algo incluso ventajoso por no tener que reprimir nunca más su condición de zurdo–, pero antes muerto que cojo.

Nájera es una de las batallas más célebres de la primera guerra civil castellana. Gestada durante más de una década, se está librando, por fin, en toda su crudeza entre el rey don Pedro y su hermano y aspirante al trono, Enrique de Trastámara. Pero Alonso es castellano, y los castellanos distan mucho de ser mayoría en el campo de batalla. El idioma que predomina es el francés, porque hay muchos franceses, pero también porque los ingleses, que conforman el grueso de las filas del legítimo rey castellano, hablan ese idioma, al menos de momento. También hay aragoneses, un puñado de navarros, gascones, alemanes y unos cuantos sarracenos. Sin embargo, él está aterrorizado y ellos lo están un poco menos, algunos nada en absoluto, porque la mayoría son mercenarios, soldados profesionales, mientras que él no es más que un aficionado.

Hay un sinfín de posibles razones por las que Alonso puede encontrarse allí. Es joven, como la mayoría de soldados que se encuentran en Nájera ese día, aunque a ellos no se lo parezca. Tal

vez Alonso se considera a sí mismo un soldado y debuta en la guerra con la esperanza de ganarse la vida de esa manera. También es posible que no le quede otra alternativa, que haya perdido las cosechas por una estación demasiado seca o demasiado húmeda, o quizás ha visto cómo sus tierras y su familia han sido arrasadas por los saqueos de las compañías blancas que ahora forman frente a él, y lo mueve la venganza. Siempre resulta más romántico pensar en un escenario de este tipo, la mujer violada y degollada en el huerto, los hijos ahogados en el pozo, el marido que, ante la tragedia, toma las armas para vengar sus muertes. Pero ninguna de esas razones es capaz de lavar el miedo que ese día recubre a Alonso como un polvo fino que se adhiere a cada pliegue de su piel. Lo siente primero por fuera, pero luego se le ha ido metiendo dentro, muy dentro, y Alonso se ha transformado en el propio miedo, en escalofrío, en piel de gallina, en retortijón en el vientre, en temblor de manos, en boca seca, en oídos que pitan, en rodillas que parecen a punto de claudicar en cualquier momento.

En los momentos previos a la batalla, cada uno ve sobrevolar a su propio miedo, pero también comparten un poco el de los demás, aunque es mucho más intenso en las primeras filas de infantes entre las que se encuentra Alonso. Más atrás, en los flancos, sobre los caballos, tras los escudos relucientes y las armaduras, bajo los pendones y el acero templado de las espadas, el miedo se vuelve más abstracto. Se piensa menos en la muerte y más en la derrota, en el trono perdido, en las riquezas escamoteadas, en el rescate que se va a tener que pagar. Porque esas insignias flamantes, esos caballos con gualdrapas que delatan la riqueza del jinete, sirven también para esquivar a la muerte, pues señalan a su propietario como alguien digno de capturar con vida. Los demás, aquellos que no van pertrechados adecuadamente, los que no tienen nada que dar a cambio de sus vidas salvo el valor, se lo juegan todo a su habilidad con la espada y la fortaleza de sus piernas para, llegado el momento, salir corriendo y conservar la vida.

Alonso se consuela pensando en la reputación de las tropas que lo rodean y de su comandante, Eduardo, príncipe de Gales, a quien se conocerá como el Príncipe Negro por el color de su

armadura. En cuanto supo que el rey don Pedro, quien, derrotado por don Enrique, se vio obligado a buscar la protección de los ingleses en Aquitania, se disponía a volver a Castilla para recuperar el trono, Alonso no dudó un instante en emprender el camino hacia el norte para ir a engrosar sus filas. Muchos otros siguieron el mismo camino. La victoria de don Enrique, coronado al instante como rey legítimo de Castilla, hizo creer al conde de Trastámara que todo había finalizado, que su reinado sería incontestable y que don Pedro pasaría el resto de sus días mendigando caridad en cortes extranjeras. Así, satisfecho consigo mismo, despidió a los mercenarios que le habían procurado el triunfo sin retribuirlos adecuadamente, y éstos, que no saben vivir de otra cosa que no sea del caos y la destrucción, se dedicaron a saquear todo lo que encontraran en su camino, y lo que encontraron fueron las tierras de Castilla. La soberbia de don Enrique, su imprudencia y su falta de previsión le han fabricado un buen número de enemigos entre los que antes lo apoyaban, que ahora han corrido a unirse a la causa de don Pedro.

Y allí están, dispuestos a entablar batalla en campo abierto contra don Enrique y sus mermadas tropas. Don Pedro hubiera querido entablar batalla antes, pero la marcha de su ejército se había visto retrasada a su paso por Navarra por las tretas de su taimado rey, que no se sabe muy bien con qué bando está.

Los números son inciertos. Los perdedores suelen sobredimensionar las huestes enemigas, y los que ganan, por el contrario, encogen las propias por aquello de que cuantos menos hombres mayor es la gloria de la victoria. A Alonso, que engrosa las filas del ejército más numeroso, le gustaría que hubiera más infantes junto a él, que los caballeros que escoltan los flancos se perdieran tras el horizonte, que los arqueros formaran en filas infinitas tras ellos; como también preferiría que los enemigos fueran sólo un pequeño grupo de desarrapados sin ninguna oportunidad de vencer. Alonso desea una victoria aplastante. Él no es un caballero que considere al honor como la más grande de las virtudes; prefiere conservar la vida y todos sus miembros, evitar recibir herida alguna, masacrar al enemigo sin piedad. Y esa suerte que Alonso ansía tanto, que él mismo sabe que tiene

que llamar así, suerte, porque no hay justicia que les pueda otorgar a los suyos un resultado tan contundente, tan atroz, tan definitivo, es la misma por la que rezan todos los que se encuentran allí ese día. Ruegan por la victoria, tensan los músculos para conjurarla, aprietan las mandíbulas para poder retenerla con un buen mordisco si fuera necesario. Sean muchos o pocos, todos esperan ya con ansia que empiece la lucha.

El gran comandante del ejército que ha cruzado los Pirineos desde Aquitania no es don Pedro, sino el Príncipe Negro, y es Bertrand du Guesclin quien comanda las tropas de don Enrique. El francés se ha labrado ya una fama de guerrero legendario, y lo único tan legendario como su eficacia en el campo de batalla es su fealdad. Bertrand du Guesclin tiene el cuerpo ancho, las piernas ridículamente cortas, la cabeza desproporcionadamente grande y con forma de pera invertida, y los ojos pequeños y maliciosos, pero todas sus aparentes deformidades, la desproporción de sus miembros, la mueca perpetua de su boca torcida, parecen compensarse de forma misteriosa para dar lugar a un guerrero formidable que lleva años encabezando a las compañías blancas a sueldo del rey de Francia. Tal es su valía en el campo de batalla que está llamado a cambiar la suerte de los franceses en la guerra de los Cien Años, al menos de forma temporal. Y es que esa guerra no se libra sólo en suelo francés, sino también en el mar. Ésta es, en parte, la causa de que ingleses y franceses se encuentren hoy en Nájera apoyando cada uno a un bando en la guerra civil castellana. Porque el que gane, el rey que se siente en el trono, tendrá bajo su mando la armada más formidable del Atlántico, y tanto el rey de Francia como el de Inglaterra, que son conscientes de la incontestable superioridad naval castellana, necesitan el control del canal de la Mancha.

El Príncipe Negro es el opuesto perfecto de Bertrand du Guesclin, el prototipo del caballero medieval hecho hombre: atractivo, inteligente, compasivo y estricto observante de las leyes de la caballería. Además, para rematar el retrato idealizado que de él se tiene, se dice que se ha casado con una de sus primas por amor verdadero. Eduardo es, sin lugar a dudas, un gran estratega y en buena parte el artífice de las victorias inglesas en la contienda contra Francia, gracias a las nuevas tácticas que ha

introducido en el campo de batalla, que consisten en otorgar una mayor importancia a la infantería y, en especial, a los famosos arqueros ingleses con sus letales arcos largos, que son ahora el terror de la caballería pesada.

Don Enrique, que conoce y teme la valía de Eduardo, ha intentado alejar al Príncipe Negro de la causa de don Pedro. En las misivas que se intercambian en los días previos a Nájera le dice que no tiene nada contra él y que, por tanto, no entiende por qué se ha involucrado en un conflicto entre hermanos. Pero el Príncipe de Gales no tarda en responderle, aun con corteses palabras, que no es más que un bastardo, un usurpador y, como buen caballero, el heredero de la corona de Inglaterra no puede hacer otra cosa que defender los derechos del rey legítimo, que fuera de toda duda es don Pedro. Le ofrece su magnanimidad si desiste en su empeño de usurpar el trono, pero don Enrique, que parece no entender nada, evidentemente, no está por la labor. Son palabras inútiles las que se intercambian, pero deben ser pronunciadas. Forman parte del ritual que precede a las grandes batallas. Las armas sólo pueden ocupar el lugar de las palabras cuando éstas han fracasado, y por eso hay que agotarlas primero, dejarlas exhaustas, y entonces será la sangre, en esta suerte de ordalía, la que determine quién tiene la verdad de su parte.

Al fin, acabadas todas las ceremonias, es el momento de las cuestiones prácticas, y en eso don Enrique tampoco muestra demasiada astucia. Los ejércitos de don Pedro han venido desde Logroño en dirección a Burgos, y don Enrique acude rápido a su encuentro para cortarle el paso. En pos de su enemigo, llega hasta el río Najerilla, caudaloso y profundo, pero, desoyendo los consejos de Bertrand du Guesclin y del resto de los adalides mercenarios, mucho más duchos que él en cuestiones bélicas, decide cruzarlo y hacerse fuerte en Navarrete. Con el río por detrás, en caso de que las cosas se tuerzan, la única salida será el estrecho puente de Nájera. Su osadía y precipitación tal vez no tienen tanto que ver con la estupidez como con el estado de sus hombres. El año que ha estado en el poder en Castilla, salvo entre la nobleza, lo ha vuelto terriblemente impopular, y las deserciones se van sucediendo con lentitud pero con una constancia exasperante. Los que lo abandonan son humildes

castellanos que –tal vez como Alonso– han cambiado de bando hartos de los desmanes del bastardo, a quien culpan de que sus tierras hayan sido arrasadas por los brutales mercenarios que lo auparon al poder, y hartos también de las abusivas rentas que deben pagar a los nobles que apoyan al usurpador. Y, después de todo, no tienen demasiadas oportunidades en la vida, deben de pensar los más humildes, para poder enfrentarse a los que uno considera sus opresores. Aun así, los desertores sólo toman partido por don Pedro por interés propio, no porque crean en él, sino porque les parece que su vida era un poco menos terrible con él en el trono, y anhelan vengarse del bastardo y de los viejos señores de Castilla. En el campamento de don Enrique se dice de ellos que son unos traidores, pero lo hacen en susurros, lo murmuran en voz baja, cuando están seguros de que nadie los escucha, porque es difícil prever quién va a ser el siguiente en unirse a don Pedro. Cada vez resulta más complicado dilucidar quién es el traidor en Nájera ese día, si los que han abandonado a don Enrique o el mismo bastardo y sus seguidores, que se han alzado en armas contra un rey que, aunque a ellos no les guste, es el legítimo soberano de Castilla. De una manera u otra, las deserciones se suceden, y don Enrique sabe que debe entablar combate antes de que la superioridad numérica de don Pedro sea aplastante. Quizá, incluso, puede que ya sea demasiado tarde.

También don Pedro y el Príncipe Negro tienen sus propios problemas. Una hueste de tal magnitud requiere de avituallamiento, no sólo comida y agua para los soldados, sino también para los caballos y las bestias de carga. Desde que se dispusieran a cruzar los Pirineos, se han visto acosados por pequeñas avanzadillas de leales a don Enrique, y el aprovisionamiento es cada vez más complicado. Un ejército tan numeroso no sólo es una criatura voraz, sino que se mueve con lentitud. Han tardado más tiempo del esperado en llegar a su destino, y, para cuando se acercan a Nájera, los hombres se encuentran al límite de sus fuerzas. Pero Eduardo no es un simple príncipe de Gales, un noble altanero y ambicioso; es, por encima de todo, un gran guerrero y un gran comandante, por eso sabe cómo arengar a sus tropas para infundirles el coraje que amenaza con empezar a flaquear.

Reúne al ejército con la última luz del día, muy cerca ya de lo que será el campo de batalla. Los caballeros desmontan y se apoyan en sus lanzas; los infantes dejan sus escudos en el suelo, envainan las espadas y destensan los arcos, como si las armas les estorbaran para prestar atención a las palabras de su comandante. No todos pueden escucharlo con claridad, porque son demasiados, pero sus palabras se propagan de unos a otros, repitiendo su mensaje hasta que llega al confín del ejército, ese lugar que transita entre lo militar y lo civil, entre la guerra y la vida cotidiana, donde comienzan a escasear los soldados y abundan ingenieros, sirvientes y putas. No es a ellos a quienes dirige la arenga, pues son como rémoras que se alimentan de los ejércitos a los que siguen, pero también ellos atienden.

–Señores, no hay otro final. Sabéis bien que estamos cerca de ser alcanzados por el hambre y la falta de vituallas, y sin embargo nuestros enemigos tienen muchas provisiones, pan y vino, pescado salado y fresco, así de agua dulce como de mar. Pero pese a todo los conquistaremos a golpe de lanza y espada. Dejemos el miedo a un lado y actuemos en este día de tal modo que podamos partir con honor.

Y es curioso que mencione, en último término, el honor que tanto respeta el Príncipe Negro, porque en realidad lo que acaba de hacer es interpelar a los instintos más bajos de sus hombres. Apela al hambre, a la necesidad de arrancar el sustento de las manos muertas del enemigo, a emplear las armas para aniquilarlos y seguir un día más con vida tras arrebatarles lo más elemental. Son el hambre y la sed, no el honor, lo que los mueven. Y, ante las palabras de su comandante, con esa promesa de tierra prometida de la que mana leche y miel escondida tras los futuros cadáveres de sus adversarios, estallan en vítores con el júbilo desquiciado. Derramarán cuanta sangre haga falta para poder seguir viviendo otro día.

Aún es de noche cuando el Príncipe Negro ordena el avance del ejército. El aire todavía es frío y húmedo a esa hora, y Alonso camina medio a oscuras. No hay luna que los asista ni que los delate. De eso se trata. Apenas alguna antorcha les ilumina el camino, pero ninguna está cerca de Alonso, que tiene que guiarse por el oído y el tacto tras sus compañeros. Las órdenes se dan a

media voz, lo justo para que se transmitan por encima del sonido de las pisadas y del tintineo del metal de los soldados mejor armados, los mercenarios y los nobles, a los cuales Alonso adivina a lo lejos como un borrón grisáceo. Son como una marea de agua oscura que se va derramando por la pendiente por la que han comenzado a descender, y Alonso se siente como un miserable e insignificante grano de arena empujado por la corriente.

Empieza a amanecer, aunque con pereza. Las primeras luces del alba quedan bloqueadas por la colina que rodean por el oeste. Alonso sabe, porque ha conseguido entenderlo o porque se lo ha explicado algún compañero, que detrás de esa colina se encuentra el enemigo. Es su primera batalla, así que se los figura como una masa interminable de guerreros de colosal estatura, armados hasta los dientes, con el odio y el frenesí de la sangre en la mirada. Sin embargo, cuando finalmente rodean la colina y las órdenes para formar y cargar se suceden con rapidez, lo que descubre más abajo es a otros hombres como él, mojados todavía por el rocío y el sueño; hombres pálidos como fantasmas desconcertados por verlos aparecer de improviso por detrás de la colina.

Don Enrique ha concentrado a sus tropas tras la línea defensiva de un arroyo que cruza la llanura a los pies de Navarrete, pero, justo en el punto por el que ataca don Pedro, o, mejor dicho, justo en el punto por el que ataca el Príncipe Negro, el pequeño curso de agua es insignificante y puede salvarse sin dificultad con un pequeño salto. Alonso ve cómo sus compañeros, siguiendo las órdenes, se precipitan por la pendiente que conduce a la llanura para cruzar el riachuelo. Esas mismas órdenes también están dirigidas a él, pero no termina de darse por aludido. Se ve arrastrado por la corriente humana que todavía parece ordenada, aunque de forma inconsciente opone una cierta resistencia. Para él, el arroyo también actúa como una defensa, y es consciente de que en el momento en que lo cruce no tendrá otra armadura que la que le brinden los golpes de su espada mellada. Pero hoy la suerte le va a sonreír.

Alonso se encuentra en el cuerpo principal del ejército, junto a los desertores del bastardo y los leales castellanos. Por delante,

la vanguardia al mando del duque de Lancaster, hermano del Príncipe Negro, avanza con velocidad, y sus más de dos mil arqueros están destrozando el ala izquierda del ejército de don Enrique. El daño es tal que un grupo de la caballería ligera castellana enviada por el conde de Trastámara para hostigar a los arqueros, indefensa ante la lluvia de flechas, gira en redondo y cambia de bando sobre la marcha, arremetiendo de pronto contra los que hasta ahora eran sus compañeros. Por si esto fuera poco, don Tello, hermano de don Enrique, que manda el ala izquierda, la más castigada por la terrible acometida, huye junto a sus caballeros, dejando a la infantería a merced de las flechas y de las espadas del Príncipe Negro y don Pedro. Para entonces, Alonso, envalentonado por el curso de la contienda, acaba de cruzar el arroyo y ya ha asestado las primeras estocadas.

Alonso no es un hombre valeroso ni ha matado nunca a nadie. En ese momento, todavía duda de por qué se ha sumado al ejército de don Pedro. Pero no tiene demasiado tiempo para seguir pensando. Muchos de los soldados de don Enrique huyen desordenadamente, convirtiéndose en presa fácil para las flechas. Otros yacen muertos, pero también los hay que resisten. En un primer momento, se despacha con los heridos. Los remata más como forma de probar su acero que como un acto de piedad. Siente por primera vez la sensación de atravesar la carne humana, cortarla hasta el hueso, que detiene el avance de la hoja en las profundidades de las entrañas. Sus gastadas botas de cuero se van cubriendo de sangre coagulada, la misma sangre que es capaz de sentir caliente en la empuñadura de la espada, como si estuviera robando con su acero el último aliento de los moribundos. La facilidad con que arrebata la vida de sus enemigos le insufla un coraje imprevisto, exiguo pero suficiente, que lo anima a adentrarse un poco más en el caos de la batalla.

Don Enrique y el grueso de su ejército, acosados por las flechas que escupen sin cesar los arcos largos de los ingleses, se ven incapaces de prestar auxilio al resto. A lo lejos, en el centro de la contienda, la vanguardia y el cuerpo principal del Príncipe Negro, tras desbaratar el ala derecha enemiga, comandada por el conde de Denia, han rodeado a Bertrand du Guesclin y a sus mercenarios. El espacio en el que luchan es tan pequeño que no

permite la carga de la caballería pesada francesa, por lo que los jinetes se ven obligados a desmontar, deshacerse de sus lanzas y entablar batalla con espadas y hachas. No pasa mucho tiempo hasta que el combate se decide. Betrand du Guesclin ya es prisionero del Príncipe Negro, y el ejército del usurpador se bate en caótica retirada.

Sólo ahora es evidente la ratonera en la que se han metido. El único camino para la huida es el estrecho puente de Nájera, y rápidamente allí se forma un tapón que permite que la caballería de Jaime III de Mallorca masacre a cientos de los soldados que tratan de huir. El mallorquín lucha a favor de don Pedro en parte porque simpatiza con su causa –él mismo es un rey destronado– y en parte por el apoyo de sus enemigos aragoneses a don Enrique. Hoy, en Nájera, puede desquitarse de todas las afrentas.

Alonso ha seguido avanzado hasta que, de repente, sin transición ni heroísmo alguno, él también comienza a matar con saña a los que intentan huir. No necesita distinguir sus enseñas o su forma de vestir para identificar al enemigo, le basta con buscar el terror en su mirada y cercenárselo de un tajo. En el frenesí de la carnicería, se ha vuelto sordo, no escucha a los que claman piedad, no entiende ya ni su propio idioma, que se ha convertido para él en un galimatías igual de ininteligible que el francés que ha dominado el día en plena Castilla como metáfora de los poderes que realmente se están midiendo en esta contienda. A estas alturas, ya tiene los brazos cansados y ha recibido algunos cortes que apenas nota, pero, a pesar del agotamiento, Alonso continúa asestando golpes con su espada, que cada vez está más mellada. Los tajos se van volviendo más toscos, más brutales, pero no le importa; parece que ha transmutado el miedo a recibirlos por la necesidad de producirlos él mismo. No se sentirá seguro hasta que haya caído el último hombre, hasta que todas las manos capaces de empuñar una espada o un hacha sean amputadas o yazcan inertes, unidas todavía a los cuerpos que las manejaron, en el campo embarrado de sangre, orina y excrementos. El hedor se extiende alrededor de los muertos, que vacían las entrañas con sus últimos estertores en un preludio del insoportable aroma de la putrefacción que se alzará del campo de batalla dentro de no demasiadas horas; pero, igual que sus oídos

oyen y él no es capaz de descifrar nada, Alonso parece inmune a todo olor que no sea el del miedo, al que persigue como un perro de presa.

Después, cuando todo ha acabado, llega el momento de reclamar el botín. Los nobles han hecho abundantes prisioneros de entre los de su clase: condes, duques, capitanes y maestres por los que esperan poder reclamar jugosos rescates; pero para hombres como Alonso no hay posibilidad de tomar prisioneros. Tal vez por eso se han afanado tanto por sembrar la llanura de cadáveres, porque ellos, los que han combatido con la piel expuesta y armas herrumbrosas, sólo pueden reclamar a los muertos, cuyos cuerpos saquean como aves de rapiña en busca de los pocos objetos de valor que pueden encontrar: alguna espada en buenas condiciones, un par de botas nuevas, un colgante de valor incierto, algún anillo que con las prisas arrancarán de los dedos tibios de su antiguo dueño. Alonso no esperaba verse convertido en un buitre, pero se ha contagiado de los demás. Ha visto que lo poco que ofrecen los cadáveres se desvanece enseguida entre las manos de sus verdugos, y de pronto la velocidad y la destreza que no ha tenido con la espada sustituye a la sed de sangre. Se convierte entonces en un hábil recolector en el campo de cuerpos. Para eso sí que parece que tiene un don innato. Se descubre a sí mismo encontrando pequeños tesoros que otros han pasado por alto o a los que ha llegado antes que nadie. No hay camaradería ni empatía que valga, no se para a pensar si el muerto al que desvalija es francés o castellano, si ha luchado junto a él o en las filas del bastardo. Sólo importa ser rápido y eficaz, que el miedo y el riesgo que ha sufrido rindan su recompensa. Al final de la jornada, cuando, con los músculos entumecidos, coma algo por primera vez en días sin sentir un nudo en el estómago, alargará la mano hacia el mugriento zurrón en el que guarda el pequeño tesoro que le ha arrebatado a la muerte, frotará las botas nuevas que se ha ganado con la espada y se sentirá un poco orgulloso de haber sobrevivido. Tal vez haya merecido la pena. Y tal vez pensará que, después de todo, quizá la vida de soldado sí esté hecha para él.

* * *

Gracias a la rutilante victoria en Nájera, que es absolutamente incontestable, don Pedro terminará perdiendo la guerra contra su medio hermano Enrique de Trastámara. Hay veces que es mejor perder, o ganar de otra manera, ganar de verdad, no sólo sobre el campo de batalla, sino también en lo que viene después. Y todo esto va a ocurrir, entre otras razones, porque el Príncipe Negro es tan buen estratega y valeroso guerrero como pésimo político. No es que no entienda las razones que el rey castellano le da, es que su tan venerado código de caballería le impide acceder a sus demandas. Sin saberlo, es un humanista irredento, un optimista antropológico que no sabe en qué lugar vive. Acaba de ver cómo Bertrand du Guesclin, que ya fue su prisionero y al que liberó bajo el juramento de que nunca volvería a enfrentarse contra los ingleses a menos de hacerlo a las órdenes del rey de Francia, incumplía de forma flagrante su palabra. Aun así, piensa que esta vez es la buena, que tanto el francés como los demás prisioneros, sobre todo los castellanos, cejarán en su empeño de usurpar el trono a don Pedro. El Príncipe no es ingenuo, en absoluto; tan sólo ha depositado su fe en el lugar equivocado. Por eso, cuando finaliza la batalla, lo primero que hace es preguntar por el paradero de don Enrique.

–¿Dónde está el conde de Trastámara? –pregunta a los más cercanos, que no pueden hacer otra cosa que encogerse de hombros.

–Nadie lo ha visto, mi señor –le contestan unos y otros.

Hasta que, finalmente, un castellano leal a don Pedro, un caballero desgarbado, con la armadura recubierta de sangre coagulada como un manto púrpura y la sonrisa doblada, serpentina, de los que acaban de cobrarse venganza, es capaz de contestar a la pregunta del Príncipe Negro:

–El muy cobarde ha huido en cuanto ha visto que la batalla estaba perdida –se mofa, satisfecho de poder contraponer la sádica hombría que ha empleado en los campos de Nájera a la cobardía del conde.

El príncipe inglés se ha sentido asqueado por la mera presencia de semejante ser humano en cuanto ha entrado en su

tienda, y ese sentimiento no ha hecho más que crecer al escucharlo a través de la mueca retorcida de su boca desdentada, como si fuera un animal que se hubiera desprovisto de los dientes para poder sorber mejor la sangre de los muertos en la batalla. Para Eduardo, es como si las noticias se las trajera el mismo conde de Trastámara o la misma Castilla, pues aquel caballero ensangrentado se le antoja una encarnación del reino al que ha venido a combatir y, al mismo tiempo, de todo lo que le resulta repugnante en el campo de batalla: los hombres que se obsesionan con la sangre y la venganza, los cobardes que se pavonean de su valor sólo cuando ya han vencido, los perjuros que no respetan la palabra dada, los mentirosos y los traidores. De pronto, se siente terriblemente cansado y abatido. Apenas deja oír su voz:

–Si don Enrique ha huido, entonces nada se ha hecho hoy –sentencia, ominoso.

Se han hecho muchas cosas, es cierto, y más que podrían haberse hecho y no se hicieron, pero la razón asiste al Príncipe Negro, porque, con esta flamante victoria, se va a perder la guerra.

* * *

Don Pedro López de Ayala es uno de los prisioneros a los que custodian los ingleses. En el campo de batalla, portaba el estandarte de la hermandad de la Banda, así que poca ha sido su contribución al desastre. Él no es un soldado, sino un hombre más proclive a enredarse en los asuntos de la corte y a escribir en sus ratos libres. Contará la historia de la guerra y de los años que la precedieron y los hechos de los reyes que fueron y de los que están por venir con multitud de detalles. Cuenta con la ventaja de haber sido testigo de los acontecimientos, y precisamente por eso a veces cuesta mucho creer lo que narra. Los testigos son a menudo los más embusteros de todos los cronistas, porque forman parte de ello, toman partido, dejan la equidistancia del historiador y se manchan la manos y la lengua al elegir bando. Don Pedro López de Ayala no es un historiador, es un cronista,

y éstos narran los hechos de aquellos que los financian, en este caso don Enrique. Así que no es de extrañar que en este momento del relato aflore con mayor crudeza la legendaria crueldad del rey don Pedro. Pero tal vez no es la crueldad, después de todo, sino la lógica, lo que impulsa los actos del rey.

Don Pedro los quiere ejecutar a todos. Sabe que la traición los corroe, que les encharca el cerebro, que ha sustituido a la sangre que corre por sus venas. Quizás hubiera esperanza de redención para esos nobles castellanos que ahora permanecen cautivos si don Enrique hubiera muerto. Pero no es así. El bastardo vive, y a bien seguro volverá a tratar de usurparle el trono. Es su obsesión, la misión para la que se considera ungido por Dios, y no cejará en su empeño hasta que el éxito o la muerte lo detengan. Sin embargo, el Príncipe Negro no se lo permite. Su caballerosidad precede a cualquier otra consideración. Toma a don Pedro López de Ayala y al resto de los nobles bajo su protección, lejos de la sedienta espada del restituido rey castellano. Para los cautivos, es como si la Divina Providencia hubiera descendido para protegerlos. La huida de don Enrique es poco menos que un milagro, y que los ingleses los protejan, un prodigio. Saben que en parte es debido al rescate que esperan poder cobrar por su libertad, un dinero con el que cubrirán los costes de la expedición inglesa en tierra castellana. Pero, en cualquier caso, les basta. Bien sea por codicia o por genuino respeto a las reglas de la caballería, vivirán otro día, otra semana, otro mes, e incluso un año, hasta que sean libres de nuevo y puedan dar debido cumplimiento a su venganza.

Con todo, para el bando ganador los días que se suceden tras la batalla de Nájera son amargos. Don Pedro no puede pagar lo acordado al Príncipe Negro. Tampoco consiente en entregarle las tierras que le había prometido, entre ellas el señorío de Vizcaya. Y eso es una traición al código de honor del caballero, una ofensa que el Príncipe no está dispuesto a perdonar, de manera que abandona a don Pedro a su suerte, que él mismo ya sabe que va a ser nefasta.

Como es bien sabido, los hombres actúan con mayor desesperación y violencia cuando no tienen nada que ganar y está todo por perderse. En esos momentos de terrible incertidumbre,

no hay lugar para la razón; se pierde el juicio y se deja paso al instinto, al pensamiento inmediato e impulsivo. Don Pedro se abandona a ese frenesí. Ya no existe una María de Padilla que lo pueda sosegar. Las barreras han caído, así que se dedica a castigar sin piedad a todos los que considera susceptibles de haber sido o que puedan llegar a ser traidores. Cuando su mano no alcanza a los culpables del delito, se apodera de sus bienes o se ensaña con sus familias, y por eso ordena que quemen a Urraca Ossorio. Nada escapa a la ira del rey, que prefiere gobernar sobre un reino que lo odia, un reino despoblado o yermo, antes que exponer su espalda de nuevo a los ingratos que apoyan al bastardo.

Tal vez, sin embargo, todo esto sea mentira. Quizá no haya locura alguna que nuble el juicio de don Pedro, quizá sus sentencias y ejecuciones punitivas no sean arbitrarias ni desmedidas, sino que quizá tienen la precisión quirúrgica necesaria para extirpar la traición contrastada del seno de Castilla. Porque sabemos que los testigos mienten, y sólo cuando los enfrentamos unos a otros, cuando hacemos que sus palabras se midan palmo a palmo, podemos entrever un poco de la verdad, nunca toda ella, pues es demasiado pudorosa como para mostrarse en su plenitud. Siempre quedará una duda, o infinidad de ellas, pero en este caso únicamente se conoce una versión de la historia, la de los que vencerán en Montiel dos años después de Nájera, la de los que engañarán a don Pedro para que acuda a la tienda de don Enrique, la de los que amañarán la lucha cuerpo a cuerpo para que no pueda vencer, la de los que ni quitan ni ponen rey, sino que simplemente ayudan a su señor, como si pasaran por allí casualmente e ignoraran que de sus actos depende la Historia.

El problema estriba en que, cuando faltan demasiadas piezas, cuando uno sospecha de los cronistas, se deja un espacio enorme para que crezcan las leyendas.

CABEZA DEL REY DON PEDRO

Montiel, 1369

Dos años después de Nájera, es en la villa de Montiel donde se decide el futuro del reino de Castilla. La sucede con la pasiva indolencia con que los lugares se vuelven testigos de aquellos eventos que cambian la historia. La atmósfera no vibra, las piedras no lloran, la tierra no se estremece. Cada elemento se limita a ser testigo mudo de los acontecimientos.

La sentencia del Príncipe Negro al conocer la huida del conde de Trastámara de la batalla de Nájera, «nada se ha hecho hoy entonces», se ha convertido en profecía. Don Enrique volvió a Castilla, y poco a poco fue ganando de nuevo para su causa plazas y hombres, soldados y campesinos, nobles y burgueses. La situación se ha ido volviendo insostenible para don Pedro, quien, abandonado por los ingleses al no poder –o no querer– pagarles el dinero y las tierras prometidas, ha terminado por solicitar ayuda a sus aliados nazaríes. Pero éstos, emulando a buena parte de la vieja nobleza castellana, también lo han abandonado al fin. En el curso de dos años se ha ido quedando cada vez más solo y aislado.

Los hombres que aún le guardan fidelidad no quieren que salga de Sevilla; adivinan que la muerte lo aguarda en el campo de batalla. Pero el rey no se resigna a aguantar estoicamente a que vengan en su busca. En su lugar, reúne las pocas fuerzas que le quedan y va al encuentro de don Enrique.

El ejército de su medio hermano lo sorprende a mitad de la marcha, y don Pedro se ve obligado a refugiarse con los hombres que le quedan, que no son muchos pero sí bien esforzados, en el castillo de Montiel. Y allí las tropas de don Enrique comienzan el asedio. Don Pedro está atrapado.

La habilidad de los ballesteros del rey mantiene a los soldados del bastardo lejos de la fortaleza, un consuelo escaso pero suficiente como para sostener la moral de los sitiados durante un par de días, tal vez tres, quizás un poco más. Sin embargo, los dardos comienzan a escasear, y junto con ellos, las provisiones, y no hay señal alguna, ni humana ni divina, que les haga pensar que puedan salir ya no victoriosos, sino simplemente vivos de este envite.

Don Pedro puede ser cruel, impetuoso o pendenciero, pero no es ningún tonto. Sabe que ya no se trata de conservar la corona, sino la cabeza que la ciñe, de manera que en su ánimo va creciendo la idea de negociar con su medio hermano para salvar la vida. La suya y la de aquellos que lo acompañan.

Al pie del cerro que corona la fortaleza de Montiel, los sitiadores parecen conocer los pensamientos de don Pedro. No obstante, aún es pronto para actuar, y dejan que su desesperación macere un poco más, lo justo como para que se le nuble el buen juicio y decaiga su desconfianza, pues ya nada tiene que perder, o, mejor dicho, porque puede perderlo todo.

Un mensajero alcanza la fortaleza con recado de los sitiadores. Quizá para ofrecer a don Pedro pasarse a su bando, o puede que le propongan una huida a través de las líneas enemigas. El motivo es irrelevante, pues cualquier razón que uno pueda llegar a imaginar conduce al mismo lugar: a una tienda en el campamento enemigo. Y allí irá embozado don Pedro, solo, para encontrarse con don Enrique armado de pies a cabeza, acompañado de un puñado de sus más fieles seguidores, que lo son por convicción o por dinero, como Bertrand du Guesclin, cuya presencia en esa tienda, en Montiel, en el reino de Castilla, pone en cuestión una vez más el ridículo sentido del honor del Príncipe Negro.

Hay pocas fuerzas más poderosas y ciegas que el odio cuando éste se desata. En el caso de don Pedro, el detonante es la mera

visión de su hermano. No duda de la identidad del hombre que tiene frente a él ni un solo segundo, una versión concentrada y espuria de sí mismo sobre la que se abalanza con el ímpetu de los años de rabia acumulada, de los desmanes y las traiciones, de las batallas ganadas sobre el terreno y perdidas por la piedad mal entendida. Nadie es capaz de reaccionar a tiempo, y don Pedro, que es más alto y fuerte que su hermano, ya se encuentra enredado con él, forcejeando primero, rodando por el suelo después, hasta quedar encima de don Enrique tratando de estrangularlo. Por un momento, los testigos van a limitarse a contemplar la pelea, como si hubiera emergido en ellos el instinto de los espectadores de justas y duelos, más sedientos de sangre que de hacer lo que es debido. Por unos instantes, don Pedro cree que puede ganar, que la pesadilla va a terminar ahí mismo, entre sus manos. Es entonces cuando unos brazos lo levantan casi en volandas y lo apartan de don Enrique.

Bertrand du Guesclin, quien a pesar de ser hombre de escasa altura atesora en sus músculos una fuerza casi sobrenatural ganada a base de blandir el hacha en innumerables batallas, lo sujeta como si de un cepo humano se tratara, un trozo de madera hecho carne, pero igual de impasible y despiadado.

–¡Qué hijos de puta! –se lamenta don Pedro a media voz, aflojando los músculos, renunciando a resistencia alguna porque sabe que todo ha acabado, que no va a salir con vida de esa tienda.

No dirige sus palabras a nadie en concreto. Ni siquiera es del todo un insulto, tan sólo incredulidad ante semejante jugarreta. Es la pérdida súbita de la esperanza ante la inminencia de una muerte sucia, tramposa e indigna.

–Ni quito ni pongo rey, sólo ayudo a mi señor –replica Bertrad du Guesclin, sintiéndose aludido.

–¡Qué hijos de puta! –repite don Pedro.

La daga de don Enrique ya se le hunde en el pecho.

¿Qué otras palabras puede pronunciar sino éstas, que son la concreción perfecta y visceral de la indignación, de la victoria perdida, de la impotencia y la rabia, de la vida que se va de repente? Con ellas logra hermanarse un poco con el resto de los hombres, con cualquiera de los que han vivido o están por vivir,

en el inesperado momento de la derrota absoluta que no se anuncia, que se limita a surgir de la nada para aniquilar toda promesa de futuro y nos precipita al abismo de la desolación, como el pájaro que interrumpe su vuelo y cae a plomo desde el cielo por un tiro certero del cazador. Así cae también al suelo la ambición de don Pedro, su reinado y su vida, agarrado como un cerdo en el día de la matanza; sólo que él no grita ni habla más, porque ya ha dicho todo lo que tenía que decir. Ha lanzado su particular maldición, completamente inocua y al mismo tiempo liberadora, y ahora se concentra en morir con honor. Y es curioso, porque apenas duele: su corazón, que no entiende lo que acaba de ocurrir, sigue trabajando como siempre, aunque ahora no trabaja para la vida, sino para la muerte, y bombea la sangre hacia donde no debe, hacia los pulmones y hacia el mundo exterior, que la recibe con agrado mientras a su alrededor todos contemplan con satisfacción cómo se acumula en el suelo. Esta ausencia de dolor, que se adivina en el rostro del que ya no es rey, molesta a sus asesinos. No contaban con la placidez de su muerte, que de tan ansiada se les ha precipitado de las manos y ha durado apenas unos segundos. No les ha bastado con engañarlo y ajusticiarlo; querían recrearse con la muerte de don Pedro, esculpirla en piedra con la lentitud con la que nacen las obras maestras, y en su lugar les ha quedado una chapuza que ni los más habilidosos cronistas evitarán que sea recordada para siempre como una infamia.

No importa demasiado quién tiene la idea, si la discuten o si alguien simplemente la lleva a cabo con la complicidad de los demás. El caso es que unas manos empuñan una espada, la alzan apuntando al techo de tela de la tienda del ahora único rey de Castilla y la descargan sobre el cuello de don Pedro, que por última vez pierde la cabeza.

Dicen que el cuerpo de don Pedro yace en la capilla real de la catedral de Sevilla junto a la única persona que lo amó en vida, la reina póstuma doña María de Padilla. Pero ¿dónde está su cabeza? Y ¿dónde estuvo mientras todavía reposaba sobre sus hombros? No hablamos de la que vigila una esquina en la que confluyen un puñado de estrechas calles de Sevilla. Ésa está vacía; señala la leyenda del candilejo y el carácter pendenciero

del rey, pero dentro no hay nada. Todo lo que una vez habitó en la cabeza sobre la que el rey ciñó su corona, la de verdad, se ha perdido, se ha olvidado. Sólo queda la máscara mortuoria que otros hicieron para don Pedro, pero a la medida de los vivos que vencieron, no del muerto derrotado, al que se le niega el juicio, el valor, la cordura y la magnanimidad.

Su pista se pierde en el momento en el que fue separada de su cuerpo, a traición, con la premura que asiste a los cobardes. Hay quien dice que fue paseada en una pica, destino predilecto de las cabezas que han sido codiciadas durante mucho tiempo por sus verdugos. Otros opinan que fue expuesta en las almenas de Montiel. Y también hay quien considera que fue arrojada a un río.

Sabemos que era rubia, que estuvo a punto de perderse por muchas mujeres, pero que al final sólo se perdió por una, que es la única que supo entenderla y mirar más allá de aquellos ojos azules que luego alimentaron peces o gusanos, en lo más profundo del hombre que tuvo que luchar toda su vida por seguir siendo rey.

A don Pedro lo conocemos de cuerpo entero, esculpido en mármol, soberano piadoso y orante custodiado en un museo. Pero ésa tampoco es su cabeza. Tal vez, para hallarla, deberíamos acercarnos un 2 de diciembre al convento de Santa Inés en Sevilla y preguntar por ella a doña María Coronel. De paso, tal vez nos contaría su historia, la de verdad, no la del aceite hirviendo y la zanja del huerto. Y, si esto falla, siempre se puede ir a Brasil y, lejos de las populosas ciudades, buscar en el campo un cruce de caminos poco transitado, o un cementerio tranquilo y de exuberancia tropical. Allí, bastaría con ofrecerle flores y ron a doña María de Padilla, reina de la magia, pues cabe suponer que, siendo la única a la que verdaderamente le importó en vida, también ahora, muerta y ascendida a los altares, aunque sean paganos, sepa qué ha sido de don Pedro y de su cabeza.

NOTA DEL AUTOR

La idea inicial de esta novela era escribir la historia de María de Padilla, figura mítica y tremendamente interesante. Pero la tentación de hacer de nuevo una novela en primera persona como en *Irene de Atenas* era demasiado grande, aunque la verdad es que no quería volver a escribir el mismo libro. Aun así, la figura de María de Padilla y el contexto histórico concreto en el que vivió, con el fascinante rey don Pedro y la guerra civil castellana de fondo, me atraían desde que en la infancia escuché por primera vez las leyendas sobre el peculiar monarca –ser sevillano imprime carácter–, de manera que me adentré en la fase de documentación buscando, además de los datos históricos concretos que me permitieran escribir la novela, la historia que realmente tenía que contar. Y así fue como hallé, además de a María de Padilla, a las otras mujeres del rey don Pedro. Madrastas, rivales, amantes y reinas malogradas, mujeres fundamentales para entender al rey, no tanto porque definieran su vida, que algunas lo hicieron, sino porque de alguna extraña manera con cada una de ellas podemos conocer una faceta de don Pedro y aproximarnos a lo que en su tiempo se pensó de él. Sabemos, en parte, lo que escribieron sobre él contemporáneos suyos como Pero López de Ayala, cuya *Crónica de los reyes de Castilla* es una de las principales fuentes de la época, pero acercarnos a lo que realmente sintieron, dijeron o pensaron aquellos hombres y mujeres en la Castilla del siglo XIV es una tarea casi imposible. Éste es el otro gran tema de la novela, o quizás el principal: la dificultad de escribir sobre el pasado.

Tratamos de alcanzar la verdad que se esconde en la Historia a través de documentos, crónicas, monedas, inscripciones, excavaciones en lugares como campos de batalla, asentamientos, murallas o edificios de singular importancia; nos pasamos las horas husmeando entre sesudas monografías sobre un tema en concreto, volviendo a las fuentes originales, a las transcripciones tardías y, por un momento, parece que rozamos esa verdad, que la llegamos a tocar. Al final, siempre se nos escabulle. Como una alimaña, permanece oculta por una maleza crecida a base de mentiras y silencios, de errores y trampas, de hechos tan incuestionables que conviene dudar de ellos. Le vemos el lomo, una pata, el brillo del pelaje, pero acaba perdiéndose en la espesura. Y a veces decidimos tomar partido, interpretar los hechos y fabricar esa verdad, despojarla de toda vacilación e incertidumbre para fijarla y contarla según nuestro entendimiento, volverla verosímil y plausible, cuando, en realidad, no tiene ninguna necesidad de serlo. En *Irene de Atenas* tomé partido por una versión, mi versión; sin embargo, en esta ocasión opté por no hacerlo, al menos en parte. Éste es el motivo por el que decidí narrar la novela en tercera persona, pero no con una omnisciencia absoluta, anónima y aséptica, sino de una forma especulativa, parcial y, en cierto sentido, culpable aunque honesta en su ignorancia y en su duda. En vez de esconderlo, he querido compartir con el lector el desconcierto de no poder saber lo que realmente sucedió, porque debe ser similar al desconcierto que sintieron los personajes cuando se enfrentaron a los acontecimientos de su tiempo, de los que en buena medida también ignoraban la verdad. De la misma manera en que lo hice yo al escribir o lo hace ahora el lector al leer, ellos también dudaron o tomaron partido, desecharon una versión y abrazaron otra, pero en cualquier caso en muy pocas ocasiones tuvieron la oportunidad de contar su propia historia y, si lo hicieron, nuestra es la libertad (y el deber) de creer o no en sus palabras.

Desde mi punto de vista, la novela está escrita de una forma que puede parecer peculiar, pero ello me ha permitido luchar con eficacia, aunque pueda parecer paradójico, con el tan traído «presentismo». El debate sobre este asunto resulta ya un tanto aburrido, pero no deja de ser un tema recurrente en el género de

la novela histórica. A mi modo de entender, hace referencia al pecado de atribuir a los personajes del pasado pensamientos, formas de actuar y de hablar propias de nuestro tiempo e inconcebibles en su época. Esto es algo que es necesario evitar y no admite más matices, a pesar de que de forma inconsciente a menudo nos deslizamos por tan peligrosa pendiente. Es tan inevitable como censurable si no se hace el más mínimo intento por corregirlo. Al contar la novela abiertamente desde el presente, desde nuestros días, en el tiempo en el que reside el lector, se puede trazar la diferencia entre una época y otra. Así recordamos que nosotros estamos aquí y que ellos están allí, que este libro es una invitación a visitar su tiempo desde el nuestro, que hay cosas en las que nos parecemos y otras en las que somos radicalmente diferentes, y que es en ese mundo privado e íntimo al que sólo la ficción nos permite asomarnos –el mundo de los sueños, del deseo, del amor, de los celos, de la ira, de la venganza, del miedo–, donde podemos encontrarnos con ellos con honestidad, sin juzgar a aquellos hombres y mujeres más de lo que podemos juzgarnos a nosotros mismos. Porque sólo alcanzando esta complicidad entre diferentes pueden terminar de cobrar sentido los acontecimientos del pasado.

AGRADECIMIENTOS

Olvido y crueldad debe muchas cosas a mucha gente. Algunos son conscientes de ello; otros lo descubrirán en estas líneas. Quiero agradecérselo a Miguel, que me «regaló» el personaje de María de Padilla, verdadero germen de esta historia; a Emilio Lara, por recomendarme lecturas con las que aprendí que hay otras formas de contar la Historia; a Carlos García Gual, porque, sin saberlo, con sus palabras sobre *Irene de Atenas* me animó a seguir escribiendo en el momento en el que más lo necesitaba; a Rosa y a Diego, mis fieles lectores primigenios que han seguido capítulo a capítulo el nacimiento de este libro; a don Arturo Nicolás, por su lectura entusiasta, sus consejos y otras muchas cosas; a mi editora, Penélope Acero, que casi siempre tiene razón, y a Edhasa, por confiar en mí desde que esta novela era poco más que una idea; a mi familia, a mis padres, hermanos y sobrinos, por todo lo que me han dado y por su apoyo en esto de convertirme en un trasunto de escritor; al Certamen de Novela Histórica de Úbeda y a todos los amigos escritores, lectores, blogueros y periodistas que he ido conociendo en este último año y medio, por abrirme las puertas de este mundo maravilloso y tratarme con tanto cariño desde el primer día.